

AUDREY ROSE



Frank De Felitta

Lectulandia

Janice y Bill Templeton y su hija de diez años, Ivy, viven felices en Manhattan, donde habitan en un lujoso dúplex y Bill trabaja como ejecutivo en una empresa... Pero los Templeton empiezan a fijarse en que hay un extraño que les vigila, que les sigue, que está siempre frente a la puerta del colegio cuando sale Ivy... Finalmente, el extraño, cuyo nombre es Elliot Hoover, les ruega hablar con ellos.

Janice y Bill acceden, y Hoover les cuenta la tragedia de su hija de cinco años, Audrey Rose, que murió diez años atrás, carbonizada en un horrible accidente de automóvil junto con su esposa... Y les cuenta algo que desafía todas sus creencias: tras la revelación de un vidente y después de años de estudio en la India, Hoover ha llegado a la conclusión de que Ivy Templeton es la reencarnación de su hija, Audrey Rose... Los Templeton rechazan lo que consideran una completa locura... Pero Ivy empieza a sufrir terroríficas pesadillas relacionadas con el fuego...

Lectulandia

Frank De Felitta

Audrey Rose

El cristal ardiente

ePub r1.0

liete 14.01.14

Título original: *Audrey Rose*
Frank De Felitta, 1975
Traducción: Fernando Aragón

Editor digital: liete
ePub base r1.0

más libros en lectulandia.com

Para mi hija Eileen

Agradecimientos

A Daniel A. Lipsig, que me proporcionó ideas y consejos; al doctor Donald Schwartz que generosamente me dedicó parte de su tiempo, información y asesoría; al doctor Jay L. Dickerson, al profesor Irwing R. Blacker, al padre Joseph Casper, a Ivy Jones, a Jeanne Farrens y a Willard M. Reisz que contribuyeron con sus conocimientos y apoyo moral. A Dorothy De Felitta, que me ayudó constantemente con su valiosa comprensión y simpatía por este libro que ayudó a crear. A William Targ, mi editor, que lo hizo posible.

A todos, mis agradecimientos.

Pittsburgh Post Gazette

4 de agosto de 1964

(página 6)

Dos personas muertas y otras dos heridas en un accidente de automóvil

Harrisburg, PA (UP).— Una mujer y su hija pequeña fallecieron, y otras dos personas sufrieron heridas leves, cuando sus coches chocaron en la calle Turnpike, Pennsylvania, durante una inesperada tormenta de granizo.

La policía no revelará la identidad de la mujer y la niña muertas hasta no haber comunicado su fallecimiento a los familiares.

Primera Parte

Bill y Janice Templeton

1

Ahí estaba de nuevo, de pie en medio de la multitud de expectantes madres que llegaban cada día a las tres menos diez y se apiñaban inquietas, encerradas dentro de sus mundos particulares, mientras esperaban que sus hijos salieran del colegio.

Hasta ese momento, para Janice Templeton no había sido sino una simple presencia física; sólo un padre más que aguardaba en medio del frío que su retoño saliera de la *Ethical Culture School*. Hoy, sin embargo, Janice se sorprendió a sí misma observándole —único varón solitario en un mar de mujeres— mientras se preguntaba por qué se presentaba siempre él y no su esposa.

Estaba de perfil, mirando ansioso las grandes puertas del edificio escolar. Janice calculó que tendría poco más de cuarenta años. Era bastante bien parecido; usaba un abundante bigote y unas patillas cuidadosamente recortadas. Tenía el cuerpo esbelto y musculoso de un atleta.

Sintió curiosidad por saber quién podría ser su hijo y se propuso averiguarlo.

Sonó el timbre del colegio.

El desfile de niños saliendo desordenadamente por las puertas constituía una agrí dulce experiencia cotidiana para Janice. Le hacía adquirir conciencia de lo rápido que pasaba el tiempo, de lo velozmente que lo que ayer era un niño se estaba convirtiendo en lo que mañana sería un adolescente.

Alta, ágil, sorprendentemente bella, Ivy Templeton poseía con sus diez años una elegancia femenina que resultaba desproporcionada para su corta edad. Una cascada de cabellos rubios —de un color purísimo desde las mismas raíces— le caía hasta más abajo de los hombros, enmarcando un rostro de facciones exquisitas. La delicada palidez de su piel era el matiz perfecto para los inmensos ojos grises. El trazado de la boca era preciso, y tenía una sensualidad que desaparecía cuando al sonreír recuperaba su aire infantil e inocente. Janice nunca terminaba de maravillarse ante la belleza de su hija, no podía dejar de sorprenderse por el milagro genético que le había dado forma.

—¿Puedo beber una Coca-Cola?

—Tengo Coca-Colas en el refrigerador —respondió Janice mientras besaba a su hija en los cabellos.

Cogidas de la mano iniciaron su caminata por el *Central Park West*. De pronto, Janice se detuvo al recordar al hombre y volvió la cabeza sobre su hombro para ver cuál era el chico que llevaba de la mano. *Se quedó helada*. El hombre estaba parado detrás de ellas, tan cerca que se le podía tocar, tan cerca que se podía sentir su aliento. Sus ojos denotaban el relampagueo maniático de una necesidad insatisfecha y desesperada, de una añoranza inexpresable, que tenía a Ivy por objeto. ¡A Ivy!

—Discúlpeme —dijo Janice con la voz casi ahogada por la impresión.

El corazón le saltaba en el pecho mientras caminaba a toda prisa, aferrada al brazo de Ivy a través del *Central Park West* en dirección a *Des Artistes*, que estaba a cinco manzanas de distancia, sin mirar hacia atrás ni una sola vez para ver si el hombre las estaba siguiendo.

—¿Quién era, mamá?

—No lo sé —respondió Janice jadeando.

El pensamiento de lo que podría haber ocurrido si no hubiera ido a buscar a su hija hizo que se detuviera repentinamente al llegar a la esquina de la calle en que vivían. ¿Qué habría pasado si hubiera accedido a las insistentes demandas de Ivy para que la dejaran volver sola a casa, como Bettina Carew o algunos otros chicos de su curso?

—¿Por qué nos hemos detenido, mamá?

Janice respiró hondo para recuperar el control de sí misma y sonrió desganadamente. Luego cruzaron la calle y entraron en el viejo edificio conocido como *Des Artistes*.

Bill lo llamaba La Fortaleza.

Construido a comienzos de siglo como resultado del capricho de un grupo de pintores y escultores que compraron el terreno, contrataron a una firma de arquitectos, aprobaron los planos, e hicieron los trámites precisos para la hipoteca, el edificio constaba de veinte plantas con seis pisos de diversos tamaños en cada una. Había inmensos estudios con techos muy altos y galerías frente a grandes ventanales, que iban del suelo al techo, y que ofrecían una variada selección de vistas de la ciudad. Un buen número de estos ventanales recibían luz del Norte, satisfaciendo así una verdadera necesidad para un pintor. El decorado de los pisos era lujoso, imaginativo y apropiado para las necesidades estéticas y emocionales de sus dueños. Algunos estudios tenían características barrocas con su despliegue de bóvedas en el techo, repletas de arcos interiores y gárgolas. Otros, seguían la ruta más frívola del rococó y poseían techos pintados y ricas molduras doradas. Unos pocos, estaban decorados en un sombrío estilo Tudor, y contaban con oscuros paneles de intrincados motivos. Un magnífico restaurante en el vestíbulo del edificio satisfacía el apetito de los artistas e incluso servía en cada domicilio exquisitas cenas por medio de una red de montaplatos distribuida por toda la construcción.

Durante la Depresión, *Des Artistes* fue vendido a una cooperativa y la gente que compró los pisos introdujo una nueva distribución. Como era importante tener bastante espacio, rápidamente dividieron la habitación, con lo que consiguieron un amplio living abajo y dos o tres dormitorios arriba.

A pesar de todas las modificaciones que sufrió el proyecto original de los artistas, hubo una cosa que nadie pudo alterar: el encanto y señorío inherentes al edificio. Del mismo modo que sobrevivió el restaurante del vestíbulo, también la atmósfera

original permaneció intacta.

En cuanto estuvieron en el piso, Janice cerró la doble cerradura y corrió el cerrojo. Luego de servir la Coca-Cola a Ivy, y de enviarla arriba a hacer las tareas de la escuela, se preparó un whisky solo. El hombre que estaba en la puerta del colegio verdaderamente la había aterrado. Comprendió que la vida estaba llena de zonas peligrosas, pero que hasta ese momento ella no había tenido que atravesar ninguna.

Llevó su whisky al living y se sentó en su silla favorita, una anticuada mecedora que había pertenecido a su abuela. Mientras bebía, trató de reconstruir el rostro y la expresión de los ojos del hombre cuando estaba mirando a Ivy. La mirada no tenía nada de sexual o depravado; más bien parecía expresar dolor por una gran pérdida; era triste, desesperanzada, desesperada. Sí, desesperada era la palabra exacta.

Janice se estremeció e ingirió un buen trago de whisky. Mientras se levantaba y se dirigía hacia la ventana, pudo sentir cómo le inundaba la cálida y reconfortante sensación que le producía el alcohol circulando por su cuerpo. Sus ojos escudriñaron entre las figuras del tamaño de hormigas que circulaban a toda velocidad allá abajo, en las aceras. El hombre ese, ¿podría estar ahí? ¿Espionando? ¿Esperando? Se lo contaría todo a Bill tan pronto como llegara.

Bebió el último sorbo de whisky, se volvió y paseó su mirada por el amplio living, iluminado por la suave y decreciente luz de esa tarde otoñal. Recorriendo con la vista los metros de oscuro parquet, sus ojos llegaron hasta una gran chimenea de cemento en la que ardía el fuego, y que entibiaba sus cuerpos y sus corazones en las frías noches invernales.

Cerca de la chimenea se elevaba una angosta escalera alfombrada que conducía a un par de dormitorios y al estudio. El pasamanos y sus soportes eran de la época de los artistas y estaban caprichosamente labrados; uno de los adornos representaba una bulbosa cabeza de un jefe vikingo.

Sus ojos recorrieron llenos de afecto cada uno de los amados rincones de lo que constituía su mundo y, como sucedía siempre, terminaron finalmente por detenerse en la *pièce de resistance*, esa cosa única y que les había impulsado temerariamente a decidirse a embarcarse en la peligrosa aventura de comprar el piso: el techo.

Formado por una variedad de paneles de diversas maderas poco comunes, y barnizado brillantemente, el techo era una magnífica obra de arte. Dos grandes pinturas, debidas al pincel de un verdadero maestro, estaban colocadas en el artesonado y lo dividían en dos partes. Después de muchas investigaciones, Janice descubrió que estaban pintadas en el estilo de Fragonard; representaban unas ninfas selváticas, en tonos fríos y claros, que se divertían licenciosamente. Era una visión tan sorprendente y sobrecogedora que solía dejar abrumados a los invitados que la veían por primera vez. A Bill y a Janice les encantaba divertirse con esta reacción y actuaban como si el techo no tuviera ninguna importancia; incluso a veces

manifestaban un ligero fastidio por su llamativa vulgaridad, pero cuando estaban solos muchas veces se acostaban sobre la alfombra, se tomaban de las manos y contemplaban maravillados ese museo particular que tenían en el techo, sorprendidos ellos mismos de la suerte que habían tenido al encontrar y adquirir un tesoro semejante tan poco tiempo después de haberse casado. Se habían precipitado a comprar el piso del mismo modo que se habían precipitado en el matrimonio, impacientes por comenzar pronto su vida en común.

Fanáticos de la ópera, Janice y Bill se conocieron en una representación de *La Traviata*, en San Francisco. En esa época ambos estaban estudiando; Janice cursaba su último año en Berkeley y Bill hacía estudios de postgraduado en la Universidad Estatal de San Francisco. En un tormentoso sábado, los dos fueron al teatro a probar suerte para ver si conseguían una entrada, y rondaban en medio de una multitud entusiasta que también esperaba que alguien devolviera una localidad. Un segundo antes de que levantaran el telón alguien devolvió dos de las mejores localidades. Costaban más de lo que Janice podía gastar, pero rápidamente arrebató una, en tanto que Bill se quedó con la otra.

Sin conocerse, estuvieron sentados juntos en perfecto silencio durante el primer acto, bebiendo en los dolorosos compases de Verdi como si fueran dos almas sedientas que hubieran encontrado agua en el desierto. En el primer intermedio Bill le ofreció un cigarrillo; fumaron y hablaron de ópera. Durante el segundo intermedio, Bill la invitó a una copa en el bar. Esa misma noche cenaron juntos en *Fisherman's Wharf*.

A la semana siguiente pasaron juntos el fin de semana en un motel de Sausalito e hicieron el amor. Se casaron inmediatamente después de que Janice se graduara y se fueron a vivir a Nueva York.

Once años perfectos, pensó Janice, vividos en un escenario incomparable.

Se sentía deliciosamente relajada mientras caminaba hacia la licorera y se servía otro whisky. Dejaría que Bill se bebiera su martini antes de hablarle del hombre.

Estaba en la pequeña cocina cortando en trocitos una zanahoria cuando oyó el ruido de una llave que trataba de abrir el primer cerrojo; el sonido indicaba que la persona lo hacía a tientas, insegura. No podía ser Bill, era demasiado temprano.

Janice se quedó paralizada. Aferrando el diminuto cuchillo para mondar verduras, apenas se atrevía a respirar mientras escuchaba el chasquido casi imperceptible del roce del metal contra el metal. Sabía que estaba a salvo; una doble cerradura y una cadena la protegían, y sin embargo se sentía tan vulnerable como si se hallara enfrentada a un horrible peligro. Si el hombre se había atrevido a pasar furtivamente ante Mario y el ascensorista y se encontraba detrás de la puerta, eso significaba que sería capaz de cualquier cosa.

De pronto, los seguros del primer cerrojo cedieron ruidosamente. Janice, aterrada, escuchó cómo la llave entraba sin dificultades en el segundo cerrojo, que giró y se abrió. Retrocedió hasta apoyarse contra la pared de la cocina. La piel de la mano que empuñaba el cuchillo estaba lívida. La puerta se abrió unos centímetros y la cadena se puso tensa.

—¡Vamos, ábreme de una vez!

Era la voz de Bill.

Con un grito de alivio Janice corrió hacia la puerta, quitó el seguro de la cadena y se arrojó en los brazos de su marido.

—¿Qué te pasa, cariño? —preguntó Bill amablemente.

—Nada —susurró Janice—. Estoy sorprendida de que ya hayas llegado. —Se serenó, sonrió y agregó—: Tengo un vaso en el hielo para tu martini.

Bill se desprendió de los brazos de su mujer y arrastrando las palabras, que pronunciaba cuidadosamente, dijo:

—Por... favor..., no menciones... la... palabra bebida.

En compañía de su ayudante, Don Goetz, había estado agasajando a un cliente nuevo en el Club 21, y la comida consistió casi exclusivamente en bebidas alcohólicas. El cliente, director de una importante cadena de establecimientos dedicados a la venta de productos alimenticios, parecía no estar muy convencido de que era preciso predicar con el ejemplo y tuvo a Bill y a Don tragando whiskys dobles, como única comida, hasta que ya casi no podían tenerse en pie.

Caminando con cautela y cuidando dónde ponía cada pie, Bill comenzó a subir los peldaños para ir a dormir una siesta reparadora antes de la cena.

—Tienes una hora para dormir —le gritó Janice con una alegría forzada—. Y no te olvides que esta noche vienen Russ Federico y su mujer a jugar al bridge.

La respuesta de Bill fue un gemido de agonía.

Janice fue hasta la puerta y la cerró con los dos seguros y la cadena. Vio su vaso vacío sobre la tabla para cortar carne, lo cogió y volvió con él al living. Mientras se preparaba su tercer whisky escuchó voces suaves e ininteligibles en el segundo piso. Oyó la ronca voz de barítono de Bill y las notas agudas de la risa de Ivy. Y estos sonidos la reconfortaron.

—Un trébol.

—Paso.

—Dos corazones.

—Paso.

Carole Federico estudió sus cartas un momento, mordiéndose los labios y dijo:

—Paso.

Bill se rió al darse cuenta del error de Carole. Russ Federico lanzó una mirada asesina a su mujer al tiempo que le decía:

—¿Pero estás loca? ¿No te diste cuenta de que aumenté la postura?

—Como tenemos 40 puntos, con eso teníamos la manga —protestó Carole.

—¡Torpe! Salté. Te estaba indicando que teníamos los puntos suficientes para hacer un slam. —Russ arrojó sus cartas sobre la mesa y prosiguió—: ¡Era la última estupidez que podías hacer!

Russ Federico y su mujer tomaban el bridge muy en serio y las sesiones de los jueves solían terminar en una discusión. El juego comenzaba a las ocho en punto, pero nunca proseguía más allá de las diez. A esa hora, luego de una serie de errores menores, Carole cometía habitualmente uno grave, lo que, aparte de provocar un paroxismo de ira a su marido, le señalaba a Janice que era el momento oportuno para servir el café.

El matrimonio Federico era ligeramente más joven que los Templeton. Bill y Russ se habían conocido porque bajaban juntos en el ascensor a la misma hora todas las mañanas. Las sonrisas y frases ocasionales fueron convirtiéndose en diálogos y, finalmente, en amistad. A menudo caminaban juntos a sus respectivos trabajos.

Russ y Carole vivían en *Des Artistes* desde 1970, fecha en la que compraron uno de los pisos más pequeños. Hacía cinco años y medio que estaban casados y no tenían hijos. Russ era el dueño de un pequeño estudio de grabación en la calle Cincuenta y siete.

Al igual que Bill y Janice, no soportaban la televisión, les encantaba el bridge y, por encima de todo, eran fanáticos amantes de la ópera y poseían una fabulosa colección de discos, muchos de los cuales eran verdaderas piezas de colección.

Su primera reunión social tuvo lugar en casa de los Templeton. Janice se pasó el día entero preparando *tonnato* frío de ternera, un áspic de apio y una cremosa *mousse* de chocolate rociada con un Grand Marnier. Russ y su mujer quedaron impresionados, y expresaron abiertamente su admiración proponiendo brindis tras brindis con el Mouton Cadet que habían llevado para la cena. Más tarde, la amistad terminó de consolidarse con la audición de uno de los discos más extraordinarios de Russ: una grabación de Alma Gluck, hecha en 1912, en la que interpretaba arias selectas de *Fausto*, *Aída* y *Manon Lescaut*.

El vigoroso combate vocal de los cantantes llevó la ópera hasta su trágico final. Janice estaba sentada en la mecedora; miraba a los demás y les veía saborear los compases finales. Durante estas sesiones musicales nunca se hablaba. Russ tenía los ojos entrecerrados y una expresión de hondo recogimiento; Carole miraba al suelo; Bill, cómodamente sentado en una silla, cubría sus ojos con una mano y su actitud indicaba la atención con que escuchaba. Sin embargo, Janice tuvo la sospecha de que dormitaba.

Cuando el sonido de los címbalos puntuó el crescendo final de la orquesta, Janice miró a Russ y advirtió que observaba atentamente el extremo opuesto de la sala. El

relampagueo travieso de sus ojos le hizo volver la cabeza. Vio a Ivy que bajaba la escalera, frotándose la cara congestionada por el sueño. El efecto que su aparición produjo en Russ era obvio. Dos veces en un mismo día un hombre había mirado a su hija de una manera extraña. Dolida y sorprendida, Janice se preguntó por qué la infancia de Ivy parecía haber concluido tan pronto.

—Mamá, no me siento bien —dijo Ivy, bostezando con desgana mientras caminaba hacia su madre.

La lámpara del rincón la iluminó por detrás y transformó su camisa de dormir en un velo transparente.

Russ se puso de pie y la saludó con una sonrisa provocativa diciendo:

—¡Vaya, chica, te estás haciendo mayor!

Sus ojos le recorrieron el pecho, mirando furtivamente lo que ocultaba la tela.

Ivy le dedicó una ligera sonrisa y puso un brazo alrededor de la cintura de su madre. Carole, que se había dado cuenta de lo que estaba sucediendo, se les acercó y dijo con un tono de enfado fingido que pretendía ser cómico:

—Bien, macho, llévame a casa antes de que te metas en un lío.

Bill se había quedado dormido, después de todo, porque permanecía en la misma posición: arrellanado en la silla, protegiendo sus ojos con una mano.

Después que Russ y Carole recogieran sus discos y se marchasen, Janice sacudió delicadamente a Bill para despertarle; envió a Ivy para arriba, la siguió con una taza de leche caliente y le tomó la temperatura. Era normal.

Cuando terminó de desnudarse, ponerse crema en la cara, y meterse dentro de su camisa de dormir, Bill dormía profundamente. Su respiración suave y rítmica, que no alcanzaba a ser un ronquido, llenaba la habitación. Era un ruido agradable, que inspiraba seguridad y que a menudo le servía a Janice como canción de cuna para quedarse dormida.

Apagó la lámpara y se metió en la cama junto a su marido. Se subió la camisa de dormir hasta la cintura y suavemente se acomodó a su lado, ajustando su cuerpo a la curva cálida y desnuda del cuerpo de Bill.

Su vida sexual, como todo en su matrimonio, era perfecta. Entre ellos nada resultaba rutinario; a ambos les gustaba experimentar y cada encuentro físico aportaba algo nuevo. Para aumentar sus conocimientos Bill compraba libros sobre la materia y expresiones tales como «lazo biológico», «curva biológica», «concentración en el otro» y «espiral íntimo», no sólo les resultaban conocidas sino que también las ponían en práctica.

Janice sonrió al recordar el libro de posturas de Oriss que Bill llevó a casa una noche. Tenía ilustraciones de más de cien posturas para hacer el amor, tal como lo practicaban los árabes en el siglo XVI. En el transcurso de varias semanas probaron un buen número de las más factibles, que en su mayoría resultaron muy poco

satisfactorias. Se vieron obligados a abandonar sus experimentos cuando Bill se lastimó la espalda practicando la posición número diecisiete, conocida como «la carretilla».

Su sonrisa se hizo más amplia con los recuerdos de la alegría, la diversión, la infinita dulzura de su vida en común allí, en las alturas del corazón de Manhattan, en su maravilloso dúplex.

Qué perfectas habían sido sus vidas, qué seguras y resguardadas; sin terrores, ni miserias, ni conmociones repentinas. Excepto durante ese torrente de pesadillas enloquecedoras que habían atormentado a Ivy cuando empezaba a dar sus primeros pasos, y que había durado casi un año, no habían existido ni enfermedades, ni privaciones, ni temores, ni siquiera interés por introducir en sus vidas nuevas gentes que pudieran quizá perturbar el orden perfecto de su existencia.

Hasta hoy, se dijo Janice sintiéndose asaeteada por un sentimiento de pesar. Hasta hoy, frente al colegio.

Estaba segura, y lo había estado desde las tres y diez de la tarde, que la vida tal como la habían conocido hasta entonces estaba a punto de concluir. Incluso ahora, acostada junto al cuerpo cálido del hombre que amaba, estaba cierta de que extrañas fuerzas se estaban poniendo en movimiento para despedazar su sueño. No sabía cuándo o por qué ocurriría, sólo que era inevitable.

Esa tarde, un repentino relámpago premonitorio le había mostrado sus destinos reflejados en los ojos de un desconocido.

2

Ivy despertó con algo de fiebre. Era una temperatura sólo un poco superior a la normal, pero Janice decidió que era mejor que no fuera al colegio y se quedara en casa. Como el fin de semana estaba próximo tendría tres días para reponerse. Si la temperatura subía llamaría al doctor Kaplan. Una vez racionalizada satisfactoriamente su decisión experimentó una sensación de alivio por haberla tomado. ¿O se trataba más bien de postergar lo inevitable?

En cualquier caso, pasarían tres días antes del próximo encuentro con el hombre.

En una mañana fría y soleada, Bill cruzó las grandes puertas de cristal del viejo edificio y comenzó a caminar en dirección a la esquina de la calle Sesenta y siete y el *Central Park West*. El día era perfecto para una caminata y podría llegar a tiempo a la oficina puesto que no tenía que acompañar a Ivy al colegio.

Incluso podría variar el trayecto habitual a través del *Central Park West*, que era una ruta más corta, y cruzar directamente el parque hacia *The Tavern on the Green*. Tardaría unos siete minutos más, pero el parque tenía una gran belleza en esa estación del año y a Bill le encantaba caminar despacio sobre el suave tapiz crujiente que en otoño formaban las hojas doradas en el suelo.

Cuando cambiaron las luces del semáforo ya se había decidido; cruzó la calle, entró al parque y se encaminó en dirección al famoso restaurante, techado de blanco y verde.

Mientras atravesaba las rejas de entrada al parque había dirigido una mirada al colegio de Ivy, situado seis manzanas más abajo del *boulevard* y se había preguntado qué pensaría «Patillas» al comprobar que ni él ni Ivy aparecían esa mañana.

Bill caminó sobre la gruesa capa de hojas secas que el viento había acumulado sobre el sendero y prosiguió su ruta por el parque hacia el Sur. En esa parte los caminos eran amplios y estaban bordeados por inmensos árboles. La mañana estaba serena y las hojas caían suavemente, arrastradas por su peso.

Fue el 12 de septiembre, hacía exactamente cuatro semanas y cuatro días, cuando Bill se dio cuenta por primera vez de la presencia del hombre. En realidad, no la había percibido hasta el 14, dos días más tarde, pero cuando comprendió que le estaba siguiendo hizo un rápido recorrido mental retrospectivo hasta que logró situar el primer encuentro en una fecha específica.

Bill acababa de concluir un negocio que le había tenido ocupado toda la tarde con un representante de los medios de información de *Doggie-Dog Tid Bits*, y estaba en la calle. Habían conversado en la suite que tenía el cliente en el Hotel Pierre. Al salir, comenzó a llover; consiguió caminar las cinco manzanas hasta la Quinta Avenida antes de que comenzara el diluvio, y afortunadamente encontró allí un autobús que

estaba estacionado mientras subían los pasajeros.

Cuando el repleto autobús partió con su cargamento de personas empapadas, Bill se encontró rodeado estrechamente por una masa de desconocidos que mezclaban sus alientos con el suyo, balanceando y sacudiendo su cuerpo junto con ellos, siguiendo el ritmo *staccato* del recorrido por la carretera.

El rostro que tenía más próximo era el de una mujer madura, agria, carente de alegría y esperanzas, provista de un par de ojos que miraban en forma inexpresiva, sin registrar nada de lo que veían. No podía ver la persona que tenía detrás, pero sabía que era otra mujer porque sentía la forma suave y flexible de sus senos apretándose contra su espalda cada vez que el autobús se detenía.

La otra cara, cuyo perfil sólo podía ver parcialmente, pertenecía a un hombre más o menos de su misma edad. Le llamó la atención la perfecta patilla que alcanzaba a verle en la mejilla derecha. Resultaba fascinante por su simetría. Cada pelo parecía separado de los otros y se destacaba nítidamente. Se diría la obra de un dibujante. La gruesa mata de pelos de la patilla iba acompañada de un bigote igualmente perfecto. Algo, sin embargo, hacía que el conjunto resultara sumamente extraño. Bill estuvo tratando de descubrir la causa de esta sensación durante la mitad del trayecto a través del parque hasta que finalmente la encontró: eran postizos. Las mejillas del hombre eran prácticamente lampiñas y resultaba imposible que semejante frondosidad capilar brotara en él espontáneamente. Sonrió, satisfecho de haber resuelto el misterio y, de pronto, se dio cuenta de que el hombre le estaba mirando. Rápidamente dirigió la vista hacia otro sitio y comenzó a estudiar con fingida dedicación la propaganda que aparecía sobre el asiento del conductor.

Llovía a cántaros cuando Bill se bajó del autobús en la esquina de la calle Sesenta y seis y el *Central Park West*. Minúsculas explosiones brillantes de agua reventaban sobre la calle mientras recorría al trote la corta manzana anterior a *Des Artistes*. Había olvidado por completo al hombre de las patillas.

Dos días más tarde le volvió a encontrar, esta vez en el ascensor del edificio donde se encontraba su oficina. Estaba detrás de un grupo de personas cuando Bill entró. No le miró, y éste fingió no darse cuenta de su presencia. Podía tratarse de una casualidad, aunque Bill no creía que fuera algo accidental.

Más tarde, para confirmar sus sospechas, Bill recurrió a la enorme computadora que utilizaba Simmons Advertising para sus análisis demográficos. Suministró a la máquina toda la información que se le ocurrió: densidad de población, área de los encuentros, e incluso sus sexos, edades aproximadas y una estimación de sus condiciones físicas. La computadora respondió que existía una posibilidad entre diez millones de que dos encuentros de ese tipo tuvieran lugar en un plazo de dos días.

Bill estaba dispuesto, sin embargo, a concederle al desconocido que *podiera* tratarse de una coincidencia.

Las dos ocasiones anteriores podían haber sido encuentros fortuitos. La tercera no.

Una de las firmas comerciales de cuya publicidad se ocupaba Bill tenía sus oficinas en Wall Street. Bill y Don Goetz habían dedicado toda la mañana del lunes a presentar la campaña publicitaria de primavera ante el consejo directivo. La negociación proseguiría por la tarde, de modo que ambos escaparon a un restaurante cercano para poder tomar un rápido refrigerio.

Habían concluido sus sándwiches y estaban bebiendo una segunda taza de café, cuando Bill descubrió la silueta familiar de Patillas al final de una masa humana que esperaba cerca de la puerta para entrar en el restaurante. La figura del hombre era apenas perceptible, ya que la muchedumbre a su alrededor sólo le dejaba visible un fragmento de la cabeza. No obstante, Bill tuvo la certeza de que se trataba de la misma persona de sus dos encuentros anteriores.

Después de pagar, Bill se abrió paso entre la multitud que bloqueaba las puertas. Aguzó la vista para localizar al hombre de las patillas, pero durante el tiempo que tardó en pagar su consumición y en ponerse el abrigo el hombre desapareció.

Volvió a mirar dentro del restaurante para ver si estaba sentado. No se le veía en ningún sitio.

Bill quedó preocupado. Era obvio que le estaban siguiendo, pero ¿quién? ¿La policía? ¿El FBI? ¿Y por qué motivo?

Aquella tarde recorrió lentamente el camino que conducía al pequeño lago del *Central Park*. Cisnes y gansos nadaban en círculos, buscando tranquila y pacientemente palomitas de maíz o cacahuets en el agua. Caminó hasta un banco desocupado y se sentó.

Bill tenía una mente lógica y ordenada. Si le estaban siguiendo, y si se trataba del FBI, debía ser por alguna razón. Sentado bajo la sombra del Plaza Hotel, que mostraba su mole impresionante detrás del lago, Bill hurgó en su memoria buscando algo que pudiera haber hecho en la Universidad, alguna organización o club de los que hubiera sido miembro, que pudieran haber constituido una razón para que el FBI se interesara por él. Repasó cada episodio de su juventud, cada pequeño segmento de sus años escolares, buscó minuciosamente en cada uno de los días de ese año miserable que había pasado en el ejército. No pudo descubrir nada. Estaba limpio de culpa. Sobre eso no tenía dudas.

Era obvio que el hombre usaba un disfraz. El bigote y las patillas parecían cosas de aficionados. ¿Tal vez no se trataba de un profesional? Pudiera ser un loco. La ciudad estaba llena de locos. Se les veía en los autobuses, en el metro, a plena luz del día, caminando por la Quinta Avenida, gritando, aullando, maldiciendo, sin que la policía interviniera y sin que nadie se atreviera a detenerles. Sí, la ciudad estaba llena de psicópatas. Y si se era listo, no se les dejaba aproximarse demasiado.

Bill recordó lo que le había sucedido a Mark Stern. Su brillante carrera fue destruida por un loco. Mark y su mujer habían estacionado el coche en una calle lateral, próxima al *Lincoln Center*. Eran miembros de la *Metropolitan Opera Association* y mientras vivieran tenían derecho a asientos en el Círculo de Fundadores de la Opera. Después de la representación fueron a coger su coche y encontraron a un tipo orinando en el parachoques. Mark se enojó y le empujó para que se retirara del coche. El hombre orinó sobre él y su mujer. Mark le golpeó ante varias personas aturdiéndolo, lo que le provocó una ligera conmoción de la que se recuperó después de un par de semanas en el hospital. Una vez fuera, contrató un abogado e hizo una demanda judicial por asalto y violencia. El juicio fue con jurado y Mark fue declarado culpable. Estuvo dieciséis meses en la cárcel, perdió su trabajo como vicepresidente de Gelding and Hannary, y lo último que Bill supo de él era que su mujer se había divorciado del pobre infeliz.

Se dio cuenta de que estaba sonriendo; lo que le había pasado a Mark era trágico, pero le divertía pensar en ese par de asientos que estarían vacíos en el Metropolitan mientras Mark viviera.

Suspiró y se levantó del banco. Patillas tenía que ser un loco.

Tuvo que cambiar de opinión al día siguiente.

Bill y Don habían dedicado la mañana a tratar de recuperar un antiguo cliente al que representaron en otro tiempo, pero que les había sido arrebatado algunos años atrás y que ahora trabajaba con otra agencia. Don se sintió encorazonado con el recibimiento que obtuvieron; Bill, un poco más viejo y más experimentado, tenía la impresión contraria e intentaba explicársela mientras volvían a la oficina en taxi.

—Nos han dejado marcharnos.

—Bueno, quieren pensarlo —protestó Don—. ¿Qué hay de malo en eso?

—Si tienen que pensarlo eso quiere decir que los hemos perdido —respondió Bill de forma terminante.

A Bill le agradaba Don Goetz porque era brillante, agresivo, leal y estaba ansioso por aprender. Le había contratado como ayudante hacía tres años, cuando acababa de graduarse en la Universidad de Princeton. Nunca lamentó haberlo hecho.

Lo primero que vio al acercarse a su escritorio fue un sobre de los que se usaban para la correspondencia interior de la oficina. Antes de abrirlo dio una mirada a las anotaciones de las llamadas telefónicas recibidas en su ausencia. El sobre contenía una foto suya para la que había posado el año anterior en *Bacbrach*. La acompañaba una ficha con sus datos personales, copia de la que se conservaba en el archivo del personal. Una nota manuscrita de Ted Nathan, director del personal de Simmons, decía: «Me olvidé de incluir la foto junto con la ficha. Lo siento. Ted.»

Bill movió la cabeza sin entender nada y puso el sobre a un lado.

Atendió las llamadas pendientes más urgentes antes de llamar a Ted por el

teléfono interno.

—¿Para qué es la fotografía? —preguntó tan pronto como escuchó la voz de Ted.

—¿Por qué lo preguntas? —dijo Ted—. Siempre se adjunta una foto con la ficha.

—¿Qué ficha?

—La que pediste.

—Espera un momento. Comencemos por el principio... ¿Dices que te he pedido una ficha con mis datos personales?

—Así es.

La voz de Ted Nathan revelaba un cierto nerviosismo y pronunciaba cuidadosamente cada palabra.

—Está bien —dijo Bill afablemente—. ¿Cuándo te la he pedido?

—Esta mañana, un poco después de las nueve. Acababa de llegar cuando llamaste. La querías en duplicado. ¿No te acuerdas, Bill?

—Sí, Ted, sí. Todo ha sido una confusión mía. Gracias. Oh, a propósito, ¿las has traído tú personalmente?

—Por supuesto que sí. Aquí no hay nadie a esa hora.

Convencido de que no era culpable de ninguna equivocación, Ted Nathan fue recuperando la seguridad y continuó en tono firme:

—Puse las fichas en el escritorio de tu secretaria, tal como me dijiste.

—Está bien —dijo Bill amablemente—. Gracias, Ted.

Bill colgó, se reclinó en su asiento y miró el gran grabado de Motherwell que dominaba la pared de enfrente. Sus ojos se perdieron en las tranquilizadoras yuxtaposiciones en pardo y negro, y se fue sumergiendo en la magia hipnótica de la intuición del artista.

Estuvo largo rato sentado en silencio, inmóvil. Tenía mucho en qué pensar.

Alguien estaba tratando de averiguar todo lo concerniente a su vida. Eso era obvio. Alguien que se había preparado con sumo cuidado para esta investigación; que sabía que su secretaria no llegaba a la oficina hasta las nueve y media, que Ted Nathan siempre lo hacía un poco después de las nueve; que sabía que esa mañana él debía ir directamente a su cita de negocios sin pasar antes por la oficina; alguien, en fin, que podía imitar tan bien su voz como para engañar a un hombre al que conocía desde hacía nueve años. Alguien con la preparación e ingenio necesarios para planear una operación tal, y cumplirla sin que le sorprendieran, una persona de talento, esforzada y audaz.

Una semana más tarde Patillas hizo su aparición en el colegio. Fue el primer lunes de octubre. La amenaza de nieve era inminente.

Como de costumbre, Bill llevaba a Ivy al colegio en su camino hacia el trabajo. Con las manos enguantadas estrechamente unidas, corrieron una manzana y al llegar a la esquina se dieron vuelta para recibir en sus espaldas el gélido impacto del viento

que barría las calles transversales. Era un juego con el que se divertían juntos todos los años en esa época, y que les encantaba.

Cuando finalmente llegaron al colegio, los dos estaban sin aliento y se reían, felices de encontrarse cerca el uno del otro.

Los ojos de Bill estaban llorosos por efectos del frío y apenas pudo ver a Ivy cuando ésta se puso de puntillas, le besó en la mejilla, y después de subir a toda prisa los peldaños, cruzó las grandes puertas del colegio.

Bill se volvió para marcharse y estuvo a punto de chocar con un grupo de madres que despedían a sus hijos al pie de la escalera. Murmuró algunas palabras de disculpa y comenzó a caminar para alejarse, cuando se quedó repentinamente inmóvil. Patillas estaba parado en su camino y le miraba fijamente. La expresión de sus ojos le sobrecogió, parecía exigir un enfrentamiento. Bill avanzó unos pasos y dijo:

—Me llamo Bill Templeton. Creo que usted desea conocerme.

El hombre se sorprendió y miró gravemente a Bill antes de responder con lentitud:

—No sé si quiero conocerle. No estoy seguro aún. Se lo haré saber pronto.

Y sin agregar una palabra más, le dio la espalda y se precipitó por el *boulevard* en dirección a Columbus Circle.

Bill no pudo hacer otra cosa que verle partir. Perplejo, sentía resonar en su cabeza una y otra vez las palabras del hombre.

No sé si quiero conocerle. No estoy seguro aún. Se lo haré saber pronto.

Pasó una semana.

Patillas acudía todas las mañanas fielmente a esta cita frente al colegio. Bill le encontraba en su lugar habitual, cerca de los escalones, observando desde lejos cómo se acercaban. Les miraba besarse para despedirse, luego se volvía y apenas Ivy entraba en el edificio él se precipitaba en dirección a Columbus Circle.

Cuando habían transcurrido dos semanas, y la situación seguía igual, Bill decidió ir a la policía.

El sargento que le recibió era un hombre panzudo, dispéptico y en edad de jubilar. Escuchó su historia aburrido y desinteresado y le envió arriba, a la sección de Detectives, para que se entrevistara con el detective Fallon.

Bill se sentó frente a un hombre joven, bien parecido, vestido de civil, y le repitió la historia.

La habitación era grande, pintada de un lúgubre color verde y estaba atestada de una curiosa variedad de mesas y sillas. La mesa ante la cual estaban sentados Bill y el detective Fallon mostraba claramente no sólo el paso de los años sino también el de una infinidad de delincuentes.

El detective le escuchó atentamente pero sin manifestar sorpresa ni emoción. Tomó algunas notas, le dirigió una breve mirada cuando Bill mencionó el disfraz, y le

dejó concluir antes de preguntarle:

—¿Esta persona le ha violentado?

—¿Violentado?

—¿Ha tocado su cuerpo en forma intencionada? ¿Le ha empujado? ¿Le ha golpeado?

—No, nada de eso.

El rostro de Fallon se suavizó ligeramente. Prosiguió:

—A menos que haya pruebas de uso de violencia física la policía puede hacer muy poco en un caso como éste.

—¿No es bastante que me siga y me espíe?

—¿Qué pruebas tiene de que le espía?

—Ya se lo dije. Estuvo en mi oficina y consiguió una ficha con mis datos personales haciéndose pasar por mí —la voz de Bill aumentó de volumen al incrementarse su indignación—. ¿No le parece prueba suficiente?

—¿Cómo puede demostrar que fue él quien lo hizo? ¿Tiene pruebas concretas de que fue él la persona que entró en su oficina?

—Bueno... no, pero... —la energía de su voz desapareció.

Fallon le observó un momento como si lo lamentara. Agregó:

—Oficialmente no puedo hacer nada por usted, señor Templeton, pero repítame a qué hora lleva a su hija al colegio.

—Las clases comienzan a las ocho y media.

—Bien. Estoy en el turno de nueve a cinco esta semana. Pasaré por allá un momento mañana y le daré un vistazo personalmente a ese tipo —y prosiguió con una sonrisa breve y poco comunicativa—: En forma no oficial, por supuesto.

Patillas no apareció a la mañana siguiente.

Después que Ivy entró en el edificio, Bill fue hacia el detective Fallon, que había estado todo el tiempo tratando de esconderse detrás de un buzón para pasar desapercibido. Cuando Bill le informó que el hombre no había aparecido, Fallon gruñó ligeramente, se encogió de hombros y dijo que volvería. A la mañana siguiente ocurrió lo mismo: Fallon apareció y Patillas no. La tercera mañana Patillas les esperaba en su lugar de costumbre, pero Fallon ya se había aburrido.

Las hojas crujían con un agradable sonido bajo las pisadas de Bill mientras éste se aproximaba al cruce para peatones de la calle Cincuenta y nueve y la Quinta Avenida. Frente al Plaza Hotel había una larga fila de carruajes tirados por caballos que esperaban que los turistas terminaran de desayunar y comenzaran sus visitas a la ciudad.

Bill esperó que cambiara la luz del semáforo. En cierto modo se alegraba de que Ivy no hubiera ido al colegio hoy. Tendría tres días de respiro antes de enfrentarse con la mañana del lunes.

Pensó en el fin de semana que comenzaba. Sería agradable pasarlo en casa. Podría salir de compras si faltaba algo para la comida. Quizá podrían invitar a Russ y a su mujer a cenar y a jugar al bridge el sábado por la noche.

Cruzó la calle Cincuenta y Siete y dobló hacia el Este, en dirección a la avenida Madison recorriendo la calle con paso alegre. Para variar, se sentía casi satisfecho. Pensó en la frase italiana: *Che será será*. Lo que haya de ser, será. El próximo paso le correspondía darlo a Patillas. ¡Bien podía irse al diablo!

Bill había estado sometido a una tremenda presión durante las últimas semanas, pero se enorgullecía de no haber dejado traslucir en casa sus preocupaciones ni una sola vez. Le había ahorrado a Janice el conocimiento de su pequeño *pas de deux* con el hombre del disfraz.

Había sabido mantener inviolada y segura su Fortaleza.

3

La palabra que aparecía en el tablero decía M-A-T-E-R-I-A-L.

Ivy se rió y colocó una I a continuación de la L; Janice estudió varias posibilidades y agregó una Z a la I. Ivy rápidamente completó la palabra con una A. Se rió triunfante y exclamó: ¡ya está!

Eran sólo las diez menos diez. La mañana parecía interminable.

Ivy acababa de poner una X bajo la E, comenzando una nueva palabra en sentido vertical, cuando sonó el teléfono. Janice agregó una P a la X; se levantó del suelo para contestarlo con un gruñido humorístico, y cruzó el largo y elegante salón. Probablemente sería Bill; a menudo llamaba al llegar a la oficina.

El teléfono estaba en una mesa baja, formando ángulo en un rincón con dos sofás tapizados de negro sobre los cuales había una serie de cojines en dos tonos de verde. Un gran florero lleno de hojas otoñales enmarcaba con matices marrones el rincón.

Cogió el teléfono cuando ya había sonado cuatro veces.

—Dígame.

No hubo respuesta.

—Dígame —repitió en voz más baja y en tono aprensivo.

Estaba a punto de colgar cuando finalmente escuchó una voz masculina, reposada, titubeante, que preguntó:

—Ella, ¿está bien?

Janice colgó violentamente.

Permaneció donde estaba, tratando de escapar de la oleada de pánico que amenazaba con envolverla. Era el hombre. Lo sabía. Había descubierto el número de teléfono a pesar de que no figuraba en la guía. De alguna manera lo había conseguido. Janice temblaba. *¡Contrólate, contrólate! ¡No debía permitir que Ivy la viera en ese estado!*

Con una leve sonrisa rígida en la cara se sentó de nuevo para continuar jugando.

Ivy agregó una O bajo la P y preguntó sin demasiado interés:

—¿Quién llamaba?

—El Servicio Secreto —respondió Janice con una risa ligera y afectada.

Ivy dejó escapar una risilla sofocada. Sabía exactamente lo que su madre quería decir. Las llamadas telefónicas en las que no se oía a nadie al otro lado de la línea eran un suceso frecuente en las vidas de la mayoría de los habitantes de la ciudad. Ya fuera que estas llamadas se debieran a equivocaciones, travesuras infantiles o sirvieran de diversión para enfermos mentales, no había manera de contabilizarlas y mucho menos de impedir las. Todo el mundo aprendía a vivir con esta molestia que formaba parte de lo cotidiano. Las llamaban Servicio Secreto como una manera de burlarse de este tipo de llamadas en las que nadie se identificaba al otro lado de la

línea.

Justo en el momento en que Janice colocaba una R bajo la O, volvió a sonar el teléfono. Janice miró cómo Ivy agregaba una T. El teléfono siguió sonando. En el tablero quedó formada la palabra E-X-P-O-R-T-A-C-I-O antes de que Ivy preguntara:

—¿No vas a contestarlo?

—No —contestó Janice, obligándose a poner una nota alegre en su voz—. Prefiero jugar contigo que con el teléfono.

Ivy agregó una N con un murmullo de satisfacción.

El teléfono continuaba sonando.

—Creo que deberías contestar —dijo Ivy preocupada—. Puede ser papá.

Janice había pensado lo mismo. Podía imaginarse a Bill sentado detrás de su escritorio escuchando inquieto sonar y sonar el teléfono, preguntándose por qué no contestaba nadie.

Se puso rápidamente de pie y empezó a caminar hacia el aparato cuando éste dejó de llamar.

—Vaya —dijo Ivy apenada—. No has llegado a tiempo.

—Si era tu padre, volverá a llamar —dijo, inclinándose para tocar la frente de Ivy—. ¿Quieres tomar un vaso de leche con galletas?

—¡Sería fantástico!

A Janice se le derramó media botella de leche, se manchó toda ella y salpicó también el suelo de la cocina, cuando el teléfono volvió a sonar. Pero esta vez el sonido era corto y *staccato*, lo que indicaba que llamaban por el teléfono interno, que estaba colocado en el vestíbulo, cerca de la puerta de calle. Si era *el hombre* se negaría a hablar con él; podría hacerlo ya que todas las comunicaciones del teléfono interno con el exterior eran controladas por Dominick en su escritorio del vestíbulo central del edificio.

—¿Señora Templeton? —el acento tosco y familiar de Dominick le resultó agradablemente tranquilizador—. Le llama su esposo.

—Gracias, Dominick.

—¿Qué pasa? —fueron las primeras palabras de Bill—. Te he llamado dos veces. La primera estaba comunicando, la segunda no respondió nadie.

—No pasa nada —mintió—, aquí no sonó el teléfono. Tal vez te equivocaste de número.

Bill hizo un corto chasquido con la lengua aceptando la explicación y preguntó:

—¿Cómo está mi princesita?

—Bien. No tiene fiebre. Seguramente se trata de uno de esos malestares que se curan en un día.

—Bueno. No la dejes salir a la calle.

—Por ningún motivo —dijo Janice con un leve deje trágico en la voz.

—Puede que vuelva a casa temprano.

—Espléndido. Llámame más tarde para confirmármelo —dijo Janice tratando de poner punto final a la conversación.

—¿Por qué no llamas a Carole y le preguntas si pueden cenar con nosotros mañana por la noche?

—De acuerdo.

Hubo una pausa. Luego Bill prosiguió:

—¿Hay alguna novedad ahí?

—No. Ninguna —respondió Janice mientras se preguntaba por qué Bill no se decidía a colgar de una vez.

El teléfono del living sonó de nuevo. Su sonido distante y estridente hizo que cada nervio de su cuerpo se encogiera en protesta. Se escuchó farfullar con voz entrecortada:

—Tengo que colgar, Bill. Está sonando el teléfono.

—Contéstalo, te esperaré.

Janice colgó bruscamente y se precipitó por el vestíbulo en dirección al living. Cuando llegó, Ivy ya había tomado el aparato. La oyó decir mientras sonreía con un deje de tristeza:

—Bien, gracias. Adiós.

Luego colgó, depositando con delicadeza el teléfono en su sitio.

El corazón de Janice latía furiosamente mientras avanzaba. Consiguió que su voz sonara indiferente cuando preguntó quién había llamado.

—Un hombre —respondió Ivy.

—¿Dijo su nombre?

—No.

—Seguramente se había equivocado de número.

—No lo creo porque me llamó Ivy.

Janice se sorprendió de su autodominio al oírse comentar despreocupadamente:

—Tal vez era algún profesor. Aunque tú no lo creas se preocupan por sus alumnos.

—Apuesto a que era el señor Soames —Ivy lanzó una carcajada—. Siempre anda preguntando a las chicas cómo se sienten. El otro día se lo preguntó a Bettina ¡y ella ni siquiera estaba enferma!

Janice recordó de pronto que Bill esperaba en el teléfono interno. Dijo:

—¿Por qué no subes y te acuestas un rato? Tu padre me está esperando en el otro teléfono.

—¿Y la leche y mis galletas?

—Yo te las subiré. Vete ahora, corre.

Ivy se dirigió sin mucho entusiasmo hacia la escalera.

—¿Quién llamaba? —preguntó Bill.

—Uno de los profesores que quería saber cómo se encontraba Ivy —contestó Janice sin siquiera detenerse a pensar en lo que estaba diciendo.

—Oh. ¿Qué profesor?

—El señor Soames.

Más tarde, mientras Ivy dormía, Janice analizó sus reacciones y revisó cada momento de la horrible situación que estaba viviendo, y se preguntó por qué no había contado sencillamente la verdad a Bill. No pudo encontrar una razón satisfactoria, aparte de un deseo vago y absurdo de preservar la paz y tranquilidad del fin de semana que se aproximaba. Sí, eso era. Intentaba proteger su fin de semana para poder saborear, tal vez por última vez, la ternura de sentirlos cerca antes de que el hacha descendiera, como estaba segura de que inevitablemente ocurriría.

Intentaba conseguir un poco más de tiempo.

El taxi dejó a Bill frente al parque de la calle Cincuenta y dos, a un paso del supermercado Gristede. Luego de echar una rápida mirada a los alrededores cruzó el amplio *boulevard* y entró en la tienda.

Caminó por los estrechos pasillos llenando el reluciente carrito metálico con latas, cajas, paquetes de judías, sopas, *kraut*, tocino, salchichas, leche, diversas clases de pan y bollos, cacahuetes, patatas fritas, tartas envasadas y helados. Compró provisiones como para llenar una despensa.

En la sección de verduras seleccionó tres lechugas y seis tomates que, descubrió horrorizado, se vendían a un dólar y cinco centavos el medio kilo.

Al tomar el pasillo que llevaba a la carnicería creyó ver la huidiza silueta de un hombre que desaparecía precipitadamente por el extremo opuesto. Impulsado por la inquietud, hizo rodar el carrito a toda velocidad por el pasillo. Jadeando, giró en el extremo esperando encontrarse con Patillas que huía en dirección a la puerta de salida; pero lo único que vio fue un par de ancianas que le miraron con disimulada alarma. Bill les sonrió burlón y dirigió el carrito hacia la carnicería; compró tres filetes, tres kilos de solomillo para asado y una docena de finísimas chuletas de cerdo.

En la caja hizo un cheque por ochenta y un dólares y cincuenta centavos mientras metían su compra dentro de tres grandes bolsas de papel. Había pensado caminar las cinco manzanas hasta su casa, pero las bolsas estaban muy llenas, y resultaron demasiado pesadas. Pidió que le prestaran el carrito para llevarlas, diciendo que lo devolvería más tarde, pero se lo negaron cortésmente. Iba a tener que buscar un taxi en alguna parte.

Le autorizaron amablemente a dejar las verduras en el supermercado, lo que le permitió ir a toda prisa al Mayflower Hotel, que quedaba cerca. Después de diez minutos de espera apareció un taxi a dejar un pasajero.

Eran las cuatro y cuarto cuando Bill entró en el ascensor del señorial y antiguo

edificio acompañado por Mario, el portero, que cargaba con las dos bolsas más pesadas.

El fin de semana había comenzado.

Desde el momento en que Bill entró en el piso se dio cuenta de que la atmósfera estaba cargada de electricidad. Cada uno tenía una conciencia exagerada del otro; cada movimiento, cada mirada, cada gesto resultaba desproporcionado. Janice se reía con unas carcajadas que resultaban artificiales; Bill desplegaba un buen humor y una pasión desmesurados. Ambos captaban las notas falsas en el otro, pero se sentían incapaces de afrontar la situación.

Mientras Janice sacaba las compras de las bolsas, Bill subió al segundo piso para ver a la niña.

Ivy había dedicado la tarde a componer un poema para Bill. Padre e hija se sentaron en la cama para que Ivy lo recitara. Exprimiendo todas las posibilidades dramáticas de cada palabra, la niña declamó:

*Mi papá es grande, mi papá es fuerte,
mi papá nunca hace nada que esté mal.
Su voz es firme, su risa alegre,
y yo pienso en él todo el día.
Tengo mucha suerte de ser parte
de un hombre como mi papá.*

Bill tenía los ojos húmedos por la emoción cuando se inclinó para besar la cara sonriente y orgullosa de su hija.

—Bellísimo, princesa —dijo Bill con la voz enronquecida—. Trataré de ser digno de él.

Mientras se estaba poniendo su bata de terciopelo rojo —regalo de Janice para la Navidad pasada— Bill pensó que debería haberle comprado algo a Ivy, un regalo o unas flores. Se sintió culpable porque la idea no se le hubiera ocurrido antes. Mañana le traería algo. Ya se las arreglaría para hacerlo.

Descendió el último peldaño de la escalera y estaba a punto de dirigirse al mueble bar, donde le esperaba el hielo para su copa, cuando Janice apareció con una sonrisa maravillada y radiante.

—Ven aquí, por favor.

—¿Qué pasa, cariño? —preguntó con ternura.

—Lo que pasa es que te quiero mucho —respondió Janice, el rostro resplandeciente de amor.

Hasta ese momento Bill no había visto la caja en la mano de Janice. Estaba envuelta en papel de regalo y adornada con un lazo, del cual colgaba una tarjetita.

—¿De dónde ha salido eso? —inquirió Bill sorprendido.

Janice aún tenía un brazo sobre su hombro. Su sonrisa se hizo más amplia mientras observaba el rostro tierno, paciente, perplejo, del hombre que amaba.

—De donde tú lo dejaste, cariño —respondió Janice para seguir el juego—, encima de las chuletas de cerdo.

Bill iba a protestar pero Janice le interrumpió.

—Escribe algo en la tarjeta, Bill, por favor. Le encantará.

La tarjeta contenía un delicado dibujo floral rodeando la frase impresa: Deseo que te mejores.

—¿Qué es? —preguntó Janice tratando de descubrir con sus dedos el contenido del paquete.

—¿Qué dices?

—¿Qué le compraste?

—Es una sorpresa.

La curiosidad y ansiedad de Ivy y Janice por desatar el lazo, abrir el paquete y ver su contenido, era sólo comparable a la que experimentaba Bill, pero en su caso la curiosidad estaba mezclada con un hondo temor. Alguien había puesto el regalo en una de las bolsas aprovechando el momento en que las dejó en el supermercado para ir a buscar un taxi. De eso estaba seguro. Averiguar *quién* lo había hecho no constituía un gran desafío para, su capacidad deductiva: tenía que ser Patillas. Pero ¿por qué?

Ivy dio un grito de gozo al sacar un hermoso bolso pintado a mano del nido de papel de seda en el que estaba colocado.

—¡Papá, papá, te quiero, te quiero! —y lanzó sus brazos alrededor del cuello de Bill apretándolo con fuerza.

—Está bien, está bien. ¡Socorro, ayuda para librarme de este monstruo! —gritó Bill entre carcajadas.

—De verdad, papá, es un regalo precioso.

Ivy le volvió a besar una vez más y luego dedicó su atención al regalo.

El bordado del bolso, con un estilo similar al de las pinturas del techo del living, representaba a una encantadora cortesana francesa sentada en un columpio formado por guirnaldas de flores, mientras un gallardo cisne le daba vuelo. Era un regalo terriblemente caro y sumamente romántico. Ivy lo apretó contra su pecho.

—Papá, ¿cómo has sabido que esto era lo que siempre he deseado tener?

—Lo adiviné —respondió Bill y la sonrisa fue desapareciendo lentamente de su rostro.

Desde el centro del techo del dormitorio que compartía con Janice una cabeza demoníaca, hocico chato, ojos hundidos, cuernos puntiagudos y una lúbrica lengua de serpiente, contemplaba a Bill en medio del horrendo estilo barroco en el que había sido pintada. La pintura era pequeña, redonda, y en una época sirvió como base al

soporte del que colgaba la lámpara, ahora inexistente. Tal vez se trataba de una pequeña araña, con iluminación a gas, pensó Bill.

Estaba echado sobre la cama observando cómo aparecían y se desvanecían las formas del cuadro, alterando su composición y creando nuevas formas según el capricho de su imaginación. Forzó sus ojos para que cambiaran de enfoque, y el demonio se disolvió en fragmentos informes: luego concentró su atención en la gracia ligera y elegante de la mujer que corría. Ella también era una vieja amiga, igual que el demonio, el hombre que jugaba a las cartas, y la proa del barco que se abría camino por entre un mar tormentoso. Todos eran viejos amigos, compañeros de sus noches de insomnio.

Las manecillas luminosas del reloj señalaban que eran pasadas las tres. Los únicos ruidos que se escuchaban a esa hora eran la respiración suave y rítmica de Janice, durmiendo a su lado, y el lejano rumor de alguno de los artefactos eléctricos del primer piso.

Por lo menos *ella* puede dormir, se dijo Bill, sintiendo el calor de la pierna de su mujer junto a la suya. El sueño de los inocentes. Duerme confiada y llena de fe en el orden perfecto y en la completa seguridad de nuestra existencia. No le había hablado de Patillas precisamente para no destrozar esa confianza. Durante todo el tiempo en que Bill creyó que él era el objetivo, el centro de interés de Patillas, no le pareció necesario implicar también a Janice en el problema, sobre todo sin saber exactamente cuál era ese problema. Pero ahora, con la llegada del regalo, todos sus planteamientos, sus conjeturas y racionalizaciones tenían que modificarse drásticamente, puesto que, obviamente, él no era el único objetivo de Patillas. El regalo se había abierto camino más allá de la existencia individual de Bill, introduciéndose en el centro de su vida familiar, en el corazón de su hogar. Patillas sabía mucho sobre ellos. Sabía que Ivy estaba enferma. Sabía qué cosas podían gustarle. Parecía saber más que Bill al respecto.

—¿Qué diablos está pasando aquí? —dijo en voz alta.

Janice se agitó, se dio vuelta y se acurrucó junto a él. Bill cerró los ojos y permaneció inmóvil.

¿Qué había dicho Ivy? «Papá, ¿cómo has sabido que esto era lo que siempre he deseado tener?» ¿Cómo sabía *él* lo que Ivy quería tener?

Lenta, temerosamente, deteniéndose en el borde de una selva profunda, resistiéndose a dejarse arrastrar por la velocidad, luchando contra la miríada de colores, defendiéndose de la amenaza de fauces y colmillos, Bill se fue hundiendo paulatinamente en el sueño.

Grandes palmeras se recortaban contra el cielo e impedían el paso del sol. Una cascada de viñas ahogaba los árboles y cerraba los caminos formando una catedral siniestra; la podredumbre de cien años cubría el suelo, el aire olía a corrupción. Bill

miraba a su alrededor sin saber dónde estaba ni qué camino tomar para alejarse de allí. Finalmente, escogía un espacio entre dos inmensos árboles y empezaba a caminar. Un paso, dos, tres... hasta que, de pronto, el suelo cedía bajo sus pies y comenzaba a caer. Y caía, caía...

—Termina tu desayuno antes de que se enfríe.

Ivy sonrió y asintió con la cabeza, dispuesta a complacer a su padre en todo esa mañana.

Estaban sentados frente a frente en la estrecha y pulida mesa del comedor. Bill había sido el último en dormirse y el primero en despertarse y ahí estaba ahora, los ojos legañosos, bebiendo café, fumando, y observando cómo su hija tragaba unas cucharadas de una sustancia gris que podía ser avena.

Ivy había despertado rebosante de salud y energía. Lo primero que quiso saber fue qué planes se habían hecho para el fin de semana. Bill se alegró de que fuera Janice quien se encargó de explicarle que tendrían que quedarse en casa debido a su enfermedad.

—¡Pero mamá, si ahora me siento bien! —protestó Ivy.

—Ya lo sé, pero no se debe cometer imprudencias después de una enfermedad. Hay que quedarse en casa por lo menos dos días después que desaparece la fiebre.

—Vaya idea —dijo Ivy con cara de enfado—. Así, mi primera salida será justo para ir al colegio.

Bill la miró comerse hasta la última cucharada de cereal. El bolso pintado a mano estaba junto a su plato y entre cucharada y cucharada lo miraba, admirando su belleza. Parecía evidente que Ivy no podía resistir la idea de estar separada de él ni un minuto.

Bill decidió llevar a cabo un sondeo exploratorio y le preguntó:

—¿Es verdad que esto es lo que querías?

—Oh sí —respondió Ivy con sinceridad.

—¿No lo estás diciendo sólo para que me sienta satisfecho?

—No, papá. Siempre he deseado tenerlo.

Bill planeó cuidadosamente su próxima pregunta y dijo:

—Si tanto querías tenerlo debes de haberlo visto en alguna parte.

—Nunca lo había visto antes.

Estaba desconcertada por el interrogatorio y buscaba una pista que le sirviera para responder de acuerdo a los deseos de su padre. Bill prosiguió:

—Si nunca lo habías visto antes, ¿cómo sabías que querías tenerlo? —su voz subió de tono.

—No sé, pero estoy segura de que quería tenerlo.

—Para querer algo hay que saber qué es lo que se quiere, y eso significa que tienes que haberlo visto en alguna parte —su voz era ahora estridente.

Ivy le miró perpleja y nerviosa.

—Bien, ¿qué me dices? —gritó Bill.

—Por favor, Bill, déjala tranquila —dijo calmadamente Janice.

Bill la miró y la vio en la puerta de la cocina. No sabía cuánto tiempo había estado ahí, pero estaba seguro de que había escuchado lo esencial del interrogatorio.

—¡No lo había visto antes, papá! —gritó Ivy, mientras las lágrimas corrían por sus mejillas—. Lo quería porque... porque... —cogió el bolso y acarició el bordado — porque es como todo aquí, como este piso, como nosotros, como los cuadros del techo. Es bello y me gusta. Cuando lo vi ayer por primera vez supe que era algo que quería tener. Es como cuando uno ve algo tan perfecto que en ese instante comprende que siempre quiso tener algo así, aunque no lo hubiera visto nunca antes...

Ivy vio cómo sus padres intercambiaban una larga mirada y comprendió que, de alguna manera, ella era la responsable de lo que ocurría, que había cometido un error y que tenía que repararlo. Dijo:

—Me gustó antes de haberlo visto porque tú no podías traerme nada que no me gustara, papá.

Abrió el bolso y sacó un elegante pañuelo. Se secó las lágrimas y miró a Bill con ojos implorantes.

—Siento haberte molestado, papá.

Bill volcó el azucarero en su prisa por cogerle una mano y asegurarle que no estaba en absoluto enfadado, que simplemente tenía una mente tan analítica que le gustaba investigar y ahondar en las causas y motivos de todas las cosas.

Una vez presentada su explicación y después de haber repartido besos y abrazos y palabras cariñosas, Bill subió para ducharse, afeitarse y vestirse. Ivy, dichosa, leía el Teleprograma quejándose de la programación matinal. Janice, aterrada y confusa, recogió el azúcar derramado y entró en la cocina para fregar la vajilla del desayuno.

Sentada inmóvil en la mecedora, tenía la mirada fija, carente de expresión, de alguien a quien se ha embrujado. Miraba sin pestañear una mota de polvo, pero lo que contemplaba en realidad era su propio interior, las agitaciones de su confundido cerebro.

Bill no había comprado el regalo.

Este estremecedor pensamiento era el único objetivo de su concentración.

Los sonidos y risas de Ivy y Bettina Carew que llegaban del segundo piso no alcanzaban a traspasar el escudo del que se había rodeado. Ni siquiera la voz de Bill indicándoles a las chicas que «hicieran menos ruido» para poder dormir un par de horas antes de la cena pudo penetrar el vacío en el que estaba recluida.

Bill no había comprado el regalo.

Pudo haberse dado cuenta de inmediato, pero no había querido aceptar ese hecho a pesar de que el aire a su alrededor estaba lleno de indicios y señales, de cientos de

pistas. El aire extraño y sorprendido de Bill cuando le había mostrado el regalo. Su ansiedad por descubrir lo que contenía el paquete mientras Ivy lo sacaba del envoltorio. Su actitud resentida y curiosa, apenas si había tocado el filete, a la hora de comer. Fingiendo dormir cuando ella se acostó a su lado, rechazándola, con la mente ocupada en otras cosas que le habían mantenido despierto hasta el amanecer. Y finalmente, el misterioso interrogatorio a la hora del desayuno con esas preguntas paranoicas que habían asustado a Ivy.

Lo que había considerado como una conducta anormal, ajena por completo al carácter de Bill, resultaba de hecho completamente normal cuando se consideraba en el contexto apropiado: reflejaba simplemente la preocupación de un padre cuerdo y razonable que busca la explicación para un regalo anónimo, inquieto por averiguar quién lo enviaba y cómo había ido a parar a la bolsa de la compra.

Janice se odió por no haberle hablado a Bill del hombre. Podía haberle ahorrado la angustia. Estaba tan segura de que Bill *no* había comprado el regalo como lo estaba respecto de *quién* lo había hecho.

Debía contarle a Bill lo del hombre.

Ahora. Tan pronto como despertara. Antes de que llegaran Russ y su mujer.

Mientras Bill aún dormía arriba, Russ preparó las bebidas midiendo escrupulosamente doce partes de *vermouth* por una de ginebra.

Janice disimulaba su depresión con una blusa de estilo campestre, con alegres y festivas mangas de volantes, y una falda larga con adornos florales. Estaba en la cocina dando los toques finales al gran asado de solomillo. Concluyó de dorar el pollo que comería Ivy. La niña prefería cenar en su habitación cuando Russ y su mujer estaban de visita. A Janice no le importaba, porque a su hija le aburría la ópera o cualquier otra clase de música.

Bill terminó de despertar cuando Janice le puso en la mano un martini seco y helado.

—Preparado especialmente por Russ —dijo Janice besándole la punta de la nariz.

—Bajo enseguida —prometió Bill bostezando y bebiendo un sorbo de su copa.

—No te molestes demasiado en vestirte —sugirió Janice al salir—. Russ ha venido vestido de sport.

Le hablaría del hombre en cuanto Russ y Carole se marcharan a su casa.

La cena transcurrió en la forma que ya era familiar. Como si se tratara de uno de los discos de Russ la conversación se deslizó sin sorpresas por los temas ya conocidos: la misma agotadora erudición operística de siempre, el bridge, el encanto del viejo *Metropolitan Opera House* y la vulgaridad del Lincoln Center.

Después de cenar acordaron prescindir del bridge para escuchar *El Barbero de Sevilla*, de Rossini, en una grabación reciente en la que Merrill, una voz excelente, interpretaba a Fígaro, Janice intuyó que sus invitados se retirarían temprano y se

alegró. Russ y Carole partieron un poco después de las diez.

Generalmente Bill la ayudaba a recoger la mesa y llevaba los platos a la cocina para que Janice los pusiera en el lavavajillas, pero esa noche se disculpó por no hacerlo. Podía haber sido un buen momento para conversar. Cuando Janice terminó de poner la vajilla en la máquina, y entró en el dormitorio después de haber comprobado que Ivy estaba bien, Bill estaba profundamente dormido. O fingiendo dormir.

Janice se sentó al borde de la cama, acarició gentilmente su rostro y dijo:

—Bill, tengo que hablar contigo. Es importante —los ojos de su marido permanecieron cerrados—. ¡Cariño! —dijo un poco más alto.

El ritmo de la respiración de su marido no se alteró.

Estaba verdaderamente dormido.

El rostro arrebolado y sudoroso.

Los ojos abiertos, los labios semicerrados.

La cabeza y los hombros de Bill se movían rítmicamente encima de ella.

Miró furtivamente la pintura del techo. Desnudos exuberantes, embriagadores, serviles, divirtiéndose alegremente en el reluciente arroyo del bosque. Amplios senos. Pezones de color rosa. Húmedos, sensuales, los labios formando una O extática. Aparecían y desaparecían con un movimiento *staccato*. Cada vez más rápido a medida que se aproximaba la crisis.

Janice sintió que estaba a punto de tener un orgasmo. Rápidamente neutralizó sus pensamientos. El bridge. Rigoletto. Era muy pronto. Demasiado pronto. No debía concluir tan pronto. Bill gimió suavemente y disminuyó la intensidad de su ritmo. También él estaba conteniéndose. Bien, Bill. Piensa, Bill, piensa. Considera que lo esencial ahora no es el placer sexual, hay una dimensión superior que lo sobrepasa. Se trata de una catarsis. De un acto desesperado. Del antídoto para el pánico. Sí, pánico. Piensa en el pánico, Janice. Piensa que el hombre, el hombre...

No se lo había dicho a Bill. No había tenido la oportunidad para hacerlo. Se había levantado tarde e Ivy le persiguió para que la ayudara con sus tareas de matemáticas. En toda la mañana no hubo oportunidad de hacerlo.

Pausa. Cambio de postura. Los almohadones rasmillaban sus nalgas. Bordados. Cabezas de tigre. Su obra. Veintiséis dólares todo, incluyendo la seda, los hilos multicolores y las instrucciones. Rasguñaban al hacer el amor. Así era. No hubo tiempo para acomodarse mejor. Bill la hizo acostarse en el suelo apenas Ivy salió a jugar con Bettina. Era esencial que saciara su apetito de inmediato. Ambos lo sabían. Como lo saben los pájaros. No había tiempo. No había tiempo. Bill en bata, ella en delantal. Sin preparación. Sin caricias. Penetración inmediata. Una operación de emergencia. Un decreto real. Una actuación obligada. La voluntad de Dios.

Bill iba a tener el orgasmo. Maldición. Maldición. Sus quejidos iban aumentando

de intensidad con cada nuevo y penetrante empuje. El orgasmo. Próximo. Pronto habrá terminado todo. El fin de la cordura. El fin.

Sonó el teléfono.

¡Estaba salvada! Se detendrían. Él lo respondería. Pero no, demasiado tarde. Bill había sobrepasado el momento en que podía detenerse. Jadeaba, balbuceaba, urgía, martilleaba... Demasiado tarde para Bill... Demasiado tarde para Janice...

Los dedos de Janice apretaron la piel de Bill. Sus lenguas se buscaron. Sus alientos explotaron en la boca del otro.

El teléfono seguía sonando.

Agudo, penetrante, estridente, discordante, desapacible, interfiriendo con sus propias percusiones amorosas, siguiendo de cerca su repentino salto a los espacios celestes, acompañando cada momento de su lento retorno a la realidad. Una *cavatina decrescenda* con campanillas...

El teléfono dejó de sonar.

El ruido de sus respiraciones era el único sonido que se oía en la habitación. Se aferraron el uno al otro en el suelo, rehusando cederle un centímetro al enemigo. Bill acarició el cuerpo de Janice. Janice acarició el cuerpo de Bill. Ambos esforzándose por volver a excitarse sin que sus sistemas nerviosos cooperaran. Se besaron sin pasión y se separaron. Bill se puso la bata y Janice subió a ducharse.

Bill estaba de pie en un rincón de la habitación, cerca del arreglo floral con hojas del otoño. Tenía el teléfono junto a su oído pero no estaba hablando. Un rayo de sol contribuía a aumentar la tensión de su rostro.

Janice bajó el último peldaño de la escalera, se detuvo y preguntó con una vocecita trémula:

—¿Qué pasa?

—No hay nadie en casa de Bettina —respondió sin emoción, limitándose a constatar un hecho.

—¿Qué? —exclamó Janice sin acabar de entender el significado de su respuesta.

—Pensé que era Ivy la que llamaba antes, pero no contesta nadie.

—No puede ser. Tienen que estar allí.

Janice sintió que se le contraía el cuero cabelludo. El prelude del pánico.

—He llamado doce veces. No hay nadie.

—Llama de nuevo.

—Ya lo he hecho. Ve a buscar un abrigo.

Bill colgó el teléfono y se puso en movimiento mientras Janice permanecía clavada en su sitio, mirando cómo su marido agregaba a sus pantalones y suéter de cuello alto un par de zapatillas de tenis para cubrir sus pies descalzos. Janice era incapaz de moverse o de pensar. Bill la observó un segundo y le ordenó con dureza:

—¡Vamos, muévete!

La orden produjo efecto y Janice se encontró a sí misma actuando en forma coherente a pesar de la violencia de los latidos de su corazón y de la sensación de que las piernas no la sostenían. Mientras corría hacia los ascensores por el pasillo débilmente iluminado se sorprendió al descubrir que incluso había cogido su bolso.

La señora Carew era una viuda de carácter retraído que había rechazado todo intento de aproximación amistosa, prefiriendo vivir aislada en compañía de su hija. Mientras esperaban en el pasillo, Janice evocó la imagen del rostro dulce y gentil de la señora Carew, envuelta en el ruido de un ascensor que subía lentamente, pensó que detrás de esa sonrisa paciente y bondadosa tenía que haber algo perverso.

Antes de que la puerta del ascensor terminara de abrirse por completo Bill preguntó:

—¿Llevó a Ivy abajo, Dominick?

—Sí, señor —respondió Dominick en su defectuoso inglés—. Hace una media hora. Salió con la señora Carew y su hija.

Bill apretó el brazo a Janice y la condujo hacia el coche.

Un sol brillante y tibio había hecho desaparecer el frío, y ofrecía a la ciudad un día claro y primaveral.

Mientras descendían en el ascensor había decidido qué era lo que debían hacer. Ambos irían hacia el *Central Park West* porque pensaban que la señora Carew llevaría a las chicas al parque o al supermercado de la avenida Amsterdam, el único que abría los domingos. Como el día era tan bello y el parque quedaba más cerca decidieron ir allí primero.

Tuvieron que esperar a que cambiara la luz del semáforo. Bill sintió un ligero temblor en el brazo de Janice por el que la sujetaba suavemente. Estaba tiritando. La miró con disimulo: sus ojos buscaban ansiosamente; la palidez del rostro estaba acentuada por una delgada capa de sudor; sin duda, se sentía verdaderamente aterrada. Bill se preguntó por qué.

Cruzaron y entraron al parque. Recorrieron a toda prisa el estrecho sendero que conducía al sitio reservado para los juegos infantiles. Los extraños objetos surrealistas, producto de una generosidad accidental de la *Estée Lauder Company*, que reemplazaban los columpios, balancines y laberintos, estaban llenos de chicos de todas las edades y razas que procuraban divertirse con las curiosas formas demenciales.

Janice y Bill se separaron en la puerta y partieron en direcciones opuestas para hacer más eficaz su búsqueda. Janice se encargó de recorrer la sección este y Bill la oeste. Si no tenían éxito se reunirían en la parte norte del parque. En caso de que la encontraran se lo harían saber a gritos.

Janice se desplazó a través de una masa de chicos. Sus ojos se movían rápidos, enfocando y volviendo a enfocar a una galaxia de rostros infantiles que gritaban, se

reían, se ponían cabeza abajo, verticales y oblicuos. Buscaba, inspeccionaba, indagaba en ese mundo de pesadilla en espera de un signo revelador: un par de botas de color marrón, unos pantalones desteñidos, el cabello dorado...

Se sentía a punto de ahogarse al caminar a tropezones, cautelosamente, en medio de ese grupo de diminutos seres enloquecidos. La histeria apareció, creció, y la asfixió hasta el punto de que gritar era el único antídoto posible contra ese veneno...

—¡Janice!

¿Habían gritado su nombre?

—¡Janice! ¡Estoy aquí!

Era la voz de Bill. Su hermosa, potente y recia voz, atravesando el enloquecedor muro de sonidos, para indicarle que había tenido éxito, viniendo a rescatarla cuando ya no podía más. Le hacía gestos con la mano desde el otro lado de esa tierra de nadie, y a su lado se destacaba el rostro sonriente de la señora Carew, que parecía carecer de cuerpo y flotar como un globo.

Janice chocó contra un grupo de niños que corrían y estuvo a punto de caer. Bill se lanzó decidido en medio del torbellino de chicos y se reunió con ella. Manteniendo una calma aparente, para no inquietar a la señora Carew, le susurró:

—Ivy y Bettina han ido a dar un paseo por el camino de herradura. Voy a buscarlas.

Cuando Bill la dejó junto a la señora Carew, Janice comenzó a temblar en forma incontrolable. La madre de Bettina le sonrió amistosamente.

—No debería haberla sacado a la calle —dijo Janice con una voz tensa y trémula.

—Lo siento mucho. No se me ocurrió que pudiera preocuparse tanto.

—No debió hacerlo —insistió Janice—. Ha estado enferma.

—El señor Templeton me lo dijo. Yo no lo sabía. Pero es un día cálido y muy agradable. Además, la llamamos por teléfono y no contestó nadie. Seguramente estaban fuera.

—Sí.

No hablaron más.

Menos de cinco minutos más tarde Janice vio sobresalir la cabeza de Bill por entre medio de la vegetación otoñal. Un segundo más tarde, el brillante y enternecedor color dorado del cabello de Ivy la convenció de que todo marchaba bien.

Ivy estaba a salvo.

Pasaron el resto del domingo dedicados a jugar al Monopoly.

Bettina volvió con ellos al piso y se quedó allí hasta la hora de cenar. Jugaron los cuatro, sentados frente a frente en la mesa del comedor. Bill, despiadado, no sólo se quedó con todo lo que valía la pena sino que concluyó con algo más de veintisiete mil dólares, producto en parte de las exorbitantes rentas que cobraba cuando alguien caía

en alguna de sus tres casas o dos hoteles.

Comieron chuletas de cerdo con ensalada de tomates después que Bettina se hubo marchado, vieron la televisión hasta las nueve y media, acostaron a Ivy, y se retiraron a su dormitorio.

A las diez y veintiséis minutos Bill apagó la luz. Permanecieron de espaldas, despiertos bajo la manta eléctrica, mirando el laberinto que formaban las sombras sobre el techo, los cuerpos separados, las manos enlazadas. Y, finalmente, hablaron.

Janice lo hizo primero. Susurró.

—Hay un hombre que nos vigila.

—Lo sé —respondió Bill, aceptando sin sorpresa ni emoción el hecho de que ella estuviera al tanto—. Tiene patillas y bigote.

La mano de Janice estrechó con más fuerza la de Bill antes de preguntar:

—¿Desde cuándo lo sabes?

—Mañana hará cinco semanas.

—Va al colegio todos los días.

—Sí. Por la mañana también.

—¿Qué quiere?

—No lo sé.

—¿Querrá hacernos daño?

—Probablemente.

—Ivy es lo que le interesa, Bill.

—¿Por qué lo dices?

—Por la forma en que la mira. Llamó el otro día.

—Tú dijiste que había sido el señor Soames...

—Te mentí. Lo siento.

—No tiene importancia.

Janice sintió relajarse ligeramente la mano de Bill entre la suya.

—¿Qué quiere, Bill?

—No lo sé.

—Debemos llamar a la policía.

—Ya estuve hablando con la policía. No pueden ayudarnos a no ser que... él haga algo concreto. Silencio. —Dios mío, ¿qué es lo que quiere?

—Pronto lo sabremos —suspiró.

Como Hansel y Gretel se adentraron cogidos de la mano en medio de la embrujada noche sin luna, durmiendo entre sobresaltos, despertando y volviendo a dormir otro poco, caminando en sueños, guiados erróneamente por piedrecitas que relucían como monedas nuevas, vagando perdidos cada vez más adentro del bosque, esperando el terror del nuevo amanecer.

Lunes.

21 de octubre.

Temperatura: 37 grados.

Humedad: 98 por ciento.

Presión atmosférica: 29,92, en descenso.

Una tormenta, que arrastraba la nieve a las regiones superiores del valle del Mississippi y a la región occidental de los Grandes Lagos, había hecho su aparición durante la noche sobre Nueva Inglaterra y algunas zonas del estado de Nueva York, incluyendo Manhattan. Una refrescante película blanca cubría el color grisáceo de las calles y edificios que podían verse desde la casa del matrimonio Templeton. El tiempo empeoraría por la tarde, y se pronosticaba otra nevada.

El primer ataque directo llegó por correo. Mario, el portero, lo repartía por las mañanas a las nueve veinte, media hora después que Bill se marchó acompañado de Ivy, envuelta en abrigadas ropas y cargada de libros.

La carta apareció entre una serie de cuentas, propaganda, una invitación para una cena y baile, y dos revistas. El sobre blanco era del tipo de los que vendían en el Correo. Estaba dirigido al señor William Templeton Pierce y Señora. La escritura era firme y decidida. No se consignaba remitente. El «Pierce» resultaba escalofriante, porque indicaba que quien hubiera mandado la carta poseía un conocimiento profundo de la vida privada de Bill. Bill jamás usaba su segundo apellido. Sólo lo utilizaba en sus documentos personales y para asuntos legales.

Janice sopesó el sobre en su mano, y palpó su grosor con los dedos como si quisiera descubrir así su contenido. Pesaba tan poco que por un segundo pensó que estaba vacío, pero al ponerlo a contraluz en una ventana pudo ver que contenía un pequeño rectángulo cuyo color lo hacía contrastar con la blancura del sobre. La escasa goma que contenían los bordes hizo que se abriera con el contacto de su mano sin que fuera necesario forzarlo o romperlo. Miró su interior como un chico que contempla una película de horror por entre los dedos con los que se tapa la cara. Había un trozo de papel con una diminuta letra impresa. Pensó en sacarlo con pinzas para no mezclar sus huellas dactilares con las del hombre, pero finalmente optó por tomarlo con las uñas, cogiéndolo por el borde. Antes de telefonar a Bill, lo leyó con un control de sí misma que la sorprendió.

—¿Qué pasa? —preguntó Bill, resollando después de haber salido corriendo de la reunión en la que se encontraba para responder a «una llamada urgente».

—Nos ha enviado su tarjeta de visita —respondió Janice con voz apagada.

—¿Qué has dicho? Repítelo —tartamudeó Bill, tratando de recuperar el control

de su respiración.

—Se llama Elliot Hoover Suggins.

—¿Y cómo lo sabes? —Repentinamente preocupado preguntó—: ¿Ha estado en casa? ¿Te encuentras bien, Janice?

—¡Nos ha mandado una carta! —explotó Janice, perdiendo todo control—. Dentro venía un recorte del «Quién es Quién» o del «Registro Social», no sé, donde aparecen datos sobre su vida y...

—¿Agregó algo más? ¿No hay una nota o...?

—¡No! Nada más que el recorte.

Hubo una larga pausa mientras Bill consideraba la situación, luego dijo enérgico y decidido:

—Escúchame bien, Janice. Pídeles a Mario o a Dominick que te consigan un taxi, ven a la oficina y espérame. La reunión debe acabar alrededor de las doce y media. Haré que mi secretaria reserve una mesa en Rattazzi. Comeremos y hablaremos de este asunto. ¿De acuerdo?

—Sí —rápidamente dijo—: ¿Bill?

—Dime.

—¿Estaba esperando en el colegio esta mañana?

—No. Yo por lo menos no lo vi.

—Bill...

—Sí, cariño... —trataba de mantener la calma y un tono conciliatorio en la voz.

—Tengo miedo.

Se cercioró de que estaba puesto el seguro de la cadena antes de subir para ducharse y lavarse el pelo.

Eran las diez y cuarto. Estaba distribuyendo su cabello alrededor de los rodillos calientes de la secadora cuando sonó el teléfono. Lo dejó sonar. Llamó catorce veces antes de desistir.

A las doce menos veinte se miró en el espejo del dormitorio para analizar los resultados de su tratamiento de belleza. Aunque el traje azul y borgoña que llevaba puesto era de la temporada pasada, tuvo que reconocer que no sólo le sentaba bien sino que destacaba su silueta. El cabello castaño claro y un leve maquillaje completaban el cuadro de una mujer audaz y sumamente hermosa.

Las aceras frente al edificio *Des Artistes* estaban limpias de nieve cuando Mario acompañó a Janice hasta el taxi e indicó al conductor la dirección del restaurante Rattazzi.

A las doce y veinte, Janice pagó al taxista y entró en el estrecho y débilmente iluminado restaurante.

Ordenó su segunda copa a la una menos veinte. Evitaba conscientemente comenzar a comerse los aperitivos que tenía enfrente.

Cuando Bill llegó a la una y diez, Janice estaba tomando su cuarto J&B con agua y se sentía liviana y mareada. Su marido se precipitó a su encuentro, se disculpó insistentemente por su tardanza e inmediatamente ordenó la comida. Janice tenía que recoger a Ivy del colegio a las tres.

Después de beber un largo sorbo de su martini helado, Bill le pidió que le mostrara la carta.

Janice revolvió torpemente el interior de su bolso antes de encontrarla. Se la pasó con mano trémula por encima de la mesa. Bill no se preocupó de las huellas dactilares y sacó el diminuto recorte impreso sin tener en cuenta la posibilidad de que algún día pudiera necesitarlo como prueba para un juicio.

Los ojos de Bill se contrajeron mientras se esforzaba por leer las pequeñísimas letras impresas en el papel del recorte. Formaba las palabras con los labios, pero las conversaciones a su alrededor ahogaban cualquier posibilidad de escuchar lo que decía.

HOOVER Suggins, Elliot. Nacido: Pitts., 26 de enero de 1928. Hijo de John Robert y Ela Marie (Villatte). Estudios: Instituto Case de Tecnología, 1945-49; Doctorado en Ingeniería, 1955. Casado con Sylvia Flora, 5 de mayo de 1957. Hijos: Audrey Rose. Empleos: Ayudante en la sección Materias Primas, Susquehana Steel Corp., enero-septiembre, 1959. Jefe de la sección Materias Primas, Steel Co., Penna., Grandes Lagos, 1960-62. Escritor. Profesor de Administración de Personal y Relaciones Humanas. Administrador del comité ejecutivo del Community Chest, Pitts. Miembro de: Health Fund, Silver Beaver, Silver Antelope, Silver Buffalo Boy Scouts. Clubs: HooHoo, Rotary, Harrison Country y Golf. Organizaciones a las que pertenece: Inst. Estadounidense del Hierro y Acero, Zeta Psi, Masonería (grado 33). Dirección: Doctor Wellington 1035, Pitts. 29. Oficina: William Penn 1, Pitts. 30.

A Janice le sorprendió ver que Bill sonreía mientras leía lentamente la breve biografía. A ella no le parecía que hubiera nada divertido.

—Vaya, vaya —dijo Bill con una risa sofocada—. Hay que reconocer que parece ser un estadounidense típico.

—¿Por qué nos lo envió? —preguntó Janice, esforzándose por pronunciar las palabras con claridad—. ¿Qué significado tiene?

—No tengo ni idea —respondió Bill, encogiéndose de hombros—. Creo que quiere llegar a un acuerdo con nosotros.

—Lleva ese papel a la policía. Muéstraselo.

—¿Y qué sacaría? Después de todo, ¿qué es lo que dice? Un par de cosas sobre su vida, su trabajo, las organizaciones y clubs a los que pertenece... No dice lo más mínimo acerca de sus intenciones —Bill cogió el recorte y lo estudió atentamente—. Puede que ni siquiera sea suyo. Tal vez lo sacó de algún ejemplar viejo del «Quién es Quién» sólo para probarnos, para ver cómo reaccionamos.

—Entonces, ¿no piensas hacer nada? —tuvo conciencia del tono agudo de su voz.

—¿Qué podemos hacer? Hasta ahora él ha hecho todas las jugadas y mientras no nos amenace abiertamente no tenemos nada que decirle a la policía. No creo que consideren este papel como un delito —y volvió a guardarlo en el sobre y se lo metió en el bolsillo de su chaqueta.

Janice dijo en voz baja y temblorosa:

—Lo único que espero es que cuando se decida a hacer algo que constituya una amenaza no tengas que lamentar el resto de tu vida no haber actuado a tiempo.

Su frase dio en el blanco. Los rasgos de Bill parecieron perder consistencia y se fragmentaron en una expresión de impotencia y desesperación. Sus ojos la miraron como si estuviera profundamente herido. Janice se odió por lo que acababa de decirle.

El camarero les sirvió su comida. Comieron en silencio la entrada, bebieron *marsala* con la ternera con ensalada de lechuga. Ambos comieron con buen apetito e incluso acudieron al pan para rebañar la deliciosa salsa. La ansiedad no interfería con su apetito. Después que el camarero hubo retirado los platos, Janice dijo:

—Lamento haberte hablado así. Probablemente tienes razón. Tal como están las cosas no creo que la policía supiera qué conclusión sacar de todo esto y quedarían tan desconcertados como nosotros.

Bill le cogió la mano. Sus ojos se encontraron con una expresión de simpatía y comprensión que reafirmaba el afecto y confianza mutua. Bill, dijo:

—Dame tiempo para pensar. Debe haber alguna manera de obligarle a actuar.

Eran las dos y treinta y un minutos cuando Bill logró finalmente encontrar un taxi para Janice. A pesar de que el tráfico era muy intenso a esa hora, había bastante tiempo aún para recorrer las ocho manzanas hasta el *Ethical Culture School* antes de que dieran las tres.

Las gruesas botas de Bill retumbaban sobre la acera mojada mientras caminaba penosamente de vuelta a su oficina. Su mente estaba concentrada en la elaboración de fórmulas y planes que pudieran obligar a Patillas a actuar.

Pensó que Janice tenía razón. ¿Quién podía predecir cuál sería su próximo movimiento? Si era un loco, y Janice o Ivy caían en sus manos... Rápidamente desechó estos pensamientos horribles y volvió a considerar diversas posibilidades para provocar un enfrentamiento. Cuando llegó a la oficina estaba decidido a encarar a Hoover la próxima vez que le encontrara. No más contemplaciones. El juego había concluido.

Ted Nathan estaba en el ascensor cuando Bill entró. Mientras subían hasta la planta treinta y ocho Bill le preguntó:

—¿Tienes las ediciones atrasadas de «Quién es Quién», Ted?

—Por supuesto. Las tenemos hasta el año 69.

Bill le acompañó a su oficina y revisó las tres ediciones de los voluminosos libros rojos. Hoover Suggins, Elliot, no figuraba en ninguno de ellos. Sorprendido, porque estaba seguro de que el recorte era de «Quién es Quién», comparó el tipo de letra y el formato con los de los libros: eran idénticos. Tomó nota del nombre y dirección del editor, volvió a su oficina y le pidió a Darlene, su secretaria, que le pidiera una conferencia con Chicago.

Después de unos diez minutos de espera, volvió a escuchar la voz del señor Ammons.

—Sí. Hoover Suggins, Elliot, figura en nuestras ediciones de 1960-61 a 1964-65. Lo excluimos a partir de la edición 1966-67.

—¿Podría decirme cuál fue la razón, señor Ammons?

—Bueno, supongo que por fallecimiento.

Bill consideró la posibilidad durante algunos segundos.

—¿Cómo suelen enterarse de las defunciones, señor Ammons?

—Nos enteramos por la prensa o nos informa la familia.

—Comprendo.

—A veces sabemos de la muerte de alguna de las personas cuya biografía figura en nuestro libro porque nos devuelven la correspondencia que les dirigimos, cerrada y sin indicar otra dirección.

—Muchas gracias, señor Ammons. Ha sido usted muy amable.

Lentamente, Bill colgó el teléfono. Sus ojos se perdieron en el trazado hipnótico del cuadro de Motherwell, frente a su escritorio.

Si se aceptaba como válida la premisa de que Elliot Hoover Suggins estaba vivo, y de que él y Patillas eran una misma persona, ¿qué razón podía haber para que devolviera cerrada y sin indicar otra dirección la correspondencia de «Quién es Quién»?

Bill pidió otras dos conferencias.

La primera fue al Capítulo Nacional de la Masonería, en Cleveland; la segunda, al Instituto Estadounidense del Hierro y Acero, en Pittsburgh. Ambas no hicieron más que corroborar la información que le había proporcionado el señor Ammons. Los masones tenían a Hoover en la lista de miembros inactivos, aunque creían que había fallecido porque hacía siete años que no tenían noticias suyas. El Instituto Estadounidense del Hierro y Acero le había revocado su tarjeta de socio después de que durante un año completo no había pagado su cuota mensual.

Bien, pensó Bill, por lo menos hay una cosa clara: algo le sucedió a Elliot Hoover

Suggins alrededor del año 1967 que le hizo desear desaparecer de la superficie de la Tierra.

El ruido era ensordecedor. Una confusión de bocinazos y obscenidades bombardeaban el aturdido cerebro de Janice, y la sacudían, empujándola y violentándola para que continuara despierta aunque no lo quisiera. Habría preferido el silencio y el descanso de la nada, antes que tener que soportar las duras cadencias que la presionaban desde todas las direcciones.

Estaba sentada sobre un charco en la acera. Allí la había dejado el policía luego del accidente. Apoyaba la espalda contra un cubo de basura, en el que había una leyenda que decía: «Úseme, por favor», y que parecía flotar a su derecha. Un conjunto de rostros aparecían y desaparecían ante sus ojos, compasivos, solícitos, llenos de interés y excitación. Detrás de ellos, dos hombres se llenaban de improperios e intentaban romper la barrera azul de la policía que los separaba.

Una voz amable llegó hasta sus oídos.

—Pronto llegará la ambulancia, señora.

No supo explicarse por qué estas palabras la atemorizaron. Se dijo que tendría que organizar su caos mental, analizando cada elemento uno por uno, como lo haría Bill. La ambulancia no debe venir, ¿por qué no? Porque...

¡Retrocede!

¿Dónde había estado?

¿Con quién?

¡Prescinde de eso!

Había sufrido un accidente. De eso estaba segura.

Estaba sentada en un taxi que se dirigía a... algún sitio... Una pantalla metálica, que separaba el asiento del conductor del de los pasajeros, le dificultaba la visión. Pero, incluso así, pudo prever el accidente unos segundos antes de que sucediera. El pasadizo entre el tráfico de la izquierda y el autobús de la derecha era demasiado estrecho para que pudieran pasar. Era imposible que el taxista no se diera cuenta. Si lo intentaba, el coche quedaría aprisionado y el choque resultaría inevitable. Janice recreó la escena en su imaginación, y volvió a experimentar el mismo pánico que sintió cuando el taxi arremetió como enloquecido a toda velocidad hacia adelante, decidido a avanzar sin que importaran las consecuencias. Recordó el ruido de metales que se rozaban mientras el taxi patinaba de izquierda a derecha en medio del tráfico; el crujido del choque y la inmovilidad repentina, que la hizo salir disparada y golpear contra la rejilla metálica. Después vino la oscuridad, pero antes de hundirse en ella hubo un segundo en el que el pánico, el terror, fue tan violento que creyó que su corazón iba a dejar de latir.

Sentada en la acera, buceando en el desorden de sus recuerdos, Janice tuvo la clara sensación que el terror que experimentó antes del choque estaba relacionado

con algo distinto del accidente. Había otra cosa más. Una obligación que el accidente le impidió cumplir. Una obligación. Sí, se trataba de una *obligación*.

Un policía dijo:

—Circulen. Déjenla respirar.

Un desfile de rostros nebulosos circuló indolente ante ella, formando un montaje grotesco de imágenes superpuestas con ojos pintados, labios escarlatas, fruncidos, sonrientes, la cabeza de un hombre cubierta de cabellos rojizos, un niño, una chica que la miraba torpemente con un inmenso par de ojos redondos. ¡La niña! Los ojos de Janice se dilataron alarmados. ¡La niña!

Janice tartamudeaba mientras se apoyaba en el cubo de basura para intentar ponerse de pie. ¡Ivy! Ya debía haber salido del colegio. Estaría esperando. Sola. El hombre. ¿Cómo se llamaba? ¡Dios! ¡Santo Dios!

El policía le dijo:

—Cálmese, señora, la ambulancia llegará pronto.

Janice sujetó con fuerza su mano para que dejara de temblar y trató de enfocar las manecillas de su diminuto reloj; no lograba ver si eran las dos y cuarto o las tres y cuarto. Con un sollozo ahogado cogió la chaqueta del policía y le obligó a darse la vuelta. Le preguntó:

—Por favor, ¿qué hora es?

—Tranquícese, señora. Son más de las tres.

—¡Dios mío! Tengo que irme.

—Calma, señora, calma.

—Debo irme —le gritó al policía de rostro irlandés—. Es urgente.

—¿Y por qué tanta prisa?

—Porque Ivy, mi hija, ya salió del colegio y está sola. Me estará esperando.

—No le pasará nada. No la dejarán salir a la calle hasta que usted llegue.

—¡No! —sacudió la cabeza con fuerza salvaje—. Tengo que irme. ¡Por favor! ¡Por favor, déjeme irme!

Sus lágrimas histéricas estaban a punto de convencer al policía quien, después de analizar convenientemente la situación, le preguntó:

—¿No cree que debería examinarla un médico?

—Estoy bien. De veras. Estoy perfectamente. Ayúdeme a buscar un taxi, por favor.

—Bueno..., si se siente bien.

—Me siento perfectamente, no se preocupe.

El policía le abrió camino con gritos y amenazas. Janice pasó entre el círculo de rostros. Caminaba con una leve oscilación. El policía detuvo un taxi con un silbato, y abrió la puerta trasera. Había un hombre sentado.

—Por favor, señor, salga del taxi —le ordenó. Prosiguió con la fórmula

establecida para este tipo de emergencias—: Soy un oficial de policía y, de acuerdo con el artículo 150 del Código Penal de la ciudad de Nueva York, me veo en la necesidad de hacer uso de este vehículo.

El sorprendido pasajero se bajó rápidamente y Janice lo ocupó.

El policía le gritó en el momento que partía:

—¡Soy Donovan, de la Comisaría 28, por si me necesita!

Janice le escuchó pero no asimiló la información.

Una extraña y energética sensación de bienestar se estaba abriendo paso a través del cuerpo de Janice mientras el taxi corría por las calles húmedas, buscando la ruta con menos tráfico para alcanzar su destino. El mareo la confortaba, al mitigar el terror que le producía la certeza de que algo horrible la esperaba al final del viaje en taxi.

Eran las tres y media cuando Janice, apenas consciente de lo que hacía, pagó cuatro dólares, tarifa en la que estaba incluida la deuda del pasajero que había tenido que abandonar el taxi. El taxista la dejó frente a la puerta del colegio. No había nadie.

La nieve caía sobre las aceras cuando se alejó del taxi. Se dirigía hacia la puerta cuando tuvo la sensación de que la acera se deslizaba bajo sus pies. Estaba a punto de desmayarse. Se apoyó en una boca de incendios para no caerse, se aferró a ella y así permaneció varios minutos, esperando que el mundo cesara de girar a su alrededor y que su corazón dejara de latir de forma tan violenta.

Una voz dura y seca se escuchó dentro del edificio. Janice buscó el origen del sonido y descubrió una ventana en la fachada de ladrillos rojos. Detrás había una mujer con gafas de grueso marco. La miraba preocupada. Janice reconoció el rostro, pero no pudo recordar el nombre. La oyó decir:

—¿Se siente bien, señora Templeton? —había abierto la ventana y le gritaba desde la altura— ¿Necesita ayuda?

—Sí, por favor, no me siento bien.

Janice intentó reírse para restar importancia a la situación. La mujer desapareció de la ventana y un segundo más tarde bajaba los escalones cubiertos de hielo. Llevaba las manos extendidas para socorrerla.

—Me sentí mal de pronto —le explicó.

La mujer la cogió del brazo y la ayudó a caminar sobre la acera y subir los peldaños de concreto. Janice explicó:

—He venido a buscar a Ivy. Me he retrasado —y con un irreprimible miedo preguntó—: ¿Me está esperando en la oficina?

—No. No hay nadie en la oficina.

Ayudó a Janice a sentarse en un banco de madera y fue a buscar una aspirina y un vaso de agua.

La habitación estaba desierta. Sobre el escritorio descansaba una placa de cobre

donde podía leerse *Señora Elsie Stanton*. El reloj señalaba las tres cuarenta y uno. Janice vio un teléfono en una mesa cercana y se precipitó a llamar a casa. Su mano temblaba mientras marcaba los números. No contestó nadie. Lo dejó sonar durante largo tiempo. Luego colgó y marcó el número de la portería de *Des Artistes*. Dominick contestó.

—Le habla la señora Templeton, Dominick. ¿Ivy está allá abajo, por casualidad?
—trató de que su voz sonara alegre y natural.

—Espere un minuto, por favor, señora Templeton.

Le inundaba un sudor frío y las ondas de pánico se producían cada vez con más frecuencia en la medida en que veía avanzar las agujas del reloj colgado en la pared que había sobre el escritorio.

—No, señora Templeton —dijo Dominick—. No está aquí abajo ni en la calle tampoco.

—Gracias, Dominick. Si la ve, vigílela hasta que yo llegue, por favor.

—Por supuesto, señora Templeton.

Se encontraba de pie y hacía esfuerzos por enderezar el cinturón de su impermeable. Se concentró en este esfuerzo fútil para evitar tener que considerar otros asuntos más importantes, pero su cerebro se negaba a cooperar e insistía en hacerle llegar ansiosos mensajes urgentes, que se abrían paso por entre sus defensas. ¡Ivy no estaba en el colegio! ¡Ivy tampoco estaba en casa! No podía haber ido a ningún otro sitio. ¡Él hombre se la había llevado! Era así de simple. Ahogó el grito que brotaba de lo más profundo de su desesperación y sofocó el impulso ciego de huir gritando del edificio.

—Bébase todo el vaso de agua —recomendó la señora Stanton, al mismo tiempo que ponía en las manos temblorosas de Janice una aspirina y un vaso—. Su efecto es más rápido así.

Janice tragó. Refrescada por el agua fría, aliviada su sedienta garganta, supo de inmediato cuál sería su próximo paso. Sin siquiera pedir permiso, cogió el teléfono y marcó el número de teléfono de la oficina de Bill. La secretaria le informó que Bill había ido a una reunión y que no volvería al despacho. Su voz, plena y autoritaria, le hizo recordar algo que reavivó su esperanza. En otra oportunidad, hacía menos de un año, Janice se había retrasado e Ivy la había esperado en el parque. Es verdad que entonces estaban en primavera, pero tal vez la nieve que caía ahora había fascinado a Ivy con su belleza y la chica estaba en el parque, levantando un mono de nieve allí, muy cerca, mientras la esperaba.

Janice se lanzó hacia la puerta sin prestar atención a las recomendaciones de la señora Stanton. Salió al frío del exterior. Los peldaños de hormigón estaban cubiertos de una resbaladiza capa de hielo. Bajó lentamente, la mano sobre la barandilla metálica para no tropezar y caerse. Nevaba profusamente. Los copos caían de gran

tamaño. Esforzó la vista para ver a través del denso tráfico. Buscaba la silueta de Ivy en el parque, pero el muro de nieve que la rodeaba le impedía ver más allá del centro de la calle. Sin detenerse a considerar el riesgo que corría se lanzó en medio del tráfico y cruzó el amplio *boulevard* sin preocuparse de buscar el paso de peatones. Rechinar de frenos y bocinazos acompañaron su enloquecida travesía hasta el otro lado de la calle.

En el breve lapso de tiempo que tardó en cruzar, la nieve se había transformado en granizo. Cuando llegó al muro de piedra que separaba la acera del parque, pequeños trozos de hielo le golpeaban el rostro. Sudaba, sin embargo, mientras buscaba el camino entre los montones de nieve que se habían juntado sobre el muro. Protegiéndose los ojos con las manos, examinó la zona del parque que alcanzaba a ver. Con la mirada extraviada intentaba ver más allá de la cortina de hielo que el viento arremolinaba a su alrededor. Cuando el viento cambió ligeramente su dirección, le pareció ver a una niña saltando entre la nieve a pocos pasos de distancia. Para cerciorarse, decidió trepar el muro desde donde podría tener una mejor visión. Escuchó el ruido de su ropa al desgarrarse mientras subía y se dejaba caer lentamente al otro lado, afirmándose con las manos en el borde resbaladizo. Quedó colgando. Sus pies no encontraban dónde apoyarse. Su cuerpo parecía balancearse sobre un hoyo presto para tragarla en cuanto se soltara. Habría sido incapaz de moverse si no hubiera sido porque sus dedos se negaron a seguir sosteniéndola sobre la superficie helada. Sus pies pisaron tierra firme unos centímetros más abajo, pero el hielo y lo resbaladizo del terreno la hicieron perder el equilibrio y fue rodando por la nieve hasta el borde del camino. Soportó el accidente en silencio, aceptándolo como algo lógico en el contexto de la absoluta locura que estaba viviendo.

La nieve se desparramó a su alrededor cuando se puso de pie y flexionó el cuerpo para comprobar que no se había fracturado ningún hueso. Se sintió aliviada y agradecida porque la impenetrable cortina de granizo era tan densa que era imposible que alguno de los peatones hubiera podido ver su extravagante conducta. Entonces, se dio cuenta de que había perdido el bolso. No tenía tiempo para buscarlo.

Giró hacia donde le había parecido ver a una niña jugando. Hizo bocina con sus manos alrededor de la boca y gritó:

—¡Ivy! ¿Me escuchas Ivy?

El viento le impedía proyectar la voz, y el sonido rebotaba sobre su cara, obligándola a avanzar sobre la resbaladiza superficie nevada.

—¡Ivy! —gritó, lanzando el nombre con el máximo de volumen que le permitía su insegura voz—. ¡Ivy, soy yo, mamá!

—Ivy está en casa —dijo una cortés y calmada voz masculina a su lado—. La estuvo esperando hasta las tres y veinticinco, y después se marchó.

La voz hablaba desde la izquierda, tan cerca que podía ver la condensación de su

aliento cada vez que pronunciaba una palabra. Janice trató de serenarse. Su cuerpo magullado temblaba. Por sobre todo, no debía mirarle ni darse por enterada de su presencia.

—Está bien —siguió diciendo la voz. Hablaba con suavidad, informándole de los hechos, sin hostilidad—. La está esperando en la portería.

Janice se quedó petrificada. Sentía crecer el pánico en su interior y se escuchaba respirar cada vez más deprisa. No le miraría, no se rebajaría a entablar una conversación con él.

—Tome, se le cayó cuando usted tropezó.

El bolso apareció ante sus ojos, y quedó suspendido en el aire, allá abajo, a la izquierda, en medio del viento y el granizo. Si lo tomaba sería tanto como aceptar su presencia, provocaría un encuentro, establecería las bases para una conversación. Pero, ¿cómo podía dejar de cogerlo? Era su bolso. El hombre la había atrapado.

Cogió el bolso sin decir nada.

—Tenemos que hablar —dijo el hombre—. Ahora estoy seguro, y tenemos que hablar. Dígaselo a su esposo.

Los ojos de Janice no se apartaron de un minúsculo trozo de tierra que, de alguna manera, había escapado a la nieve y al granizo. Trató de concentrarse, buscando una explicación para un fenómeno tan curioso, en un esfuerzo desesperado por suprimir el sonido de la voz del hombre, pero sus palabras seguían penetrando en su interior.

—No pretendo hacerles daño, pero debemos hablar.

La mirada de Janice se dirigió hacia su bolso, y lo vio colgado de una mano que temblaba. Se estremeció toda ella, ostensible, clara y violentamente, traicionando así su miedo del hombre, aceptando que él era más poderoso que ella. Trató de controlar su temblor mediante un acto de su voluntad, pero no lo consiguió. Tengo que irme, se dijo. Debía sacar valor de alguna parte para irse antes de que el hombre advirtiera su temblor y se aprovechara de su debilidad.

El granizo la golpeó en los ojos, y se dio cuenta de que había empezado a caminar; dio unos pequeños pasos por el sendero, caminando de puntillas, como Bill le había enseñado a hacerlo cuando el asfalto era resbaladizo. Resbalar y caerse ahora constituiría un desastre: ayudaría a prolongar la presencia del hombre porque, seguramente, él iría a socorrerla.

—Dígale a su esposo que le llamaré esta noche.

Las palabras del hombre se fueron perdiendo en la distancia. Y eso quería decir que no la estaba siguiendo.

Janice pensó en lo orgulloso que se sentiría Bill cuando supiera que no había mirado al hombre ni una sola vez, que no le había hablado nunca y que en ningún momento se dio por enterada de su presencia.

—Ven —dijo Janice, con la pasión y la violencia de un reto.

Ivy recogió sus libros y la ropa de calle y siguió a su madre hacia el ascensor que las esperaba. Ernie, el sustituto del ascensorista, echó una rápida ojeada al traje empapado y lleno de barro de Janice mientras subían en silencio. Ivy miraba a su madre en forma nerviosa y disimulada, sabiendo demasiado bien cuál era el motivo de su ira, y temiendo un encuentro del que sólo la separaban tres plantas.

Apenas quedaron solas en el corredor de la novena planta, Ivy habló con un tono suave e inocente que pretendía traspasar la armadura de hostilidad de la que se hallaba recubierta su madre.

—Esperé hasta las tres y veinticinco, mamá. No sabía a qué hora me pasarías a buscar y por eso me vine caminando. Un señor me ayudó a cruzar la calle —agregó orgullosa e inocente.

Janice abrió la puerta del piso, y cogiendo el brazo de Ivy la hizo cruzar el umbral de un violento empujón. Cerró la puerta de un portazo, puso su cara a la misma altura que la de la aterrorizada niña y gritó:

—¡No te vuelvas a venir sin mí! ¡No te vuelvas a marchar con un desconocido! ¡Te sientas en el despacho de la directora y me esperas! ¡Me esperas! ¡Me esperas! ¡Me esperas! ¿Me entiendes?

Janice gritaba y sacudía violentamente a la niña. Ivy sollozaba y gritaba con toda la fuerza de que era capaz:

—¡Sí, sí! ¡Suéltame, mamá, me haces daño!

De inmediato Janice soltó el brazo de su hija y retrocedió, sorprendida de su propia crueldad al ver las manchas rojas sobre la hermosa piel blanca de la niña. Santo Dios, pensó, me estoy volviendo loca.

—Vete a tu cuarto, por favor —ordenó a Ivy, con una voz mustia y desconcertada.

Unos sollozos desconsolados golpearon los oídos de Janice, cada vez más lejanos a medida que la niña se alejaba por el estrecho pasillo, doblaba para entrar al living y subía la escalera para escapar hasta su dormitorio, desde donde aún se escuchaba en la distancia.

—¡Dios, Dios, Dios! —murmuró una y otra vez mientras caminaba a tropezones hacia el living.

Se dejó caer llorando sobre el sofá. Tuvo conciencia de que su traje mojado y cubierto de lodo estaba manchando la seda negra del tapizado. No le importó nada. Dejó que el carísimo género de Schumacher se ensuciara con sus sentimientos reprimidos, sus terrores ocultos, sus heridas y el increíble horror de los últimos tres días. ¡Santo Dios!, ¿sólo habían sido tres días?

Sonó el teléfono.

Su primera reacción fue dejarlo sonar, pero recordó que el supletorio estaba al alcance de Ivy y, entre sollozos, se obligó a contestarlo.

—¿Janice? Darlene me ha dicho que me has llamado hace poco. ¿Qué sucede?

La firme y segura voz de Bill terminó por desmoronar el escaso autodominio que aún le quedaba y gritó histérica:

—¡Por Dios, Bill, por Dios, ven, ven!

—Voy enseguida —dijo Bill decidido y colgó.

Bill se las arregló para hacer todas las combinaciones de transporte necesarias y llegó a casa diez minutos más tarde. Tras evaluar rápidamente la magnitud del desastre, se puso de inmediato a la tarea de volver a poner su casa en orden. Llenó las bañeras de los dos cuartos de baño con agua caliente y puso a las dos mujeres a descansar en ellas. Repartió su tiempo entre los dos cuartos de baño, concediéndole a cada una la oportunidad de desahogarse con él.

Janice le contó los detalles de todas las horribles aventuras que le había tocado vivir desde que se despidieron en la puerta del Rattazzi. Puso especial énfasis en la narración de su encuentro con el hombre, repitiendo cada palabra, tratando de recordar la entonación e inflexión de voz con que fueron dichas, tratando de adivinar lo que había oculto detrás de ellas.

—¿A qué hora dijo que llamaría? —preguntó Bill.

—No dijo la hora, sólo que lo haría hoy por la noche.

—¿Te dijo que había traído a Ivy a casa?

—No. Ivy me lo dijo. Él aseguró que Ivy me estaba esperando en la portería, y era verdad.

Bill titubeó, luego preguntó:

—¿Estás segura de que era el mismo hombre y que tenía bigote y patillas?

—¡Por el amor de Dios, Bill! —gritó Janice indignada.

—Está bien, está bien —la calmó Bill—. Supongo que no podía ser ningún otro.

—La verdad es que no le vi. Nunca le miré ni me di por enterada de su presencia. Yo creía que te ibas a alegrar cuando supieras mi comportamiento.

Bill colocó una afectuosa mano sobre el hombro lleno de jabón de su mujer, y le hizo una mueca cariñosa.

—Estuviste fantástica, Janice, sensacional —y muy serio agregó a continuación—: Quiero que sepas que ya he tenido bastante con esta historia, y que se acabó ya de jugar.

Ivy estaba aún más angustiada que Janice. La niña no había visto jamás a su madre comportarse de esa manera. Le parecía una monstruosidad que la hubiera sacudido hasta casi hacerla vomitar por algo que hacían todas sus compañeras de curso. Todas las niñas de su edad volvían solas a sus casas.

—Bettina se va sola a casa desde los nueve años. ¿Y por qué no puedo hacerlo yo?

—Porque tú eres una niña preciosa —dijo Bill, cogiendo su mano mojada—, y para nosotros significas algo muy especial. Te queremos mucho y deseamos

protegerte.

—¿Contra qué?

—Contra muchas de las cosas horribles que pasan todos los días en esta ciudad, Ivy. Hasta ahora hemos sido muy afortunados, pero no todos lo son. La gente a la que no le importa correr riesgos deja andar solos a sus hijos por la calle. Nosotros no queremos exponerte al menor peligro.

El baño caliente, la mano cariñosa de su padre, y su tono afectuoso y tranquilizador, fueron haciendo que lentamente fuera cediendo la tensión en Ivy y que se mostrara dispuesta a tratar de comprender y perdonar a su madre.

—Debes tener en cuenta que es la primera vez que no la espero. Y no me habría venido si ese señor no se hubiera ofrecido a acompañarme a cruzar las calles.

—¿Cómo era el señor ése, Ivy? —preguntó Bill con una voz encantadora—. ¿Le habías visto antes?

—Claro que sí. Está frente a la puerta del colegio todas las tardes. *Pero tú también* tienes que haberle visto, porque también está por la mañana.

—¿Con bigotes y patillas?

Ivy asintió con la cabeza y dijo:

—Es muy simpático. Me acompañó hasta la calle Cincuenta y siete y esperó hasta que crucé.

—¿Te dijo algo? ¿Hablasteis de algo?

—No, nada especial. Había empezado a nevar de nuevo y me dijo que prefería el invierno al verano, y que su hija también prefería el invierno.

—¿Te hizo preguntas sobre mí o sobre tu madre?

—No —le miró con aire de aguda sospecha—. ¿Le conoces, papá?

—No, no le conozco.

—Qué raro...

—¿Por qué?

—Porque sentí que nos conocía. Que me conocía a mí.

Después del baño, ya relajadas y tibias, cubiertas con una manta eléctrica, Bill dejó que madre e hija recuperaran en la gran cama matrimonial el afecto que parecía roto y bajó a la cocina para preparar la comida.

Cuando volvió con una bandeja con sándwiches de carne, un plato de guisantes humeantes, tarta y leche, encontró jugando cariñosamente abrazadas a madre e hija. Puso la servilleta sobre la colcha e improvisaron un picnic sobre la cama. A las siete y media, cuando sonó el teléfono, el amor y la comprensión, reinaban de nuevo en el seno de la familia. Ivy cogió el teléfono de la mesita de noche apenas empezó a sonar.

—Diga... —hubo una breve pausa—. Es para ti, papá.

Bill le hizo un gesto a Janice para que cogiera el auricular y bajó para hablar por el otro teléfono. Janice puso el auricular en su oído y tapó la bocina con la mano.

Después de unos segundos oyó la voz de Bill.

—Dígame...

—¿Hablo con el señor Templeton?

—Sí.

—Me llamo Elliot Hoover.

—Ya lo sé.

—Creo que deberíamos tener una conversación.

—De acuerdo.

—¿Puedo ir a su casa?

—No. ¿Por qué no pasa mañana por mi oficina?

—Creo que sería mejor que habláramos hoy. Me gustaría que la señora Templeton también estuviera presente. ¿Por qué no nos reunimos en el bar de abajo?

—Imposible. No podemos dejar sola a la niña.

—La señora Carole Federico podría acompañarla durante una o dos horas.

Janice comprendió perfectamente la razón de la larga pausa que siguió a esta proposición. Pudo sentir la desagradable sorpresa de Bill ante el íntimo conocimiento de Hoover de todos los detalles de sus vidas. Finalmente, Bill tartamudeó:

—De acuerdo.

—¿Le parece bien a las ocho y media?

—Sí.

El teléfono emitió un ruido semejante al primero cuando Janice también colgó el aparato.

Ivy comenzó a reír; había cogido un libro de historietas y lo estuvo hojeando durante toda la conversación telefónica. Janice descubrió que interiormente se sentía molesta por su risa, que le parecía mal, poco apropiada y fuera de lugar. Era como si alguien dejara escapar su risa en un funeral.

Segunda Parte

Elliot Hoover

6

Si no hubiera sido por las dos mesas ocupadas, y por la fila de camareros vestidos de etiqueta que cada cierto tiempo cumplían en silencio sus funciones, esperando pacientemente que fueran las nueve y media, que era la hora de cierre, se habría pensado que el restaurante de *Des Artistes* estaba sumido ya en un profundo sueño.

Bill y Janice atravesaron el silencioso y sombrío salón para dirigirse al bar, que estaba detrás, en una sección parcialmente cerrada desde el restaurante.

Kurt, el encargado del bar, les dirigió una sonrisa amistosa cuando les reconoció al verles parados en el umbral de la sala, cuyas paredes estaban cubiertas por paneles de madera oscura, buscando la cara de Patillas entre los rostros presentes. Sólo había otras cinco personas en el recinto.

—Soy Elliot Hoover.

Janice dio un salto. Bill se volvió tan de prisa que traicionó su sorpresa. Tenía enfrente un rostro que no habían visto nunca antes. La pálida piel estaba perfectamente afeitada, no tenía arrugas y parecía pertenecer a un muchacho de unos veinte años. La sonrisa, dulce y franca, dejaba al descubierto dos hileras de dientes enmarcados por unos labios finísimos y muy pálidos. Si se le miraba más detenidamente se podía advertir que el pelo empezaba a ralearse y ya no era muy abundante en las sienes. Sin embargo, ¿podía ser ese mismo hombre de cuarenta y seis años cuya biografía había leído en el «Quién es Quién»?

Hoover se dio cuenta de su sorpresa. Su sonrisa se hizo más amistosa y dijo:

—Hay una mesa muy tranquila en esa esquina.

Bill y Janice le siguieron como un par de ovejas que son conducidas al matadero; se sentaron juntos, obedeciendo a un gesto de la mano de Hoover, que se instaló en una silla frente a ellos. Después de unos segundos comenzó a hablar en una voz baja y tranquilizadora que parecía titubear antes de elegir cada palabra.

—Quiero agradecerles que hayan aceptado verme esta noche. Les estoy verdaderamente muy agradecido.

Marie, la hermosa y atractiva camarera, se aproximó sonriendo a la mesa.

—¿Desea beber algo, señora Templeton? —preguntó Hoover amablemente.

—No, gracias.

—Beberé whisky con agua —dijo Bill.

—¿Tiene té chino? —preguntó Hoover.

—Puede que en la cocina tengan —respondió Marie, no muy convencida.

—Tráigame una taza, por favor —dijo Hoover despidiendo a Marie y volviendo a concentrarse en Bill y Janice—. Antes que nada quisiera disculparme por mi misteriosa conducta de las últimas tres semanas —hizo una pausa, y continuó con una risa nerviosa e incómoda—: Me imagino que ambos habrán estado muy preocupados;

lo siento, pero era realmente necesario. Estaba en su derecho, señor Templeton, cuando pidió auxilio a la policía. Probablemente yo hubiera hecho lo mismo en su lugar. Los subterfugios, el disfraz, eran pasos previos y necesarios antes de que pudiéramos reunirnos —se calló un momento para permitir que quedara claro el sentido de sus palabras—. La verdad es que la preparación de este encuentro me ha llevado siete años. Siete años de viajes, investigaciones, y estudio. Para hacerlo posible ha sido necesario un cambio radical de lo que podríamos llamar mi visión espiritual e intelectual del mundo.

Bill sintió que Janice ponía su mano helada en la suya por debajo de la mesa.

Hoover siguió hablando, las palabras parecían salir de sus labios en frases breves, rápidas, como si las hubiera ensayado penosamente durante mucho tiempo. Muchas veces vacilaba, dando la impresión de que las hubiera memorizado de algún libro.

Les habló de los siete años que había estado viajando, de Pittsburgh, su ciudad, donde era imposible obtener el material que necesitaba para sus investigaciones, de cómo su búsqueda le había llevado a la India, Nepal, a los picos helados de las montañas del Tíbet. Allí, en algunas lamaserías comenzó a recoger penosamente —*recoger* fue la palabra que empleó— la luz de la verdad. Bill le interrumpió en medio de una frase.

—Disculpe, señor Hoover, ¿pero qué tiene que ver todo eso con nosotros?

—No es fácil de decir —balbuceó Hoover—, lo que tengo que comunicarles. Requiere algunos conocimientos previos, comprensión...

Su mano temblaba cuando la extendió para coger la taza de té que Marie acababa de poner sobre la mesa. Bill se había bebido ya la mitad de su vaso de whisky antes de que Hoover fuera capaz de seguir hablando. Buscaba torpemente las palabras.

—No puede imaginarse cuántas veces me he puesto en su lugar, y lo inverosímil que me ha parecido lo que voy a decirle... He hecho muchas cosas muy extrañas desde que llegué a Nueva York... Supongo que mi biografía en el «Quién es Quién» le habrá aclarado perfectamente qué tipo de persona soy... Y puedo asegurarle que no soy de los que hacen cosas sin tener motivos.

Hoover lanzó todas estas frases inconexas en un tono tembloroso por la emoción. Volvió a coger su taza, la sujetó con ambas manos antes de llevarla a sus labios, y bebió el té negro. Lentamente, sus manos dejaron de temblar.

—Antes de seguir hablando debo hacerles una pregunta. ¿Alguno de ustedes sabe algo sobre la reencarnación?

Antes de pronunciar esta última palabra hizo una pausa, luego la dijo, pronunciando «reencarnación» con sumo cuidado.

La tensión de la mano de Janice se relajó un tanto mientras negaba con la cabeza. Bill había entendido «revolución» y se quedó mirándole, en espera de que aclarara el sentido de su frase.

—Toda mi educación —prosiguió Hoover— siempre estuvo orientada a alejarme de una creencia seria en Karma...

Esta afirmación terminó de confundir a Bill, que se preguntó qué diablos tendría que ver Karma con la revolución. Hoover continuó hablando:

—Después de siete años de búsquedas y meditaciones llegué a experimentar la realidad de la reencarnación y ahora estoy seguro, como lo afirma el Corán, de que Dios crea a los seres y los envía a la Tierra una y otra vez, hasta que retornan a Él.

—¿Dijo usted «reencarnación»? —preguntó Bill para quien, finalmente, empezaba a tomar sentido la conversación.

—Sí, señor Templeton —contestó Hoover cautelosamente—. Reencarnación, esa creencia religiosa que sustentan casi mil millones de personas; una doctrina aceptada por algunos de los más grandes hombres que ha producido nuestro planeta, de Pitágoras a Schopenhauer, de Platón a Benjamín Franklin...

—Vaya... —comentó Bill sin ningún entusiasmo, y se bebió el whisky que quedaba en su vaso.

—No me interprete mal. No pretendo que acepte la reencarnación ni que crea en los principios éticos de Karma. Yo tampoco lo hice *al principio*. Lo único que le pido es que escuche sin prejuicios lo que voy a decir. Dudará, por supuesto. Incluso puede pensar que estoy loco, y me parecerá natural. Acepto su escepticismo de antemano, pero le ruego que me escuche hasta el final.

—De acuerdo —dijo Bill—, continúe.

Hoover volvió a hablar, esta vez en un tono solemne.

—Hace diez años se produjo un accidente, en el que perdí a mi esposa y a mi hija. Fue algo tan inesperado y repentino que durante un tiempo estuve como paralizado mentalmente; no pude hacer nada durante un año completo, no salía a ninguna parte, evitaba todo contacto con la gente. El vacío que habían dejado en mi vida era intolerable —sus ojos se humedecieron, produciendo un breve relampagueo—. Y luego, un día cualquiera, tuve la clara sensación de que estaban cerca de mí. Sentí como si Audrey Rose, mi hija, estuviera muy próxima a mí. Nunca había creído ni en lo sobrenatural ni en que hubiera otra vida después de la muerte, y pensé que no se trataba más que de una reacción enfermiza de mi mente, provocada por el dolor de su ausencia. Creí que era una especie de compensación, una manera de llenar el vacío. Era una sensación placentera y no luché contra ella. La verdad es que la sensación de tener a Audrey Rose cerca se fue intensificando con el tiempo, me permitió sobreponerme a mi tragedia, y me hizo volver a enfrentar la vida y la gente...

—¿Desean algo más? —preguntó Marie, acercándose tan silenciosamente que sus palabras sobresaltaron a Janice.

—Yo quiero más té, por favor —dijo Hoover.

—Para mí otro whisky, doble esta vez —pidió Bill pasándole su vaso vacío.

Janice permaneció en silencio.

Cuando la muchacha terminó de recoger la vajilla usada y se marchó, Hoover cerró los ojos, ordenó sus pensamientos y prosiguió:

—Aproximadamente un año y medio después del accidente asistí a una comida. Una de las invitadas —les ruego que tengan paciencia conmigo— dijo que podía leer el pensamiento. Es un fenómeno que recibe el nombre de psicometría. Esa mujer cogía un anillo o cualquier otro objeto personal y a través de su contacto podía decir cosas del pasado, del presente y del futuro de esa persona. Seguramente ustedes han visto algo parecido en un escenario. Pensé que era una estupidez, una tontería infantil: nadie puede hacer una cosa semejante. Pero la anfitriona insistió para que le diera mi alianza a la mujer. Lo hice, y empezó a hablar de mi pasado, a decirme cosas que sólo yo conocía. Después describió a mi hija como si se tratara de una niña de dos años, lo que me entristeció profundamente. Estaba a punto de marcharme cuando me detuvo para preguntarme por qué no quería hablar de ella. Le dije que Audrey Rose había muerto en un accidente y que su recuerdo todavía me hacía sufrir. Se rió y negó con la cabeza —la voz de Hoover subió de tono, como si quisiera reproducir el de la mujer—. Su hija está viva, dijo. Ha vuelto. Y la describió bella, rubia, y dijo que vivía en una casa muy hermosa aquí, en Nueva York. La llamó Ivy. Era curioso, ambas parecían ser la misma persona. Me pareció imposible. La sola idea me resultaba perturbadora y molesta, de modo que decidí irme... Sus palabras habían sido tan extrañas que le dije que estaba loca, cogí el anillo y me marché...

La cadencia de las frases era rápida. Bill hizo una mueca de dolor cuando la mano de Janice apretó la suya, siguiendo el ritmo del increíble monólogo de Hoover.

Volvió a llenar su taza de té y prosiguió, esta vez con una voz más tranquila, más controlada.

—Pasó casi un año después de esa comida. Yo no podía dejar de pensar en aquel incidente, era natural que quisiera creer en algo así, pero yo me consideraba una persona inteligente y racional e intenté apartar de mí ese tipo de ideas. No pude conseguirlo. Lo que esa mujer había dicho, su manera de describir a Audrey Rose, la cantidad de detalles exactos eran demasiado convincentes. Me aferré a la esperanza de que tal vez no se tratara de otro fraude más. Pero aparte de eso no hice nada.

Hubo otra pausa —Bill pensó que la había hecho para acentuar el efecto dramático de sus palabras— y luego Hoover retomó el hilo de su historia.

—En diciembre de 1966 me encontraba casualmente en Nueva York por asuntos de negocios cuando vi un aviso en el *Times* en el que se anunciaba una conferencia en Town Hall. La daría un conocido experto en fenómenos psíquicos y paranormales que era, asimismo, clarividente. Un impulso incontrolable me obligó a ir allí. Recuerdo que incluso dejé de asistir a una representación de *Hello Dolly*, ¡con lo que me había costado conseguir una localidad!

»Hacía muy mal tiempo y era casi imposible encontrar un taxi. Cuando logré llegar a Town Hall la conferencia ya había empezado. Caminé por el pasillo lo más silenciosamente que pude y apenas me había sentado cuando me di cuenta de que el conferenciante no sólo se había quedado callado sino que me estaba mirando y me analizaba, como si le sorprendiera verme. Tardó algunos segundos en reiniciar su charla, que versaba básicamente sobre fenómenos extra-sensoriales y transmisión de pensamiento.

Mientras Hoover bebía su té, Bill aprovechó para darle una rápida mirada a Janice. Tenía la cara cubierta de sudor, y su cutis perfecto parecía barnizado con una sustancia luminosa; sus ojos estaban clavados en Hoover, escrutándole con la inquietud y el temor de un científico que está a punto de hacer un descubrimiento aterrador. Bill apretó su mano para darle ánimo, pero la tensión de su mujer no se relajó. Hoover continuó hablando:

—Cuando la conferencia concluyó y yo me disponía a abandonar la sala, el conferenciante me señaló con un dedo y me indicó que deseaba que le esperara. Le acompañé a una salita, se disculpó por haberme mirado de esa manera, y me explicó que me rodeaba un halo que le había llamado la atención...

—¿Qué le rodeaba?

—Un halo, una especie de aureola luminosa que poseen ciertas personas y que sólo puede ser vista por alguien dotado de una capacidad especial de percepción.

—Oh...

—Igual que la mujer que me habló de mi pasado en esa comida, aquel hombre me dijo cosas verdaderas sobre mi vida y mi hija. La describió como si estuviera viva. Hablaba de su hija como si fuera la mía. Me dio descripciones minuciosas y detalladas de su ropa, sus amigos. Mi hija vivía en la de ustedes, había vuelto a nacer. Me habló de la casa que habitaba, del living con su inmensa chimenea y su hermoso techo con pinturas entre los paneles, del dormitorio de Ivy con las cortinas amarillas y blancas, el albornoz que usaba como bata de levantarse, la gaveta de la cómoda, la segunda empezando por arriba, que siempre costaba tanto de abrir...

Janice se estremeció aterrada. Recordaba perfectamente las cortinas, las había hecho ella misma poco antes del nacimiento de Ivy; y el albornoz que les enviara tía Wilma, en desuso desde hacía tiempo; y ese cajón, el segundo empezando por arriba, que aún desafiaba los más entusiastas y pacientes esfuerzos por abrirlo. Por primera vez fue ella quien habló:

—¿Qué edad tenía su hija cuando... murió?

—Audrey Rose acababa de cumplir cinco años, señora Templeton. Su madre y ella viajaban en coche cuando hubo una tormenta, la carretera se puso resbaladiza y el coche patinó, chocó contra otro y cayó por un barranco —los ojos de Hoover reflejaban el espanto que le producía recordar la tragedia—; murieron antes de que

podieran socorrerlas.

Janice se mordió los labios, titubeó y preguntó:

—¿Cuándo... ocurrió?

Hoover no respondió de inmediato. Durante un largo rato su mirada vagó por la mesa, recorrió el rostro de Janice y después el de Bill, calibrando sus reacciones, antes de responder lenta, cautelosamente:

—El 4 de agosto de 1964, un poco después de las ocho y veinte de la noche, unos segundos antes de que usted diera a luz a Ivy en el New York Hospital.

Janice estaba sentada, inmóvil, prisionera de la penetrante mirada de Hoover. Bill tosió y se puso de pie.

—Bien, Hoover, son muchas cosas juntas y necesitamos tiempo para pensarlo. Denos un par de días.

Elliot Hoover se levantó, nervioso, cuando vio que Bill cogía a Janice del brazo para ayudarla a ponerse en pie. Se puso ante ellos, en un inútil intento por retrasar su partida, y preguntó tartamudeando:

—¿Ha comprendido lo que le he dicho, señor Templeton?

—Perfectamente. Su hija murió y se ha reencarnado en la nuestra. Lo que usted quiere decir, en realidad, es que Ivy, nuestra hija, es Audrey Rose, su hija.

—Bueno... sí —respondió Hoover, tratando de descubrir el verdadero sentido de las palabras de Bill—. Creo que debemos volver a discutir el asunto y... llegar a un acuerdo. No quiero hacerle daño a nadie. Sé que no puedo emprender ninguna acción legal, y aunque pudiera no lo haría. Sé lo que significa perder a un ser muy querido.

—Claro, claro... —dijo Bill al tiempo que encaminaba a Janice hacia el arco de acceso al bar, separándola de Hoover—. Lo pensaremos y nos pondremos en contacto con usted.

—¿Puedo llamar por teléfono mañana?

La voz de Hoover golpeó contra sus espaldas cuando se alejaban. Bill volvió la cabeza por encima de su hombro y respondió:

—Llámeme al despacho —y agregó con tono sarcástico—. Creo que ya sabe el número.

Cuando Bill y Janice entraron en el piso, Carole estaba sentada ante la mesa del comedor haciendo un solitario. Se levantó para marcharse. El intercambio de preguntas fue breve y amistoso. Ivy se había ido a la cama pronto después que se marcharon, nadie llamó por teléfono. ¿Qué tal lo habían pasado? ¿Les gustaría cenar con ellos el próximo sábado?

Cuando Carole se marchó, Janice subió a ver a Ivy. Bill se preparaba para acostarse. Aún no habían hablado de la entrevista con Hoover. Janice sabía que no lo harían hasta más tarde, hasta que estuvieran en la oscuridad de su propio dormitorio.

Mirando dormir a su hija, tan rubia e inocente, Janice sintió que un escalofrío

helado le recorría la espalda, algo así como un presentimiento terrible. Habían conocido al enemigo, habían medido sus fuerzas y conocido su objetivo. Y su objetivo era Ivy.

La niña se quejó suavemente, se agitó inquieta: algún sueño desagradable le impedía dormir tranquila. El pánico sobrecogió a Janice cuando recordó el período de las pesadillas. Quiera Dios que no vuelvan más. Le tocó la frente: normal. Un buen signo.

El calor de su lecho era muy agradable. Se introdujo entre las sábanas estampadas y trató de que el silencio de la noche relajara las tensiones de su atribulada mente.

Pronto vendría Bill y podrían hablar.

Bill se despojó de la bata, apagó la luz de la mesita de noche y se acostó a su lado. Su mano buscó la de ella bajo la sábana. Janice esperó que hablara pero su respiración se fue haciendo más lenta y regular, y comprendió que si no lo hacía ella Bill pronto estaría dormido.

—¡Háblame!

—Relájate, Janice, por el amor de Dios —suspiró—. No hay por qué preocuparse, está completamente loco. Y a los locos se les encierra en unos lugares especiales que se llaman manicomios.

—Él sabía que ibas a pensar que estaba loco, te lo advirtió, ¿recuerdas?

—Sí, pero es que así funcionan las mentes enfermas. Te advierten las cosas para hacerte bajar la guardia. Esa es su forma de atraparte, ¿no te das cuenta?

—No, Bill. Y tengo mucho miedo.

—Todos los locos dan miedo.

—No es eso lo que me da miedo. Temo que... *no* esté loco.

—¡No me vas a decir que creíste su historia de Karmas y aureolas!

—¡Él la cree! —puso toda su fuerza y convicción de que era capaz en la próxima frase—: Él cree sinceramente lo que dice, me di cuenta al mirarle.

—¿Y qué viste? Pálido, extraño, ojos inexpresivos..., ¿acaso ésa te parece la apariencia de una persona sana y normal?

—¿Pero por qué iba a inventar una cosa así? ¿Por qué iba a contarnos esa historia a nosotros?

—La respuesta está en su mente enferma, Janice, y yo no sé leer el pensamiento.

—Veo que no estás dispuesto a contestar racionalmente ninguna de mis preguntas.

—Hazme una sola pregunta que se pueda responder racionalmente.

—De acuerdo. ¿Qué va a pasar si no está loco?

—¿Si no está loco? —sofocó un bostezo—. Bueno, en ese caso puede que lo haga por dinero, que sea un chantajista, que ha inventado esa historia para conseguir nuestro dinero.

—¿Qué dinero?

—Eso no tiene importancia. La teoría de que sea un chantajista me parece bastante buena.

—¿Y se ha pasado siete años recorriendo el mundo con el único objetivo de venir aquí a quedarse con un dinero que no tenemos?

—¿Cómo puedes estar segura de que es verdad que ha viajado? ¿Porque él lo dice? Y yo te digo que nunca ha ido a ninguna parte, que ha vivido en Nueva York toda su vida, que obtiene los nombres de sus víctimas en la guía de teléfonos.

—¿Y qué me dices del «Quién es Quién»?

—Se apropió de la identidad de otro hombre y el verdadero Elliot Hoover Suggins no puede protestar porque está muerto.

—De eso no estás seguro.

—No, Janice. De lo único que estoy seguro es que no pertenece al FBI, la CIA o algo así, y eso me ha quitado un gran peso de encima. Puedo enfrentarme a todo lo demás.

Janice escuchó sus últimas palabras, apenas inteligibles porque Bill bostezó profundamente al decirlas, y comprendió que estaba a punto de dormirse.

—Bill...

—Hummm.

—¿Qué piensas hacer, Bill?

—Depende —hablaba como si ya estuviera dormido—. Mañana pienso hablar con Harold Yates. Harry sabrá qué hay que hacer con un sujeto así, psicópata o chantajista —volvió a bostezar y se despidió—: Buenas noches...

—Buenas noches.

Janice se quedó pensando qué pasaría si el hombre no era ni un enfermo mental ni un chantajista, y le costó mucho tiempo conciliar el sueño.

La tormenta pasó sobre la ciudad, dejando detrás una noche fría y clara. Mañana habría un espléndido día de otoño.

Y hubo un espléndido día de otoño.

Seco, frío, vigorizante. Un verdadero regalo venido del norte del Canadá para ayudar a derrotar la polución.

Bill e Ivy lograron tomar un taxi en la esquina de la calle Sesenta y siete. Mientras recorrían la amplia avenida cubierta de barro en dirección a la *Ethical Culture School*, una fina capa de lodo iba empañando los cristales del coche. Una cortina gris y sombría parecía querer cubrir así el esplendor del día.

A Ivy le encantaba llegar en taxi al colegio, aunque el viaje no duraba más de un minuto, porque le parecía que era una manera elegante de comenzar el día.

Al mirar su rostro fresco y sonriente —franco, inocente, confiado— Bill sintió una opresión en el pecho. Qué terriblemente vulnerable era Ivy. Qué indefensa y necesitada del afecto y protección de su padre.

La miró entrar por las inmensas puertas dobles, volverse, sonreír y enviarle un beso con la mano. Luego desapareció. Bill se quedó esperando unos segundos para asegurarse de que estaba a salvo dentro del edificio antes de darle al taxista la dirección de su oficina. Sabía que Hoover no aparecería esa mañana. Ahora que había hecho su jugada, y tenía su pie en el umbral de *Des Artistes*, dejaría de jugar a Sherlock Holmes. Salida Hércules Poirot, pensó Bill, haciendo un gesto de amargura.

El taxi patinó ligeramente al doblar a la izquierda en dirección a la calle Cincuenta y siete, y estuvo a punto de chocar contra un autobús parado. Bill casi no se dio cuenta de lo que pasaba. Su mente estaba concentrada en Hoover.

Hablaría con Harry y él le ayudaría. Harry era la solución para todos sus problemas legales, pero mientras tanto él podía poner en movimiento una rueda del mecanismo y comprobar esa parte de la historia de Hoover respecto a la muerte de su hija en el momento preciso en que nacía Ivy. Los periódicos de Pittsburgh o Harrisburg tenían que haber mencionado el accidente, si éste había ocurrido realmente; también era posible que la policía del Estado tuviera un informe en su archivo. Pediría a Darlene que comenzara a investigar de inmediato.

Cuando el taxi dejó a Bill frente a ese monolito negro y anónimo dentro del cual estaba su despacho, se sentía como un boxeador en espera de que sonara la campana: en excelente estado físico, tenso y preparado para la acción.

El primer tropiezo tuvo lugar fuera de su despacho. Don Goetz desde el extremo opuesto del pasillo le hizo un gesto para que le esperara y se aproximó con cara de tragedia.

—Jack Belaver sufrió ayer un ataque al corazón —informó tristemente.

—¿Cómo está? —tartamudeó Bill, sopesando rápidamente todas las complicaciones que había de traerle tan sorprendente noticia.

—Dicen que se recuperará, pero no podrá trabajar por lo menos durante unos tres meses.

Jack Belaver era el segundo vicepresidente de Simmons y estaba a cargo de los negocios más importantes, de los cuales el más impresionante lo constituía Carleton Industries, un gigante cuyos tentáculos se hacían presentes en cada escondrijo o grieta de la industria electrónica. Representaba dos millones y medio de dólares anuales para Simmons. Su convención anual de vendedores comenzaría el próximo jueves en Waikiki. Jack había desempeñado un papel vital en la preparación y organización de la exposición de ventas y Simmons no podía permitirse el lujo de prescindir de él en un momento tan crítico.

—El viejo quiere verte —dijo Don con el mismo tono de voz con que había hablado antes.

Bill pensó que era muy probable que él supiera para qué quería verle.

—De acuerdo —dijo, y entró en su despacho.

Allí tuvo su segundo tropiezo.

Sentada en el escritorio de Darlene había una sustituta. Era una muchacha morena, gordita, con ojos ligeramente bizcos detrás de unas gafas con grueso marco de carey. Con voz nasal le explicó que Darlene estaba enferma con gripe. ¡Santo cielo! Decididamente, ésta no era una de sus mejores mañanas.

La sustituta se llamaba Abby, y no pudo entender qué era exactamente lo que Bill quería que hiciera, ni de qué periódico se trataba, ni por qué se interesaba en un accidente, cuya fecha había que comprobar.

Bill le escribió unas cuantas notas con letra clara y grande y esperó que ocurriera un milagro.

Cuando salió del despacho de Pel Simmons una hora más tarde, tenía el aire de un hombre exhausto, en el límite de sus fuerzas, después de haber cargado una tonelada de ladrillos. Pel no sólo le había pedido que tomara el lugar de Jack en la aventura hawaiana, sino también que a la vuelta del viaje hiciera escala en Seattle y se ocupara de DeVille, otro de los clientes de Jack.

—Siento tener que darte este trabajo extra, Bill, pero eres el único que puede sustituir a Jack, con la seguridad de que Don hará bien tu trabajo.

—Lo sé, Pel. Trataré de irme el viernes.

—Vete el jueves. Vas a necesitar tiempo para organizarte.

Cuando volvió a su despacho encontró una serie de mensajes: Hoover había llamado dos veces durante su ausencia. Bill se hundió pesadamente en su asiento, lanzó un suspiro de impotencia y murmuró «mierda». Cogió una caja con clips que tenía cerca, y deliberadamente los fue sacando, uno por uno, para arrojarlos sobre el Motherwell. Su blanco era la figura negra y geométrica del centro del cuadro. No se podía tener peor suerte. No se podía haber escogido un momento peor para tener que

irse de la ciudad. ¿Cómo se lo diría a Janice? Ya estaba bastante preocupada con las cosas tal y como estaban. Era probable que sufriera un ataque de histeria si le decía: «Cariño, me voy a Hawai por una semana, ¿qué te parece?»

A no ser que... ¡a no ser qué...! ¿Y por qué no? ¡Irían a Hawai los tres! Ivy podía faltar al colegio por una semana e irían juntos, toda la familia. El viaje les sentaría bien; el suyo lo pagaría la firma, y podría conseguir el dinero para los otros dos pasajes. Resultaría extraño, sin embargo, que un hombre con sus responsabilidades llevara a su mujer y a su hija a una reunión de ese tipo, pero ¡qué diablos!, la alternativa era dejarlas solas e indefensas...

Con el espíritu reconfortado por visiones de sol, deportes acuáticos, y seguridad, Bill se levantó de su asiento, fue hasta el cuadro y recogió todos los clips desparramados por encima del sofá y por el suelo. Cuando Abby entró en el despacho, encontró a su jefe de rodillas sobre la alfombra, recogiendo «cosas» que no alcanzó a ver. Se disculpó tartamudeando:

—Lo siento... sólo quería...

—Dígame —dijo Bill severo.

—El señor Hoover le llama por teléfono.

—Dígale que estoy en una reunión y no volveré hasta muy tarde.

—Muy bien, señor.

—Espere —ordenó Bill cuando la muchacha estaba a punto de salir—. ¿Qué hay de la llamada al periódico de Pittsburg?

—Están averiguando la información solicitada. Llamarán más tarde, con cobro revertido.

—Está bien. Llame al señor Yates, Y-A-T-E-S, encontrará su número en el Rodorex, y pregúntele si puede almorzar conmigo.

—Sí, señor —respondió Abby tragando saliva, y se marchó.

Harry estaba en los Tribunales y no podía reunirse con Bill antes de las tres de la tarde. Pedía confirmación de la cita. Bill lo hizo. Después, llamó a Janice por el teléfono interno de *Des Artista*. Después de varios intentos escuchó la voz de Janice y la de Dominick anunciando su llamada.

—¿Alguna novedad? —preguntó Bill.

—No.

—¿Alguna llamada telefónica?

—Sí, un par por la otra línea, pero no las contesté.

—Me parece bien.

Bill estaba a punto de hablarle de su próximo viaje a Hawai cuando oyó a Janice decir, como si lo hubiera recordado de pronto:

—Ha llegado un paquete.

—¿Qué dices?

—Que ha llegado un paquete. Mario lo subió unos minutos después de que llegara el correo. Lo trajeron personalmente.

—¿Y qué contiene?

—No sé. No lo he abierto.

Bill hizo una pausa, después preguntó:

—¿Y por qué no, Janice?

—No sé. Supongo que por miedo.

—Bueno —suspiró suavemente—, ¿por qué no lo abres ahora?

—Espera un poco.

El número dos sobre el teléfono de Bill se encendió, parpadeó y permaneció encendido una vez que Abby contestó la llamada en el teléfono de su propio escritorio. Un segundo después se apagó. Bill dedujo que tenía que haber sido Hoover de nuevo, pues Abby no hubiera colgado tan deprisa de haberse tratado de cualquier otra persona.

El ruido del papel al rasgarse precedió al sonido de la voz de Janice.

—Son libros, cuatro libros.

—¿Quién los envía?

—Me imagino que el señor Hoover. Parecen libros religiosos. Son muy viejos. Uno se llama *El Corán comentado*, luego está *Los Upanishadas*, no sé si lo pronuncio bien, y también hay un diario.

—¿Alguna carta, mensaje o algo?

—Hay un sobre dentro de *Diálogos sobre Metem... psicosis*, de J. G. von Herder... —volvió a escuchar el ruido del papel al rasgarse cuando Janice abrió el sobre—. Es del señor Hoover. Contiene una lista de páginas señaladas en cada libro; está escrita a mano, y viene firmada «Sinceramente, E. Hoover».

—Bien —meditó un tiempo y luego prosiguió—: Guárdalos. Pueden servir como prueba.

—¿Te ha llamado al despacho?

—Una o dos veces, pero no pienso hablar con él antes de haber consultado a Harry Yates.

Hubo una pausa.

—Bill... —había un temor infantil en su voz.

—Dime, cariño.

—¿Estará en el colegio cuando vaya a buscar a Ivy?

—No. Esta mañana no ha ido tampoco.

—¿Y si se presenta?

—Llamas a un policía, en caso de que te moleste.

—Dios mío... —murmuró espantada.

Unos minutos después de que Bill colgara el teléfono se dio cuenta de que no le

había dicho nada a Janice sobre el viaje a Hawai. Pensó volver a llamarla, pero después de pensarlo más detenidamente llegó a la conclusión de que una noticia así no haría más que aumentar su confusión. Se lo diría por la noche, cuando estuvieran acostados.

Los libros, sin desempaquetar del todo, se quedaron sobre el envoltorio parcialmente destrozado, toda la mañana. Janice pasó por su lado una docena de veces por lo menos, pero siempre que lo hacía se esforzaba por ignorar su presencia. Este juego, sin embargo, no produjo el resultado esperado. A las dos y diez minutos, después de haberse demorado más de lo habitual en su lavado de cabeza y en la elección de su vestido, mucho más de lo necesario para una simple caminata hasta el colegio, descubrió que aún disponía de unos treinta y cinco minutos, y que no tenía nada que hacer.

Con el abrigo puesto, botas y un sombrero de piel falsa, se dirigió a la cocina para prepararse un café. Mientras lo bebía miraba los libros, que alcanzaban justo a entrar en su campo de visión antes de que el marco de la puerta los hiciera desaparecer.

Cuando se encontró de pie junto a la pila de libros, recorriendo con sus dedos el ajado relieve de la cubierta de uno de ellos, no fue capaz de recordar en qué momento había caminado hasta allí. No pudo reprimir la tentación de abrirlo. Había una inscripción muy poco legible escrita a mano con tinta malva, que decía: *R. A. Tyagi, 1906*. Debajo, con una letra más clara y más grande aparecía la siguiente inscripción: *E. Hoover, 1968*. El título del libro, impreso en un delicado motivo floral, era *Bhagavad-Gita*. Estaba en inglés, y había sido impreso en Londres en 1746.

Janice cogió un montón de páginas amarillentas y las fue soltando lentamente de entre sus dedos, mientras se elevaba una nube de polvo del viejo volumen. El libro tendía a abrirse en determinadas partes, aquéllas que habían sido consultadas con mayor frecuencia. En una de esas páginas leyó: «Así como el hombre se desprende de sus vestiduras viejas y gastadas, así el huésped del cuerpo descarta los cuerpos viejos y gastados y entra en otros nuevos...»

En otra página se leía: «Así como es cierto que quien nace morirá, también es cierto que quien muere nacerá de nuevo. Por tanto, no debéis desesperaros por lo inevitable.»

Janice cerró el libro con decisión y se alejó de la mesa, sintiéndose culpable de traición al haber capitulado tan fácilmente ante el enemigo. Bill tenía razón. Todo era una completa estupidez.

Cogió los libros y los llevó a un closet que había en el vestíbulo. Se subió a una silla y los depositó en un sombrío rincón de la parte superior del closet, junto a varios volúmenes del material pornográfico más explícito de Bill.

Se unió a las madres que esperaban frente al colegio y a las tres en punto sonó el timbre y comenzó el éxodo de alumnos. Menos de cinco minutos después apareció

Ivy, que bajó sonriente al encuentro de Janice. Bill tenía razón; el señor Hoover no estaba por ninguna parte. Janice pensó que su marido tenía razón en todo, y la confianza en él fue haciéndose cada vez más completa.

Por primera vez en una semana, Janice pudo volver a casa tranquila y sin sentir temor. Ivy no paraba de hablar y Janice reía con toda su alma. Era como en los viejos tiempos.

—No sé si es un chantajista, o si está loco, o si cree que lo que dice es verdad, pero estamos hablando de algo sobre lo cual hay mucha gente que no sabe nada... — Harold Yates se calló unos segundos para organizar sus pensamientos, y enfocar el problema desde la perspectiva legal adecuada.

Bill estaba sentado al lado de Harold, en ese sofá en el que su amigo trataba siempre todos sus asuntos profesionales. No había escritorio en el despacho. Una mesita situada en la parte derecha de la habitación era suficiente para los dos teléfonos, los lápices y las hojas de escribir.

—En todo caso, ya se trate de un loco, como tú afirmas, y no sé francamente qué quieres decir con eso —dijo Harold, hablando en forma lenta y pedante—, e ignorando la posibilidad de que pueda ser un chantajista, me imagino que tu mayor preocupación será cómo proteger a tu familia para que este individuo no pueda molestarla. Y esto me lleva a hacerte una pregunta. ¿Te ha hecho alguna petición?

Bill pensó largamente antes de responder:

—No ha hecho ninguna petición clara, excepto que quiere volver a vernos y que desea que lleguemos a alguna forma de arreglo.

—¿Y por qué tendrías que llegar a un acuerdo con él? ¿Quiere quedarse con Ivy?

—No. Dice que no pretende reclamarla ni llevársela. Comprende que no puede hacerlo legalmente, pero aunque pudiera no lo haría ya que sabe lo que significa perder a un ser querido. ¿No comprendes, Harry? Es absurdo. Está preparando el terreno para hacernos luego un chantaje.

Harry reflexionó unos segundos antes de preguntar:

—¿Quieres saber cuáles son tus derechos?

—¡Quiero saber cómo sacármelo de encima!

—Bien, si por «encima» quieres decir cómo impedir que continúe entrometiéndose en tu vida privada, siguiéndote dondequiera que vayas, llamándote por teléfono a tu casa, pidiéndote que le permitas ver a miembros de tu familia, puedo decirte que te lo puedes sacar de encima muy fácilmente: no tiene ningún derecho legal a hacer ninguna de esas cosas. Si su comportamiento llega a resultar molesto o perjudicial puedes llevarle a juicio, y pedir que se le dicte una resolución judicial prohibiéndole que acose o perturbe a los miembros de tu familia. Y debes saber que si no obedece se le puede acusar de desacato al Tribunal y sería acusado y castigado. El castigo por desacato al Tribunal puede ser la cárcel.

Los ojos de Bill miraban fijos al abogado.

—Si lo llevamos ante un Tribunal ¿cómo puedo probar que tengo motivos para acusarle?

—Siempre hay maneras de obtener pruebas. Por ejemplo, la próxima vez que llame, y te proponga ir a tu casa para hablar contigo, haz que haya un testigo presente.

—¿Serviría Janice como testigo?

—Sí, pero sería preferible que fuera alguien que no estuviera tan comprometido en el caso. Tal vez pudieras conseguir que Hoover escribiera sus intenciones y lo que se propone hacer, incluso podrías grabar lo que te dice...

Eso era, pensó Bill con alivio. Grabaría. Con toda seguridad Russ le prestaría su equipo e incluso le ayudaría a montarlo en el living y a hacerlo funcionar. También podría servirle de testigo. Bill escuchó la voz de Harry, que había seguido hablando mientras él pensaba en otra cosa, y rápidamente volvió a concentrarse en lo que su amigo y abogado estaba diciendo.

—La cinta, aunque no fuera aceptada como prueba, ciertamente podría servir para convencer a la policía de que te está molestando, y eso te permitiría conseguir que hicieran uso de sus recursos legales para impedirlo.

—Creo que puedo tener solucionado lo de la cinta para nuestra próxima entrevista —dijo Bill, poniéndose de pie.

—¿Por qué tanta prisa? ¿Dónde vas?

—A conseguir algunas cosas —miró su reloj—, y no tengo mucho tiempo.

—¿Piensas hacer pronto la grabación?

—Pienso hacerla esta noche.

—En ese caso hay algunas preguntas que a *mí* me gustaría hacerle —la rechoncha mano de Harold buscó un papel y un lápiz de punta fina—. Se trata de algunas cosas fundamentales, y cuyas respuestas tendrían fuerza y validez legal en un tribunal, si algún día nos decidimos a acudir a tal expediente.

Bill se sentó desganadamente en el sofá y observó a Harold mientras ponía entre sus gruesos labios entreabiertos el extremo del lápiz en el que había una goma, antes de formular mentalmente su primera pregunta.

—Uno —dijo.

Russ reaccionó tal como esperaba. Su amigo no sólo estaba dispuesto a ayudarlo, sino que deseaba hacerlo cuanto antes. Acordaron reunirse a las seis y media y, como dijo Russ, «equipar el bote para navegar». Bill no le dio muchos detalles de lo que estaba ocurriendo, limitándose a decirle que había un chantajista que le espiaba y que necesitaba su ayuda, como experto en grabaciones, con el objeto de tener pruebas contra el bastardo ese que quería extorsionarle. Conversaron sobre el tipo de equipo que Russ emplearía y cómo lo organizarían. Era un problema el tener que ocultar el

alambre que conectaba el micrófono con el grabador; parecía preferible usar un micrófono sin alambre, pero tenían el inconveniente de ser imprevisibles y no se podía confiar mucho en ellos. Finalmente, Russ decidió llevar diferentes sistemas y probarlos todos antes de la llegada de Hoover.

En la medida en que veía cumplirse cada una de las etapas de su plan, Bill se sentía cada vez más excitado.

Antes de irse del estudio de Russ llamó a Janice por teléfono para contarle lo que estaban planeando, y sugerirle que hablara pronto con Carole para que Ivy pasara esa noche en su casa.

—Llamó esta tarde.

—¿Hablaste con él?

—No. Hice que Dominick anotara su mensaje. Dejó un número de teléfono.

—Perfecto. Díctamelo.

—Espera un segundo —estuvo de vuelta casi de inmediato—. Es el 555-1717.

Bill marcó el número. Le sorprendió escuchar una voz femenina que respondió:

—YMCA, buenas tardes.

—Buenas tardes. Quisiera hablar con el señor Elliot Hoover, por favor.

—Un momento.

Escuchó un ruido seco, un zumbido y una voz masculina que decía:

—Cuarto piso.

—El señor Elliot Hoover, por favor.

—Un momento.

Bill cubrió el teléfono con su mano y preguntó a Russ en voz baja:

—¿Te viene bien a las nueve?

—Mejor a las nueve y media —susurró Russ.

Bill pudo oír el ruido de unos pasos aproximándose y después la voz de Hoover.

—Dígame.

—Señor Hoover, habla usted con Bill Templeton.

—Le escucho, señor Templeton —había un deje de ansiedad en su voz.

—Me gustaría que nos encontráramos esta noche en mi casa, alrededor de las nueve y media. ¿Le parece bien?

—Por supuesto. Muchas gracias.

Todo saldrá perfectamente, se dijo Bill mientras saltaba sobre un montón de nieve sucia en la esquina de la calle Cincuenta y nueve y el *Central Park West*.

—Abby llamó por teléfono. Dijo que el periódico *Post-Gazette*, de Pittsburgh, había confirmado la información que habías pedido, y que Sylvia Flora y su hija Audrey Rose habían muerto en un accidente automovilístico en la carretera de Harrisburg, un poco después de las ocho y media de la mañana del 4 de agosto de 1964.

Janice le lanzó esta información apenas abrió la puerta de la calle; no hubo un

beso de bienvenida, ni un saludo, ni siquiera el tiempo de quitarse el abrigo y las botas.

—Bien —respondió Bill, tratando de esquivarla para entrar.

—¿Bien? —gritó.

—Tómalo con calma. Déjame que me quite el abrigo y prepararé una copa —dijo, tratando de calmarla. Su aliento le indicó que su mujer había bebido ya más de una—. Podemos discutir esto con calma.

—Santo Dios —exclamó en voz baja.

—Janice —su voz se había endurecido—, no sé qué tragedia estás interpretando. Pero quiero que sepas que yo no creo en espectros, fantasmas, hechizos, halos, Karmas, ni en ninguna de esas tonterías. Debe de haber alguna explicación simple y racional para todo esto.

Janice retrocedió rápidamente un paso.

—Entonces, *explícamelo*.

—Veamos, el tipo ese elige su víctima y averigua cuándo nació su hijo —el minuto exacto— y después investiga qué niño ha muerto a esa misma hora. Tiene todo el país para buscarlo. Una vez que logra encontrar un nacimiento y una muerte que coincidan se presenta como el padre del niño muerto y da su golpe. ¿Te parece razonable?

Janice le miró sin decir nada, pero las líneas de su rostro se suavizaron: la explicación le había satisfecho. No totalmente, pero sí lo bastante como para que le permitiera abrazarla y besar sus ojos ausentes y torturados.

—Y ésa es mi explicación —Bill sonrió—. Créeme, Janice, vamos a llegar hasta el fondo de este asunto y nos desharemos del infeliz ese, te lo prometo.

La besó en los labios. Su boca se abrió y su cuerpo se relajó de buena parte de la tensión. Si no hubiera sido porque Ivy estaba arriba preparando sus cosas para pasar la noche en casa de Russ y Carole, le habría hecho el amor ahí mismo.

Russ apareció a las seis y veinticinco. Venía cargado con un arsenal de equipo técnico para grabar. Mario y Ernie le ayudaron a meterlo en el ascensor y a llevarlo hasta el piso de Bill.

Durante la hora siguiente se escuchó la voz de Bill que repetía:

—Un, dos, tres, cuatro, cinco, seis... ¿Me escuchas? ¿Me escuchas?... Seis, cinco, cuatro, tres, dos, uno... ¿Me escuchas, Russ, me escuchas?

Estas palabras llenaban el piso y llegaron hasta Janice, que estaba en la cocina preparando unos bocadillos y aliñando una abundante ensalada de lechuga y tomates. Ivy había partido para su aventura de una noche unos minutos antes de que Russ llegara; llevaba una maleta demasiado llena de cosas y una bandeja con su comida favorita.

A las ocho y cuarto, Russ, Bill y Janice estaban sentados en el living, terminando

de comerse el último bocadillo, bebiendo cerveza y observando el resultado de toda una tarde de preparativos. El micrófono sin hilo no había dado resultado, lo que les obligó a hacer una extensión, disimulada entre las hojas y flores del florero cercano al sofá, que pasaba por debajo de la alfombra del living, y subía por la escalera hasta el dormitorio de matrimonio. Allí Russ había instalado su equipo Nagra de grabaciones. Bill tenía que conseguir que Hoover se sentara en el ángulo preciso del sofá para lograr una mejor grabación. Janice tenía la impresión de que todo el asunto era demasiado complicado y de que no resultaría bien. Su escepticismo no consiguió desanimar a ninguno de los dos hombres, que continuaron con sus preparativos para perfeccionar la instalación hasta las nueve y veinticinco, hora en la que sonó insistentemente el teléfono interno.

Bill respondió con aire despreocupado:

—¿Sí? —una breve pausa—. Sí, dígame que suba.

Bill le hizo a Janice un gesto con la mano. Russ subió para hacerse cargo del control de su puesto, y ella se dirigió al sitio que le habían señalado: el extremo opuesto del que se había destinado para que Elliot Hoover se sentara. Pensaban usarla como cebo, de acuerdo con el plan de Bill, para obligar a Hoover a dirigirse hacia donde ellos querían.

Un silencio tenso se hizo presente, invadiendo toda la casa. Reinaba una inmovilidad colectiva muy similar a la que se produce en un teatro cuando las luces comienzan a disminuir de intensidad y se alza el telón.

Llamaron a la puerta.

Janice escuchó las voces de Bill y Hoover, pero no pudo entender lo que decían mientras caminaban hacia el living y supuso que se estarían saludando. Había algo insano, pensó, en el hecho de que dos hombres, que se sabían enemigos, observaran las formas protocolarias que exigía la buena crianza. Era algo así como dos generales de ejércitos contrarios estrechándose las manos antes de comenzar la carnicería.

El rostro de Bill aparecía severo, decidido, poco dispuesto a ceder, cuando entró en el living, precediendo a Hoover por la puerta de madera tallada. Intentó hacerle ir hacia el sofá, pero Hoover se detuvo en el umbral y permaneció allí de pie, mirando con aire crítico a su alrededor. Sus ojos tristes fueron adquiriendo una expresión de respetuoso temor mientras observaba cada detalle de las paredes y del techo. La suave luz rosa de los candelabros de la pared acentuaba la nítida palidez de su cara, dándole un aire juvenil y una serenidad sacerdotal.

Bill se volvió rápidamente cuando se dio cuenta que la atención de Hoover estaba centrada en otra parte, y esperaba con impaciencia que su huésped hiciera algún gesto.

Hoover habló con voz muy queda y dijo, como si no pudiera creerlo:

—Es exactamente como me lo describió... la chimenea... las paredes blancas... las pinturas en el techo... —sus ojos tropezaron con la escalera— y la escalera con la figura labrada...

Caminó hasta la escalera y pasó sus dedos por la cabeza del vikingo con un gesto delicado y tímido, como si intentara comprobar a través del tacto que sus ojos no le engañaban. Su mirada se dirigió hacia arriba. Sus ojos se transformaron en dos círculos penetrantes, llenos de curiosidad.

—Y los dormitorios... arriba —la voz ronca por la emoción—, arriba hay tres dormitorios... el de Ivy está a la izquierda...

Bill se preparó. Si Hoover daba un solo paso más cruzaría el living para darle su merecido al muy desgraciado. Hoover no se movió, al contrario, pareció concentrarse en Bill.

—¿No me equivoco, verdad?

—No... —respondió Bill, nervioso—. Creo que... bueno, sería bueno que comenzáramos a hablar, si no tiene inconveniente...

—Por supuesto que no.

Hoover cruzó el salón sin prestar atención al descuidado arreglo que habían hecho con la alfombra para ocultar los cables y se sentó exactamente en el lugar que le tenían destinado. Bill se acomodó a su derecha.

—Espero, señor Hoover, que no le importé repetir las... partes más... importantes

de lo que nos dijo anoche —empezó a decir Bill, buscando a tientas las palabras—. Estábamos un poco confusos todos anoche... y... nos dijo tantas cosas que...

—¿Hay algo en especial que quiere que les repita? —preguntó Hoover, después de meditar unos segundos.

—No, no. Háganos un resumen. Podría empezar con la muerte de su mujer y su hija.

Hoover inhaló profundamente, cerró los ojos. Hizo ambas cosas como si se tratara de gestos rituales destinados a comunicarle la fortaleza interior que necesitaba para enfrentar una prueba difícil. Cuando habló, lo hizo en frases breves, bien organizadas y compactas.

—Mi mujer y mi hija murieron en un accidente automovilístico el 4 de agosto de 1964. Aproximadamente un año más tarde conocí a una mujer dotada de poderes especiales. Me dijo que mi hija había vuelto a la vida, dentro del cuerpo de otra persona, y estaba viviendo en Nueva York. Mi primer impulso fue burlarme, pero no pude resistir una curiosidad natural ante una idea tan descabellada. Un año más tarde asistí a una conferencia que pronunció un conocido parapsicólogo, y este hombre me dijo básicamente lo mismo que me había dicho la mujer un año atrás: que mi hija estaba viviendo en el cuerpo de una niña llamada Ivy. A continuación me describió la casa. Y su descripción corresponde exactamente con el lugar en el que me encuentro ahora.

Su manera simple y directa de hablar angustió a Janice. El hombre parecía creer verdaderamente lo que decía.

—¿Quiénes eran? —preguntó Bill.

—¿Cómo dice?

—¿Quiénes eran estas personas con poderes especiales?

—Nunca supe el nombre de la mujer. El hombre era Erik Lloyd.

—¿Erik Lloyd?

—Sí, el mismo —bajó los ojos en señal de respeto—. Murió hace algunos años.

—Vaya, pues lo siento —dijo Bill.

Naturalmente, ambas respuestas eran predecibles. Sin duda Hoover debía creer que estaba tratando con idiotas. Prosiguió, sin quitarle los ojos de encima:

—Bien, usted afirma que en esa época, estamos hablando de 1965 ó 1966, dos personas dotadas de poderes especiales le dijeron que su hija estaba viviendo en Nueva York y que su nombre era Ivy. ¿No es así?

Janice tuvo la impresión de que Bill estaba exagerando, pero Hoover respondió francamente y sin vacilaciones:

—Sí, así es.

—Y entonces, ¿por qué no vino en esa fecha a reclamarla?

—Porque no era mi intención reclamarla. Tampoco es esa la intención que me

anima ahora.

—¿Pero por qué no vino a conocernos como lo está haciendo ahora? ¿Qué le hizo demorarse siete años antes de decidir si ella era o no era su hija?

—Señor Templeton —respondió Hoover con suma paciencia—, tal como expliqué anoche, todos mis antecedentes, mi educación religiosa, todo lo que yo era y creía se oponían a ese tipo de cosas. Me burlaba, no creía en ellas, igual que hace usted ahora.

—¿De modo que fue a la India a descubrir la verdad?

—Fui a muchos lugares, señor Templeton. Estuve en muchos sitios, conocí a muchas familias, viví con ellas, entré en contacto con numerosos maestros y aprendí una forma de vida que me era completamente extraña. Compartí su existencia, asimilé sus costumbres, participé de su miseria, creencias y filosofía y a su debido tiempo, y con la gracia de Dios y la sabiduría de Siddhartha Gautama, su Buda, llegué a captar la realidad de sus convicciones religiosas —se volvió hacia Janice y le dijo—: ¿Me podría traer un vaso de agua, por favor, señora Templeton?

Mientras Janice se alejaba hacia la cocina pudo escuchar la voz de Bill, cada vez menos audible.

—Comprenda, señor Hoover, que en lo que respecta a la reencarnación, y cosas de ese tipo, soy un verdadero ignorante. Explíqueme, ¿a qué convicciones religiosas se refiere? ¿Y qué le permite tener la certeza de que son verdaderas y de que usted tiene razón para hacer lo que está haciendo?

Janice no sabía si Hoover querría hielo con el agua, de modo que decidió llevarlo aparte. El recuerdo de que Russ estaba arriba, escuchando esa extraña conversación, le hizo sonreír ligeramente. No sabía por qué, Hoover no parecía tan aterrador esa noche. Era innegable que había sobrevivido a una experiencia terrible y que era un hombre torturado, dispuesto a creer cualquier cosa. Janice se sentía inclinada a compadecerle.

Cuando volvió con la bandeja, estaba hablando Hoover, con voz cargada de pasión.

—El ego humano nunca muere. Vuelve una y otra vez con la sabiduría adquirida en otras formas del ser entre encarnación y encarnación. Por consiguiente, algunas almas son más sabias porque han experimentado una más completa evolución espiritual e intelectual; de este modo, la de un gran maestro puede ser un alma más antigua que la de un albañil o la de un salvaje...

—Podría ser... podría ser... —dijo Bill cuando Janice puso la bandeja sobre la mesa.

—No sabía si la quería con hielo —preguntó Janice tímidamente, poniendo el vaso con los cubitos cerca de Hoover.

—No, gracias —respondió con una breve sonrisa—, la bebo sola.

—¿Y cómo se ganaba la vida —preguntó Bill— durante ese tiempo? Dejó de trabajar en 1967, ¿de qué vivió durante todos esos años?

Janice estaba segura de que ésta era una de las preguntas que Harold Yates le había dicho que hiciera.

Hoover terminó de beber el vaso de agua y respondió con toda sencillez:

—Heredé mucho dinero a la muerte de mi mujer y de mi hija. Además, un seguro doble por más de doscientos mil dólares me proporcionó dinero durante esos años.

Bill hizo un rápido cálculo mental; con el ocho y medio por ciento de interés, doscientos mil le producirían mil setecientos al año, lo cual bastaba para mantenerlo con vida mientras se dedicaba a la búsqueda de la verdad.

—El dinero, por otra parte, no me interesaba. Usé parte de él, pero todavía me queda mucho. Mis necesidades son mínimas.

—¿Cuándo vino usted a Nueva York?

—Este año, el 12 de julio.

—¿Y fue entonces cuando se disfrazó?

—No. No lo hice hasta que no estuve seguro de haber encontrado a las... a las personas... indicadas.

—¿Y nosotros éramos las personas indicadas?

—Sí.

—¿Y cómo podía saberlo?

—Por eliminación. Sólo tenía tres pistas: que ella vivía en Nueva York, que era rubia, que se llamaba Ivy. Eso, y su nacimiento, que tenía que haber tenido lugar poco tiempo después de la muerte de Audrey Rose. Recorrí los cinco distritos, comprobando los nacimientos, y encontré seis niñas que podrían haber sido mi hija. Dos habían nacido en Queens, una en Bronx, una en Brooklyn y dos en Manhattan. Todas habían nacido dentro del año siguiente a la muerte de Audrey Rose, pero sólo una en el mismo momento de su muerte: su hija.

Sus palabras parecieron gravitar en cada átomo de la sala, Janice humedeció sus labios, repentinamente secos, y Bill se aclaró la garganta antes de hablar.

—¿No es extraño que una persona vuelva tan pronto? Vaya, siempre he oído decir que tardan muchísimo en reaparecer..., bueno, así dicen los que creen en esto, siempre están hablando de haber vivido en los tiempos de César o de Davy Crockett. ¿No es curioso que alguien muera en un segundo y nazca al segundo siguiente? Tal vez usted podría...

—Por mi experiencia, señor Templeton, sé que quienes mueren a temprana edad o de una muerte violenta, lo cual les impide disfrutar de todas las oportunidades de crecimiento mental, físico y espiritual, vuelven a menudo mucho antes que aquellos que mueren de muerte natural o al llegar a la ancianidad. A menudo un alma puede volver en el instante mismo en el que el cuerpo muere. En el Tibet, cada Dalai Lama

es la reencarnación inmediata de su predecesor. Cuando un Dalai Lama muere, los expertos comienzan a buscar sin demora su nueva encarnación.

—¿Y siempre la encuentran?

—No han fallado ni una sola vez en cinco siglos.

—¿Pero cómo pueden saberlo?

—A través de la interpretación de ciertos prodigios. A la muerte del decimotercer Dalai Lama pusieron su cadáver en un trono, mirando hacia el Sur. Después de unos días, descubrieron que su cara estaba vuelta hacia el Este, donde se habían formado unas extrañas agrupaciones de nubes en las proximidades de Lhasa. Los lamas de alto rango y los expertos recorrieron todos los rincones de Lhasa a la búsqueda del nuevo Dalai Lama recién nacido.

—¿Y lo encontraron?

—Sí. En la aldea de Taktser encontraron a un niño de dos años que vivía en la mayor pobreza. Cuando el lama Kewtsang Rinpoche, jefe de la expedición, entró en la casa el niño fue de inmediato a su encuentro y se sentó sobre sus rodillas. Alrededor del cuello del lama había un rosario que había pertenecido en vida al decimotercer Dalai Lama y el niño apenas lo vio lo reconoció y pretendió que se lo dieran. El lama prometió dárselo si adivinaba qué era, y el niño respondió, *Sera-aga*, que significa un «lama de Sera».

Bill tosió antes de decir:

—De acuerdo, *usted* encontró a *su* hija. ¿Qué necesidad tenía de disfrazarse, de jugar al servicio secreto, de seguirnos, y de asustarnos de este modo?

—Le ruego que me disculpe —contestó Hoover, pidiendo perdón con la mirada—, pero tenía que estar seguro de que ustedes eran las personas indicadas, de que Ivy era la niña que buscaba. La hora de la muerte y del nacimiento, aunque fueran una coincidencia notable, no constituía por sí sola una prueba concluyente. Podía tratarse de una simple casualidad...

—¿Y su investigación le demostró que éramos las personas indicadas?

—Haga un esfuerzo por comprender, señor Templeton. En la fe budista, la muerte no es más que un accidente dentro de la vida, un simple cambio de escenario, un breve viaje en el que el alma vaga en busca de una nueva vida, escogiendo los padres de los que quiere nacer. Audrey Rose tuvo que haber buscado un tipo de vida y unos padres parecidos a los que conoció y amó en su vida anterior. No es accidental que los escogiera a ustedes. La profundidad del amor que sienten por ella, sus cualidades intelectuales, su modo de vivir, todo hacía de ustedes la familia perfecta en cuyo seno volver a nacer.

—¿Y si Audrey Rose no hubiera muerto —exclamó Bill—, qué habría sido nuestra hija, una cáscara vacía?

—Habría sido receptora de otra alma.

Bill negó con la cabeza.

—Si eso fuera verdad, creo que recordaría cosas de sus vidas anteriores.

—Recordar ese tipo de cosas sólo serviría para complicar su vida actual, señor Templeton. Los hindúes piensan que es una tragedia si un niño recuerda una existencia previa, porque significa que murió cuando era muy pequeño.

Bill lanzó un profundo suspiro, y prosiguió, buscando entre las preguntas que aún tenía que hacer la siguiente, en orden lógico, a la que acababa de formular.

—De modo que vino a Nueva York, y usando un disfraz comenzó a observar a nuestra familia...

—No, no inmediatamente. Como ya le dije antes había otras familias, pero por una u otra razón ninguna parecía encajar. Comencé a observar a su hija hace poco menos de un mes, y casi de inmediato pude percibir en Ivy cosas que me recordaban a Audrey Rose...

—¿Qué cosas?

—Su forma de caminar, por ejemplo. Su tendencia a soñar despierta mientras camina. Ese curioso hábito de humedecerse los labios cada vez que va a hablar. Su manera abrupta de reírse, y la forma cómo echa la cabeza atrás cuando se ríe. La tristeza de sus ojos cada vez que ocurre algo penoso, como ese día, señora Templeton, en que las dos se detuvieron para auxiliar a esa paloma herida...

Janice sentía que se destrozaba su corazón mientras Hoover describía esa infinidad de gestos adorables, de cualidades casi imperceptibles, que eran exclusivas de Ivy. Esa manera peculiar, extraña, frágil, que tenía de moverse; ese estilo y esa naturaleza que Janice pensaba que era la única que los había percibido. Se alegró de que Ivy no estuviera en casa, que se encontrara a salvo con Carole abajo, fuera del alcance de la terrible y penetrante percepción de Hoover.

—Todas estas cosas, esta manera de ser, eran de Audrey Rose, señor Templeton. Son muchos los aspectos en que las dos son una misma persona.

—¿Se parecen físicamente?

—No. Sólo el espíritu pasa de vida en vida; el cuerpo es nuevo y distinto para cada nacimiento. Permítame —sacó una billetera de su bolsillo, con mucho cuidado extrajo una pequeña fotografía del sobre y se la pasó a Bill—. Es una foto de Audrey Rose. Está tomada aproximadamente un mes antes de su muerte.

Bill estudió la fotografía. El rostro que contemplaba era redondo, sin rasgos distintivos, vulgar. El cabello liso y castaño claro, como el de su padre; también los ojos eran parecidos. Le pasó la foto a Janice, quien le dio una rápida mirada y se la devolvió como si se tratara de algo lleno de gérmenes contagiosos. Bill se la entregó a Hoover. Cuidadosamente, volvió a meterla en su cubierta protectora.

Bill esbozó su mejor sonrisa profesional y dijo:

—Bien, señor Hoover, parece que hemos llegado al punto preciso en el que no me

queda más remedio que preguntarle qué es exactamente lo que quiere de nosotros.

Hoover correspondió a su sonrisa y respondió:

—Nada más que lo que usted y su esposa estén dispuestos a darme.

—Pero ¿qué? —precisó Bill—. Díganos *qué*.

Los ojos de Hoover se hicieron remotos y serenos.

—Que me permitan ver a Ivy de vez en cuando. Verla crecer, poder ayudar si alguna vez me necesitan...

—Eso podría ser difícil.

—No, si soy amigo suyo. O vecino suyo. Tengo el proyecto de establecerme en Nueva York y volver a ejercer mi profesión —pudo ver cómo se endurecían sus rostros, la determinación de resistirse, y agregó rápidamente—: No me interprete mal; no les pediré que me dediquen tiempo ni que se me otorguen privilegios o consideraciones especiales...

«Por supuesto que ahora afirmas lo contrario, pensó Bill, pero ya veremos si no son esas tus intenciones.»

—Y, naturalmente, Ivy nunca sabrá nada respecto a nuestra... relación. Como le decía antes, podría ser peligroso que lo supiera...

Bill alzó la mano.

—Quiero hacerle una pregunta. Puesto que usted mismo ha reconocido que su presencia representa un peligro para Ivy, y ya que dice que le importa mucho lo que pueda pasarle y que desea ayudarla, ¿por qué no desaparece? Sería la mejor manera de ayudarla, tal como yo veo las cosas. Nuestra hija es una niña sana y normal. ¿No desea que continúe siéndolo? Aun aceptando que haya un poco de su hija en ella, ¿por qué correr el riesgo de destruirlas a las dos?

Era una buena pregunta, simple, directa. Janice se sintió orgullosa de que a Bill se le hubiera ocurrido. Hoover no podía responderla sin delatar sus propios y mezquinos intereses. Observó cómo colocaba el índice y el dedo gordo sobre el puente de su nariz, y supo que detrás de la delicadeza de ese gesto, se ocultaba una mente que funcionaba a toda máquina para encontrar una respuesta.

—Tiene razón, por supuesto —dijo finalmente—. Sería más simple que me marchara, y puede que sea esa mi decisión, pero póngase usted en mi lugar, señor Templeton...

Fue interrumpido por el repentino repiqueteo de la campanilla del teléfono interno, un ruido estridente y continuo, que amenazaba peligro.

Bill saltó de su asiento y salió. Janice y Hoover se pusieron de pie, sorprendidos y confusos por la actividad.

Bill cogió el aparato y escuchó la voz tensa de Dominick que decía:

—Hable, señora.

El susurro de Carole, lleno de inquietud le martilleó el oído.

—¿Bill? Bill, ven. ¡Algo le pasa a Ivy!

—¿Qué le pasa? —la interrumpió decidido.

—No lo sé... está corriendo y llorando —la voz de Carole se puso tensa por efecto del miedo—. Parece una pesadilla.

—Bajo enseguida —dijo Bill, dejando caer el citófono, y dirigiéndose a Janice, que le miraba con el rostro blanco como ceniza añadió—: ¡Busca el número de teléfono de Kaplan!

La brevísima mirada que cruzaron les hizo presente el fantasma de un recuerdo compartido y aborrecido. Janice sintió que se le helaba la sangre en sus venas mientras sacaba una libreta de cuero de una de las gavetas de la cocina. Después, liviana como una pluma bajó por la escalera de incendio siguiendo a Bill. No sentía sus pies posarse sobre las gradas de hierro y cemento y casi sin darse cuenta llegó a la puerta del piso de Russ y Carole Federico. En ese instante, Bill golpeaba suavemente a la puerta.

—¡Carole! Abre, soy Bill.

Los latidos del corazón de Janice se confundieron en su oído con el ruido de una cadena deslizando por el seguro, y con el de una puerta que se abría. Carole estaba en la puerta, tensa y blanca como un papel.

—Está arriba —dijo en voz queda, y corrió en pos de Bill.

Entraron en el pequeño living y subieron la corta escalera.

—Todo parecía estar bien —jadeaba frenética—. Cenó... se acostó a la hora... y entonces... oí los ruidos... yo estaba en la cocina... subí y... ya la verás... es aterrador... es como... si fuera sonámbula... y ese llanto... traté de despertarla... no pude...

La puerta del dormitorio estaba entreabierta. Bill esperó unos segundos antes de entrar. Podía oír esos sonidos débiles y aterradores que salían de la habitación: la rápida carrera con los pies desnudos sobre la alfombra, el ruido de un cuerpo que chocaba contra diversos objetos, el llanto angustiado de la niña, repitiendo una y otra vez esa desesperante letanía que ya habían escuchado otra vez antes, hacía siete años:

—

Mamápapámamápapámamápapámamápapámamápapámamápapámamápapámamá

Janice entró detrás de su marido. El recuerdo de esa dolorosa experiencia vivida hacía tiempo, diluida en el transcurso de los últimos siete años, se transformaba ahora en una realidad palpitante de vida.

Ivy tenía los ojos brillantes, enloquecidos y parecía incapaz de percibir la presencia de sus padres. El rostro afiebrado expresaba el terror de miles de pesadillas juntas mientras corría por la pequeña y desordenada habitación, sin saber hacia qué lado dirigirse, una vez hacia aquí y luego hacia allá, golpeándose contra los muebles y las sillas, chocando con la máquina de coser, con el escritorio, subiendo sobre lo

que encontraba a su paso para poder alcanzar un objetivo desconocido y lejano. Y, como las otras veces, lanzaba el mismo sonido débil, infantil, desesperante:

—

Mamápapá mamá papá mamá papá mamá papá mamá papá mamá papá mamá papá mamá papá
Que subrayaba la desesperada necesidad de éxito en su búsqueda.

Cada vez que lograba eludir un obstáculo y se aproximaba a la puerta o a la ventana —sus manos golpeaban, buscaban a tientas e intentaban alcanzar el cristal— retrocedía como si algo le doliera y recomenzaba su atropellada carrera en círculos, llorando, gritando, maullando casi su dolorido lamento:

—

Mamápapá mamá papá mamá papá mamá papá mamá papá mamá papá mamá papá mamá papá
La mano de Janice buscó la de Bill y la estrechó con fuerza. Los dos estaban inmóviles en la puerta de la habitación, y contemplaban el macabro espectáculo sin poder hacer nada: sabían por su experiencia anterior hasta qué punto resultaban inútiles ante este tipo de crisis.

—Soy papá —dijo Bill.

Sus brazos trataron de abrazarla cuando pasó por su lado, pero la niña se alejó hasta el extremo opuesto; de sus ojos parecían salir chorros luminosos, que destacaban aún más sus facciones febriles.

—Janice, llama al doctor Kaplan —dijo Bill en un susurro ronco.

—*Espere.*

Era la voz de Elliot Hoover que hablaba a sus espaldas. Janice se volvió y le vio cómo observaba atentamente a Ivy, siguiendo con sus ojos el recorrido de la niña por la habitación, analizando la urgencia con que la pesadilla la hacía desplazarse. Sus ojos no se apartaban de la atormentada criatura, y estudiaban cada movimiento y cada gesto, al tiempo que escuchaba la voz áspera y agotada que repetía:

—

Mamápapá mamá papá mamá papá mamá papá mamá papá mamá papá mamá papá mamá papá
Janice sintió la contracción en la mano de su marido cuando también se volvió para mirar con dureza al intruso.

Hoover les ignoró a los dos, sus ojos y su mente totalmente dedicados a Ivy en un intento desesperado por descifrar el significado de la terrible alucinación de la que era víctima la pequeña. De pronto, sus ojos exhibieron una mirada de infinita tristeza, se agrandaron y tomaron un aire torturado.

—¡Santo Dios! —exclamó en voz apenas perceptible.

Rápidamente entró en la habitación y se acercó a la niña. Ivy estaba tambaleándose, mareada, cerca de la ventana. Tenía las manos extendidas hacia el cristal, trataba de alcanzarlo, lo buscaba a tientas, y cuando estaba a punto de tocarlo retrocedía aterrada, como si se tratara de lava ardiendo.

—*Audrey* —el nombre pareció explotar como una bomba en la boca de Hoover. Sonó agudo, golpeante, imperativo, prometedor en su oferta de esperanza.

—*¡Audrey Rose! Soy papá.*

Avanzó hacia la torturada niña que golpeaba el aire frente al cristal de la ventana y movía las manos desesperada, implorando a sus demonios interiores con la voz aguda y balbuceante de un niño que sólo contara la mitad de su edad.

—

Mamá papá mamá papá mamá papá mamá papá mamá papá mamá papá mamá papá mamá papá mamá papá

—*¡Estoy aquí, Audrey Rose! Estoy aquí, Audrey, ¡aquí!*

Los nudillos de la mano de Janice se pusieron blancos por la fuerza con que estrechaba la mano de Bill. Vio a Hoover avanzar otro paso en dirección a la niña, que parecía no verle ni oírle.

—*¡Aquí, Audrey! Soy papá. Ya he llegado.*

La mano de Bill intentó soltarse de la suya. Janice comprendió que el próximo movimiento sería coger a Hoover y arrojarle fuera de la habitación. Fue consciente de la mirada asesina de su marido, y le imploró con los ojos que mantuviera la calma.

—*¡Audrey, por aquí, cariño! ¡Audrey Rose, soy papá!*

Y entonces, repentinamente, Ivy se volvió, alejándose de la ventana, y dirigió su rostro afiebrado en dirección a Hoover, mirándole como un mendigo que implora misericordia. Su torrente de palabras se transformó:

—*Papá papá papá papá papá papá papá papá...*

—*¡Sí, Audrey, sí! Soy papá. Estoy aquí, cariño* —la urgía, con un murmullo desesperado—. *Por aquí, Audrey Rose. ¡Por aquí! ¡Ven!*

Extendió los brazos en dirección a la confusa niña. Ofrecía una dirección, pedía confianza.

—*¡Por aquí, cariño. Por aquí!*

Lentamente, la angustia y el pánico fueron desapareciendo del rostro de Ivy. La intensidad febril de sus palabras fue decreciendo, espaciándose, haciéndose más definida.

—*Papá, papá, papá, papá...*

—*¡Sí, mi niña, sí! Aquí estoy* —la invitaba, inclinado y con sus brazos extendidos—. *¡Ven, Audrey, ven!*

—*¿Papá?... ¿papá?*

Ivy tenía la mirada fija en un punto, más allá de Hoover, y entrecerraba los ojos en su esfuerzo por ver detrás del velo oscuro de la pesadilla en la que se encontraba inmersa. La voz de Hoover se transformó en una orden.

—*¡Por aquí, Audrey Rose! VEN. ¡VEN, AUDREY!*

Un escalofrío recorrió la espalda de Janice cuando vio que el rostro de su propia hija se suavizaba, empezaba a reconocer y perdía ese aire de terror bestial y salvaje.

Tenía lágrimas en los ojos —esos inmensos ojos azules que se veían ahora tan brillantes y desproporcionados en su cara pálida y agotada— y muy lentamente extendió las manos hacia Hoover en un gesto tímido, de prueba.

—¿Papá?

—Sí, Audrey Rose, soy papá —respondió, animándola, en voz baja y temblorosa—. Ven, cariño...

—¿Papá?

Y con una sonrisa que pareció responder su propia pregunta se arrojó en los brazos de Hoover, estrechándole con fuerza. Así permanecieron, aferrados el uno al otro, como amantes que se reencuentran después de un viaje largo y agotador.

Bill estaba como en trance. Su sombra se proyectaba, vaga y difusa, sobre el hombre y la niña al ser iluminado por detrás por la luz del living. Tenía el rostro blanco, los ojos húmedos y brillantes, su boca temblaba y sus labios estaban entreabiertos. Todo su ser parecía absorto en la escena de ansiedad y ternura que se desarrollaba ante él.

—Oiga, ¿qué diablos está haciendo? —preguntó en voz ronca.

Janice apenas reconoció la voz de su marido. Lo vio esperar una respuesta, hizo un gesto con la cara como si quisiera hablar pero no pudo emitir ningún sonido.

Hoover se levantó lentamente. Tenía a Ivy en sus brazos. Cuando se volvió hacia Bill y Janice, pudieron ver que la niña dormía, respiraba normalmente, y su hermoso rostro estaba tranquilo y sereno. Se había inmerso en un profundo sueño. El hombre que la había liberado de su prisión avanzó hacia Bill y con mucha delicadeza depositó en sus brazos la preciosa carga.

—En el accidente —dijo Hoover escuetamente— hubo un incendio y las ventanas del coche estaban cerradas. Ella no pudo abrirlas y no hubo manera de sacarla de allí... Me dijeron que... habían pasado algunos minutos antes de que...

Una curiosa calma parecía envolverles a todos. Hasta el aire tenía algo quieto y solemne.

La tos de Carole hizo que Janice se diera cuenta de que su amiga había presenciado toda la escena. La había olvidado, lo mismo que a Russ, que todavía debía estar encerrado en el dormitorio de su piso.

—Me marchó —dijo Hoover. Su mirada denotaba preocupación—. Tengo que meditar en muchas cosas. Han sido muy amables al recibirme. Buenas noches.

Sonrió, pasó entre ellos y salió de la habitación. Janice pudo oír sus pasos alejándose por la escalera hasta que, finalmente se perdieron en la distancia. Bill no escuchó nada. Toda su atención estaba centrada en la respiración tranquila y cadenciosa de Ivy, que dormía satisfecha y calmada en sus brazos.

Russ todavía esperaba en el dormitorio. Cuando Bill pasó frente a la puerta para llevar a Ivy hasta su cuarto estaba desarmando y guardando el equipo.

—¿Todo bien? —preguntó a Janice, que se había detenido en la puerta.

—Creo que Carole te necesita —respondió tristemente.

—¿Sí? ¿Qué pasó?

—Hubo un problema con Ivy... Ella te lo contará.

Russ asintió con la cabeza, recogió el equipo magnetofónico y afirmó:

—Voy inmediatamente —al llegar a la puerta se volvió hacia Janice y agregó—: A propósito —hizo una mueca y dejó la cinta grabada sobre la cómoda—, el tipo ese está completamente loco.

—Lo siento, Janice, pero no le creo.

—Está bien.

—Honestamente. No le creo.

—Está bien.

Su voz era suave, carente de expresión, más allá de cualquier preocupación por lo que él creyera o dejara de creer.

A Janice, la oscuridad de la habitación le parecía mucho mayor que otras veces. Estaban despiertos, sus cuerpos separados, las manos sin unirse, cada uno encerrado en su propia isla saturada de desesperación.

—Sugestión por hipnosis. ¿No es así como la llamaba la doctora Vassar?

—No recuerdo.

—Pues así se llamaba, sí señor. Le sirvió a ella y también a Hoover. Sugestión por hipnosis, eso es.

—¿Estás tratando de decirme que Hoover es psiquiatra?

—O hipnotizador.

Janice sintió lástima por Bill. Había vivido una experiencia amarga, castrante, y luchaba desesperadamente por recuperar algún dominio sobre la situación.

—No lo crees posible, ¿verdad?

—¿Que sea un hipnotizador? No —respondió ella.

—De acuerdo, dime entonces *qué* es lo que crees...

Estaba obligándola a reflexionar. Respondió serena:

—Bien, no creo que sea un hipnotizador. No creo que esté loco. No creo en la reencarnación. Creo que Elliot Hoover es un hombre sincero y muy persuasivo y que tiene un solo objetivo en su vida. Por alguna razón que desconozco quiere quedarse con nuestra hija. A pesar de toda la dulzura, poesía y misticismo que inundan sus palabras, te puedo decir que es un hombre que está ardiendo por dentro y ese fuego no lo dejará tranquilo hasta que consiga lo que desea —escuchó temblar su propia voz, sintió que las lágrimas se agolpaban en sus ojos— y por eso tú vas a tener que detenerle... antes de que nos destruya a todos...

Janice sepultó la cabeza en la almohada y comenzó a llorar. Bill se aproximó inmediatamente, la abrazó, acarició su cuerpo, besó las lágrimas que rodaban por sus

mejillas.

—Todo esto es horrible, ¿verdad? —dijo con voz ronca—. Pero no te preocupes, no conseguirá lo que quiere... ¡Te lo prometo!

Puso las manos sobre los senos de su mujer, acarició su suave y agradable tersura, recorrió con los dedos la corona del pezón, la sintió estremecerse y responder a su deseo. Los sollozos de Janice quedaron ahogados por sus insistentes besos. Hicieron el amor. Después, se quedaron dormidos.

Janice despertó sobresaltada a las tres y diez. Le pareció haber escuchado un ruido en el dormitorio de Ivy. Fue a verla y comprobó que dormía tranquila, abrazada a su osito. Le tocó la frente. Estaba ardiendo. Si se volvía a repetir todo como hacía siete años su fiebre habría subido antes de que amaneciera.

Se alejó de puntillas y volvió al lecho. Ni ella ni Bill volvieron a dormir esa noche.

Incluso después de una larga ducha y un cuidadoso afeitado Bill tenía un aspecto ojeroso y agotado. Hablaba con una voz áspera, producida por el cansancio, cuando de pie en la puerta de la cocina le contó a Janice, mientras bebía café, los proyectos del viaje a Hawai.

—Me alegro por ti —dijo Janice, pero el tono festivo no pudo disimular una nota de miedo y reproche en su voz.

—Pienso llevaros a Ivy y a ti conmigo.

—¿Sí? ¿Y cómo piensas hacerlo? ¿Alquilarás un avión-hospital?

—No está tan enferma, Janice.

—Lo estará. Dentro de muy poco tiempo lo estará.

—Tal vez el doctor Kaplan pueda darle algo.

—Por el amor de Dios —replicó Janice con furia contenida—, tú sabes perfectamente el curso que sigue su enfermedad. Por la tarde estará ardiendo de fiebre y no hay nada que pueda hacer Kaplan, fuera de darle una aspirina y recomendar reposo.

Bill inhaló hondo y dijo:

—Bien, ya veremos.

Luego le contó sobre el ataque de corazón que había sufrido Jack Belaver, y le explicó las razones por las que no podía negarse a hacer el viaje a Hawai, y lo desgraciado que se sentiría si tenía que marcharse sin ellas. Janice apenas le escuchaba por entre el ruido que hacía el chorro de agua, que formaba una espuma en el detergente sobre la vajilla del desayuno. Se vio obligado a alzar la voz para hacerse oír.

—No sé por qué estás actuando así...

Janice cerró el grifo y le miró con serena resolución:

—¿De *verdad* no lo sabes?

Su respuesta fue alejarse de ella, ir al living y coger el teléfono. Marcó un número y habló en voz muy alta, como para que ella le oyera.

—Extensión 7281 —pausa—. El señor Don Goetz, por favor. De parte de Bill Templeton —otra pausa—. Don, escucha, viejo, no sé qué me pasa en la espalda pero voy a tener que ir al médico. Encárgate tú de mis asuntos hoy, ¿quieres? ¿Sí...? ¿Y qué más están planeando...? Bueno, pero tú puedes solucionar eso sin problemas... Si tienes dificultades recurre a Charlie Wing... y, Don, pídele a mi secretaria que reserve tres buenos asientos para el vuelo de mañana a Hawai... Sí, tres. Llevo a Janice y a Ivy conmigo. Pídele, por favor, que haga la reserva para el último avión que llegue a Hawai antes de medianoche —se rió—. Bueno, Pel dijo que yo debía estar allá el jueves, ¡y llegaré el jueves!...

No volvió a la cocina. Se marchó del living. Pasaron varios minutos y entonces apareció en la puerta de la cocina, vestido para salir y llevando la cinta que había grabado Russ.

—¿De veras crees que estará bien y podrá viajar? —preguntó Janice con un tono de lúgubre pesimismo.

—No puedo predecir lo que ocurrirá, Janice. Si está bien nos iremos los tres, si no lo está cancelaremos vuestros billetes —su voz se hizo más profunda—. Una cosa sí puedo decirte: se le acabó la cuerda al señor Hoover; no volverá a molestarnos *nunca* más —enfaticó sus palabras agitando la cinta—. Si me necesitas estoy con Harold Yates.

Se marchó sin besarla.

Janice se quedó en la cocina unos diez minutos más; preparó un enorme vaso de jugo de naranjas para Ivy y lo llevó al segundo piso.

Ivy estaba sentada en su cama, alerta y llena de vida, cortando figuras de un *Vogue* viejo con las tijeras de costura de Janice. Excepto un ligero dolor de cabeza nada parecía molestarle; se la veía contenta, de buen humor, con ganas de hablar y —como en el pasado— no parecía recordar absolutamente nada de su pesadilla.

—Estoy recortando una familia —dijo con una sonrisa encantadora.

Janice le puso la mano en la frente. Parecía más fresca. Tal vez Bill tuviera razón, después de todo, y pudieran viajar a Hawai.

La imagen de un mar cálido, claro y multicolor; la lluvia y los increíbles arco iris; las noches aromáticas y sensuales, iluminadas por una inverosímil luna amarilla; todo fue lentamente calmando su inquieto espíritu.

Ivy tuvo que decir:

—Llaman a la puerta.

Janice descendió con el corazón golpeándole con fuerza en el pecho. Ya le habían entregado el correo y nadie podía llegar hasta la puerta sin hacerse anunciar previamente. Quizá fuera Carole.

—¿Quién es? —preguntó con la puerta cerrada.

Escuchó una voz lejana que respondió:

—Dominick, señora Templeton. Traigo un paquete.

Era una planta instalada en un cacharro.

Un crisantemo de invernadero con dos inmensas flores blancas dentro de una cerámica mexicana rodeada por una cinta roja, con un sobre que llevaba impreso el nombre de la florería.

Dio las gracias a Dominick y llevó la planta a la cocina. Se quedó quieta un momento mirando el regalo antes de abrir el sobre y sacar la tarjeta.

Una escritura diminuta y precisa cubría ambos lados de la cartulina. Janice tuvo que buscar un rayo de luz solar para poder leerla. Era una cita, decía:

Considere las flores. La flor parece tan completamente que pareciera que nunca hubiera existido, pero raíces y tallos conservan hasta el más insignificante detalle de esa flor. Cuando se cumple el ciclo, la ley básica, la entidad subjetiva que es la planta se estremece y emocionada, se expande se viste de nuevo con lo necesario, y reproduce la perfección y la belleza anterior. Así se reencarnan las flores, y así expresan el alma elemental de la planta. ¿No es mucho más razonable que la distintiva individualidad del ser humano se conserve también en períodos subjetivos mientras dura su historia?

Astrología Esotérica, de Alan Leo.

Un escalofrío supersticioso la recorrió al mismo tiempo que rompía la tarjeta y la arrojaba al basurero. Después, con el rostro resuelto y las manos temblorosas, cogió la planta y alejándola de su cuerpo como si fuera algo repugnante la llevó afuera y la arrojó por el incinerador. Era lo único sensato que se podía hacer, pensó, y experimentó una repentina sensación de poder, de control sobre su destino. Una reacción normal y sana ante el ataque solapado de un enemigo.

Cuando volvió al piso estaba sonando el teléfono interior. Cerró la puerta y corrió el seguro antes de cogerlo. Escuchó la voz aguda de Dominick.

—Señora Templeton, el señor Hoover quiere hablar con usted.

Tuvo un estremecimiento de pánico e iba a rechazar la llamada cuando, de pronto, cambió de idea. Había actuado con decisión y correctamente respecto a la maceta con flores, por consiguiente, ¿qué podía temer del hombre que la había enviado? Era un enemigo, y a los enemigos es preciso hacerles frente.

—Páseme la comunicación, por favor.

Su mano temblorosa puso en su lugar un mechón de cabello.

—¿Señora Templeton? —su voz tenía un claro matiz de ansiedad.

—Sí —contestó con voz trémula.

—Buenos días. Gracias por aceptar mi llamada. Sólo quiero saber cómo está su hija.

—Ivy está mucho mejor —dijo grave.

—Pero no bastante bien como para mandarla al colegio. Ha sido muy prudente al dejarla en casa.

No había nada que decir, y Janice no dijo nada. Hoover llenó la pausa con una pregunta:

—¿Le importaría que subiera a verlos? Tenemos mucho que hablar.

—Tendré que pedirle permiso a mi marido.

—¿Podría hablar con él, por favor?

—No está en casa.

—¿No? —parecía sorprendido—. En la oficina me dijeron que estaba enfermo.

—Ha ido al médico.

—Espero que no sea nada grave —en otro tono—: ¿Ha hojeado los libros que le mandé?

—No he tenido tiempo. Además, el tema no me interesa en absoluto.

—Creí que después de lo que ocurrió anoche querría saber acerca de... del tema.

—Pues se equivoca, señor Hoover —su voz recuperó la serenidad—. Anoche no ocurrió nada que pudiera intensificar mi interés por el tema.

—No lo creo, señora Templeton. Vi la expresión de su cara cuando —buscó las palabras apropiadas para expresar su idea— Audrey Rose se dio cuenta de mi presencia y estableció contacto conmigo por medio de Ivy. Su semblante era como el de quien ha contemplado un milagro, y fue un milagro. Su marido estaba demasiado excitado para darse cuenta, pero usted ciertamente lo captó.

—Mi expresión, señor Hoover, era la de una madre terriblemente preocupada por la salud de su hija. Es una expresión habitual en mi cara, porque mi hija sufre con frecuencia ese tipo de ataques.

—¿Con frecuencia? —parecía como si le hubieran golpeado.

—Sí, señor Hoover, varias veces al mes desde hace nueve años —mintió—. Lo que pasó anoche no era algo desusado, como tampoco su manera de calmarla. El psiquiatra recurre a una técnica parecida para hacerla salir de esos trances. El procedimiento se llama sugestión hipnótica.

—No sabía que Ivy estaba bajo los cuidados de un psiquiatra.

Hoover pareció reprocharse por haber ignorado un hecho así durante el estudio que había hecho de ellos.

—Pues así es. Y la causa de su problema ha sido diagnosticada y es bien conocida. Está estrechamente relacionada con un accidente que sufrió cuando era pequeña... un biberón demasiado caliente quemó sus dedos, dejando una huella tan profunda que dice «calor, calor, calor» refiriéndose a esa botella, y no a ninguna otra cosa.

Apenas podía creer sus propias palabras.

—¿Y el psiquiatra está de acuerdo?

—Sí, por supuesto.

—Creo que se equivoca —su voz tenía apenas energía—, y me temo que su hija pueda estar en peligro.

—Eso es lo que usted piensa, señor Hoover, pero nosotros pensamos de otra manera. Tenemos confianza en nuestra doctora, en su preparación y en su experiencia, y confiamos en ella por completo —y prosiguió, buscando cómo herirle—, porque nosotros confiamos en la ciencia, no en las supersticiones.

Hoover permaneció en silencio un momento, después habló en forma respetuosa,

casi compasiva.

—¿A qué religión pertenece usted, señora Templeton?

—No creo en las religiones.

—¿Siempre ha sido atea?

—Sí, siempre. Y le agradecería que no me enviara más libros religiosos, ni flores, ni proverbios, ni nada que tenga que ver con sus creencias, porque no tengo el más mínimo interés en el tema, así como tampoco tengo tiempo para prolongar esta conversación. Adiós, señor Hoover...

Colgó de prisa, sin darle la oportunidad de decir nada. Temblaba con la misma excitación de un atleta que acabara de ganar una carrera; su corazón latía incontrolablemente, pero su espíritu estaba alegre por el éxito. Una copa ahora sería maravilloso, pensó. No acostumbraba a beber a esa hora de la mañana, pero ésta era una mañana muy distinta a todas las demás.

Sentada en la mecedora, bebía a sorbos un whisky solo mientras escuchaba en la distancia la televisión. Se preguntó por qué le había mentado a Hoover con la historia de las pesadillas de Ivy. Sin duda, le había impulsado a ello el miedo; él quería abrir una brecha en la conciencia de ella, era el enemigo, y uno no comparte sus verdades con el enemigo.

La verdad era que el ataque de pesadillas sólo lo había sufrido otra vez antes. Comenzaron una noche, poco después que Ivy cumplió dos años, y duraron casi todo un año.

La doctora Ellen Vassar, a la que Bill muy pronto apeló Brunilda, había caído sobre sus vidas como un ángel exterminador; con su voz sonora, su fuerte acento extranjero, y su mente freudiana penetrante como una navaja comenzó a preguntar y analizar hasta que, finalmente, alcanzó el éxito en la empresa de expulsar a los demonios de los sueños de Ivy.

Janice recordó el rostro macizo y grave de la psiquiatra alemana durante la última sesión, y su discurso de despedida: «Su hija expresaba un miedo muy particular a separarse de usted, señora Templeton, y parece que ya lo ha superado. Es un tipo de miedo que todos los niños superan cuando se van haciendo mayores. En todo caso, no la trate como si fuera una niña especial o muy frágil. Compórtese con ella, simplemente, como con una niña normal de tres años. No creo que vuelva a tener problemas con ella.»

Y ahora, siete años más tarde, los demonios habían vuelto, con una renovada furia homicida.

Tuvo frío por dentro y rápidamente bebió un sorbo de whisky para tratar de hacer desaparecer tal sensación.

¿Sugestión por hipnosis? Era la teoría de Bill: si había dado buen resultado con la doctora Vassar, tendría que darla con Elliot Hoover. Y bien, ¿por qué no? Porque su

explicación se acomodaba demasiado a lo que él quería creer y le resultaba cómoda.

No sabía muy bien la causa por la que había mentido a Hoover respecto a su religión.

Nació en una familia católica y se vio sometida a todo el ritual de esa sombría religión, cuando era pequeña le encantaba que las monjas la aterraran con sus charlas sobre la muerte y la resurrección.

La parroquia de San Andrés, construida de piedra antigua y silenciosa, estaba cubierta de musgo y de suciedad de pájaros; entrar en su maciza, muda y mohosa estructura era como penetrar en el castillo de Drácula. Sin embargo, ella había creído en la hermosa e improbable promesa del paraíso, y en la enfermiza y aterradora amenaza del infierno.

Perdió la fe ya antes de terminar sus estudios en el colegio. Si seguía yendo a Misa los domingos era sólo para complacer a sus padres, por simple rutina. Los ritos y las frases en latín habían quedado reducidos a una serie de fórmulas sin sentido. Cuando abandonó la Iglesia sus padres no dijeron nada. La decisión les había apenado, pero jamás dijeron ni una sola palabra al respecto. Janice sabía que, en el fondo de sí misma, sentía miedo de tener que pagar por su pecado de infidelidad. Estaba segura de que cuando llegara la hora de su muerte iba a querer que se le administrara la Unción de los enfermos.

Tal vez la expiación que Dios le enviaba, pensó, sujetando entre sus dedos el vaso vacío, venía en forma de un nombre llamado Elliot Hoover Suggins.

Harold estaba reclinado en su sofá como un Buda. Su rostro tenía una sonrisa divertida mientras escuchaba el final de la grabación.

—Chico, cuando conoces gente extraña, la conoces a fondo —comentó riendo.

—Tiene que estar loco, ¿verdad?

—No lo sé, Bill. No puedo decírtelo. Parece saber muy bien de qué habla y expone su caso con mucha lógica. No es un histérico, sino una persona calmada y razonable que parece creer en lo que está diciendo.

—¡Pero qué dices, Harry! —su voz sonaba insegura—. ¿Quieres hacerme creer que debo satisfacer sus demandas?

Harry golpeó afectuosamente con su mano abierta la cara de Bill.

—¡Cálmate! No he dicho que tengas que cumplir sus peticiones. Lo que he dicho es que no puedes prohibirle que crea en lo que quiera creer. Está claro que no puedes ceder a sus deseos porque eso significaría tener otro miembro más en la familia. De modo que, independientemente de lo que él desee, tú tienes que tomar algunas medidas para protegerte a ti y a los tuyos.

—De acuerdo. ¿Qué medidas?

—Para comenzar podrías adoptar un ataque menos directo. La próxima vez que llame puedes decirle que a pesar de lo que él crea, piense o sienta respecto a que el

espíritu o el alma de su hija está alojada en el interior de Ivy, tú no compartes esa manera de pensar y, por tanto, no crees que debas concederle permiso para visitarla, y no puedes permitirle que interfiera en el ritmo normal de tu vida familiar. Y adviértele que si insiste tú tomarás medidas legales para impedirle que continúe molestándote.

Bill pensó la proposición. Su rostro reflejaba incertidumbre.

—¿Debo decírselo de alguna manera especial, hay algún tipo de lenguaje legal que yo debería emplear cuando hable con él de estas cosas?

—Si quieres, puedo escribir una carta —ofreció Harry— que tú podrías enviar por correo certificado, e incluso entregársela en mano, exigiendo un recibo firmado, y en la que dijeras que debe desistir de perseguir a tu familia y que en caso contrario te sentirías autorizado a los medios legales que estimaras pertinentes. El efecto de esta carta no tiene mayor importancia, aparte de servir en un Tribunal como prueba de que Hoover fue debidamente advertido de que su conducta suponía una molestia para ti y para tu familia.

Con una ligera mueca de tensión en su cara, Harry se enderezó en el sofá y pulsó el timbre para llamar a su secretaria.

—Es la mejor manera de proceder, Bill. Encontraremos la manera de ahuyentarlo antes de que nos veamos obligados a llevarle a la policía o a los Tribunales. Buscaremos la forma pacífica de deshacernos de él antes de recurrir a la majestad y el peso de la ley.

La secretaria, una mujer alta, de unos sesenta años, había entrado en silencio y, después de sentarse, aguardaba con el lápiz sobre la libreta.

«La majestad y el peso de la ley» eran palabras que tenían una fuerza muy reconfortante, pensó Bill al entrar en el elegante ascensor. Sonrió y saludó a Ernie.

Harry había escrito una carta fuerte, sólida, llena de esas frases complicadas y aterradoras que usan los abogados para hacer encoger de pánico los corazones de sus oponentes. La habían enviado mediante un mensajero del Red Arrow a la dirección de Hoover en YMCA, con instrucciones precisas de entregarla personalmente y de volver con un recibo, que quedaría guardado en el despacho de Harry.

Tuvo que usar el timbre, ya que incluso después de haber abierto los dos cerrojos la puerta seguía cerrada.

Janice parecía más alegre, más animada, cuando cogió la cinta grabada de su mano y la dejó en el suelo. Después se puso de puntillas para besarle pero perdió el equilibrio y Bill tuvo que sujetarla con sus brazos. Riéndose dijo:

—Vaya, vaya, parece que alguien ha estado bebiendo más de la cuenta...

—¡Qué te imaginas! —respondió Janice con una mueca.

Era un poco más de las tres, demasiado temprano para estar bebida, pero Bill decidió que era mejor no imaginar nada y fue a la cocina a buscar hielo.

Janice le contó sus buenas noticias mientras Bill metía cubitos de hielo en la batidora. La temperatura de Ivy era normal y Bill había sido un verdadero genio cuando predijo que eso sería lo que ocurriría. Habiendo dicho esto, empezó a tararear *Isle of Lovely Hula Hands*, y a mover sus caderas en forma provocativa. Bill la acompañó con su tarareo y Janice llevó al living el carrito con licores entre pasos de baile hawaianos. Bill puso ginebra en la batidora y volvió a llenar el vaso de Janice. Curiosamente, la sacudida que le produjo el sabor seco del alcohol puro hizo que Bill volviera a estar sobrio y pudiera explicar a Janice con toda seriedad lo que decía la carta de Harry. Trataba de recordar las palabras exactas: «acosando, molestando e invadiendo...» y la «majestad y el peso de la ley...»

—Él me llamó esta mañana y envió una planta —Janice hablaba espaciando las palabras para evitar que se le trabara la lengua.

—¿Qué envió?

—Una planta... con una tarjeta que decía que hasta las flores lo hacen... se reencarnan.

—El muy desgraciado...

El rostro de Janice se iluminó con una sonrisa maliciosa.

—La arrojé por el inci... incinerador —le costaba mucho trabajo pronunciar correctamente las palabras—. Todo: maceta, planta, flores, el poema, todo...

Bill hizo un gesto amistoso y chocó su vaso con el de ella.

—Así me gusta, bravo por mi mujer.

Bebieron y se miraron, aprobándose mutuamente. Bill preguntó:

—¿Has dicho que te llamó por teléfono?

—Sí... inmediatamente después que la planta vino... y *se fue*.

—¿Qué quería?

—Quería venir a vernos. ¿Qué otra cosa podía querer?

—¿Qué le has dicho?

—Ya te lo he contado... desaparezca... vaya a vender sus... karmas... a otro sitio.

Bill estalló en una carcajada.

—¿Eso le has dicho?

—No con esas palabras, pero ése fue el contenido —guiñó un ojo y afirmó, orgullosa, con la cabeza—: Y entendió lo que quería decirle.

Bill puso la bebida a un lado, abrazó a su valiente mujercita que había sabido resistir el acoso del enemigo, y la besó apasionadamente.

Sonó el teléfono.

Cada uno pudo percibir cómo el otro se encogía de miedo. Se separaron. Bill respiró hondo y tomó el aparato.

—Dígame —dijo con brusquedad. Inmediatamente se relajó y le pasó el aparato a

Janice—. Es para ti. Te llama Carole.

Janice se demudó; iba a ser un largo y agotador asedio, y no había manera de negarse a atender la llamada.

Bill cogió su bebida y con la batidora en la otra mano subió para ver a Ivy. La encontró sentada en el suelo, rodeada de sus juegos. Sus ojos brillaron cuando se levantó, y poniendo la mano de su padre en su mejilla pidió con una sonrisa que hacía imposible negarle nada:

—¿Un solo juego, papá, por favor? Mamá jugó muy mal —se quejó—, y le gané sin tener que esforzarme.

A Bill no le fue difícil comprender por qué.

Cuando se acabó el contenido de la batidora habían jugado dos juegos, que empataron, y estaban terminando el tercero. Eran las cinco menos diez y de la cocina llegaba un agradable olorillo.

A Bill le habría gustado saber si Hoover había recibido la carta. Había una manera de averiguarlo. Cometió dos errores a propósito, permitiendo que Ivy ganara el tercer juego, y acompañado por sus gritos de victoria se dirigió al dormitorio. Llamó a Harold Yates.

—Carta entregada, recibo firmado, material archivado en mi despacho —informó con una carcajada de satisfacción.

—Fantástico —dijo Bill—. No me ha llamado de nuevo.

—No debe hacerlo. Ya ha sido advertido. Si vuelve a molestarte a ti o a tu familia, de cualquier forma que sea, iremos a los Tribunales y conseguiremos una orden judicial que le impida acercarse siquiera al piso.

—Nos vamos a Hawai mañana, Harry. Es un viaje de negocios pero llevaré a Janice y a Ivy conmigo.

—Excelente. El momento no podía ser más oportuno. Si quieres mi opinión, creo que no volverás a oír hablar del señor Hoover, de modo que relájate y disfruta de tu viaje. No dejes de llamarme cuando regreses.

Cenaron a las seis y cuarto en la mesa del comedor. Janice había cocinado un festín con platos mexicanos sacados de latas y paquetes. Había gazpacho, deshelado hasta la temperatura ambiente, tamales, fuentecitas llenas de ají picante, y galletas calientes para sustituir las inexistentes tortillas, sorbete de lima y galletas dulces. Bill y Janice bebieron Cold Duck e Ivy bebió leche.

Ivy se fue a acostar a las ocho y cuarto, despidiéndose de Janice con cinco besos y de Bill con diez. Después se abrazó soñolienta a su oso y se dispuso a dormir. Janice permaneció con ella hasta que estuvo profundamente dormida, y finalmente la dejó para ir a buscar una aspirina. El haber bebido más de la cuenta había tenido sus consecuencias, y ahora tenía un horrible dolor de cabeza y una aguda depresión.

Bill estaba haciendo la maleta en el dormitorio. Se movía con rapidez y precisión

entre los cajones y la maleta, silbando mientras trabajaba. Janice se sentó agotada y se quedó mirando su propia maleta, incapaz de decidirse a comenzar la parte de trabajo que le correspondía. Bill le sonrió para darle ánimo, fue a la cómoda y abrió el primer cajón obligándola a hacer algo. Sonrió desganada, se esforzó por ponerse en pie y sólo había dado algunos pasos cuando sonó el teléfono abajo. El sonido de siempre, normal, discontinuo, rutinario, y sin embargo en el estado en que se encontraba Janice tuvo el efecto de unas trompetas infernales anunciando la aparición del demonio mayor.

Bill le cogió las manos, sonrió sereno para inspirarle confianza, y le dijo que empezara a hacer la maleta de ella, antes de salir de la habitación para bajar a contestar el teléfono.

—Le llama el señor Hoover —la voz pertenecía a Ralph, el portero de noche.

No se sorprendió demasiado, pero su corazón empezó a latir violentamente.

—De acuerdo, pásame la llamada.

—Está aquí, señor, y pregunta si puede subir.

¡Santo Cielo!, el muy desgraciado no tenía vergüenza, pensó Bill.

—Dígale que estamos acostados, Ralph —dijo Bill con violencia—. ¡No, espere! Dígale que tome el aparato. Quiero hablar con él.

—Bien, señor.

Pudo oír a Ralph dándole instrucciones a Hoover. Imaginó el cuerpo delgado y musculoso caminando por la recepción hasta la pequeña cabina donde estaban los teléfonos.

—¿Señor Templeton? —su voz resonó desolada en el aparato—. ¿Puedo subir un momento?

—No, ya estamos acostados.

Un ruido en el piso de arriba retumbó en el techo. A Janice debía habersele caído algo.

—Recibí su carta..., la que me envió su abogado. Me gustaría que conversáramos...

—No tenemos nada que hablar, señor Hoover. La carta es muy clara en sus términos y en el planteamiento de mi posición.

Ruido de pasos corriendo por el techo... un portazo... ¿Qué diablos estaba haciendo Janice?

—No entiendo por qué recurrió a un abogado cuando se trataba de un asunto que podríamos haber discutido usted y yo...

—Escúcheme bien, señor Hoover. No quiero discutir con usted ni éste ni ningún otro asunto. El objetivo de esa carta era poner punto final a cualquier contacto entre usted y yo. ¿Está claro?

¿Alguien sollozaba? ¿O eran risas? No se podía distinguir bien a través de los

paneles y pinturas del techo.

—Le ruego, señor Templeton, que me permita hablar con usted. Creo que estará de acuerdo en que usted necesita tanto de mi ayuda como yo de la suya...

¡Bill, por el amor de Dios, Bill! Era Janice. ¡Gritando!

—Escuche, Hoover. Si no cuelga y sale de este edificio inmediatamente, llamaré a la policía.

Bill colgó y fue hasta el living con toda rapidez.

Ruido de ratas... que corrían por el techo... una silla que cae... ¡en el cuarto de Ivy!

Subió la escalera saltándose peldaños hasta llegar a la puerta del dormitorio de Ivy. Tropezó con Janice que sollozaba como un niño sentada en el suelo. Le miró con ojos aterrados y movió la cabeza desesperada, ahogándose con sus propias palabras.

—¡Le está... le... está buscando...!

—¡Cállate! —ordenó Bill, y cogiéndola por los brazos la obligó a ponerse de pie.

—*Papápapápapápapápapápapá...* —resonó en tono agudo por la puerta entreabierta.

—¡Está buscando a su... padre! —sollozó Janice histérica.

—¡Janice! ¡Cállate, Janice! —gritó Bill más fuerte, sacudiéndola.

La rudeza de su tono tuvo un efecto terapéutico y los sollozos cesaron de pronto, convirtiéndose en simples estremecimientos de un rostro pálido, aterrado y confuso.

—¡Llama al doctor Kaplan! Yo me encargaré de Ivy. ¡Deprisa!

Janice se tambaleó y miró a su alrededor como una persona que ocupa el centro de su propia pesadilla. Empezó a caminar, pero se detuvo cuando la voz chillona e implorante que gritaba: *Papápapápapápapá...* aumentó de volumen y se hizo más urgente entre el ruido de muebles que caían y objetos que se desparramaban: libros, muñecas, juegos, pelotas.

—¡Ve, Janice! —ordenó Bill.

Janice le miró con ojos que luchaban desesperadamente por recuperar la calma, y con un gran esfuerzo de voluntad empezó a caminar en dirección a su dormitorio, mirando furtivamente de vez en cuando hacia la habitación de Ivy, como si temiera la aparición repentina de algo monstruoso.

Bill esperó hasta que ella entró en el dormitorio antes de volverse hacia la voz de su hija, que repetía un sonsonete desesperado:

—*Papápapápapápapápapápapá...*

El angustioso *staccato*, se hizo más frenético cuando el cuerpecito de la niña tropezó contra la cama y comenzó a patear las sábanas, que le impedían proseguir su marcha, hasta que finalmente logró liberarse, cayendo de cabeza al suelo para escapar al nudo de tela.

Bill se estremeció al escuchar el ruido de su frente cuando chocó contra la pata de

su tocador rosa y blanco. Se abalanzó para cogerla, para ayudarla, para confortarla, pero la niña eludió sus brazos y aparentemente indiferente al golpe y al dolor reanudó su marcha desquiciada. Su cabello, recién lavado, había formado pequeños rizos en torno a su cara y esta especie de halo la hacía parecer más diminuta, al tiempo que otorgaba una nota de locura a sus afiebradas facciones. Sus ojos giraban constantemente en busca de su *Papápapápapápapápapápapápapá...*

Bill vio una mancha rojiza en su frente, encima del ojo izquierdo. Se había hecho daño. Sintió un terrible miedo: tenía que hacer algo para impedir que se desfigurara.

—¡Ivy! —gritó, avanzando hacia ella para impedirle que cayera sobre una silla que había volcado—. ¡Ivy, soy papá! Estoy aquí, Ivy. —Consciente o inconsciente su voz había tomado el tono y timbre de la voz de Hoover. — *¡Ivy! ¡Estoy aquí! Aquí, cariño...*

Ivy parecía no verle ni oírle. Se puso en pie y atravesó la habitación en dirección a la ventana e intentó coger el cristal, retrocediendo apenas sus dedos se aproximaban demasiado a la superficie helada. Su voz asustada volvió a repetir el lamento:

—*Papápapápapámamámamámamámamáquemaquemaquemapapápapá...*

Bill fue a su encuentro, y cayó de rodillas frente a ella.

—*Estoy aquí, Ivy. Soy papá. Estoy aquí, cariño.*

De pronto, pareció que sus palabras habían logrado llegar hasta ella, se volvió y le miró con unos inmensos ojos interrogantes.

—*Papápapá, papá, papá...*

El pánico de su voz había disminuido, la estridencia del tono se había suavizado. Los grandes ojos buscaron, inspeccionaron, indagaron a través de una densa niebla invisible, buscando el más mínimo atisbo de luz.

Bill se sintió más animado. Estaba estableciendo contacto. Había logrado calmarla considerablemente. La niña parecía escuchar. Abrió sus dos brazos y los extendió, llamándola con los dedos. Con voz decidida, esperanzada, le ofreció el refugio que ella parecía estar buscando.

—*¡Por aquí, Ivy! ¡POR AQUÍ, IVY! ¡SOY PAPA!*

Mientras hablaba, la palidez de sus mejillas se fue transformando hasta adquirir el tono de la cera; parecía un cadáver con ojos vivientes.

—*¡Ivy! ¡POR AQUÍ, IVY! ¡VEN! ¡SOY PAPA!*

Su voz fue aumentando de volumen por la excitación. Sus dedos cogieron el camión de la niña. Al sentir el roce de sus manos Ivy retrocedió como si la hubiera golpeado. Se volvió hacia la ventana, buscando por donde escapar. Su voz histérica gritó:

—*Papápapápapápapápapápapá...*

Golpeó contra el frío cristal con las dos manos, desesperada y aterrada, y luego retrocedió con un alarido de dolor.

—¡Quemaquemaquemaquemaquemaquemaquemaquemaquema!

Repetía la misma palabra, una y otra vez, sosteniendo las manos ante sus ojos llenos de lágrimas, y miraba con angustia la carne quemada.

Bill estuvo a punto de desmayarse cuando vio que se formaba una horrible mancha roja sobre las manos de la niña y comenzaba a dejarse ver una ampolla en un dedo de su mano izquierda. No era posible, no era racional. El cristal estaba frío, cubierto de hielo por fuera. Logró ponerse de pie y se quedó inmóvil, como un autómatas, incapaz de hacer nada por la querida niña. Ivy, de rodillas, se mecía hacia atrás y adelante canturreando en voz baja:

—*Papá, papá, papá, papá, quemaquema...*

Se lamía los dedos abrasados, y sus lamentos y sollozos acompasados tenían como contrapunto el silbido del radiador a sus espaldas.

¡El radiador!

Los ojos de Bill se agrandaron cuando descubrió la simple lógica, y única explicación posible, allí ante él, bajo la ventana. Sus barras hirviendo despedían chorros de vapor a través de una hendidura especialmente diseñada para que descargara la presión de su interior.

—¡Dios mío, sus manos!

La voz aterrada de Janice desde la puerta le hizo dar un salto y volverse. Ella estaba en la puerta, la luz del pasillo la iluminaba desde atrás, y miraba a Ivy que se mecía en un verdadero paroxismo de sollozos y lamentaciones.

—*Papápapápapápapáquemaquemaquema...* —se lamía y chupaba sus dedos quemados.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Janice al entrar, con voz ahogada.

—Se ha caído contra el radiador y se ha quemado los dedos.

Janice pareció perder el equilibrio y Bill tuvo que correr para sujetarla.

—¿Tenemos alguna medicina en casa?

—Creo..., creo que hay linimento en la cocina.

—Quédate aquí con ella. Yo voy a buscarlo.

Gentilmente la obligó a sentarse en el borde de la cama. Antes de salir se volvió.

—¿Has conseguido comunicarte con Kaplan?

—Ya viene... —su voz era átona e inexpresiva.

Bill salió y cerró la puerta.

Con semblante inexpresivo, Janice miraba ese montoncito de carne torturada que se lamentaba, lloraba y se mecía, lamiendo sus dedos quemados, mientras chillaba de dolor:

—*¡Papápapápapápapá!*

¡Ivy! Dios del cielo. Era Ivy. ¡Su Ivy! ¡Su niña! Y estaba allí, sola, abandonada, herida, necesitada de protección, encerrada dentro de la bóveda de acero de su

pesadilla, incapaz de salir de ella, luchando por sobrevivir, por seguir viva hasta que alguien la ayudara. ¿Ayudarla? ¿Quién podía ayudarla? ¿Cuál era la combinación para abrir la puerta de la bóveda, para liberarla de esa terrible esclavitud? No había ninguna. No había combinación. *No la había para Ivy. No, para Ivy no. ¿Tal vez...?*

—¡Audrey! ¡Audrey Rose! ¡Ven!

Janice habló con voz suave, apenas un poco más fuerte que un susurro, amable, humilde, implorante.

—...papápapápapápapápapáquemaquemaquema...

—¡Audrey Rose! ¡Estoy aquí, Audrey!

La invitaba, le suplicaba, le insistía.

—... quemaquemaquemaquemapapápapápapá...

Estridente. Obligando. Ordenando.

—¡AUDREY ROSE! ¡VEN!

—...papápapápapápapápapáquemaquemaquema...

Pero la puerta de la bóveda seguía sin abrirse.

—Pasaré a verla mañana. Mientras tanto siga poniéndole compresas frías para hacerle bajar la temperatura y mantenga sus manos fuera de la ropa de cama. Esas quemaduras son muy traicioneras y hasta la simple presión de una sábana puede lllagarlas. Que permanezca en cama en un sitio en el que pueda vigilarla. Los supositorios de Nembutal tendrían que ser suficientes para hacerla dormir toda la noche. Bill, si yo estuviera en tu lugar me pondría en contacto con la clínica psiquiátrica mañana a primera hora. Recuerdo que fue de gran ayuda la otra vez.

Inerte, abrazada a la forma temblorosa de la niña, Janice escuchó las palabras del médico.

La luna en cuarto creciente había logrado abrirse camino por entre la persiana e iluminaba el rostro febril y agitado que yacía junto al de ella sobre la almohada. Por entre la bruma de su propio cerebro lleno de píldoras tranquilizantes, Janice intentaba penetrar la superficie de carne del hermoso rostro de su hija, ir más allá de esos ojos vidriosos y semiabiertos, más lejos de las dos ventanas, la luz y la ventilación, hasta llegar a la prisión en la que yacía el inquieto espíritu de Audrey Rose, sujeto con una cadena de siete eslabones, prisionero y alerta.

—¿Muerta? —no era tanto una pregunta como la manifestación de una profunda sorpresa.

—Sí, lo siento mucho pero así es —la voz que hablaba por el teléfono era la del doctor Benjamin Schanzer, director de la Clínica psiquiátrica de Park East—. La doctora Vassar murió hace ya más de dos años.

—Oh... —Bill permaneció en silencio, ordenando su ideas, durante algunos segundos—. Mi hija fue una de las pacientes de la doctora Vassar... hace unos siete años.

—Comprendo.

Bill trataba de encontrar las palabras adecuadas.

—Tuvo un problema... y... la doctora Vassar fue una gran ayuda. Ahora parece que el... problema... ha vuelto a presentarse.

—Veamos... eso tuvo que suceder en 1967... y yo no trabajaba aquí en esa época.

—Me parece que el doctor... Wyman era el director de la Clínica entonces.

—El doctor Wyman aún trabaja con nosotros. ¿Quiere que le ponga en contacto con él?

—Sí, por favor. Gracias.

—De nada.

Bill estaba en su propio despacho; era un poco antes de las nueve y no había nadie, Abby no solía llegar antes de las nueve y cuarto y Don acostumbraba a aparecer alrededor de las diez. Bill había ido muy temprano porque tenía sus buenas razones para hacerlo; tenía mucho trabajo que debía resolver en menos de cinco horas. Debía dejar atados muchos cabos sueltos antes de subirse al avión. Y aunque odiara tener que admitirlo, tenía, además, otra razón. Por primera vez desde que estaba casado le había resultado imposible quedarse en casa esa mañana. La necesidad de escaparse había sido irresistible y el hecho era que, por muy inmadura, irracional, poco considerada y cruel que pudiera parecer su actitud, no había conseguido superar su impulso de escapar.

Le había despertado el llanto de Ivy, una reacción natural de dolor por las quemaduras de sus manos. Como era habitual, no recordaba nada de las pesadillas y aceptó la explicación que le dio Bill del accidente sin hacer más que una pregunta:

—¿Pero si me las quemé en el radiador cuando iba al baño, por qué no me desperté?

—Porque en seguida te pusimos linimento, y las quemaduras no duelen inmediatamente.

—Ah... Entonces es lo mismo que cuando me quemé en la playa el verano

pasado.

A pesar del dolor y la temperatura hacía esfuerzos por sonreír. Su sonrisa parecía aceptarlo todo, y mostraba su disposición para comenzar el día en forma positiva, con optimismo.

Janice, en cambio, parecía estar a millones de kilómetros de distancia; silenciosa, poco comunicativa, lejana, cumplió sus obligaciones matutinas como si fuera un juguete mecánico. Ni las quejas de Ivy ni sus amables intentos por aproximarse habían logrado penetrar su coraza.

—Lamento haberle hecho esperar tanto tiempo —dijo la voz del doctor Schanzer en el teléfono—, pero parece que el doctor Wyman no vendrá esta semana. Tal vez el doctor Pérez, que era interno aquí en esa época, pueda ayudarle.

—Bueno, ¿podría hablar con él?

—Un momento, por favor.

El primer indicio de apatía se manifestó cuando Bill le dijo que había decidido cancelar el viaje a Hawai y que prefería tener que renunciar a su trabajo antes que marcharse sin ellas. Janice no hizo ni dijo nada, y cuando le preguntó si debía interpretar ese silencio como su deseo de que hiciera el viaje, siguió callada, exprimiendo naranjas. Finalmente, malhumorado, le preguntó qué deseaba que él hiciera, a lo que ella respondió: «Me parece que debes ir.» Las palabras eran encorazonadoras, pero tras ellas no había una fuerza que las respaldara. Cuando sugirió que era mejor conservar los billetes por si descendía la temperatura de Ivy, su respuesta fue: «Como quieras.» Hablaba con amabilidad, pero sin ningún impulso, sin ningún sentimiento. Al ser interrogada sobre si le daba miedo quedarse sola, si temía que Hoover pudiera molestarla o que Ivy sufriera una recaída, contestó en el mismo tono inexpresivo y apático:

«No tengo nada que temer. La majestad de la ley me protegerá contra el señor Hoover, y uno de los supositorios del doctor Kaplan me ayudará si Ivy sufre una nueva crisis.»

Fue ése el momento preciso en que decidió escapar. Antes de hacerlo sugirió que ambos acudieran a ver a la doctora Vassar esa mañana, y que tomaran las medidas necesarias para que Ivy volviera a estar en tratamiento. Janice contestó: «Haz lo que quieras.» Y eso fue todo. No hubo más en su conversación, ésa era la sustancia de su comunicación.

—Habla el doctor Pérez —era una voz delgada y con acento sudamericano.

—Doctor Pérez, habla usted con William Templeton. Ivy, mi hija, fue una de las pacientes de la doctora Vassar hace algunos años...

—La doctora Vassar murió hace dos años...

—Ya lo sé, doctor, pero hay algunas cosas que me gustaría consultarle ya que usted trabajaba en la clínica en la época en que mi hija estuvo bajo tratamiento.

—Cómo no, pregunte lo que quiera...

—Me gustaría saber si aún conserva las anotaciones de la doctora Vassar respecto a la enfermedad de mi hija.

El doctor Pérez respondió de inmediato, sin titubear, casi sin pensarlo.

—Sí. En Park East trabajamos en equipo y todas las fichas médicas se conservan en el archivo. Allí deben estar las de la doctora Vassar también.

—¿Podría ver esas fichas?

—Debe hacerse una petición formal, y no tendremos inconveniente en entregárselas a otro médico.

—Hay otra cosa que desearía consultarle, doctor. Los problemas de mi hija han reaparecido, y no conocemos otro psiquiatra. ¿Podría usted hacerse cargo de ella?

—Un momento, por favor —en la breve pausa que siguió pudo oír su respiración—. ¿Señor Templeton?

—Dígame.

—Podría recibirla el 14 de diciembre a la una.

—No, doctor Pérez. Tal vez yo no haya sido suficientemente explícito. Mi hija está muy enferma y necesita atención médica inmediata...

—En ese caso me resultará imposible hacerme cargo de su hija. Tal vez algún otro médico de la clínica...

—Sí, sí. Mi esposa y yo querríamos ir a la clínica esta mañana y llegar a algún tipo de acuerdo. ¿Con quién tendríamos que hablar?

—Con el doctor Schanzer.

Bill llamó a Janice y le informó de que la doctora Vassar había muerto. Ella preguntó:

—¿De qué?

—No lo sé —respondió Bill impaciente—. No se me ocurrió preguntarlo. Y no veo que eso pueda tener la menor importancia.

—Supongo que no.

La apatía persistía, profunda y resistente a todo.

—Tenemos hora para ver al director de la clínica a las diez y media. ¿Crees que Carole querrá quedarse con Ivy?

—Se lo preguntaré.

—Podemos almorzar juntos después. No tengo que estar en el aeropuerto hasta las dos y cuarto.

—Bueno.

La antesala de la Clínica psiquiátrica de Park East había sufrido algunas modificaciones, pero en general el conjunto permanecía tal como Bill lo recordaba. El inmenso ventanal sin cortinas que cubría por completo una de las paredes mostraba la misma vista encantadora del parque, aunque los árboles aún no estaban

cubiertos de nieve. El carácter de los cuadros de la pared opuesta había cambiado; del Impresionismo europeo se había transformado en estadounidense moderno, con una gran preponderancia de Nolan y Robert Indiana.

Cinco personas esperaban sentadas en la antesala cuando Bill llegó a las diez cuarenta y cinco. Janice no era una de ellas. Dio su nombre a la recepcionista y le dijeron que esperara. A las once Janice aún no había llegado. Bill estaba pensando llamar a casa cuando una muchacha joven y bonita apareció al final del pasillo y, dirigiéndose a todo el grupo, preguntó:

—¿El señor Templeton?

Bill la siguió por el largo corredor hasta que llegaron a una habitación sin ventanas, en la que había una gran mesa con más de una docena de sillas a su alrededor. Una carpeta de archivo se hallaba sobre la mesa. La chica sonrió y dijo:

—El doctor Schanzer tiene un horario muy cargado esta mañana. Espera poder escaparse para venir a conversar un momento con usted.

Cuando la muchacha salió, Bill se quitó el abrigo y lo dejó sobre el respaldo de una silla, se aflojó la corbata porque hacía mucho calor, y paseó la mirada sobre la carpeta. Con letra grande decía «Templeton» en su cubierta. Parecía muy poco voluminosa, considerando todo el tiempo que la doctora Vassar había pasado con ellos en esas interminables sesiones familiares e individuales, que tenían lugar en el despacho de la doctora o en el domicilio de los Templeton. Algunas sesiones habían durado hasta cinco horas, según la necesidad y circunstancias que se iban presentando.

Miró fijamente la carpeta y se preguntó qué habría descubierto la doctora Vassar, qué secretos había intuido esa mente aguda e intuitiva, a qué conclusiones había llegado respecto a la extraña y terrible enfermedad de Ivy, y que no les hubiera comunicado a ellos. Para saberlo no tenía más que abrir la carpeta y mirar.

Sus dedos se posaron sobre la cubierta y se detuvieron. El rostro ancho, germánico, formal, intenso, con esos ojos penetrantes, pareció flotar encima.

Lentamente abrió la carpeta.

La primera página era amarilla y tenía una serie de anotaciones hechas con una escritura decidida que presentaba ciertos rasgos extraños. Algunas de las letras, la s y la l, resultaban difíciles de distinguir. Bill pensó que hasta para escribir tenía acento extranjero. Sin prisa fue descifrando las frases.

Establecer la diferencia entre las perturbaciones de la conciencia de origen epiléptico y las de origen psiquiátrico es a menudo muy difícil. En este caso no hay antecedentes epilépticos. No se aprecian perturbaciones en el lóbulo temporal a través de un examen físico.

Debajo un nombre y un número: Cullinan, 555-7751.

Cullinan había sido el médico encargado de los electroencefalogramas que se le hicieron a Ivy antes del tratamiento.

La página siguiente estaba escrita sobre el dorso de una carta circular en la que se ofrecían algunos productos. Sin duda, la doctora Vassar solía tomar apuntes sobre la primera cosa que encontraba a mano. Al comienzo de la página había una pregunta, luego venía un largo párrafo.

¿Fenomenología histérica?

La paciente presenta síntomas de sonambulismo. Los padres describen sus movimientos como una respuesta externa al contenido manifiesto del sueño. El significado podría ser huir de las tentaciones del lecho; sin embargo, esto sería muy raro ya que aún no tiene tres años. Raro, pero posible. Los padres afirman que la niña posee habilidades para plasmar imágenes y ejecutar acciones complejas cuando se halla en estado de sonambulismo.

Y abajo decía:

Trataré de estar presente durante el próximo ataque.

Bill recordó la visita que les había hecho la doctora Vassar esa noche, hacía siete años. Eran las dos de la mañana y Bill no estaba seguro si debía molestarla a esa hora, pero ella contestó el teléfono inmediatamente. Con voz clara y lúcida dijo: «Iré.» Llegó pronto y pasó toda la noche con Ivy, solas las dos tras la puerta cerrada. Hubo muchas otras noches parecidas en el transcurso de ese año.

Se saltó dos páginas; en una decía: hablar con Kretschmer; y en la otra: hablar con Janet. Después encontró una libreta delgada con una cubierta en imitación de cuero. Era un diario. Las anotaciones de un testigo presencial de los ataques de Ivy; la letra era rápida y temblorosa, como si hubiera escrito mientras las acciones descritas tenían lugar. La primera estaba fechada el 18/1/67, y decía:

Acción con un objetivo... trata de salir de algo... toca las cosas y retrocede como si se quemara... acciones motoras complejas... extrañas... curiosas... muy desusadas en un niño de su edad... durante los ataques parece como si tuviera miedo de cosas invisibles para los demás... trata de trepar en el respaldo de una silla ¡y lo consigue! Bien coordinada, coordinación muscular y habilidades propias de un

niño de más edad. (Comprobar si es capaz de trepar a una silla cuando no está en estado de sonambulismo). Trata de acercarse al cristal de la ventana, quita la mano cada vez que está a punto de tocarlo, lo intenta de nuevo... hace una serie de movimientos, acompañados de llanto, inquietud, temblores, balbuceos... quemaquemaquemaquemapapápapá... El ataque duró hasta las 5.20, hora en que sucumbió al cansancio y se durmió en un estado febril. Temperatura: 39.8.

Bill pasó a la página siguiente, fechada el 25/1/67.

Al comienzo parecía querer escapar de algo... posible episodio traumático relacionado con encierro... ¿una habitación...? pero ahora sus movimientos han cambiado: ya no trata de escapar sino de dirigirse hacia algo... se acerca a las cosas, no se aleja de ellas... conducta que se modifica cuando... una barrera térmica inexistente la detiene... la barrera parece ser dolorosa... caliente... quemaquemaquemaquemapapápapápapá... este balbuceo puede estar relacionado con alguna experiencia traumática del pasado, sin embargo su edad parece negar esta posibilidad: ¿trauma prenatal? ¿Parto difícil? Hablar de esto con el obstetra. Tal vez un episodio de cuando era muy pequeña: ¿estufa?, ¿fuego?, ¿el sol?, ¿la playa?, ¿un verano donde las superficies estaban muy calientes?, ¿un metal?, ¿algo que tocó casualmente? El pomo de una puerta expuesta directamente al sol puede calentarse mucho (preguntar a los padres).

El calor de la habitación se estaba haciendo insoportable. Bill se puso de pie y se quitó la chaqueta. Tenía la camisa manchada de sudor. Dobló su chaqueta oscura y la puso sobre el respaldo de la silla próxima. Enrolló las mangas de su camisa y dio vuelta a la página para leer la siguiente anotación:

20/2/67 Los resultados fueron negativos: en estado normal la niña es incapaz de trepar a una silla sin caerse. Durante el sonambulismo puede hacerlo y demuestra una mayor habilidad muscular y una mejor coordinación de la que cabría esperar en un niño de dos años y medio. Importante: tiene el lenguaje de un niño de dos años y medio, pero durante sus estados de sonambulismo habla con esquemas lingüísticos correspondientes a un niño mayor de unos 5 ó 6 años (quemaquemaquemapapápapápapá). Enuncia con claridad y

precisión los sonidos, incluso durante las explosiones en las que acelera el ritmo. (Comprobar habilidad oral en estado normal.)

En la página siguiente había una breve nota:

El obstetra, doctor Osborne, afirma que no hubo nada desfavorable o anormal durante el desarrollo fetal o el nacimiento del paciente. Perfectamente normal. La calefacción funcionaba bien, no hubo accidentes en el que hubiera algo caliente: vaso, instrumental quirúrgico, etc.

Sonrió al recordar la alegre mañana de agosto en que nació Ivy. Janice había optado por un método que le permitiría dar a luz sin miedo y sin drogas. Estuvo completamente lúcida cuando Ivy hizo su aparición en este mundo a las 8.27.03, según el cronómetro de Bill. Nació con los ojos abiertos y parecía darse cuenta del mundo y de la gente que la rodeaba. Incluso antes de que la lavaran su extraña belleza había sido evidente. No se presentó ningún problema. Suspiró y dio vuelta a la página.

3/4/67 Las pruebas de habilidad lingüística demostraron que el sujeto es incapaz de pronunciar según el modelo staccato, y con la misma habilidad, con que lo hace durante sus estados de sonambulismo. En estado normal se desdibuja su pronunciación, pierde el sonido m al pronunciar en una secuencia rápida la palabra «quema» y lo mismo ocurre con el sonido p al pronunciar papá.

21/4/67 La ventana parece ser su objetivo principal. Un objetivo inalcanzable; el cristal es como una barrera caliente... ¿el fuego del infierno...? intenta acercarse sin éxito al cristal, porque el calor es excesivo... retrocede tambaleándose... se cae... llora... reflejos en la córnea, la pupila y los tendones... no se muerde la lengua ni se orina... su cara enrojece, en vez de empalidecer o adquirir tonos azulados... la temperatura del cuerpo aumenta cada vez que se aproxima a la ventana.

Se frotó los ojos un momento. Le caían gotas de sudor de la frente. Sacó un pañuelo del bolsillo y se secó la cara. Miró la hora: eran sólo las once y diez. Acercó el reloj al oído para cerciorarse de que no se había parado, estaba seguro de haber permanecido en esa habitación muchísimo más de diez minutos, pero el reloj

caminaba normalmente. Pensó llamar a Janice por teléfono, pues había uno sobre una mesa en un extremo de la habitación. Decidió esperar unos diez minutos más. Le habría gustado saber si Hoover había intentado llamar a su casa. Sus ojos volvieron a posarse sobre la libreta abierta ante él, invitante. No pudo encontrar ningún otro pretexto para no dar vuelta a la página.

En resumen, tenemos una niña de dos años y medio que parece haber desarrollado mucho antes de lo habitual una forma de sonambulismo histérico. Parece revivir una experiencia traumática en la que el calor o el fuego es la fuerza motriz. Hay una serie de circunstancias muy extrañas que han ido apareciendo durante el tratamiento, y de las cuales la principal es que dentro del estado de sonambulismo tanto el lenguaje como la actividad motora corresponden a una madurez superior a la que el paciente tiene en estado normal. Esto es verdaderamente curioso y poco corriente...

En la página siguiente decía:

Tratamiento: el sonambulismo es una manifestación de histeria. La hipnoterapia sería lo indicado, pero no es posible debido a la edad de la niña. La terapia de sugestión ha sido aplicada con resultado positivo. Una orden autoritaria durante el estado de sonambulismo, y la presión para que cesen los síntomas, han tenido respuesta (lo que indica que la niña es una sonámbula extraordinariamente receptiva). Aprovechando esta receptividad para ordenarle que hiciera desaparecer las experiencias traumáticas se lograron resultados positivos en un período de 41 sesiones, de duración variable.

En la página siguiente no había anotaciones. Bill hojeó el resto de las páginas. No esperaba encontrar nada más y le sorprendió ver una nueva anotación en la última página.

Estamos ante un problema que nuestro conocimiento limitado no permite evaluar tan completamente como para dar un diagnóstico definitivo. Los conceptos de Jung del arquetipo... relación posible con la conducta... tal vez la niña reviva una experiencia ajena, pero que está presente en su mente sin que le haya ocurrido a ella (esto hace posible la interpretación de Jung). Tal vez no sea una experiencia de la niña, sino del inconsciente colectivo(???).

Bill dio vuelta a la tapa negra y cerró la libreta. El sudor de su frente se había helado; se quedó quieto, procurando vaciar su mente de todo pensamiento. La capacidad de pensar era su enemigo en ese momento: desafiaba la razón y estimulaba la duda. Podía imaginar a la psiquiatra alemana esbozando una sonrisa burlona desde la puerta.

Se abrió la puerta y la secretaria del doctor Schanzer la mantuvo abierta para que Janice pasara.

—Su esposa, señor Templeton —dijo alegre y se retiró en seguida.

—Ven a divertirme un poco —y le indicó la silla próxima a la suya. Janice se veía muy bella: serena, compuesta, vestida con un conjunto que no recordaba haberle visto antes. Era obvio que se había esmerado por agradarle, y eso era una buena señal—. Quítate la chaqueta, esto es como un baño turco —advirtió.

—Estoy bien así —se sentó a su lado.

—¿Cómo está Ivy?

—Mucho mejor. Le bajó la temperatura a 37,7 y el doctor Kaplan pasó por casa para cambiarle las vendas. No cree que le queden cicatrices de las quemaduras.

—Gracias a Dios —dijo Bill aliviado—. ¿Carole se quedó con ella?

Janice asintió con la cabeza.

—Estaban mirando un concurso en la televisión cuando salí.

—¿Alguna llamada esta mañana?

—No —ella sabía perfectamente a quién se refería.

Bill le pasó la carpeta.

—Léela.

—¿Algo interesante?

Abrió la carpeta y comenzó a leer la página amarilla.

—Hay muchas cosas que sabemos y hay muchas que no entiendo —comentó Bill.

Bill se puso en pie, cogió la chaqueta y dijo que iba a beber un vaso de agua. Caminaba por el largo corredor buscando agua cuando casi chocó con un joven moreno que salía de un despacho brillantemente iluminado. Se preguntó si ése era el doctor Pérez. Encontró un lavabo para hombres disimulado detrás de un pequeño arco y entró. Se inclinó, juntó las manos y las llenó de agua. Mojó su cara con esta reconfortante agua fría, e incluso bebió un poco. Esperó unos minutos antes de volver a la habitación donde estaba Janice; quería darle tiempo suficiente para acabar de leer la libreta.

Cuando regresó el doctor Schanzer estaba con Janice. Había cogido la carpeta, que sostenía con un aire posesivo. Janice estaba muchísimo más pálida que antes.

El doctor Schanzer era un hombre de pelo blanco, bajo, fuerte, con un pecho amplio y brazos musculosos. Sus ojos parpadearon ligeramente cuando miró a Bill.

—Lamento haberle hecho esperar, señor Templeton. Le estaba explicando a su

esposa que el doctor Noonis, uno de nuestros médicos asociados, podría encontrar un momento para ver a su hija a fines de esta semana. Está libre los viernes a las cinco y media. Si les parece bien podríamos fijar una reunión para esa hora.

—Bueno, no sé —Bill titubeó—, estamos planeando un viaje...

—Mi hija y yo estaremos aquí —interrumpió Janice—. El viernes está bien.

Habló con el mismo tono monocorde de la mañana: impávida, indiferente, apática.

—Perfecto —aseguró el doctor Schanzer—. Le daré hora —se levantó para marcharse.

—Doctor... —le detuvo Bill—. ¿Podría explicarme qué son los arquetipos?

Captó de reojo la rápida y grave mirada que le dirigió Janice. El médico cerró la puerta y esbozó una sonrisa; parecía divertido por la pregunta.

—Se llama arquetipos a una teoría de Jung. Se refiere a lo que él llamó el inconsciente colectivo. En su trabajo con esquizofrénicos le sorprendió la frecuencia con que aparecían imágenes muy similares en pacientes con muy diversos antecedentes. Esta evidencia le sugirió que tanto el cuerpo como la mente conservan la huella de un pasado racial, y que sus anhelos, esperanzas y terrores tienen sus raíces en la prehistoria y están por sobre las experiencias individuales de las personas.

—¿Y ustedes están de acuerdo con esta teoría?

El doctor Schanzer rió:

—Permítame decirle, señor Templeton, que nosotros tratamos de mantener nuestra mente abierta a todas las posibilidades. El doctor Jung fue un hombre brillante, pero en algunas cosas resultó muy poco conformista. Algunas de sus teorías son verdaderamente explosivas; sin embargo, la mayoría de ellas tienen un gran valor.

—¿Usted cree que la gente puede recordar cosas que no ha vivido personalmente?

La sonrisa en el rostro del doctor Schanzer se hizo algo menos abierta.

—Yo, personalmente, no creo en un inconsciente de la raza, señor Templeton, o que haya recuerdos heredados de una prehistoria colectiva que puedan aparecer en la conciencia individual.

—Gracias —dijo Bill.

—Estar diez días sin vosotras me va a resultar muy duro y tú lo sabes.

Estaban otra vez en Rattazzi, pensó Janice, sentados en la misma mesa. Era un poco antes de la una y había mucha gente y un intenso ruido. Todo el mundo parecía gritar, incluso Bill.

—Lo terrible es —agregó, excesivamente compungido— que no me dejas siquiera la esperanza de que podríais ir a reuniros conmigo dentro de un par de días.

Tenía el rostro enrojecido y los ojos se le estaban poniendo vidriosos. La ginebra comenzaba a hacerle efecto. Janice había decidido mantenerse sobria; dado que iban

a quedarse solas, y con un futuro incierto, era esencial que alguien conservara la cabeza despejada.

—No creo que haya ninguna esperanza de que podamos ir —respondió serena—, si consideramos lo que nos ha estado sucediendo últimamente, ¿no te parece?

—Me parece que te lo estás tomando todo muy en serio. Janice le miró incrédula.

—¡Me sorprende que tú no lo hagas así!

—Está bien, me expresé mal. Deja que lo diga de otra manera. La salud y felicidad de mi familia son lo más importante para mí. Tu depresión, la enfermedad de Ivy, son cosas que tomo muy en serio y trato de hacer algo al respecto —hablaba espaciando las frases y su dicción era ligeramente confusa—. A ti sólo puedo ofrecerte amor, comprensión y una paciencia infinita. A Ivy intento conseguirle, además, ayuda médica. Lo que no puedo tomar en serio es a Hoover y eso de los arquetipos y la farsa en que están convirtiendo nuestra vida desde hace unos días...

—¡Por el amor de Dios, Bill! —explotó Janice—. ¿Crees honestamente que lo que le está pasando a Ivy no es más que una enfermedad cualquiera como... como la gripe? ¿Después de lo que has leído en la libreta de la doctora Vassar, todavía no ves ninguna relación con Hoover y consideras que sus opiniones y conclusiones constituyen una sarta de tonterías?

El camarero le trajo un martini a Bill.

—Traiga otro, por favor —murmuró.

Cogió la copa y vació la mitad de un trago, miró a Janice con ojos velados y habló en voz baja, ronca:

—No creo que el hecho de que una persona sea médico le haga ser además infalible. Hay muchos que son una nulidad...

—¿Lo dices en serio?

—Sí. Y ya que has mencionado el tema, puntualizaré aún más mi opinión. Creo en la realidad de las cosas, no en lo que parecen ser sino en lo que son. ¿Me entiendes? Puede que algunas no me gusten, pero me doy cuenta que no puedo cambiarlas y puedes estar segura de que ni voy a intentarlo siquiera —levantó la copa y terminó la bebida—. Creo que lo que está arriba está arriba y lo que está abajo está abajo. Creo que si me subo a esta mesa y me arrojo al suelo de cabeza es muy probable que me rompa el cuello. No hay ningún ángel de la guarda dispuesto a suavizar la caída. Me llevarían de aquí al hospital o al depósito de cadáveres. Cuando muera me incinerarán o me enterrarán y ése será mi fin. Nada de arpas, alas o tridentes, nada ¡Finis! —se calló para dar tiempo a que Janice asimilara sus palabras—. Yo *no* creo que algún día estaré flotando sobre alguna maternidad para introducirme en el cuerpo de algún niño indefenso apenas asome su cabeza en el mundo. No creo que eso le gustara al niño y, en cuanto a mí, me horrorizaría hacer una cosa así...

Janice tuvo que reírse, a pesar de ella misma.

—¡No te rías! —advirtió alzando la voz—. No estoy bromeando y aún no he terminado de hablar.

La risa desapareció cuando vio en los ojos enrojecidos de Bill que estaba hablando en serio.

—Creo que lo caliente es caliente y lo frío frío —cogió una caja de cerillas de la mesa y encendió una—. Creo que mi dedo se quemará si lo pongo en la llama y que me saldrá una ampolla —puso su dedo en el fuego y no lo retiró.

—¡No, Bill, por favor! —extendió una mano para detenerle.

Bill apagó la cerilla y puso el dedo ante ella, para que pudiera verlo.

—Mira, se está poniendo rojo —dijo con absoluta seriedad—. Saldrá una ampolla, ¡tal como era de esperar!

Cogió el vaso de agua con hielo en la otra mano.

—Pero si pongo mi dedo en la superficie helada del vaso, se enfriará, no se quemará, porque lo frío no quema y no hay poder humano que pueda hacer que este dedo se queme —hablaba de una forma compulsiva, y estaba gritando.

La gente de las mesas vecinas miraba de reojo y algunos no apartaban los ojos de él.

Lentamente, Janice fue comprendiendo que sus palabras no eran incoherencias de borracho sino el grito angustiado de un hombre cuyo sentido de la realidad había sido severamente puesto a prueba, y que luchaba por asirse al último vestigio de cordura que todavía le quedaba. Bill prosiguió en voz muy alta.

—¡El fuego quema, el hielo enfría! Y si eso no es una ley de Copérnico o de Galileo digamos que es una ley de esa mierda que es Bill Templeton. ¿De acuerdo? ¡El fuego quema, el hielo enfría! ¡Y el proceso inverso no ocurrirá jamás! ¿De acuerdo?

La mayor parte de la gente había dejado de hablar y les observaba abiertamente. Tommy apareció con la bebida de Bill y afablemente preguntó si ya deseaba ordenar la comida. Bill respondió:

—Sí, total...

La fuerza y la energía habían desaparecido de su voz, la explosión se había calmado. Ordenó mecánicamente para los dos. Janice aprobó con la cabeza la primera sugerencia que hizo su marido.

Al observar cómo Bill se llevaba la copa a los labios, en un intento por aquietar su torbellino y confusión interior con el efecto tranquilizador de la bebida, se sintió invadida por una oleada de compasión y miedo. El vaso helado le había dado la clave. El hielo enfría, el fuego quema. El vidrio helado de la ventana fue lo que quemó las manos de Ivy, no el radiador. Él había visto con sus propios ojos cómo las manos, buscando a tientas, se habían apoyado contra la superficie helada del cristal y que de

allí la niña las retiró rojas y quemadas. El fuego quema. El hielo enfría. Bill culpó al radiador ardiente y no al vidrio helado que estaba encima. Para una mente tan ordenada y realista como la suya, ésta podía ser la única explicación posible, la única aceptable.

¡Bill, Bill! El corazón de Janice se entristeció por ese querido, tierno, confuso y acosado marido suyo. Se le humedecieron los ojos cuando miró por sobre la mesa ese rostro amado que se inclinaba en ese momento hacia el plato, para llevarse la comida a la boca con un tenedor, y masticaba y tragaba, tal vez sin darse cuenta de lo que estaba comiendo.

Jugueteó con su propia comida, sintiéndose cada vez más desesperanzada. Aunque le había molestado la actitud obtusa de Bill, su negativa a considerar siquiera eso que él llamaba una farsa, al mismo tiempo le había dado fuerzas. Su rigidez, su duda constante, proporcionaban un cierto equilibrio a sus vidas, ayudaban a conservar la cordura en un mundo que parecía haber enloquecido de repente. Esta fuerza ya no estaba presente, había desaparecido el bueno, sólido y saludable escepticismo y de ahora en adelante serían dos para dar testimonio de la locura y del ambiente de miedo y tensión en que vivían.

En la calle, Bill y Janice esperaron un taxi. El cielo se había puesto gris, y había un presagio de lluvia en el aire. Bill llamaba inútilmente con su mano a los taxis que pasaban lentamente ante ellos, iban ocupados o no querían detenerse. A pesar de que Janice insistía en que prefería irse a casa caminando, Bill continuaba tratando de conseguirle un taxi. La comida le había ayudado a recuperar la sobriedad y tenía una expresión ligeramente culpable cuando se inclinó para besarla en los labios. La estrechó con fuerza, se disculpó por su conducta, y le dijo que la llamaría a las nueve de la mañana, hora de Nueva York. Las lágrimas rodaban por las mejillas de Janice. Le amaba y mientras estaba aferrada a él quería poder consolarle, poder decirle que conocía y comprendía sus miedos y confusiones, pero no sabía cómo hacerlo.

Bill le dio una hoja de papel con el itinerario de su viaje escrito a máquina, con el horario de su llegada a Los Angeles y a Honolulu, con el nombre del hotel donde tenía reserva de habitación, y con varios números de teléfono en los que le podía localizar. Figuraban también los números de la oficina y de la casa de Harold Yates por si pudiera necesitarlos. Le rogó que llamara a Honolulu a cualquier hora y para cualquier cosa. Finalmente, dijo:

—Y si todo sale bien, llama a mi secretaria y te conseguirá los billetes para Hawai en menos de una hora.

Janice asintió con la cabeza y le dijo que se vendara el dedo, en el que se había formado una pequeña ampolla. Frente a Rattazzi volvieron a besarse, murmurándose despacio que se amaban. Después, Bill se marchó caminando hacia la avenida Madison. Las lágrimas le impedían ver con claridad la alta figura de su marido,

confundiéndose con la multitud, haciéndose visible por momentos, hasta desaparecer por completo, absorbida por la muchedumbre.

Una ráfaga de viento barrió la estrecha callejuela, produciéndole un escalofrío que le llegó hasta los huesos. Ajustó el cuello de su abrigo en torno a su cuello y caminó de prisa hacia la Quinta Avenida. Pensaba en Bill, recordando su rostro amable y generoso, deformado ahora por la sorpresa y el desconcierto; Bill, que intentaba negar lo que había sido evidente para sus propios ojos, que defendía su cordura, en su lucha por sobrevivir.

Los nubarrones no se decidían a descargar su lluvia. Janice subió por la Quinta Avenida y llegó a la calle Cincuenta y uno. Se detuvo junto a un verdadero ejército de personas que esperaban con impaciencia que cambiara la luz del semáforo para cruzar la calle.

Al otro lado, surgía ante ella la catedral de St. Patrick. Sus líneas góticas desaparecían en las alturas entre las nubes plomizas. Que ese extraño trasplante de la Edad Media estuviera tan incongruentemente allí, en medio del acero, los cristales y la polución de Manhattan, le pareció a Janice no tanto un anacronismo cuanto una broma monstruosa que la Iglesia católica le había gastado a la ciudad.

Frente al edificio de piedra gris, con portones de metal labrado —varios de los cuales estaban abiertos y decorados con cortinajes de terciopelo rojo—, Janice tuvo la sensación de encontrarse ante un coloso con la bragueta abierta, invitando al mundo a entrar a participar de su magia y sus milagros.

Grupos de turistas entraban a la iglesia por las puertas abiertas en el extremo sur del edificio; al mismo tiempo, otros grupos salían por las del extremo norte, manteniendo así un equilibrio constante en el interior de la catedral. Janice subió los peldaños y se unió a un grupo que estaba haciendo su entrada.

En el interior el silencio era tan profundo que lograba absorber los sonidos de una muchedumbre que empujaba, se mezclaba, murmuraba, mientras recorría perezosamente las diversas naves. A la entrada había una fuente de mármol con agua bendita; el cuenco tenía unos anillos de sedimento verdosos que indicaban los diversos niveles del agua a través de los años de uso. La pareja que estaba delante de ella, un hombre y una mujer de edad, mojaron sus dedos en el agua y se persignaron. Janice pasó de largo ante la pila, sin compartir con ellos ese rito.

Janice recorrió en la semioscuridad una de las naves laterales junto con un grupo de turistas que estiraban el cuello cada vez que pasaban ante algún punto de interés. A su izquierda aparecía el ábside central de la catedral, rodeado por vidrieras que parecían reforzar el impulso ascendente de los muros hasta hacerles llegar al mismo cielo. El altar mayor dominaba el centro de la catedral, y hacia atrás se extendían las largas filas de bancos. A esa hora no había ninguna ceremonia litúrgica. Sólo podía verse a algunas personas que oraban.

A la derecha de la nave lateral había una serie de capillas dedicadas a diferentes santos. En la de San José tenían un ataúd abierto y entre púrpuras yacía el cuerpo solitario de algún dignatario eclesiástico. Janice pudo distinguir la punta de la nariz del cadáver sobresaliendo del catafalco y el espectáculo la hipnotizó durante algunos segundos. La gente que caminaba detrás de ella la empujó gentilmente para que siguiera avanzando.

Pronto estuvo ante la otra capilla. Unos cirios ardían ante el altar, arrojando una lúgubre luz sobre la inscripción de la balaustrada de mármol. San Andrés. Janice tenía el rostro acalorado y le ardían los ojos y la boca. Se separó del grupo y entró en la capilla.

Al principio, la falta de iluminación le hizo pensar que estaba sola, pero cuando sus ojos se acostumbraron a la oscuridad pudo ver a un hombre de pie en una de las esquinas. Tenía la cabeza inclinada y parecía sumido en meditación.

Janice se aproximó al altar. Sus manos temblaban cuando se apoyaron en el comulgatorio de mármol. Se preguntó cómo sería volver a rezar después de tantos años. Se arrodilló lentamente, sorprendida del dolor de sus rodillas al posarse sobre la dura superficie. Una sensación de culpa se apoderó de ella: el dolor de sus rodillas era el signo evidente de su apostasía.

San Andrés la miraba desde arriba con expresión de simpatía, pero Janice no se engañaba a sí misma. La cara era de yeso, y aquellos ojos bondadosos habían sido formados así por la mano del artista. El rostro de Dios, sin duda, no tendría una expresión tan mansa y comprensiva. La idea de Dios le hizo recordar al padre Breslin, uno de los sacerdotes del colegio parroquial de San Andrés, al que había asistido de pequeña. Su rostro severo, rojizo y lleno de arrugas había sido el terror del colegio. El rugido de su voz, atronando en persecución de algún desventurado niño por alguno de los pasillos, era como el prelude de la ira divina. El solo recuerdo le hizo estremecerse, y volvió a mirar el rostro de San Andrés. Pensó en las expresiones de las monjas, suavizándose al hablar de él, cuando le contaban a los alumnos lo humilde, modesto y poco presumido que había sido el apóstol en sus recorridos por tierras diversas para predicar el Evangelio de Jesús. Incluso al ser sentenciado a muerte en Patras pidió que le crucificaran en un madero en forma de X para no duplicar la pasión y muerte del Señor. Con qué facilidad hablaban las monjas de la muerte, y con qué facilidad la aceptaban los niños.

Buscó una cerilla larga para encender un cirio, pero su mano temblaba en tal forma que apenas pudo conseguir que cogiera el fuego de uno de los cirios que ardían. Cuando lo logró no fue capaz de acercarla al pabito del cirio que quería encender. Se quedó con la cerilla en la mano, temblorosa, contemplando cómo la llama brillante la consumía rápidamente.

El hielo enfría, el fuego quema, se dijo mientras miraba avanzar la llama por la

cerilla en dirección a sus dedos. Se formaría una ampolla, y así tenía que ser porque el *fuego quema*.

Una mano, fuerte y gentil a un tiempo, cubrió la suya. Una voz le habló bromeando:

—¡Vaya devoción *ardiente* que tiene usted por San Andrés!

El temblor de su mano se calmó cuando esta mano masculina, que aparecía en un puño de camisa sujeto por gemelos negros, guió con firmeza la cerilla ardiendo hacia el cirio y lo encendió. Después, con un solo soplo apagó la cerilla.

Cuando esta mano abandonó la suya Janice volvió a temblar. Miraba al suelo y por eso distinguió los zapatos negros, relucientes por años de lustre constante. Subió los ojos hasta los pantalones negros, brillantes en las rodillas; y luego más arriba, hasta el breviario que sostenía bajo el mismo brazo en el que mantenía también un sombrero de paja; y más arriba aún, hasta llegar al rostro. Igual que la del padre Breslin, era rojiza y arrugada, pero su expresión no tenía nada de severa y su voz no era ni estentórea ni amenazante. Sonriendo dijo:

—San Andrés es mi tocayo. Cada vez que vengo a Nueva York nunca dejo de entrar aquí un momento para conversar con él.

Janice no podía hacer otra cosa que mirar al anciano sacerdote, cuyo rostro parecía tan ansioso de ayudar. Le había cogido una mano. De pronto, le había cogido una mano. Era como si la diestra de Dios se hubiera cerrado sobre la de ella. Sintió renacer su esperanza. ¿Era éste un encuentro providencial? Las monjas siempre decían que Dios no abandonaba nunca a sus ovejas... ¿Era posible? Al menos, no era menos posible que todos los restantes misterios que rodeaban su vida en las últimas semanas.

Los ojos de Janice se llenaron de lágrimas. La mirada del sacerdote adquirió entonces un aire de preocupación. Ella sonrió y luego tartamudeó:

—San Andrés era el nombre de mi parroquia cuando yo era pequeña.

—¿Dónde vivía entonces?

—En Portland.

—Está usted muy lejos de Portland ahora —vio que las manos de la mujer temblaban en total descontrol. Janice comprendió que él se había dado cuenta—. ¿No piensa volver allá algún día? —preguntó el sacerdote con amabilidad.

Unos segundos más tarde, Janice se encontró llorando como un niño con la cabeza hundida entre las manos del sacerdote. El hombre parecía inquieto y miraba nervioso a su alrededor para ver si eran observados. Sacó del bolsillo un pañuelo perfectamente planchado y se lo ofreció, pero Janice cogió el suyo del interior del bolso y sonrió:

—Lo siento, padre —se disculpó.

El sacerdote permaneció en silencio un momento, pensativo y después preguntó:

—¿Puedo hacer algo por usted?

Janice trató de ponerse en pie pero sus piernas no le respondieron. El sacerdote la cogió del brazo. Agujetas punzantes y dolorosas le recorrieron las piernas y estuvo a punto de perder el equilibrio. El sacerdote seguía sosteniéndola, y lentamente la condujo a un banco, en una de las esquinas de la capilla.

—¿Quiere que nos sentemos?

Aceptó agradecida la ayuda que le estaban ofreciendo y se sentó a pesar de su certeza de que resultaba impensable contar su problema al sacerdote.

—Padre, no sé si tengo derecho a pedir ayuda. He estado alejada de la Iglesia desde hace mucho tiempo. No soy católica practicante. Yo... —buscó las palabras adecuadas—... yo no me he acercado a los sacramentos desde hace varios años.

—¿Cuántos?

—Quince... dieciséis años...

El semblante del sacerdote mostró una expresión de pena.

—¿Y qué hacía usted aquí, entonces?

—Tengo un problema.

Los ojos del hombre se suavizaron.

—¿Y acaso ése no es siempre el camino que nos hace volver a ponernos de rodillas?

—No sé *cómo* decírselo. Ni siquiera sé cómo explicarme estas cosas a mí misma, padre —recordó las dificultades que había tenido Hoover para hablar de ellas—. Todo parece tan absurdo cuando se pone en palabras —hizo una pausa, movió la cabeza y prosiguió—: Pero cuando... veo lo que nos está pasando a todos, a mi hija, a mi esposo... haciéndonos girar en toda clase de círculos —buscó con sus ojos los del sacerdote—. Padre, ¿puedo hacerle una pregunta?

—¿*Qué* desea saber? —había una nota de tensión y miedo en la voz del anciano.

—Sé que la Iglesia católica niega... la reencarnación, pero me han pasado cosas que me han hecho pensar si no pudiera ser verdad.

El sacerdote la analizó detenidamente: era lo último que había esperado oír.

—¿Qué cosas le han pasado?

—Mi hija... —se detuvo y decidió explicarlo de otra manera—. Un hombre —volvió a empezar— ha aparecido en nuestras vidas. Nos ha dicho, a mi marido y a mí, que nuestra hija es la... reencarnación de la suya, que murió hace ya varios años.

El anciano cerró los ojos, inclinó la cabeza como si rezara. Después de un momento preguntó con suavidad:

—¿Su esposo es católico?

—No, padre.

—¿Su hija fue bautizada?

—No, padre.

—¿Qué edad tiene la niña?

—Acaba de cumplir diez años.

Levantó los ojos y la miró incrédulo; parecía haber visto tanto, y saber tan poco. Intentó penetrar la máscara de lágrimas, inspeccionó en el cerebro y en el alma de esa extraña mujer atormentada que tenía ante sí.

—¿Y usted cree que lo que ese hombre le ha dicho es verdad?

—Cosas... cosas extrañas me han llevado a pensar que podría ser verdad.

—Usted conoce, sin duda, la Sagrada Escritura. En los Evangelios no hay nada que respalde ese principio. Los católicos no creemos en eso. Nosotros creemos en los finales y en los comienzos y en lo que hay entre estos dos extremos. La vida no se desarrolla en círculos. Hay un movimiento, un impulso en nuestras existencias, que nos lleva a unas metas, porque nosotros vamos en *una dirección*.

Janice lloraba.

—Ya lo sé, padre, y sin embargo este problema es real para nosotros y estoy muy preocupada...

El sacerdote la miró con ojos que se habían endurecido de pronto.

—Está preocupada —dijo en tono severo—. ¿Cree que lo estaría tanto si hubiera conservado lo que le fue dado? ¿Lo que Dios le dio? Cristo prometió que Su Espíritu estaría siempre con la Iglesia, y la Iglesia ha sido sabia durante dos mil años, la única institución humana que ha sobrevivido al tiempo, a las distancias, y a las revoluciones, y que nos proporciona certezas a las que asimos.

—Estoy muy confusa, padre.

—Porque sólo ha escuchado las voces del mundo: flotando un día aquí, otro día allá. Debe resistir esas influencias extrañas, recuperar el control de usted misma, volver a los fundamentos, volver a lo que Dios le dio... volver al hogar —su rostro había enrojecido y sus manos temblaban—. ¡Déle un sentido a su vida, una dirección!

—Había una dirección y un sentido en mi vida antes de que apareciera este hombre, padre —respondió sollozando.

—No puede considerar siquiera esas ideas extrañas... son malos pensamientos... Nuestro Señor dijo: si tu ojo te escandaliza, arráncatelo. Haga lo mismo con ese hombre, es una influencia maligna. No le escuche. Hágale salir de su vida, porque es un peligro para usted...

—Es mi hija la única que está en peligro, padre. Tiene unas pesadillas horribles que la torturan y ese hombre parece ser el único capaz de calmarla.

El sacerdote alzó una mano imperativa ante el rostro de la mujer, húmedo por las lágrimas.

—Debe volver a la institución en la que Cristo vive. Eso le ayudará a protegerse del error, a resistir la mentira, el engaño y todas las sugerencias diabólicas que se le hagan.

Miró a la mujer que estaba sentada a su lado llorando amargamente y su voz se suavizó.

—Cuando pequeña le dijeron que había que evitar las ocasiones próximas de pecado, y usted no ha hecho nada para impedir que este hombre y su fuerza maligna la invadieran. Déle la espalda; vuelva a la verdad, a la Iglesia católica —se puso de pie, dando por terminada la conversación—. Le sugiero que vaya a conversar con su párroco, haga una buena confesión, y se entregue confiada en la misericordia divina. Abra su mano a Cristo.

Se inclinó para recoger su breviario y el sombrero de paja, pero no se marchó. Parecía incapaz de escapar de la extraña y desagradable situación en la que se había visto envuelto y se quedó allí, viendo llorar a la mujer que asentía con la cabeza, aceptando su consejo. Trató de irse, de alejarse, pero no pudo. Una profunda sensación de fracaso le sobrecogió. ¿Qué sabía él de lo que ella le había hablado? ¿Qué sabía del problema que había planteado ante él? ¿Reencarnación? ¿Un interminable ciclo de vidas? Era infantil, para no decir perverso. Y sin embargo, él creía en los milagros que se describían en la Biblia y modelaba cuidadosamente su conducta de acuerdo a un mensaje recibido. El viejo sacerdote se sintió de pronto muy confuso e inútil.

—Estimada señora, permítame bendecirla —dijo con sincera compasión. Puso las palmas de sus manos sobre las mejillas mojadas de Janice. Después hizo la señal de la cruz ante sus ojos—. Quiera Dios, Nuestro Señor, bendecirte en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo. Amén.

No le vio marcharse. Permaneció allí, sola bajo la sombra de la imagen de San Andrés, esperando que su angustia se calmara y pudiera tranquilizarse antes de unirse a la corriente de turistas que recorrían la catedral.

A las tres y diez, Janice abandonó la protección del santuario y regresó al inhóspito mundo exterior.

La larga caminata desde la catedral bajo la fuerte lluvia tuvo el efecto de un tónico para Janice. Las duras gotas de agua que golpeaban su cara parecían dotadas de un mágico y terapéutico poder para limpiarla y levantó la cara para recibir las de lleno en el rostro. Frías, punzantes, dolorosas, representaban la realidad y le hacían adquirir plena conciencia de sí misma y del mundo que la rodeaba; ese mundo, real y presente, que constituía la única porción de eternidad en la que creía.

Completamente empapada, llegó a la esquina de la calle Sesenta y siete. Se quedó unos segundos mirando la maciza mole de piedra y cristal de la fachada de *Des Artistes*, que resplandecía con la humedad bajo la tenue luz otoñal. La fortaleza de Bill, pensó al tiempo que esbozaba una sonrisa. Su defensa contra el enemigo del exterior había resultado impotente contra el enemigo del interior. Los artistas habían fracasado cuando proyectaron el edificio: no tenía defensas contra el espíritu del mundo. Deberían haber puesto hierbas mágicas junto con el cemento.

Encontró a Carole e Ivy jugando a las damas en el suelo del living. Cuando puso su mejilla contra la de la niña la sintió fría. Carole se quedó hasta terminar la partida, después tomó su labor de punto y se dirigió a la puerta, haciéndole un gesto a Janice para que la siguiera.

—El tipo ése insiste en verte esta noche —murmuró, como si la idea le encantara—. Dice que sabe que Bill no está en casa, pero que de todos modos tiene que hablar contigo porque es importante para la seguridad de Ivy —su rostro se transformó en la máscara del terror y prosiguió con voz temblorosa—: Oye, ¿por qué no llamas a la policía? Como dice Russ, ese hombre está loco.

Janice esbozó una sonrisa desganada y respondió:

—Creo que eso es lo que haré si aparece por aquí.

—Grita si necesitas ayuda. Cenaremos en casa del hermano de Russ, pero pensamos volver alrededor de las once.

—Gracias por todo —dijo Janice.

Era sincera, pero, con todo, le alegraba que su amiga se marchara.

No había comprado alimentos y tuvo que arreglárselas para hacer comida con lo que encontró a mano. En el armario descubrió un paquete de tallarines y los preparó con queso parmesano y mantequilla. Los comieron con gusto en la mesa del comedor. Bebieron leche y tomaron peras con almíbar para postre. Después, estuvieron viendo la televisión hasta las ocho y media, y a esa hora subieron para acostarse.

Mientras Ivy estaba sentada en su cama leyendo una revista de misterio, Janice preparó la habitación.

—¿Para qué es eso? —preguntó Ivy cuando vio el biombo de cuatro paneles que su madre había traído de su propio dormitorio.

—Es para ponerlo frente a la ventana. Entra una corriente de aire por los intersticios de los cristales. Tendremos que hacer que los arreglen de nuevo.

—Yo no siento ninguna corriente de aire.

—Pues aquí está —dijo Janice, mientras lo extendía para ponerlo sobre el radiador.

Durante varios minutos el armazón resistió todos sus esfuerzos para introducirlo detrás del radiador, lo que la hizo decir unas cuantas palabrotas en voz baja. Ivy rió y le dijo:

—Cuidado con lo que dices, mamá. Hay niños delante.

Finalmente, el biombo logró pasar los diversos tubos y un diseño chino en tonos rojos y dorados oscureció completamente la ventana. Ivy comentó sorprendida:

—¡Qué bonito está! ¿Podemos dejarlo ahí para siempre?

—Ya veremos —contestó mientras rodeaba de mantas el temible radiador—. No quiero que vuelva a pasar lo de anoche —explicó mientras fingía ordenar el dormitorio.

En realidad estaba corriendo los muebles hacia los rincones, de modo que la niña no se hiciera daño. Preparaba el escenario para lo que pudiera ocurrir.

A las nueve y diez, después de haber arrojado a Ivy y a su oso y de besarlos a los dos, Janice apagó la luz y se marchó del dormitorio, cerrando la puerta al salir. Se dirigió a su habitación, abrió su libreta de números telefónicos en la letra K y la puso cerca del teléfono. Repasó mentalmente todo lo que había hecho, y no se permitió poner la cabeza sobre la almohada hasta no estar segura de no haber descuidado ningún detalle. Se limitaría a descansar. Confiaba no quedarse dormida. Estaba vestida y dejaría la luz encendida para descansar mientras esperaba.

Un ruido la despertó. Aguzó sus oídos para escuchar. Al comienzo sólo pudo oír el lejano golpeteo de la lluvia contra los cristales. Después, casi inaudible al principio, el débil sonido de unos pies y de unas pisadas frágiles, diminutas, y el agitado, terrible sonido de la voz que decía:

—*Papápapápapáquemaquemaquemaquema* —en un tono que aumentaba de volumen y desaparecía, para volver a elevarse después, con mayor fuerza—: *Quemaquemaquemaquema*.

Janice se sacudió el sueño de los ojos y miró el reloj. Eran las diez y cinco en punto. Se había quedado dormida, a pesar de todo.

La voz se transformó en un alarido que el pasillo aprisionó para luego lanzarlo amplificado y resonante contra los oídos de Janice.

—*QUEMA QUEMA QUEMA QUEMA QUEMA*.

Se cubrió los oídos con las manos. Escuchó la circulación de su propia sangre y los latidos del corazón. ¡Tenía que encontrar el teléfono!

Los puños azotaban, golpeaban contra... algo.

Las manos le temblaban cuando dio vuelta a la libreta y buscó KAPLAN. Tuvo dificultades para encontrar los agujeros cuando procedió a marcar el número.

Ruidos que arañaban, rasgaban, destrozaban... ¿qué cosa?

—Contestador automático del doctor Kaplan. Un minuto, por favor.

¡Maldición!

Transcurrieron varios segundos. Pasó un minuto. ¡QUEMA QUEMA QUEMA QUEMA QUEMA! *El aullido pareció sacudir la casa.*

—Servicio nocturno del doctor Kaplan. Gracias por esperar.

—¿Podría hablar con el doctor, por favor?

—¿Es grave?

—¡Sí!

Azotaban, destrozaban, golpeaban.

—¿Su nombre?

—Janice Templeton.

—¿Su número de teléfono?

—555-1461.

—El doctor la llamará enseguida.

—¡Rápido, por favor es muy urgente!

Raspaban, luchaban, raspaban, gritaban. Janice colgó el teléfono, saltó de la cama y se dirigió hacia la puerta.

—¡QUEMA QUEMA QUEMA QUEMA QUEMA QUEMA QUEMA!

El grito hacía eco, rebotando contra las paredes del pasillo, llenándolo de un terror enloquecedor y azotaba a Janice con su impacto destructivo, impulsándola a apresurarse al encuentro de su hija. Cruzó a tropezones la escalera y atravesó el pasillo en dirección al dormitorio de Ivy. La puerta estaba cerrada, tal como ella la había dejado. Se detuvo. El pánico empezó a apoderarse de ella, y abrió la puerta para entrar en la oscuridad, por un momento silenciosa.

—¡QUEMA QUEMA QUEMA QUEMA QUEMA QUEMA QUEMA! —le golpeó el rostro.

Las palabras salían en un sollozo entrecortado, raspando la garganta en cada explosión de sonidos.

Vagas siluetas comenzaron a delinearse cuando los ajustados ojos de Janice se fueron acostumbrando a la oscuridad. La figura fantasmal se hallaba junto a la ventana y agitaba unas mangas blancas y unas manos vendadas que hurgaban y arañaban el biombo chino, al compás de aquel grito continuo, inacabable:

—¡QUEMA QUEMA QUEMA!

—¡Dios mío, el biombo! —se escuchó murmurar, y buscó el interruptor para encender la luz. La habitación se iluminó. Se cubrió los ojos con la mano.

—¡No! ¡Santo Dios! —dijo, casi sin voz, incapaz de concentrar la mirada, a punto de desvanecerse—. Santa María, Madre de Dios. ¡Oh, no! —gritó, sintiendo crecer la

náusea en su interior.

La niña estaba de pie frente a la ventana. Gritaba mientras golpeaba y desgarraba el biombo chino, destrozando la tela con las uñas. Se había despojado de las vendas y los dedos quemados sangraban por el sobrehumano esfuerzo de destruir la barrera que la separaba de esa cosa que anhelaba y odiaba, deseaba y temía; *la ventana*, símbolo de esperanza y desesperación, de horror y salvación, fuego infernal y entrada al cielo, su *inalcanzable objetivo*.

—¡Ivy... Santa María!

Janice trataba de decir los dos nombres al mismo tiempo, de unirlos en un mismo grito desesperado de auxilio que fuera capaz de conmover a los poderes extraterrenos. Imploraba la intercesión de la madre de Jesús en ese momento de suprema agonía. Pero su voz no respondía, se resistía a obedecer la orden de su cerebro, y todo lo que era capaz de emitir no pasaba de ser un sollozo lamentable.

—¡Ayúdame! —gritó—. ¡Santa María, ayúdame para que yo pueda ayudar a mi hija!

Apretaba los puños para soltarlos luego y se hundía las uñas en las manos en su lucha por no desmayarse.

—Santa María, querida Madre de Dios —susurró entrecortadamente.

Sonó el teléfono, apenas audible en medio de los gritos histéricos que llenaban el aire. Algo que agonizaba en su interior volvió a la vida y dio energía a su cuerpo entumecido e inerte para que se pusiera en movimiento. Se volvió y se precipitó fuera de la habitación en dirección a su propio dormitorio. Los aullidos la persiguieron con creciente intensidad. Descolgó el teléfono.

—¿Se ha puesto en contacto con usted el doctor, señora Templeton? —preguntó una voz femenina.

—¿Cómo dice? ¡No! —contestó.

—Acaba de salir del hospital. La llamará tan pronto llegue a su casa.

—¡QUEMA QUEMA QUEMA QUEMA QUEMA!

La voz pareció aumentar repentinamente de volumen, y al cabo de un momento se oyó el ruido de los pies descalzos cuando corrían por el pasillo. Janice se quedó anonadada. ¡*La puerta! ¡Había dejado abierta la puerta del dormitorio!*

Hubo un momento de silencio, una brevísima pausa durante la cual el silencio fue total, y a continuación se escuchó el sonido aterrador de un cuerpo que rodaba por la escalera hasta llegar al primer piso. El grito coincidió con el de Janice. Arrojó el teléfono y se lanzó hacia fuera. Sus manos se aferraron a la balaustrada para afirmar su débil y tembloroso cuerpo.

La niña había caído en un revoltijo de carne y ropas de franela y estaba poniéndose en pie cuando Janice logró obligarse a mirar hacia abajo. Parecía como si, milagrosamente, no se hubiera lastimado y ya había comenzado a recorrer

precipitadamente el living, reanudando su lamento quejumbroso:

—*Quemaquemaquemaquemapapápapáquemaquemaquema.*

Impulsada por la misma necesidad desesperada de escapar al tormento de las llamas devoradoras que aún ardían calientes y brillantes en el fondo de su subconsciente, se lanzó hacia los grandes ventanales desde donde se podía contemplar la ciudad mojada por la lluvia, y continuó con su macabra ceremonia ritual.

—*¡Papápapápapápapápapápapáquemaquemaquema!*

Janice bajó la escalera aferrándose a la barandilla, buscando a tientas el camino con las manos, sin poder apartar sus ojos de aquel espectáculo sobrecogedor...

Ivy estaba de perfil frente a los ventanales. Gemía aterrada mientras sus manos sangrantes hacían gestos ondulantes hacia el temido cristal, atraída y repelida a un tiempo por su proximidad. Al acercarse, Janice comprobó que la niña no había escapado ilesa de la caída. Tenía el lado izquierdo de la cara magullado y un hilo de sangre manaba de su nariz.

Janice pisó en falso y rodó los tres últimos peldaños de la escalera, cayendo al suelo sobre las manos y las rodillas. El estrépito de la caída y el grito que la acompañó no provocaron en la niña la menor reacción. Sus ojos, agónicos y hechizados, permanecieron fijos en las garras de su propia pesadilla frente a la ventana.

—*¡Papápapápapáquemaquemaquemaquema!*

Punzantes y violentas oleadas de dolor recorrieron las piernas de Janice, arrancándole sollozos, pero no trató de ponerse de pie.

Era apropiado que permaneciera de rodillas porque, ¿no era ésta la actitud adecuada para hacer penitencia, para mostrar contrición, para confesarse, para hacer actos de reparación?

Se colocó de forma que todo el peso de su cuerpo descansara sobre sus doloridas rodillas, y sintió brotar en un torrente apasionado, claras y cristalinas como campanadas, aquellas palabras que recordaba intactas desde sus días del colegio. En voz alta le habló al Dios de su única y verdadera fe.

Dios mío, me arrepiento de todo corazón de haberos ofendido y me duelo de todos mis pecados porque temo la pérdida del cielo y los castigos del infierno, pero, por sobre todo, porque con ellos os he ofendido a Vos, mi Dios, que sois todo bondad y merecéis todo mi amor...

—*¡QUEMA QUEMA QUEMA QUEMA QUEMA!*

La voz se convirtió en un chillido y la niña retrocedió espantada de los ventanales. Dio media vuelta y, a tropezones, se aproximó a las ventanas que estaban en el otro extremo de la habitación. En su desesperación, trepaba a los muebles que encontraba en su camino.

La voz de Janice continuó sin interrupción mientras se arrastraba de rodillas en persecución de su atormentada hija.

—... *Santa María, madre de Dios, ruega por nosotros, pecadores ahora y en la hora de nuestra muerte. Amén.*

—*Papápapápapápapáquemaquema.*

Estaba sobre el sofá, luchando por conservar el equilibrio sobre la blandura de los cojines. No pudo conseguirlo y cayó al suelo.

—*Señor, ten piedad.*

—*Cristo, ten piedad.*

—*Señor, ten piedad.*

—*Cristo, óyenos.*

—*Cristo, escúchanos.*

—*Dios, Padre celestial, ten misericordia de nosotros.*

—*Dios, Hijo Redentor del mundo, ten misericordia de nosotros.*

—*Dios, Espíritu Santo...*

Se levantó, lloraba, se trepó de nuevo al sofá, se puso de pie, se balanceó y cayó...

—*Santa María, ruega por nosotros.*

—*Santa Madre de Dios, ruega por nosotros.*

—*Santa Virgen de las vírgenes.*

—*Madre de Cristo.*

—*Madre de la divina gracia.*

—*Madre purísima.*

—*Madre castísima.*

Luchó por ponerse en pie, jadeaba, lloraba, se subió y volvió a caer, golpeándose la cabeza contra el borde de la mesa, sangraba...

El teléfono.

Janice se calló. Un alivio maravillado se reflejó en sus ojos. *¡El doctor!*

Gateó hasta el sofá y se dejó caer sobre él cuando sus piernas se negaron a seguir sosteniéndola. Estiró la mano y tomó el aparato. Escuchó un zumbido, un largo y prolongado zumbido. El teléfono seguía sonando. Zumbido y timbre al mismo tiempo. Janice no conseguía entender qué era lo que sucedía.

¡El otro teléfono! ¡Era el otro teléfono el que estaba sonando! En su angustia, había olvidado colgar el de arriba y el médico estaba tratando de ponerse en contacto con ella a través de la línea interna.

—*¡PAPAPAPAPAPA QUEMA QUEMA QUEMA!*

Herida, sangraba, trepó al sofá una vez más, de rodillas se balanceaba hacia atrás y hacia adelante en una precaria genuflexión ante el altar de su desesperación...

Janice se puso en pie, apartó de Ivy la mesa para cócteles y se arrastró por el living hasta el recibidor. Caminó apoyándose en las paredes y en los muebles hasta que, finalmente, cayó de rodillas después de coger el teléfono. Con un grito de dolor se aferró al aparato.

—Doctor —exclamó.

La voz de Dominick le respondió:

—Señora Templeton, aquí está el señor Hoover que quiere hablar con usted.

Su rostro mojado de lágrimas empalideció, se endureció y, por fin se tranquilizó. Los ojos severos se hicieron impasibles. La casa se estremecía con los gritos y golpes de su única hija. Había pedido ayuda a Dios, y Él acababa de enviársela.

—¿Señora Templeton?

—¿Sí?

—¿Qué le contesto?

—¡Dígale que suba!

Se agarró al pomo de la puerta para ponerse en pie, no sin un gran dolor y esfuerzo. Se sentía dissociada de su propio cuerpo y se tambaleó. Cerró los ojos para recuperar el equilibrio, después abrió el cerrojo con mano temblorosa.

El ascensor subía con un ligero ruido.

Un rectángulo luminoso y el golpe de una puerta anunciaron la dramática aparición de Hoover. Se detuvo, con el sombrero en la mano, mirando hacia el final del corredor. Cuando el ascensor empezó a descender su silueta se recortó brevemente contra la luz. Avanzó un paso y se detuvo nuevamente. Parecía estar comprobando el estado de ánimo del enemigo, tantear el terreno para descubrir las posibles trampas antes de decidirse a continuar su avance. Janice permaneció en la puerta, observándole, esperando que se aproximara, pero Hoover no lo hizo.

De pronto, el aullido golpeó a Janice por la espalda y la hizo entrar en el recibidor.

—¡PAPAPAPAPAPAPAPAPAPA!

Hoover avanzó un paso.

—¡Dese prisa! —gritó Janice.

Más tarde, sus sentidos irían absorbiendo las escenas que tuvieron lugar durante los minutos siguientes como una sucesión de imágenes inconexas, algunas vagas y otras claras y precisas, que se iban encadenando desordenadamente, sin una secuencia lógica: el olor a lana mojada del abrigo de Hoover cuando pasó frente a ella por la puerta; la postura que adoptó al detenerse en el umbral del living, que le hizo recordar a un domador de circo que había visto cuando pequeña; su propio tropezón con el teléfono, que aún estaba en el suelo, cuando se aproximó vacilante a la espalda del hombre; sus rodillas goteando sangre sobre la alfombra; la voz de Hoover imponiéndose por sobre el sonido de sus sollozos y los gritos de la niña.

—¡AUDREY ROSE! ¡SOY PAPA! ESTOY AQUÍ. ¡AQUÍ, MI NIÑA!

—PAPAPAPAPAPAPAPA.

—¡NO! AQUÍ, AUDREY ROSE. ¡AQUÍ ESTÁ PAPA! ¡AQUÍ!

Hubo un delirio de sonidos y una secuencia enloquecedora de movimientos, aproximaciones, rechazos, invitaciones, resistencias, que formaron un mosaico delirante de imágenes y sonidos hasta llegar, finalmente, a la inevitable aceptación maravillada. La mirada brillante que le reconocía, la sonrisa lacerante de felicidad iluminando la cara manchada de sangre de la niña, la carrera hacia los brazos abiertos que la esperaban, el abrazo en que se unieron y que produjo la repentina y bendita ausencia de ruidos, la calma, la dulce, lánguida, restauradora calma apoderándose del aire torturado, remendando las grietas, restableciendo el silencio.

Hoover permanecía de rodillas, acunando a la niña en sus brazos, consolándola con suaves palmaditas y murmullos tranquilizadores. Casi de inmediato Ivy comenzó a parpadear, próxima a conciliar el sueño.

Janice se apoyaba en el respaldo de una silla para no caerse. Por entre sus lágrimas vio cómo Hoover se ponía en pie con la niña dormida en sus brazos. Muy lentamente, para no despertarla, subió la escalera y la llevó a su dormitorio.

Apenas tenía conciencia de estar siguiéndole. Su magullado y dolorido cuerpo parecía moverse obedeciendo a un impulso completamente ajeno a su voluntad. Sólo sabía que, de alguna manera, había llegado a la puerta de la habitación y que observaba en silencio a Hoover mientras le quitaba el pijama a la niña y la depositaba desnuda sobre la cama. Después, se dirigió al baño. En varios viajes sucesivos reunió toallas, ungüentos, vendas, y trajo una palangana con agua jabonosa.

Curó las heridas de Ivy con una firmeza nacida de la práctica. Le lavó la sangre coagulada del rostro y de las manos, desinfectó y vendó los cortes; aplicó un ungüento en las llagas de los dedos calcinados y los envolvió en dos toallas. El cerebro aturdido de Janice fue registrando cada gesto y cada movimiento, aceptándolos sin hacerse preguntas.

—Déme un pijama limpio.

Le lanzó la frase por sobre el hombro. Era la primera vez que le dirigía la palabra a Janice.

A tropezones se dirigió a la cómoda y sacó un pijama de franela. Cuando se volvió para entregárselo se dio cuenta de que Hoover estaba detrás de ella. Los ojos del hombre examinaban con una profunda tristeza su rostro aturdido y estragado. Después recorrió con la mirada su vestido destrozado y las piernas manchadas de sangre.

Hoover suspiró, y tomó el pijama de las manos de Janice.

Puso el cuerpo afiebrado de Ivy bajo las mantas, se volvió hacia ella, la tomó del brazo, y dijo en voz muy baja:

—Venga, permítame hacer algo por usted ahora.

El agua tibia era suave y reconfortante cuando Hoover curó la piel lastimada e irritada de las rodillas y piernas de Janice con un paño húmedo. La había hecho sentarse en el borde de la cama y se había arrodillado a sus pies. Le observó cómo manejaba sabiamente el paño en el borde de cada corte, evitando con sumo cuidado pasarlo sobre las heridas abiertas. *Una* parte muy remota de su ser pensó que debería resistirse a estos cuidados, pero en ese momento carecía de la energía y la capacidad mental para hacerlo.

Al tiempo que curaba sus piernas le hablaba en un murmullo que durante mucho tiempo no pudo descifrar. Sus oídos escuchaban las palabras como si formaran parte de la serie de ruidos que había en el dormitorio: el sonido del reloj, el gotear del agua cada vez que sacaba la toalla de la palangana. Cuando su cerebro logró captar el significado de las palabras comprendió que la estaba riñendo con la gentil condescendencia de un profesor que habla con un alumno.

—Sé que no toma el cuidado de la niña a la ligera. He visto las rejas en las ventanas, la forma cómo coge a Ivy de la mano para cruzar una calle. Pero aquí debemos afrontar mucho más que su seguridad física. Estamos ante algo indestructible: su alma. Y eso es precisamente lo que tenemos que tratar de ayudar y salvar. El alma de Audrey Rose que sufre y se atormenta...

Secaba sus piernas con gestos destinados a relajarla. Prosiguió:

—Un dolor y un tormento tan real como el que le costó la vida física a Audrey Rose. Ivy sufre la misma angustia que experimentó Audrey durante el incendio, y Audrey continuará martirizando el cuerpo de Ivy hasta que su alma haya conseguido liberarse.

Sus palabras la hicieron estremecerse.

Santo Dios, ¿qué estaba diciendo?

—Seguiré empujando a Ivy hacia el origen de su problema, intentará volver a ese momento, y someterá a Ivy a peligros tan dolorosos y destructivos como el fuego que acabó con su vida.

La suave cadencia de las frases golpeaba la confusa conciencia de Janice, transformándola en una caótica mezcolanza de aterradoras y distorsionadas palabras y frases inconexas. Alma. Doloroso, Ivy. *Peligro*. Audrey Rose. ¿De qué estaba hablando?

¡Cállese!

—Y ahora sí que no puedo marcharme. Pudo parecer simple una vez, cuando su esposo me lo pidió, diciéndome que si ustedes estaban controlando tan bien la situación por qué yo no desaparecía y les permitía a ustedes criarla. Perfecto. Nada que objetar. Su esposo tenía la justicia humana y divina de su lado. ¿Por qué viene a arruinarnos la vida? ¿Por qué entra a mi hogar trayendo este torbellino con usted?

¿Qué podemos hacer por usted, amigo? ¡No sabemos cómo ayudarle! ¡Y mire lo que ha sucedido! Esa primera noche que vine a su casa...

Le estaba dando un masaje en las piernas con aceite para bebés. Empleaba un movimiento ondulante, provocativo. Había reemplazado el cansancio por la euforia.

—Esa noche, ahí estaba Audrey Rose. Esperando. Me necesitaba. Lloraba pidiendo ayuda. *Mi* ayuda. Diciendo que estaba ahí, que necesitaba a su padre, y haciéndome notar su presencia.

La urgencia de sus manos pareció disminuir un tanto.

—Me mintió, señora Templeton. Sé que mintió. Su hija no ha sufrido estos ataques durante toda su vida, como usted dijo. ¿No es cierto? Nunca había tenido estos ataques hasta que yo aparecí, ¿verdad?

—Los tuvo antes —respondió con voz ronca—, a los dos años y medio. Duraron casi todo un año.

Hoover pareció profundamente impresionado.

—¿Cuando tenía dos años y medio? —Se levantó, secándose las manos brillantes en la toalla—. Eso debió suceder en 1967, que fue cuando yo estuve en Nueva York, escribiendo una serie de artículos para el *Steelman's Quarterly*...

Se quedó de pie ante la mirada vacilante de Janice. Los ojos del hombre eran dos puntos fijos, intensamente concentrados en la extraña conexión que existía entre los dos acontecimientos.

—¡Dios mío! —murmuró agradecido—. ¿Desde hace tanto tiempo? —dirigió los ojos hacia Janice—. ¡Desde entonces está pidiendo mi ayuda! —la sujetó por los brazos con una intensidad que la sorprendió y la hizo ponerse de pie hasta que quedó al nivel de sus ojos—. ¿Comprende ahora lo que eso quiere decir, señora Templeton? ¡Es el grito de un alma atormentada! ¡Y si usted puede resistirlo yo no!

—¡Entonces, desaparezca de nuestras vidas! —estalló—. Esto sólo sucede cuando usted está cerca. Ivy ha estado bien estos años.

—Se equivoca. La salud de su hija no era más que una ilusión. Mientras su cuerpo albergue un alma que no esté preparada para aceptar sus responsabilidades terrenas no puede haber salud, ni para el cuerpo de Ivy ni para el alma de Audrey Rose. ¡Las dos están en peligro!

Janice sacudió la cabeza, como si quisiera no continuar escuchando.

—No sé de qué me está hablando...

—Le estoy explicando que Audrey Rose volvió demasiado pronto.

¿Demasiado pronto? ¡Santo Cielo! ¿De qué está hablando?

—Después de la Segunda Guerra Mundial muchos niños también volvieron demasiado pronto. Habían sido víctimas de los bombardeos y de los campos de concentración, y estaban confusos por sus muertes prematuras. Por eso se precipitaron a un vientre, en vez de dirigirse a un nuevo plano astral, que es lo que

deberían haber hecho.

Estaba loco. Bill decía que era un loco. Y Bill tenía razón.

—Del mismo modo, Audrey Rose pasó de un horror a otro horror en vez de quedarse en un plano en el que podía haber meditado y aprendido a ordenar sus existencias anteriores antes de buscar una nueva —se le llenaron los ojos de lágrimas y se le cortó la voz por la emoción—. Ha vuelto demasiado pronto, señora Templeton, y por eso Ivy corre un grave peligro —sus ojos, húmedos y transparentes, sé clavaron en el rostro exhausto y asustado de Janice—. ¿Comprende lo que quiero decirle?

—¡No! —gritó, mirándole incrédula—. ¡No sé de qué me está hablando!

—No lo sabe porque su conocimiento es muy limitado y hay mucho que aprender, porque su miedo le impide reconocer como verdadero lo que ha visto y oído, y que usted sabe que es verdad.

—¿Qué verdad? —luchó para liberarse de sus manos, pero no pudo conseguirlo—. Mi esposo dice que usted está loco y que debería estar en un manicomio, ¡y creo que tiene razón!

La presión de las manos de Hoover se relajó un tanto. La miró intensamente, apenado.

—Es el miedo lo que le hace hablar así, señora Templeton.

—No es el miedo, maldito, soy yo la que habla así —empezó a sollozar—. ¡Ahora márchese, por favor!

Durante la fracción de un segundo, en medio de los sollozos de Janice, Hoover pareció perder su serenidad, pero se controló y prosiguió suavemente:

—La he asustado. He sido muy torpe. Lo siento.

Sus manos seguían sujetando el cuerpo maltrecho de la mujer. Continuó hablando con gran amabilidad.

—Sé que ama a su hija y desea lo mejor para ella. Cuando se ama a alguien se trata desesperadamente de ayudarle. Pero el amor también debe hacerse preguntas y correr riesgos hasta que se dejen de escuchar los gritos. ¿Por qué cree usted que un hombre como yo, acostumbrado a las tarjetas de crédito y a los colchones blandos, pudo pasar siete años entre vacas y no comiendo otra cosa que no fuera arroz? Vamos, señora Templeton, no estoy loco. No renuncié a una brillante carrera y a mi trabajo sin tener una buena razón. Una historia, una historia increíble que me contaron dos personas, me estrujó el corazón y me hizo investigar. Eso es Dios, señora Templeton, y eso es amor, que hace que nos movamos más de prisa que nuestro miedo.

Sus labios temblaban muy próximos al rostro de Janice, que podía sentir el aliento del hombre en sus mejillas.

—¿No puede abrir el corazón y tratar de entender lo que le estoy diciendo?

—No sé —murmuró con la voz estremecida por el llanto—. No sé qué pretende que haga.

—Quiero que me ayude y confíe en mí. El alma de una niña está sufriendo, señora Templeton, llora por un dolor que la torturó hace más de diez años. Y seguirá haciéndolo hasta que la ayudemos.

Janice se volvió desconsolada hacia él.

—Ayudar... ¿a su alma?

—Sí —respondió Hoover, sintiendo que había establecido contacto con ella—. Tenemos que unirnos para ayudarla a superar su martirio. Debemos unirnos estrechamente, aportando todo el amor del que usted es capaz y todo el amor del que yo sea capaz, para curarla, para hacer desaparecer sus cicatrices de manera que el alma de Audrey Rose pueda descansar. Todos somos parte de esa niña, señora Templeton. Todos intervinimos en su creación y sólo nosotros podemos ayudarla. Usted y yo juntos. Usted ayudará a Ivy, yo ayudaré a Audrey Rose.

Su voz tenía un poder hipnótico que parecía arrullarla haciendo desaparecer las defensas de Janice.

—¿Cómo? —preguntó en voz muy queda—. ¿Cómo la ayudará? Usted mismo ha dicho que Audrey Rose estaba tratando de matar a Ivy. ¿Cómo puede alguien impedirselo?

—Yo debo intentarlo. Tengo que estar con ella, cerca de ella, para orar y hacerle bien a su alma. Audrey sólo tenía cinco años cuando murió. En su breve existencia terrena apenas tuvo tiempo de darse cuenta de la belleza de la vida —su voz se quebró por efecto de la emoción—. Debo volver a hacer presente a su alma las manifestaciones de Dios, la belleza y unidad de la vida terrena que conoció y amó antes de que el fuego quemara su alma con su fuerza destructora.

Janice sintió que las manos de Hoover la estrechaban con más fuerza y la aproximaban a él. Estaba llorando, sin avergonzarse de que ella le viera.

—No lo hago por mí ni porque la extrañe mucho, sino para que su espíritu se tranquilice, y eso es algo a lo que todos tenemos derecho. ¡Por favor, por favor, permítame ayudarla!

Janice comenzó a sollozar. Ocultó el rostro entre las manos para escapar al magnetismo de su fuerza.

—No me cierre las puertas, señora Templeton —dijo casi sin aliento—. Déjeme entrar en su vida. Permita que sea de utilidad para usted, Ivy y Audrey Rose —las lágrimas desbordaron sus ojos y se derramaron por sus mejillas—. Por eso estoy aquí esta noche, por eso he hecho todo este largo viaje. Todos esos años de búsqueda, investigación y duda no eran más que el prólogo de este momento único en el tiempo y en el espacio —hizo una pausa y atrajo aún más a Janice—. ¿Puede prescindir de mí, señora Templeton? ¿Puede hacerlo?

—No —respondió débilmente, sintiendo sus propias lágrimas rodar por sus mejillas.

—Gracias —respiró hondo, agradecido por su comprensión—. Perdóneme. No soy malo, pero tampoco un santo. Sólo soy un hombre que sabe que Dios le ha impulsado a hacer un recorrido que era imprescindible. No debemos volver a hablar de separarnos, porque estamos estrechamente unidos. Usted, su esposo, su hija, Audrey Rose y yo. Un milagro nos ha reunido y ahora somos inseparables —se calló un segundo para recalcar sus palabras y prosiguió en un tono más imperioso, urgiéndola—. Diga que sí, señora Templeton. ¡Por favor!

—Sí.

Su llanto se mezcló con el sonido de la agitada respiración de Hoover, cuyas manos seguían estrechándola con fuerza. El rostro del hombre se suavizó. Por un momento pareció que iba a besarla; no le habría parecido extraño ni se hubiera resistido, pero no lo hizo. Relajó la presión y Janice se alejó. Liberada del apoyo de sus manos, tuvo que aferrarse al respaldo de la cama para no caerse. Sus piernas parecían incapaces de sostenerla.

Hoover la miraba fijamente, pero la tensión había desaparecido. Sonrió bondadoso y dijo:

—Descanse. Encontraré solo la puerta. Volveremos a hablar por la mañana —caminó hasta la puerta, se volvió, sonrió una vez más y agregó—: Buenas noches, Janice —pronunció su nombre con toda la confianza y la seguridad de quien sabe que ha ganado una batalla.

Escuchó sus pasos que se alejaban y el ruido de la puerta de calle al cerrarse, pero no pudo moverse. Permaneció de pie, escuchando los ruidos nocturnos familiares: el reloj, una sirena aullando a lo lejos, la bocina de un coche. De pronto, llegó hasta ella otro sonido, inesperado, molesto, exigente, que se sumaba a los anteriores. Recorrió el dormitorio buscando su origen hasta que descubrió el teléfono en el suelo, todavía descolgado. La cabeza le dio vueltas cuando se inclinó para colgarlo. Inmediatamente empezó a sonar. El ruido la hizo saltar.

—Señora Templeton —era la voz del doctor Kaplan—, hace una hora que estoy tratando de comunicarme con usted, pero su teléfono estaba descolgado.

—Ya ha pasado todo doctor —tartamudeó—. Todo está bien ahora.

—¿Y la niña?

—Está perfectamente. En este momento duerme tranquila.

—Bien. Déle aspirinas y que beba cuanto quiera. Pasaré a verla mañana.

—Gracias, doctor.

La lluvia, impulsada por el viento, golpeaba contra los ventanales que dominaban la ciudad. Desde la mecedora, las gotas de agua resplandecían iluminadas por mil luces distintas, haciéndolas parecer diamantes que se deslizaban trazando misteriosos

senderos al rodar sobre la superficie de los cristales.

Había vuelto a llenar su vaso de whisky. En su mesita para la costura había una botella de J.&B. semivacía. Afortunadamente, el licor le producía un efecto energético y afinaba su percepción, al tiempo que calmaba sus sentidos y tranquilizaba sus temores.

Era la una y diez. Hacía dos horas que Hoover se había marchado. Janice estaba sentada en la penumbra del living, bajo los desnudos pintados en el techo, esperando que amaneciera.

A las cinco despertaría a Ivy. Había pedido que la pasaran a buscar a las cinco y media. El frío de la habitación la había obligado a ponerse el impermeable forrado en piel, de modo que estaba completamente vestida, bebiendo whisky y esperando. En el suelo reposaban las dos maletas.

Había tomado su decisión en medio de una jungla de posibilidades, y se sentía orgullosa de haber sido capaz de dejar a un lado sus sentimientos para ordenar sus ideas de modo racional y práctico.

Su primer impulso fue telefonar a Bill para contarle lo que pasaba; estaba esperando que la comunicaran con el hotel Reef cuando cambió de opinión y canceló la llamada. Bill se limitaría a decirle que fuera a Hawai, y era capaz de convencerla, pero ella sabía que ya era demasiado tarde para ir a Hawai. Habían pasado demasiadas cosas esa noche como para que ahora eso sirviera de algo. Entonces se acordó de Westport y de aquel maravilloso verano cuando Ivy tenía seis años. El lugar se llamaba Sound Side Cottages. Probablemente no funcionaba en esta época del año, pero como el chalet tenía chimenea y calentadores pidió una conferencia con los Stuart en Westport.

La señora Stuart, la esposa del dueño, respondió después de catorce llamadas y se mostró menos violenta por haber sido molestada de lo que Janice esperaba. Los chalets no se alquilaban hasta finales de la primavera, pero después de algunos titubeos lograron llegar a un acuerdo. Janice podría disponer de uno al día siguiente, pero no antes del mediodía, ya que había que ventilarlo y limpiarlo.

En menos de una hora había hecho las maletas con ropas para una semana, con los textos escolares de Ivy, medicinas y todo lo necesario para el caso de accidente. Después comprobó el estado de su cuenta bancaria y contó el dinero en efectivo. Tenía cincuenta y ocho dólares y noventa centavos; suficiente para pagar el coche que pasaría a buscarlas y para almorzar en Westport. Decidió que haría el viaje en coche en razón de la fiebre de Ivy, que aún persistía a pesar de que estaba durmiendo plácidamente. Había metido en la maleta su manta eléctrica y guardaría también la de Ivy apenas la niña se despertara.

La idea era desaparecer durante un tiempo sin dejar rastro. Janice necesitaba tiempo para pensar apartada de las presiones y la histeria de Elliot Hoover. Si, como

él insistía, la vida de Ivy estaba en peligro, y se podía confiar en la experiencia pasada, entonces el peligro era mayor cuando Hoover estaba cerca. Nunca se habían producido pesadillas durante su ausencia.

«Estamos tan unidos, usted, su esposo, su hija, Audrey Rose y yo. Nos hemos reunido por milagro, y ahora somos inseparables.»

Había invadido su casa, plantado su estaca y establecido su derecho a permanecer en ella.

Janice movió la cabeza y se preguntó si era más increíble que pudiera ser verdad o que ella estuviera dispuesta a aceptar que lo fuera. No era una persona crédula, nunca había creído en lo oculto ni en lo sobrenatural. Pero esto era diferente. Ahora ella estaba directamente implicada, era testigo presencial en el juego espiritual del escondite de Audrey Rose.

Bebió un largo trago y pensó en lo bueno que sería que Bill estuviera en lo cierto y Elliot Hoover resultara no ser sino un loco, destrozado por una pérdida a la que había sido incapaz de sobreponerse. Un loco que recurría a la magia para compensar el golpe brutal que la vida le había infligido. Pero, en su interior, sabía que no era así y que Hoover se había dado cuenta: «... es su miedo lo que le impide aceptar lo que usted sabe... que es verdad».

Tenía razón.

El miedo había impulsado a su mente a rechazar una confrontación directa con la lógica de cuanto había visto y oído.

«... es porque su conocimiento es muy limitado y tiene tanto que aprender.»

Janice se puso de pie y caminó con dificultad hasta el armario. Se subió a una silla y hurgó en el oscuro rincón de la parte superior hasta encontrar lo que buscaba.

Sentada de nuevo en la mecedora, acercó la lámpara de pie y miró el abultado cuaderno forrado en piel que descansaba sobre sus rodillas.

Gastado, ajado, arruinado por el paso del tiempo y por los elementos, mostraba sus páginas deformes separadas por clips, de modo que la atención del lector se centrara en los pasajes que a Elliot Hoover le interesaba que leyera de su aventura de siete años.

Janice comenzó a hojear las páginas y reconoció de inmediato la diminuta escritura. Las primeras páginas estaban escritas con tinta negra; las últimas, muchas de las cuales aparecían manchadas y descoloridas, con un lápiz que apenas hacía legible la escritura. Este hecho mismo parecía revelar la trayectoria de Hoover en busca de la verdad: de la comodidad de la civilización occidental a las penurias de su viaje por la India.

No había fechas, ni impresas ni manuscritas, y cada página estaba completamente llena, sin el más mínimo hueco. Escribía como hablaba: en explosiones sucesivas de palabras.

En la primera página figuraba su nombre y la fecha: 17 de abril de 1968. Debajo estaba escrito a mano en grandes letras de imprenta: «¡COMIENZO!»

Janice volvió la página y comenzó a su vez.

Dejé el billete arriba. Tuve que buscar a la dueña para que me abriera la puerta del apartamento y sobornar al taxista para que me esperara. Todo es tan terrible de controlar y eso que aún no he empezado...

Air India es fantástica. Hay una azafata llamada Suman y un piloto de apellido O'Connor. A mi lado se sienta una anciana que cada vez que puede toca el traje de Suman, un sari de color rosa y púrpura. Se llama señora Roth, y dice que trabaja en géneros. A Suman parece no importarle, así que le dije que yo también trataba en géneros...

Me siento un poco débil. Hemos estado volando casi un día entero, y eso significa un montón de martinis. También he bebido un Lassi doble.

Tengo miedo. Me siento como un chico en un colegio nuevo que piensa que no va a agradar a los demás....

El aeropuerto de Dumdum. Creo que la única razón por la que elegí aterrizar en Calcuta fue para poder contemplarlo.

Tomé un taxi para ir al hotel donde descansaré antes de coger el tren por la mañana. Ferrocarriles Hindúes del Estado. Llevo poco equipaje. Unas pocas mudas, algunas camisas, corbatas, pantalones, un par de shorts, y mis tarjetas de crédito, que me servirán para solucionar cualquier problema que pueda presentarse. A todas partes llevaré este cuaderno, el libro «Viaje a la India», que me costó diez dólares y noventa y cinco centavos, y un tratado sobre la reencarnación que he cubierto con un forro marrón-Hace calor, y creo haber visto a un hombre muerto en la calle.

Las ventanas del hotel dan al Maidan. Es como el Central Park.

Cruzar la calle Chowringhi toma bastante tiempo. En la parte sur del final del parque está el Victoria Memorial, mucho mármol, con la estatua de la reina Victoria. Apoyado en la estatua hay un esquelético muchachito de unos siete años. Vende algo, que guarda en una pequeña bolsa, a un grupo de personas que están mirando una representación de la Gita. Me sorprende haber reconocido de qué se trataba. Recuerdo algo así como... «entre nosotros hay una diferencia» y es que yo recuerdo mis otras vidas pasadas y usted no...

Compro un cartucho al chico, y descubro que son semillas. ¿Debo comerlas? Paso por entre mítines estudiantiles, grupos que están en oración, y veo un oso que baila y un mono que adivina el porvenir. Le

doy algunas semillas al mono, yo me como el resto. Ese mono podría tener la respuesta a todos mis interrogantes...

Un clip tiene sujetas un pequeño número de hojas del diario. Representan días, semanas, meses, de una aventura de cuyo conocimiento se excluía a Janice. Una página que lleva escrito «Benarés» le llama la atención.

Estoy en camino, y muchas cosas llegan hasta mí. Primero que nada es el olor del jazmín, muy dulce. Y las multitudes de personas y cosas, multitudes para una procesión nupcial, multitudes de vacas, de búfalos. Y luego están los hombres con esas largas barbas bíblicas, desnudos, apenas cubiertos por una tela atada a la cintura; peregrinos a pie; gran cantidad de camellos y de niños que gritan, se ríen, chillan; campanas, escucho campanas por todas partes; y veo cadáveres envueltos en seda o hilo blanco. Los ponen sobre camillas de bambú y los llevan al Ghat, donde los depositan hasta que les toque su turno de ser quemados.

Hablo con un hombre que no puede entenderme y cuya lengua no comprendo. Más tarde se me acerca un viejo que habla inglés con acento británico, pero me cuesta entenderle. Me dice que la ambición de su vida ha sido visitar Benarés, y que ahora que la ha visto cumplida le gustaría quedarse aquí para morir. Me dice que las aguas tienen el poder de salvación. Me habla de esas gentes que nunca han salido de sus aldeas y que un día vendrán a Benarés en peregrinación. Tardarán una semana en llegar, pero serán absueltos de todos sus pecados y mejorarán sus posibilidades de salvación. Me dice que su aspiración máxima sería no volver a nacer nunca más.

En este momento hay humo que se eleva hacia el cielo. Es de los cuerpos que están quemando en Ghats, y temo investigar más cosas. No comprendo mi temor, a menos que esté relacionado con el fuego que causó la muerte a mi mujer y a mi hija...

Miro cómo sacan los cuerpos de las camillas de bambú, y cómo los familiares los preparan para la incineración. Los Ghats miden cuatro kilómetros de largo, y tienen cuatro kilómetros de escalones que descienden en una pendiente muy pronunciada hasta las aguas del río sagrado. Estos escalones de piedra constituyen la alianza de esta gran ciudad hindú con el río Ganges.

Agua, flores, humo, fuego, representan fuerzas con un significado divino para esta gente. Bañan sus cuerpos en el Ganges, queman sus

cuerpos en el Ghats. La vida y la muerte, los vivos y los muertos, avanzan juntos, muy próximos, y en perfecta armonía.

Niños. Jóvenes. Todos miran cómo queman los cadáveres. Cómo arde la carne. Sonríen y arrojan flores. Incluso dan unas tartas especiales, llamadas pindas, a los muertos. ¡Es inimaginable! Tartas. Para los muertos...

Pienso en Sylvia y en Audrey Rose, en sus cenizas mezcladas con el Impala 1962, juntas para siempre en esos cilindros de cobre, condenadas al gran olvido en el Mount Holyoke Mausoleum. Pienso en el breve servicio bautista... en las palabras leídas de un libro, en los gestos, poses y actitudes, el silencio reglamentado, la lágrima derramada, el intercambio de frases de condolencia... todo ha terminado en menos de una hora. No hay tartas. No hay pindas. En lugar de flores, la familia pide que se haga una donación a una institución de caridad. No hay ofrendas rituales de oración, renovadas todos los días, todos los meses, todos los años...

Janice se saltó un grueso puñado de páginas sujetas con un clip hasta llegar a la otra parte que Hoover consideraba esencial para su educación.

Aquí es una realidad que cuanto hacemos cada día es potencialmente un acto piadoso. Creo que estoy empezando a entender la verdad en que vive esta gente. O me estoy imaginando una manera maravillosa de vivir. Tengo que aprender más. Y no lo podré conseguir en cuarenta días.

Tal vez sea esto lo más importante que he descubierto en Benarés: el tiempo no tiene importancia.

La manera en que la mujer lava su ropa es un acto tan religioso como el del hombre que no ha dejado de mirar el sol. No sé, tal vez me esté alejando de la realidad. Tal vez sólo sea una forma poética de mirar un mundo y un estilo de vida que es totalmente nuevo y diferente del mío. O quizá sea cierto que aquí hay poesía en los sonidos y vibraciones del trabajo y de la religión...

La reencarnación parece aquí una realidad de la vida.

La destrucción, que me confundió al principio y me hizo preguntarme por qué había un templo para una diosa, que es la mujer del dios de la destrucción, es también una realidad de la vida.

Destrucción y creatividad marchan de la mano. Miro a mi alrededor y veo templos y casas inclinados —supongo que por efecto del monzón

— prácticamente tocando el río, sostenidos por el río. Y una vez más, la idea de la destrucción —de la vida que persiste, de la vida que continúa, de la vida que lucha en medio de toda esta destrucción— parece empujarme hacia la comprensión de una verdad básica que todavía no está totalmente clara para mí. Y al tratar de definir esta verdad básica, tengo que volver a lo que leí en los Estados Unidos. Esa lectura que no tenía sentido allí, pero que aquí, viendo todo lo que me rodea, debe servirme para iniciar una educación de mí mismo completamente distinta.

Comenzaré por quedarme aquí, en Benarés, el centro de la religión hindú. Usaré la mochila como almohada si es preciso, pero continuaré observando estas cremaciones hasta que entienda por qué se puede considerar la muerte como una fiesta, y qué es lo que celebran. Si es la muerte final, si es, como me dijo aquel anciano, la celebración de que no va a nacer de nuevo, entonces lo que celebran es Dios. La unión con Dios. Pero si no han llegado a ese punto, entonces lo que festejan es que se les haya concedido otra oportunidad de progresar en su unión con Dios, de poder avanzar un paso más.

Aquí Hoover reemplazó la pluma por un lápiz, lo que dificultaba enormemente la lectura.

He encontrado un estudiante que habla algo de inglés y con el que tengo la suerte de poder compartir mis pensamientos. Me ha explicado que en el budismo el problema del conocimiento verdadero se presenta como un problema personal, y por eso Buda se sentó a meditar hasta alcanzar la verdad. Esto es muy importante para mí, porque es precisamente lo que me impulsó a venir a la India. Estoy aquí para buscar personalmente el camino hacia la verdad.

Muchas de las cosas que estoy escribiendo comenzaron a plantearse en mis diálogos con Sesh, mi nuevo amigo. Me está enseñando su idioma, tal vez en su forma arcaica, y yo le enseñaré el mío. Lleva un safa, una tela suelta con la que se envuelve la cabeza para protegerse de los rayos del sol, ya que pasa al aire libre la mayor parte de su tiempo. También una lengha, esos pantalones que parecen pijamas, y me ha regalado una camisa a la que dan el nombre de paharen. Cuando traté de darle las gracias, con mi efusivo estilo occidental, se molestó mucho y se marchó. Pasó una hora por lo menos antes de que

volviera a verlo. Creí haber perdido a mi amigo Sesh. Pero volvió, y me dijo que agradecer a alguien por algo es quitar parte de su significado al acto de dar. Estoy aprendiendo muchas cosas cada día. Pienso en las nobles verdades, en la senda de los «Cuatro buenos caminos» y estoy loco de alegría, pero incluso esa alegría debe ser orientada en una dirección, un orden, un equilibrio hacia la evolución.

En cierto sentido, la destrucción de mi esposa y de mi hija ha significado una reconstrucción para mí. Su muerte, la muerte de Audrey Rose, en plena belleza y dicha de vivir, me introdujo en un círculo de muerte, y me obligó a reconsiderar nuestra vida en común. Si creo en Dios, como esta gente, entonces tengo que creer que en algún momento, dentro de la noble senda de los «Cuatro buenos caminos», yo fallé. Fallé, y enturbié el ambiente que me rodeaba. De alguna forma destruí el orden, y esta falta de equilibrio fue causa de que algo tan encantador y maravilloso como el espíritu de Audrey Rose no pudiera sobrevivir en esta atmósfera. ¿Me reconozco culpable? No lo sé todavía.

Cuando miro a Sesh y pienso en todo el tiempo que me dedica, me doy cuenta de que lo que esta gente quiere hacer es el bien. Y si puedo probarme la existencia de Dios y de la reencarnación aquí, como Buda lo consiguió, y si puedo encontrar una forma creativa de existencia, eso significará que yo también quiero hacer el bien. Si las almas de Sylvia y Audrey Rose están sufriendo, entonces tengo que procurar hacerles bien a sus almas. Si puedo hacer algo tan pequeño, habré hecho algo muy grande para acercarla a ese cielo de felicidad al que tienen derecho...

La pequeña y compacta escritura danzaba ante los ojos de Janice, y se vio obligada a darles unos minutos de descanso antes de continuar. Al abrir el diario en la próxima parte señalada, descubrió que la escritura no mejoraba, por el contrario, las palabras eran cada vez más difíciles de leer.

Sesh y yo caminamos hasta Sarnath, el centro del mundo budista, porque allí fue donde Buda predicó su primer sermón. Queríamos ver lo que ha quedado grabado en piedra. Es aquí donde él reveló su senda de los «Cuatro buenos caminos» que conduce al término del sufrimiento, a la obtención de la paz interior, a la iluminación y, en último término, al Nirvana. Es aquí donde él estableció su doctrina

del término medio, senda dorada entre los dos extremos: el ascetismo y la auto-indulgencia. Buda descubrió cuatro grandes verdades. El sufrimiento es universal. La causa de todo sufrimiento son los deseos egoístas. El remedio es eliminar el deseo. Y la manera de lograrlo es a través del camino del medio. Un camino para una acción práctica, y para recorrerlo tenemos la senda de los «Cuatro buenos caminos»: recto conocimiento, recta intención, recta conducta, rectos medios de subsistencia, recto esfuerzo, recta conciencia, recta concentración. Sus cinco preceptos son: abstenerse de matar lo que está vivo, abstenerse de apoderarse de lo que no nos ha sido dado...

La escritura se hacía aquí indescifrable, y Janice no pudo seguir leyendo. Se saltó varias páginas hasta llegar a una parte escrita con tinta. El cansancio de sus ojos desapareció.

Miro a Sesh y no se me ocurren palabras en su idioma, tampoco en inglés. Veo una lágrima en su ojo, pero no cae por su mejilla. Sabemos que tenemos que separarnos. Estamos consagrados a esta necesidad de buscar la verdad. Compartimos este deseo, necesitamos el perdón. Buscamos entender la reencarnación para poder amar a Dios. Y eso es algo que nos hemos regalado mutuamente.

Unas páginas adelante seguía, escrito con tinta:

He caminado durante muchos días. Lo hago porque sé que me he comprometido a vivir todos mis actos diarios de una manera que antes no era más que un ideal.

He descubierto otra cosa. He descubierto que cuando camino adquiero una aguda conciencia de mi cuerpo, de sus necesidades, de aquello de lo que puedo prescindir. Puedo prescindir del alimento durante un tiempo; no puedo prescindir de la verdad y la fe. Y ésta es mi alegría ahora. Tengo lastimados los pies y me duele la espalda. No estoy acostumbrado a esto, pero me obliga a tomar conciencia de esta carne que me hace transitar por este mundo de Dios. Descubrir por qué estoy albergado dentro de esta carne, entender la idea de que el alma ocupa el cuerpo, y no de que el alma tiene un cuerpo, que es lo que yo solía creer. En esta caminata estoy aprendiendo que estamos ya en la eternidad. La eternidad está aquí, con nosotros.

Y una página más adelante.

Mientras camino veo una niña pequeña con largos cabellos negros que le llegan casi hasta los talones sujetos en una trenza. Tiene unos inmensos ojos, que casi no levantan la vista del suelo, y lleva una angosta falda blanca y un chal brillante, brillante, de color verde, naranja y verde, con el que se cubre. Lleva un canasto y al aproximarse puedo ver que está vacío. Tengo media naranja. Se la doy. La devora.

Me dice «Prana», que sé que quiere decir «respirar», y deduzco que ése es su nombre. Le digo «Prana ji», que he aprendido que es el sufijo que se agrega a los nombres. Canta mientras caminamos. Pero no puedo decir si canta sonidos o palabras.

Me lleva a su casa. Al aproximarnos veo el depósito para almacenar el agua, artefacto que hay en tantas aldeas aquí. Ha sido construido artificialmente, y parece una laguna. Una anciana camina con un recipiente de cobre sobre su cabeza, va hacia el depósito de agua. Hay un hombre con una barba negra rizada que lleva dos sillas sobre su cabeza. Se detienen y me miran. El hombre baja las sillas. No sé qué decir. Me conduce a su casa. Me alegro de recordar que debo quitarme las sandalias. Probablemente no volveré a ponérmelas más. El hombre, que parece ser el padre de Prana, me dice «Amdhu» y extiende la mano. La estrecho, y digo Elliot. Dice «Atcha». Repito «Atcha» y me río. «Atcha» quiere decir «está bien».

La mujer de la casa espolvorea el suelo con arena. Se levanta cuando entramos y cubre su cabeza con el chal. Su pelo es igual al de su hija, largo, trenzado, partido al medio. Lleva un grueso anillo en la nariz, pendientes, y grandes pulseras de plata en los tobillos. Prana lleva pendientes de oro, y una hermosa joya que cuelga de su sari.

La mujer se llama Rama, y parece estar embarazada.

La anciana entra en la casa. Su cabello, largo como el de la otra mujer, es completamente blanco. Su nombre es Shira, y parece ser la abuela. Lleva un kabja, esa blusa que cubre la parte superior del cuerpo, una amplia enagua, la chania, y el inefable sari encima. Todavía lleva el recipiente de cobre sobre la cabeza. Se lo saca. Todos nos sentamos en el suelo para comer. Hay chapati, pan recién cocido y aún caliente. Junto con nosotros comen el tío Chupar, la tía Kastori, y su hijo Shakur.

Viven como la mayoría de los habitantes de las aldeas, varias familias

juntas. Casi como una comuna en miniatura. Toda la propiedad es comunitaria, y las ganancias de cada uno de los miembros se entregan para un fondo común. Hay una gran seguridad emocional y una gran seguridad económica. Si bien es cierto que este sistema no permite mucha intimidad ni soledad, hay que pensar en su religión, que les invita a buscar en su interior la intimidad y la soledad.

Más adelante.

La familia Pachali comienza su jornada a las cuatro de la mañana. Todos nos bañamos en agua fría y rezamos. Las mujeres se nos unen para la meditación, pero pronto se marchan para dedicarse a sus labores domésticas, batir, hacer mantequilla, y dejan a los hombres solos para que sigan con su meditación y sus plegarias.

Hay rituales diarios que cumplimentan todos los miembros de la familia. El primero es el Bhuta Yajna, y consiste en una ofrenda de comida al reino animal. Simboliza el cumplimiento de la obligación que tiene el hombre para con las formas menos evolucionadas de la creación. De esta manera, llegamos a comprender instintivamente que los animales más débiles también están sujetos a un cuerpo, como nosotros, pero que ellos carecen de la facultad de razonar, que nosotros poseemos. Así, al ayudar a los que son más débiles podemos tener la seguridad de que seremos reconfortados, de la misma manera, por seres superiores invisibles. Ésa es la primera forma diaria de adoración. La segunda es el ritual del amor silencioso, del amor silencioso por la naturaleza. De esta manera nos sobreponemos a nuestra incapacidad para comunicarnos con la tierra, el mar, el aire. Las otras dos yajnas diarias son el Pitri y el Nri, ofrendas a los antepasados para aprender cada día a reconocer nuestra deuda con las generaciones pasadas, ya que su sabiduría nos ha proporcionado luz.

Observo a Amdhu y a Rama y percibo el amor que los une. Se tratan con gran amabilidad, aunque no manifiestan su cariño en público o delante de sus hijos. Rama se sacrifica constantemente, por Amdhu, por sus hijos, haciendo de ellos el centro de su universo, sirviéndoles constantemente. A ella le preocupa el progreso espiritual de su marido, y piensa que todo lo que hace por él servirá para que él progrese en su unión con Dios. Hay también un gran afecto entre Amdhu y su hija Prana. Hasta que alcance la pubertad, ella podrá

acompañarle en todas las reuniones con hombres solos. Su padre sabe que el día que se case tendrá que vivir en otra casa, y eso le hace ser indulgente con ella.

Arun, como todos los chicos de su edad, pasa cada vez menos tiempo en compañía de las mujeres y más en la de los hombres, junto con su padre y sus tíos, que son muy afectuosos con él. Pero Amdhu siempre conserva una cierta formalidad en sus relaciones con el niño. El deseo de tener hijos varones es grande en todos, porque sólo un hijo varón puede celebrar con propiedad los ritos fúnebres y la conmemoración anual, que asegura el descanso del alma de su padre.

Todo el tiempo se mira la muerte de frente, con un sentido de responsabilidad, haciendo planes que la incluyen, y con la certeza de que cada uno de nuestros días nos acerca a la muerte que, a su vez, nos garantizará un progreso seguro hacia la otra vida.

Y más adelante.

Hay miseria, dolor, enfermedad, sequía, hambre. Y, sin embargo, en medio de tanta calamidad la vida transcurre con alegría y con amor, con cuidado y reverencia.

La familia es un microcosmos del mundo de Dios.

Habían sido necesarios dos grandes clips para separar el grueso número de páginas que indicaban dónde debía seguir leyendo. Hoover estaba en otra parte de la India, en los bosques del Sur. Por alguna razón había abandonado a la familia Pachali y no pensaba que sus razones eran bastante importantes o no quería que Janice las supiera. Dos clips era lo único que le impedía enterarse. Sin vacilar, los quitó y volvió a sumergirse en el mundo conocido de Amdhu, Arun, Prana y los demás miembros de la familia.

La sequía continúa. Un atraso en la llegada del monzón representa la diferencia entre la abundancia y el infortunio. Toda la aldea sufre. La poca comida que queda se reparte escrupulosamente entre los habitantes de la aldea.

Los mellizos de Rama, que apenas tienen un año, lloran mucho. La niña llora más que el chico ya que sólo se le dan las sobras, que no son muchas, en cambio a él se le atiende y alimenta primero.

Khwaja, el niño, llora. Sarojini, su hermana, ya no llora. Prana

también ha enfermado de hambre, lo mismo que su madre, ya que la poca comida que queda es para los hombres. No hay hostilidad por tener que privarse; es parte, simplemente, de una tradición profundamente arraigada. En todas las aldeas, las últimas que comen son las mujeres...

La situación es crítica...

De rodillas hurgamos la tierra buscando raíces y semillas...

Una niña ha muerto y otras dos morirán pronto. La familia partió esta mañana con el cadáver de la chica para Benarés, que está a dieciocho kilómetros hacia el Norte. Envuelta en lino blanco, la pequeña forma blanca de la muerta parecía temblar, llena de vida, con los saltos de la carreta sobre los montículos de tierra seca. Toda la familia empujaba la carreta.

Prana ya no habla. Sus inmensos ojos sólo pueden mirarme. Tengo que hacer cuanto esté a mi alcance para ayudarla a ella y a la aldea. Hacía dos años que no pensaba en el dinero, o en nada de lo que representaba mi antigua forma de vida, pero ahora debo hacerlo. ¡Y actuar!

Benarés. La temperatura es de 45 grados. Aceras y calles están cubiertas de cuerpos postrados. Las vacas sagradas muerden las cascaras de los cocos.

Hace cinco días que llegué; vivo junto al río, en un lugar destinado a los que están de paso. No quise ir a un hotel con aire acondicionado. Debería haber rechazado también la comida estadounidense (pollo frito y pastel de manzanas, por primera vez en dos años). Me hizo sentir muy enfermo.

Estoy esperando que el banco Barclay reciba un cable de la central de Nueva York aprobándome un crédito. Me he puesto en contacto con un hombre —un individuo poco confiable— para comprar comida en el mercado negro. Me prometió que hará una distribución apenas hayan llegado mis dólares. He confiado en él sin muchas ganas, pero ¿qué otra alternativa tengo? He hecho un trato por ocho grandes cargas de arroz, harina y semillas para plantar productos alimenticios. Serán distribuidos en nuestra aldea y en las aldeas vecinas, haciendo que la comida dure hasta donde sea posible. Emplearé en esto todo el dinero del seguro contra accidentes de mi mujer e hija. Me gusta pensar que Sylvia y Audrey Rose lo aprobarían...

Vientos del océano, lluvias devastadoras y un notable descenso de la

temperatura. Ha llegado el monzón de pronto, con la furia de un dios vengador. En pocos minutos se han inundado las calles de Benarés. El río ha desbordado su cauce y su anchura ahora es de cientos de metros mayor. Me han dicho que algunas de las aldeas del Sur se han convertido en lodazales en menos de un día. No hay tráfico alguno, camiones, carretas, vacas, gente, porque los caminos están intransitables...

*El banco de Barclay ha recibido el cable de Nueva York. Parece que mis tarjetas de crédito no son bastantes para satisfacer a mi banco de Pittsburgh. Habrá que llenar unos formularios. Comparar firmas. Una demora de una semana, por lo menos...
Todo se ha perdido...*

El monzón está en su apogeo. Todos los días no hace más que llover y llover. El Ganges cubre la tierra hasta donde se puede ver con un remolino grisáceo. Las copas de los árboles emergen del agua, y de vez en cuando el cadáver hinchado de una vaca o de un ser humano pasa ante mis ojos...

Las aguas inundan la tierra por todas partes. Hombre, mujeres y niños se esfuerzan por contener la furia del agua, pero no pueden conseguirlo. Pienso en mi aldea, en Amdhu, en Rama y en los niños... El empleado de la Comisión de Rescate del tercer sector me ha dicho que la mayoría de las aldeas del Sur están cubiertas de agua. Dice que toda India sufre y que éste es el peor monzón que se recuerda...

La marea se ha retirado, dejando la tierra en sombras de muerte y decadencia. Un buen abono para plantar, pero ¿dónde está la gente? Al llegar a mi aldea veo que todo está desierto y que no hay ninguna casa en pie. Es como si una máquina mecánica hubiese aplanado la tierra...

Encuentro a Jafar Alí y a sus dos hijos caminando penosamente por el lodo. Me dice que estaban en otra parte cuando se produjo la inundación. Me informa que la tía Kastori está en otro sitio, pero no dice nada más. Parece como si estuviera aturdido...

Las viviendas provisionales se extienden a lo largo de la orilla izquierda del río. El agua está quieta. El sol es intenso.

Los cadáveres de varios de los ahogados son colocados, en una hermosa simetría, junto a las rocas. La tía Kastori y yo buscamos los de los Pachali; pero la terrible hinchazón de los cuerpos hace difícil reconocer los rostros de Amdhu, Rama, Prana, Shira, Arun, los

mellizos, el tío Chupar, Shakur...

La tía Kastori se une a otra familia que busca a sus familiares. Son amigos de una aldea vecina. Incluso en su dolor, la tía Kastori no puede dejar de ser la que es: una entrometida. Estaba visitando a unos amigos en las tierras altas cuando la inundación barrió la aldea, llevándose personas, perros, vacas, casas, todo. Ser entrometida le salvó la vida...

En secreto deseo no encontrar a ningún miembro de mi familia entre los cadáveres rescatados. Prefiero pensar que ellos ahora forman parte del río. Una vez Sesh me dijo que estas aguas contienen unas propiedades químicas capaces de disolver un cuerpo humano, carne, pelo y huesos, en menos de un día...

Encontramos el cadáver de Prana. Blanco. Tumefacto. El estómago hinchado como si hubiera comido mucho...

Primero Audrey Rose. Y ahora Prana...

Incluso Kastori exhibe su dolor. No durará mucho, porque los hindúes no se torturan con la muerte. Yo no lloro. Puedo enfrentar la muerte de Prana sin necesidad de llorar. No me sucedió así con Audrey Rose.

Los Ghats trabajan sin descanso día y noche...

El humo agrisado penetra cada poro de la vieja piel de Benarés. Largas filas de carretas, jinrikishas, y camillas de bambú se extienden hasta los límites de la ciudad, en la medida en que las familias avanzan lentamente hacia los escalones que conducen al río sagrado. Puesto que la muerte es una corrupción, todos están ansiosos por incinerar rápidamente los cadáveres de sus familiares para que los espíritus de los muertos puedan purificarse.

Hay tratos y sobornos con la policía que mantiene la fila en orden. Las familias más ricas son escoltadas hasta los primeros lugares...

Espero mi turno junto con la tía Kastori y el liviano bulto envuelto en lino que yace acostado en el jinrikisha que he alquilado...

Floreros llenos de flores cubren el suelo del jinrikisha. Las hemos cortado esta mañana y ya comienzan a languidecer en esta terrible humedad...

La tía Kastori lleva la bandeja ceremonial de pindas...

Aunque no soy pariente de ella, seré yo quien encienda la pira, pero es todo lo que haré. No me quedaré para la ofrenda de pindas, ni celebraré la conmemoración anual por el alma de Prana ni de su familia. Ni soy digno ni estoy preparado para esa responsabilidad.

En medio de tanta muerte no puedo dejar de pensar en la vida. No en

la vida pasada o en la futura sino en la presente, plena, dulce, bella, llena de promesas...

En presencia de la belleza arruinada de Prana no he experimentado ninguna iluminación. No descubro cuál es la lección que debo aprender de su cuerpo flaquísimo e inútil o de la angustia final de su muerte cruel. No puedo ver qué bien puede desprenderse de todo este terrible sufrimiento del que he sido testigo...

No lo entiendo...

De pie frente a los Ghats, viendo cómo arden los cuerpos, se que bajaré por última vez los escalones que llevan al río, porque mañana me marchó de esta ciudad para no volver jamás a ella...

No sé qué dirección tomaré, ni por qué...

Estoy totalmente perdido...

Los ojos de Janice estaban empañados por el esfuerzo y la emoción cuando los levantó de la diminuta y difícil caligrafía con que estaba escrito el diario de Hoover. Miró su reloj: las cuatro y cuarto. Era mucho lo que aún le quedaba por leer, pero tendría que dejarlo por ahora y prepararse para despertar a Ivy. Pasarían a buscarlas dentro de una hora.

Guardó el diario en el estante superior del armario y fue a la cocina para preparar el desayuno.

La mente de Janice era un torbellino mientras observaba el aspecto del caldero de brujas que iba adquiriendo la avena al hervir. Aunque sólo había podido entender una parte de lo que había leído, las palabras de Hoover la habían impresionado profunda y poderosamente.

Tuvo una náusea repentina, su cuerpo temblaba incontrolablemente, sacudido por olas de malestar. Cerró los ojos y trató de dominarse para que cesaran, incluso procuró ver el lado humorístico de su patética debilidad, pero, finalmente, tuvo que subir corriendo al baño para vomitar. Después, se sintió mejor.

A Ivy le sorprendió tener que salir de casa en plena noche, pero estaba tan cansada y afiebrada que apenas hizo preguntas. Permitted que el chófer la arropara y se quedó dormida.

A Dominick también le extrañó una partida a hora tan temprana y preguntó a Janice si iban a reunirse con el señor Templeton. Janice contestó:

—Sí. Hágase cargo de nuestra correspondencia, por favor.

La lluvia se había transformado en una fina llovizna. Una fosforescencia plateada se abría paso por entre las oscuras y amenazadoras nubes. Las empapadas hojas otoñales se habían apilado sobre la acera y el viento mordía desde el río Hudson, azotando sus caras con un látigo invernal.

Eran las cinco y veintiséis minutos cuando el coche se alejó del edificio, adentrándose en la neblina matutina.

Los chalets de Sound-Side Cottages no estaban diseñados para ser habitados en invierno, después de todo. Situados en un montículo que enfrentaba el tormentoso Sur, inevitablemente, sus delgadas paredes crujían y se quejaban bajo los golpes de la tormenta invernal. Como carecían de cualquier tipo de protección los muros dejaban pasar las frías corrientes de aire y la humedad.

Durante el día, Janice e Ivy se sentaban ante la chimenea envueltas en las mantas eléctricas y leían mientras iban alimentando el fuego con troncos de árboles. Los primeros indicios de la tormenta habían hecho su aparición junto con ellas, hacía una semana. Al comienzo se trató de una suave lluvia que lentamente se fue convirtiendo en un temporal de nieve y viento.

Se habrían marchado a una pensión el segundo día si la señora Stuart no hubiera insistido astutamente en que le pagaran dos semanas por adelantado.

Janice había ido a Westport a pensar, a ordenar sus miedos y confusiones, y a intentar clarificar su mente. Pero ahora, una semana más tarde, estaba tan confusa como en el momento de su partida de Nueva York. El diario de Hoover, esa crónica tan simple y tan auténtica, llena de reflexiones y desesperación, no había servido sino para hacer más patente su sinceridad y la validez de sus oscuras predicciones, «... el alma de Audrey Rose seguirá empujando a Ivy hacia el origen de su problema, intentará volver a ese momento, y someterá a Ivy a peligros tan dolorosos y destructivos como el fuego que le quitó la vida a Audrey...» Sus palabras, lanzadas con el aire de un presagio funesto, danzaban como amuletos ante sus ojos.

La temperatura de Ivy volvió a ser normal apenas llegaron y sus manos, que Janice curaba y vendaba cuidadosamente cada mañana y cada tarde, estaban empezando a sanar. Hasta ese momento no había vuelto a tener pesadillas. Una bendición que incluía también su parte negativa, ya que no hacía más que confirmar la teoría de Elliot Hoover respecto a su causa.

Tal vez lo más impresionante había sido la reacción de Bill cuando le llamó por teléfono la mañana que llegaron. Había aceptado serena y tranquilamente cada una de sus explicaciones, pero insistió en conocer cada detalle de lo ocurrido esa noche con Elliot Hoover: qué había hecho al entrar, cuánto había tardado en tranquilizar a Ivy, qué le había dicho a Ivy después, cuánto tiempo se había quedado y qué había dicho al marcharse. Le pareció bien su marcha a Westport, y pensaba que era mejor que no hubieran ido a Hawai porque el clima era muy caluroso, húmedo y pesado. Le pidió que se quedara hasta que él se reuniera con ellas, lo que probablemente sería después del fin de semana, ya que pensaba acortar su viaje a Seattle, y que Pel se fuera al diablo.

El lunes anterior a la llegada de Bill la tormenta se adentró hacia el mar y, como

si se hubiera corrido la cortina que ocultaba un dibujo infantil, apareció un sol inmenso, amarillo e increíble, en un cielo de un azul intenso.

La mañana parecía ser un regalo especial para Ivy.

Mientras caminaban a la orilla del mar, evitando prudentemente las rompientes más grandes, Janice se alegró al ver reaparecer un leve tono rosa sobre las pálidas mejillas de Ivy, y confió en que su apetito también volvería. Caminaron varios kilómetros descalzas a lo largo de la playa, buscando los tesoros marinos que la tormenta había dejado sobre la arena. El botín formaba una línea continua al borde del agua, y era como encontrar un inmenso mostrador lleno de diversos artículos a un precio ínfimo. Había conchas, crustáceos, rocas, guijarros, plantas marinas, trozos de madera, ramas de árboles en forma de cruz, aglomeraciones de cosas, metros de burbujeantes algas. También había una inmensa variedad de artefactos: tablas desgastadas por el mar, ladrillos, diversos tipos de botellas y de latas mohosas, con sus mensajes y etiquetas oscurecidos por las mareas y el tiempo.

—¡Mira, mamá! —gritó Ivy—. ¡Está muerto!

Janice, que se había quedado retrasada a cierta distancia, se aproximó. Su hija estaba acucillada sobre un gran pez muerto. La carne estaba mordida hasta que sólo se le veía el esqueleto. Una conchita había hecho su hogar en la cuenca de uno de sus ojos.

—Ven, vamos —ordenó Janice, y tomando a Ivy de la mano la alejó del mutilado esqueleto.

—Se veía tan... *muerto* —dijo Ivy, como si no pudiera creerlo.

—Así se ven los muertos —respondió, quitándole importancia.

—¿Así también se ven las personas cuando están muertas?

—Las personas muertas parecen seres humanos, no pescados.

—No, lo que quiero decirte es si se ven tan tiesas y... destrozadas.

—A veces. Si la muerte ha sido violenta.

—¿Como en un accidente de coche?

El corazón de Janice dio un salto.

—Sí —contestó con la voz ligeramente alterada.

—Es horrible morir así.

Janice no dijo nada.

—A veces sueño con eso.

Janice se mordió el labio. Después preguntó:

—¿Con qué sueñas?

—Con muertos.

—¿En un accidente de coche?

—Algunas veces. Otras veces estoy en mi cama y todos me rodean llorando. Bettina dice que los vivos sufren más que los muertos. Su madre todavía sufre.

—¿Sueñas a menudo esas cosas?

—No. A veces.

Continuaron en silencio.

—¿Te importaría mucho? —preguntó Ivy ansiosamente.

—¿El qué?

—Morirte.

—Sí —respondió con voz seca, tensa—. Me importaría mucho.

—Supongo que a mí también me importaría —dijo Ivy con sencillez—; especialmente si es en un terrible accidente de automóvil.

La conversación concluyó. Janice quedó sola para acallar el ruido de los frenos de un coche que parecían mezclarse con los latidos de su corazón.

No podía haber duda.

Ninguna.

Los terrores de Audrey Rose estaban comenzando a infiltrarse en la mente de Ivy, incluso cuando estaba despierta.

Durante una semana, su hija había estado libre de las pesadillas...

Una semana lejos de Hoover...

Audrey Rose sentía la presencia de su padre...

«Esperando, necesitando mi ayuda. MI ayuda.»

Su proximidad había alertado a Audrey Rose, y las crueles pesadillas habían reaparecido...

Lejos de Hoover no se producirían pesadillas... Tenía que hacer cuanto estuviera en su poder para mantener a Elliot Hoover lejos de su hija... Debía pensar una manera de mantenerles alejados para *siempre*.

En su camino de vuelta al chalet encontraron a un grupo de niñas uniformadas de la edad de Ivy que seleccionaban y sorteaban algunas de las formas marinas. Janice dedujo que se trataba de las alumnas de un colegio particular, seguramente religioso y muy caro, que estaban haciendo una clase práctica de Ciencias Naturales. Una mujer madura, que no era monja, estaba sentada en una silla, vigilando al grupo. Intercambiaron sonrisas y ambas afirmaron que la mañana era verdaderamente hermosa. Ivy se acuclilló junto a las otras niñas y se incorporó a la clase. Era una escena idílica, pacífica, sin temores. Una respuesta obvia y perfecta.

—¡No!

—¿Por qué no?

—No discutamos, Janice. No lo acepto.

—¿Por qué no?

—Porque no voy a permitir que ese tipo divida a mi familia.

Bill había alquilado un coche en el aeropuerto y se había trasladado directamente

hasta Westport, donde llegó a las diez de la noche. Mientras Ivy dormía tranquila, fueron caminando hasta una duna cercana al chalet desde donde se podían ver las aguas de Sound bañadas por la luna.

—Me gusta como vivimos —prosiguió Bill acaloradamente—. Todos juntos bajo un mismo techo. Me extraña que sugieras una cosa tan disparatada. Corrijo: no me extraña tanto. Tú estás dispuesta a creerle.

—¿Qué quieres decir?

—Le permitiste entrar en casa, ¿no? Dejaste que te ayudara, que curara tus magulladuras y se encargara de todo. ¿No es eso lo que me dijiste?

—Tuve que hacerlo.

—No, no tenías que hacerlo. Podías haber esperado a Kaplan.

—No podía esperar. ¡Santo Dios, yo estaba allí y tú no! Ivy estaba volviéndose loca y tuve miedo de que llegara a matarse. Tuve que permitirle que entrara porque él era la única persona que podía hacer algo por ella. ¿Cómo es posible que todavía no lo entiendas?

—Janice, en ese punto no estamos de acuerdo. Para mí, Elliot Hoover no hace milagros. Para mí no es más que un loco ¡que parece haber impresionado profundamente a mi mujer!

Janice cerró los ojos y apretó los puños.

—De acuerdo. Me ha impresionado profundamente. Casi me ha matado del susto, eso es. La mayor parte del tiempo tengo tanto miedo que ni siquiera puedo pensar. Cuando no estoy hablando sola lo hago con curas a los que no conozco o le grito a Dios de rodillas. Me ha hecho empezar a beber por las mañanas y en medio de la noche para escapar de él. Y no porque tema que esté loco sino porque sé que no lo está. Porque creo que es verdad lo que él cree. Porque acepto que nuestra hija es víctima de una jugarreta cósmica y mientras esté cerca de él corre un terrible peligro de perder la vida.

Trató de no llorar pero llegó un momento en el que no pudo evitar que las lágrimas brotaran. Siguió hablando:

—Y lo más terrible y lo que más miedo me da es que estoy completamente sola, que a pesar de todo lo que has visto y oído, que con todas las pruebas que han puesto ante tus ojos y ante tus oídos, todavía quieras ignorarlas. Bill, estamos metidos en un lío muy gordo y, tarde o temprano vas a tener que salir de tu torre de marfil y hacerle frente.

Sollozaba, pero Bill no hizo ni un solo gesto para acercarse a ella o consolarla. Su rostro era una máscara. Con voz grave y controlada dijo:

—Tú ya has dicho lo que tenías que decir. Ahora me toca a mí. Para empezar te diré que no puedo creer eso que tú crees. Aunque Hoover me llevara a través de las puertas de San Pedro en el cielo, no lo creería. No sería real para mí. Reconozco que

cuando te dejé para marcharme al aeropuerto la cabeza me giraba en todas direcciones; estaba contento de apartarme del problema, de quitarme a ti, a Ivy, a Hoover y a toda esta maldita mierda en la que estamos hundidos, de encima. Imagínate, yo, un padre modelo, ¡me sentía contento de alejarme de mi mujer y de mi hija, a la que quiero más que a mi vida! Pero así era, y me sentía aliviado y culpable, y he cruzado la mitad del país sintiéndome aliviado y culpable, aliviado y culpable.

»Traté de ahogar la sensación de culpa con muchas botellas de ginebra y *vermouth* pero no dio resultado. Me dolía la cabeza pero mi culpa estaba siempre presente. Fue una verdadera agonía y no había nada que se pudiera hacer. Un día en que volaba sobre Kansas miré hacia abajo y vi desfilar al país a unos 40.000 pies debajo y empecé a enfocar el problema desde esa panorámica. Contemplé las ciudades y las planicies, las montañas, el milagro de Estados Unidos extendiéndose de un océano a otro, desde otro milagro de acero que cruzaba el espacio con la velocidad del sonido. Y entonces comprendí que éstos eran verdaderos milagros, no los de Hoover, sino los que el hombre ha conseguido al conquistar la Tierra, al construir máquinas fantásticas. ¡Ésos eran los verdaderos milagros!

»Y fue entonces cuando vislumbré la solución. Había empezado a llover y por entre las nubes la lluvia golpeaba contra la ventana, y me dije: Sobre cada porción de vida debe llover de vez en cuando. Es una mala frase, lo sé, pero ésa era la respuesta. Hoover era la lluvia en nuestras vidas. Como padecer una afección cardíaca o un cáncer, y al considerarlo como una enfermedad se me hizo menos terrible, más soportable. Si tienes cáncer vas a ver al médico y si no puede hacer nada por ti vas a otro, buscas un especialista y luchas hasta el final. No te das por vencido, no huyes, no renuncias a tu trabajo ni a tu hogar, ni te separas de tu familia, Janice. Permanecemos juntos y luchamos con revólveres, piedras, palos, con lo que tengamos a mano para defender lo que tenemos y amamos. Incluso si todo fracasa tenemos que seguir siendo una familia, tú, yo e Ivy. Mientras seamos una familia tendremos la posibilidad de vencer a ese hijo de perra.

... *Perra, perra, perra.*

Su voz se detuvo y la última palabra produjo un eco al ser lanzada sobre el mar como una piedra que hubiera pasado rozando la superficie del agua.

En el silencio que siguió volvió a escucharse el ruido de las olas.

Janice permaneció inmóvil, permitiendo que el suave sonido purificara su pasmado y paralizado cerebro. Bill no estaba dispuesto a entenderlo, no podía entenderlo, y ella se sentía demasiado agotada como para que le importaran ya las reacciones de Bill, que comenzó a hablar de nuevo:

—Nada de internados para Ivy. Mañana volvemos a casa. Como una familia.

Sus palabras fueron pronunciadas en tono amable, pero con bíblica obstinación y determinación, cerrando cualquier posibilidad de discusión.

Que así fuera.

—Como quieras —dijo Janice.

Volvieron a la ciudad en la tarde del miércoles 13 de noviembre.

Cuando el coche entró a la calle que conducía a *Des Artistes* los ojos de Janice la recorrieron, buscando en los rincones solitarios y oscuros. Se dio cuenta de que Bill hacía disimuladamente lo mismo.

No había el menor indicio de Hoover.

Janice miró a Ivy pisotear la nieve ennegrecida de la acera mientras Mario y Ernie ayudaban a Bill a llevar las maletas al vestíbulo. Los movimientos de Bill eran de una velocidad desusada, que traicionaba su ansiedad por entrar al edificio lo más pronto posible.

—Mejor será que entres —le dijo al subir al coche para devolverlo a la agencia Hertz.

Janice obedeció.

La botella de whisky, abierta y semivacía, estaba sobre la mesita cerca de la lámpara, exactamente donde la había dejado. El corcho no se veía por ninguna parte.

Todo el living parecía estar ligeramente borracho, con los muebles, las cortinas, los cojines fuera de su sitio o retorcidos, víctimas de la misma pesadilla.

Comenzó a ponerlo en orden mientras Ivy se dedicaba a ver la televisión.

Arriba, la palangana en el suelo del dormitorio tenía un sedimento oscuro en el fondo. Cuando vació el agua sucia y la enjuagó, Janice recordó las manos de Hoover mientras lavaban sus piernas.

El dormitorio de Ivy había sido el epicentro del ciclón: muebles volcados, mantas y sábanas unidas, retorcidas y apelotonadas. El biombo chino todavía cubría la ventana, pero el motivo central aparecía destrozado y mutilado hasta ser irreconocible.

Janice pasó cerca de una hora devolviendo su aspecto normal a la habitación. No pudo sacar el biombo, atrapado detrás del calentador. Con la ayuda de Bill logró finalmente desprenderlo y llevarlo a su dormitorio. Al verlo Bill le preguntó qué había sucedido.

Se lo contó todo y Bill empalideció.

Comieron unos bocadillos que Bill compró en el Stage Delicatessen a la vuelta de su viaje para ir a devolver el coche, y bebieron cerveza y leche. Estaban terminando cuando sonó el teléfono.

Bill acabó de comer su bocadillo antes de levantarse para contestarlo. Su calma era demasiado estudiada como para que pudiera ser confundida con indiferencia.

Era Russ. Mario le había dicho que ya estaban de vuelta y quería saber si necesitaban algo. Carole tenía una inmensa *lasagna* y deseaban invitarlos. Bill le dio las gracias y le informó que estaban acabando de cenar y que pensaban acostarse

enseguida porque todos se sentían agotados.

Es verdad, pensó Janice preocupada cuando miró el rostro pálido y cansado de su hija. Tenía los párpados semicerrados y parecía a punto de quedarse dormida sobre la mesa del comedor. Su vaso de leche estaba vacío, pero apenas había tocado el bocado. Tendría que verla el doctor Kaplan mañana mismo. Si no lo necesitamos antes, se dijo Janice desolada.

Una vez que la hubo bañado, Janice la metió en la cama. Eran cerca de las ocho. Se durmió de inmediato. Permaneció largo rato a su lado, escuchando su tranquila y rítmica respiración antes de salir del dormitorio y cerrar la puerta.

Bill estaba deshaciendo las maletas, tomándose demasiado tiempo para decidir dónde colocar cada prenda.

Parecía poco decidido a terminar de una vez. Intercambiaron una mirada.

—¿Se ha dormido? —murmuró Bill.

—Sí —respondió en el mismo tono.

Continuaron ordenando en un silencio cargado de tensión y expectativa.

No fue necesario esperar mucho tiempo.

Audrey Rose hizo su aparición a las ocho y cuarto.

—*Mamá papá mamá papá mamá papá quemaquemaquema.*

Bill chasqueó los dedos, indicándole el teléfono.

—¡Llama a Kaplan!

Y salió corriendo.

Janice se lanzó hacia el teléfono. Estaban empezando a trabajar en equipo. Lo cogió —el número ardía en su memoria— y marcó.

—*Quemaquemaquemaquema.*

Tres clics.

La agonía subía y bajaba de intensidad cada vez que la puerta se abría o se cerraba.

—¿Diga?

¡El doctor Kaplan, gracias a Dios!

—Doctor, habla Janice Templeton. ¿Puede venir de inmediato?

—Salgo para allá ahora mismo.

Tambaleándose, Janice salió al pasillo y se dirigió al dormitorio de Ivy.

—*QUEMAQUEMAQUEMAQUEMAPapápapápapá.*

Y abrió la puerta.

—*QUEMAQUEMAQUEMAQUEMA.*

Y vio que Ivy, con la cabeza levantada, le gritaba a Bill. Su marido se interponía, con los brazos en jarras y las piernas abiertas, entre ella y la ventana. El coloso de Rodas, la barrera humana que le impedía acercarse a la ventana, objeto de todo su delirio.

—*QUEMAQUEMAQUEMAQUEMA*.

A la que intentaba aproximarse golpeándole con sus puños vendados. Le estaba destrozando la camisa y los pantalones con una fuerza desusada que cubría su cara de sudor.

—Ya viene Kaplan —dijo Janice, para animarlo.

—*QUEMAQUEMAQUEMAQUEMAQUEMA*.

Que se había transformado en una máscara enloquecida de miedo y angustia. Le daba de puñetazos con un impulso y una maniática constancia en el estómago y la ingle, obligándole a doblarse de dolor al mismo tiempo que intentaba cogerle los delgados brazos para impedir que siguieran cayendo sobre él esos golpes dados con la fuerza de un martillo.

—*QUEMAQUEMAQUEMAQUEMA*.

Janice sofocó un grito cuando los dientes de Ivy se hundieron en la carne del brazo de Bill.

—¡Ayúdame, Janice! —gruñó, arrancando de un tirón su brazo de los labios manchados de sangre.

Janice se lanzó contra la espalda de su hija y la tomó de las piernas, estrechándolas con fuerza.

Bill cogió a Ivy por los brazos.

Movía las caderas, luchaba, se retorció, gritaba, mientras la llevaban a la cama. La acostaron y la sujetaron hasta que el pequeño cuerpo dejó de sacudirse con las convulsiones.

Lentamente, el volcán se fue apaciguando, el cuerpo se relajó, las imprecaciones se convirtieron en un suave lamento infantil.

—*Mamápapámamápapáquemaquema*.

Bill sujetó los brazos con la mano izquierda y con la otra rasgó la sábana y le ató las muñecas. Sudaba y jadeaba. Aferrada a las piernas de la niña, Janice vio el rostro convulsionado de su esposo cuando ató un extremo de la sábana a la cabecera de la cama. Después, repitió la operación con las piernas.

Poco después, Ivy, bella en su palidez mortal, yacía suspendida entre dos trozos de sábana trenzados y firmemente amarrados a la cama. Las sábanas estaban manchadas con la sangre de Bill.

Durante largo rato ninguno de los dos habló. Permanecieron junto a la cama, mirando mudos de horror el pequeño cuerpo que comenzaba a retorcerse.

—¡Santo Dios! —exclamó con voz ronca.

Llamaron a la puerta.

¡Kaplan!

—Quédate con ella —ordenó Bill, y salió corriendo del dormitorio, bajó la escalera, encendió las luces del living y del pasillo, abrió los dos cerrojos, corrió la

cadena de seguridad y abrió la puerta para encontrarse con ¡Hoover!

Pálido, con una sonrisa nerviosa en los labios, y la mano extendida tímidamente, allí estaba.

Se dio cuenta de que un brazo de Bill sangraba y que tenía el rostro cubierto de sudor.

—Hola —saludó inseguro.

—¿Cómo mierda ha llegado hasta aquí? —preguntó en un murmullo enronquecido.

—Yo... —empezó a decir.

—¿Quién le ha permitido el paso?

—Yo... vivo aquí ahora.

—¿Qué? —gritó Bill sin aliento casi.

—Mientras estaban fuera sub-alquilé un apartamento pequeño en la quinta planta. Somos vecinos.

Hubo un silencio denso. Bill estaba estupefacto. Una mancha roja le fue cubriendo el rostro. Podía sentir el latido de sus sienas. Un espasmo de furia le aferró la garganta.

—¡Hijo de puta! —explotó al tiempo que intentaba cogerle por el cuello para retorcérselo, para estrujarlo, para destruirlo.

—¡No, por favor! —suplicó, librándose de los dedos crispados de Bill.

Retrocedió y movió la cabeza hacia arriba, hacia abajo, de modo que las manos de Bill sólo pudieron asir el aire, como si Hoover fuera un espejismo inalcanzable. Después, un puntapié en la ingle frenó el impulso de Bill hacia adelante y le hizo doblarse como un arco que permaneció un segundo en el aire antes de caer con todo el peso de 82 kilos sobre el duro suelo de baldosas. Sintió que se le partía la cabeza.

Tuvo la sensación de que algo se le había roto. «Desgraciado traidor», pensó mientras entre oleadas de dolor oía puertas que se abrían y cerraban en el pasillo exterior.

—Lo siento mucho, señor Templeton —la voz de Hoover parecía provocar una extraña resonancia—. Permítame ayudarle...

Una mano férrea le cogió del brazo y le ayudó a sentarse. La cara redonda de la señora Carew mirando desde la distancia completó la humillación y contribuyó a que la adrenalina llenara su cuerpo, proporcionándole nueva energía, alimentando su furia.

—¡Te mataré, desgraciado! —y al tiempo que gritaba se aferró a las piernas de Hoover haciéndole perder el equilibrio.

Hoover cayó encima de Bill, quien rodó por el suelo hasta que logró aprisionar la cintura esbelta de Hoover con sus brazos. Comenzó a apretar, pero un espasmo de dolor le recorrió la columna e inmovilizó su cuerpo. Se le oscureció la visión. Los

dedos de Hoover le sujetaban el cuello y apretaban una arteria. Estaba totalmente paralizado. Empezó a perder la conciencia. Escuchó la agitada voz de Hoover que decía:

—Por favor, señor Templeton, estoy oyendo a Ivy que...

—PAPAPAPAPAPAPAPA...

Los aullidos se abrían paso por el departamento y llegaban hasta el pasillo exterior, acompañados de los gritos de Janice.

—¡Bill! ¡Santo Dios!

Bill apenas podía escuchar los gritos de Janice, así como apenas divisaba el alterado rostro, que miraba a Hoover incrédula y horrorizada.

—¡Suéltelo! —ordenó, y cogió a Hoover de un brazo con una furia homicida.

—PAPAPAPAPAPAPAPA...

—¡Sí, sí, ya voy! —respondió Hoover.

Soltó la arteria de Bill y se precipitó al interior.

La sangre volvió a circular en la cabeza de Bill. Manchas rojas y negras danzaron ante sus ojos cuando lentamente empezó a recuperar la conciencia.

—¡Bill, Bill! —decía Janice llorando, desconsolada, arrodillada a su lado, acunando la cabeza dolorida de su marido contra su pecho.

Más puertas se abrieron. Más personas se asomaron al pasillo, algunas vestidas en bata, mostrando caras que Bill no reconoció. Se quedaban allí, mirando en silencio. Bill tosía y trataba de recuperar el aliento y de enfocar su visión en la puerta del departamento. La puerta estaba cerrada.

—¡Llamen a la policía! —gritó—. ¡Ese hijo de puta tiene a mi niña!

Hubo un movimiento entre los vecinos, que se apresuraron a cumplir su encargo.

Bill luchó por ponerse de rodillas y, con ayuda de Janice, logró finalmente ponerse en pie sobre unas piernas que parecían pertenecer a otra persona. Tenía el rostro ceniciento y distorsionado por la furia. Utilizando a Janice como muleta se aferró al picaporte. Sabía que era inútil, la puerta permanecería cerrada. Empezó a golpearla con los dos puños.

—¡Hijo de puta! ¡Desgraciado! ¡Abre la puerta, degenerado de mierda!

Gritaba obscenidades puntuando las palabras con golpes en la puerta. El torrente de palabras y ruidos rebotaba contra las paredes del pasillo.

—¡Denme una llave maestra! —gritó por sobre el hombro—. ¡Es un loco, un psicópata! ¡Deprisa, por favor!

La señora Carew se separó de los demás espectadores y se dirigió hacia los ascensores.

Janice no podía hacer otra cosa que mirar la escena, intentando controlar su propia histeria. Pero Bill seguía gritando, maldiciendo y dando puñetazos en la puerta.

—Bill —rogó, tratando de mantener la voz bajo control—, está bien. No le hará daño.

Bill se encaró con ella furioso, los ojos desorbitados, la saliva acumulada en las comisuras de su boca temblorosa, con una expresión que nunca le había visto, y le gritó con voz ronca.

—¡No te metas en esto! ¡Ya he tenido bastante con soportar tu propia mierda también!

Janice retrocedió atemorizada, y se alejó de él. Su corazón latía enloquecido, sirviendo de contrapunto a los puñetazos de Bill sobre la puerta. Las maldiciones se intensificaron, escupidas con voz ronca por la boca de un hombre que le parecía un perfecto desconocido.

Se oyó el ruido de la puerta del ascensor en la distancia.

Dominick apareció con las llaves. Venía pálido y taciturno. Seleccionó una del manajo tintineante. La introdujo en la cerradura y le dio vuelta. Después sacó otra, que también hizo girar. Se corrieron los cerrojos. Y se abrió la puerta, que quedó sujeta por la cadena de seguridad.

Bill pegó la boca al intersticio y gritó:

—¡Hoover, abre la puerta! —y calmándose, agregó—: Viene la policía.

Silencio.

—¿Qué pasa?

Los dos policías se aproximaron. Nadie los había visto llegar y el azul de sus uniformes pareció traer con ellos una corriente helada.

—¡Un hombre ha entrado en mi casa y está con mi hija! Me golpeó y nos ha dejado fuera.

—¿Conocía al hombre? —preguntó el policía más bajo.

—Sí, se llama Elliot Hoover —respondió Janice al ver que su esposo se quedaba callado.

El oficial más alto se acercó a la puerta, la golpeó con su porra —produjo un sonido breve y agudo al chocar contra el metal— y ordenó con voz autoritaria:

—¡Abra la puerta, señor Hoover! ¡Policía! —esperó respuesta durante un tiempo y luego se volvió hacia Bill—: ¿El piso tiene alguna otra entrada?

—¡Por supuesto! —respondió Bill al mismo tiempo que se daba una palmada en la frente, furioso por su estupidez—. Hay una entrada de servicio junto a la escalera de incendios.

Corrieron. Bill, los policías, Dominick —haciendo sonar sus llaves— y Janice, rezagada, intentando alcanzarlos. Pasaron entre los murmullos de voces y los ruidos de las puertas que se cerraban a su paso.

Era inútil. Janice lo sabía y estaba segura de que Bill también lo sabía. La puerta de servicio siempre estaba cerrada con la cadena de seguridad.

Dominick metió la llave, la hizo girar y empujó. La puerta se abrió.

Janice se quedó helada. Acababa de ocurrírsele un pensamiento demasiado horrible como para considerarlo siquiera. Hoover no estaría dentro e Ivy tampoco estaría. Se habría marchado con ella. ¿Con Ivy? No, con Ivy no. Con Audrey Rose, que era su hija.

Bill lanzó un fuerte suspiro cuando entró, seguido por los policías y Dominick. Janice les siguió, sin prisa por confirmar sus sospechas. Los vecinos se quedaron en el pasillo exterior, alimentando una intensa curiosidad, deseosos de entrar, pero sin decidirse a hacerlo.

Janice oyó la voz de la señora Carew que decía:

—Espero que no le haya pasado nada a Ivy.

Alcanzó a entrar a tiempo para ver a los hombres bajando la escalera. La cara de Bill había perdido completamente el color.

—No están —informó a Janice. Después alzó la voz para gritar—: ¡Ha secuestrado a Ivy!

Se lanzaron por el living hacia la puerta de calle. Dominick les decía:

—El señor Hoover ha subarrendado el apartamento del señor Barbour en la quinta planta.

Cuando llegaron al ascensor se abrió la puerta y apareció el doctor Kaplan. Se quedó estupefacto cuando lo empujaron.

—¡Han secuestrado a Ivy! —explicó Bill—. Acompáñenos.

—Por supuesto —murmuró asombrado, y se unió a la marea de cuerpos que entraban al ascensor.

Antes de que se cerraran las puertas Janice vio a un grupo de vecinos, encabezados por la señora Carew, que se dirigían hacia el otro ascensor.

El viaje hasta la planta baja transcurrió en completo silencio. A Janice le latían las sienes. Estudió el viejo y ajado maletín del doctor Kaplan, gastado por largos años de fieles servicios, y recordó el diario de Hoover.

Lo que sucedió a continuación iba a ser para Janice un recuerdo constante de escenas relampagueantes, sucediéndose con la velocidad de las viejas películas mudas. La porra de uno de los policías golpeó en la puerta del apartamento del señor Barbour y puso en movimiento la secuencia.

—¡Señor Hoover, abra a la policía!

No hubo respuesta. Ruido de pasos alejándose que todos pudieron oír.

—¡Señor Hoover, por última vez, abra la puerta!

Y la respuesta lejana, sofocada:

—No.

—¡Abre la puerta, desgraciado hijo de puta! —gimió Bill.

—Ya está bien, señor —advirtió el policía más bajo, y le hizo un gesto con la

cabeza a Dominick.

La llave en la puerta.

Se abre.

La cadena de seguridad se tensa y deja un espacio abierto.

Puede verse un fragmento del living y a Elliot Hoover, de pie junto a una columna griega. Su aspecto es serio, resuelto.

El policía muestra su placa por la ranura.

—Abra, por favor.

—No. Ya hemos tenido bastante locura por una noche.

El policía se dirige a Bill:

—¿Cuál es su nombre, señor?

—William Templeton.

El policía habla con Hoover.

—¿Tiene usted a la hija del señor Templeton en su casa sin autorización de sus padres?

Hoover responde nervioso, irritado:

—¡La tenían atada a la cama!

El policía trata de simplificar, y pregunta:

—¿Hay una niña en su casa?

—Sí, y está durmiendo tranquila arriba.

—¿Es la hija del señor Templeton?

Una pausa. Hoover sigue mirándoles sin quitarles los ojos de encima. Responde:

—No. Es mi hija.

El policía, confuso, pregunta a Bill en un murmullo:

—¿Qué quiere decir?

—¡Que está loco! —explica Bill—. ¡Derribe la puerta!

El policía consulta a Dominick:

—¿El señor Hoover tiene una hija?

Dominick niega con la cabeza.

—No la tenía ayer; cuando alquiló el apartamento.

La voz estentórea del policía retumba por entre la ranura:

—¡Le doy treinta segundos para abrir la puerta! Si no lo hace llamaré a una patrulla para que la derriben.

La señora Carew respira hondo.

Diez segundos.

Sonidos de excitación apenas sofocados.

Veinte segundos.

Hoover resiste, luego renuncia a seguir haciéndolo y lentamente se aproxima a la puerta.

Veinticinco segundos.

Se cierra la puerta.

Corre la cadena.

Poco a poco abre la puerta.

Suspiro general de alivio.

Hoover, mudo y derrotado, en medio del living del señor Barbour...

Bill da un alarido y le empuja, para subir corriendo la escalera.

El policía más bajo le sigue.

El policía más alto se queda custodiando a Hoover. Tiene la mano en la cartuchera de su revólver.

Bill baja. Transporta a Ivy (gracias a Dios) profundamente dormida y limpia, con las manos vendadas.

La mano del doctor Kaplan sobre la frente de Ivy.

El policía más bajo habla con Hoover.

—Me llamo John Noonan, oficial de primera clase, placa número 707325. Le arresto a usted bajo la suposición de secuestro.

Los ojos de Hoover buscan los de Janice. Los encuentran. La mira con una expresión de triste reproche.

El policía más alto saca unas esposas de su cinturón. Su compañero abre una libreta y lee:

—«Tiene derecho a permanecer callado. Si renuncia a este derecho debo advertirle que cualquier cosa que diga podrá ser utilizada en su contra durante el juicio. Tiene derecho a hablar con un abogado y a que su abogado esté presente durante los interrogatorios. Si no tiene medios para contratar a un abogado, se le designará uno de oficio, sin cargo alguno para usted, durante todo el juicio...»

Aplausos.

¿Fueron verdaderamente aplausos lo que escuchó cuando se llevaron esposado a Hoover por entre una doble fila de vecinos que aprobaban la acción de la policía, y le condujeron por el pasillo hasta el ascensor, en medio de los dos policías?

¿Aplausos?

Tercera Parte

Ivy

—Señorita Hall, ¿siempre ha sido católica practicante?

—Voy a Misa todos los domingos —respondió la agraciada rubia.

—¿Cómo se llama la iglesia a la que asiste habitualmente?

La esbelta figura del joven abogado de la defensa se inclinó hasta formar un elegante ángulo con la de la mujer.

—San Timoteo, está en el Village —contestó.

La sonrisa ingenua e infantil de Brice Mark conservó el mismo aire de inocencia durante toda la cuidadosa selección e interrogatorio de los candidatos a formar parte del jurado. Tuvo siempre cuidado de no hacer un gesto o decir una palabra que pudiera resultarles ofensivo.

El proceso de selección llevó tres semanas. El abogado de la defensa y el que representaba al acusado buscaron cuidadosamente entre los candidatos al jurado a aquellos cuyos prejuicios pudieran beneficiar sus respectivas causas.

Para Bill fue un infierno.

Janice, en cambio, lo consideró como un episodio más dentro de la interminable pesadilla. Muy a menudo, al terminar el día, las preguntas y respuestas formuladas en voz baja iban perdiendo sentido y se convertían en un agradable zumbido que la apartaba de la realidad y la conducía por regiones de ensueño que la calmaban, y de las que no solía volver hasta que el golpe del martillo del juez indicaba que la sesión había concluido. Esperaba estas evasiones como una bendición. Le permitían escaparse de los pesados y agotadores trámites de la Sección Siete del Juzgado Criminal, ubicado en el centro de Manhattan.

Durante el juicio, unas cinco semanas según Scott Velie, el abogado a cargo del caso, la rutina de los Templeton permanecería invariable. Todos los días de la semana, a las nueve, Bill y Janice entraban del brazo en la sala, para darse ánimo y confianza, y se sentaban en la segunda fila de una habitación casi desierta a esperar que apareciera el juez Langley.

Se reservaba la primera fila para la prensa, de la que sólo había dos representantes en cada sesión; esta semana era un periodista de la United Press International, y una mujer de edad, del periódico de Long Island. En una oportunidad, la mujer se volvió en su silla y en un tono maternal y comprensivo les interrogó sobre el caso. Bill la ignoró, pero Janice no se sintió capaz de hacerlo y respondió en la forma en que se le había instruido que contestara a las preguntas de la prensa: «Se nos ha pedido que *no* discutamos el caso.»

Unos días más tarde la mujer le preguntó qué tal se desenvolvía Ivy en el colegio de Westport. Se sobresaltó porque habían mantenido la dirección de la niña en secreto, pero consiguió sonreír y responder que Ivy estaba contenta. Lo que era

verdad.

Cambiarla al nuevo colegio había sido una buena idea. Janice pudo darse cuenta al ver el saludable rostro de su hija, en los ojos brillantes con que les recibía cuando ellos llegaban los sábados por la mañana. Y lo mejor de todo era que las pesadillas habían desaparecido.

Bill se había visto obligado a aceptar el cambio de colegio. El abogado había insistido en la necesidad de que ambos padres asistieran a todas las sesiones del juicio, por lo que no quedó otra opción. Pero Janice sabía que a Bill le hacía desdichado separarse de Ivy, aunque nunca hablaron sobre ello.

Desde la noche del secuestro sus relaciones podían definirse como tensas; siempre corteses y amables, parecían dos extraños en el interior de un avión, obligados a aceptar la compañía del otro. Sus conversaciones eran superficiales, sólo hablaban lo imprescindible para hacer una pregunta o para responderla.

El odio que Bill sentía por Hoover, y su deseo de verle castigado con el máximo rigor, aumentaba cada día. Cada vez que Janice se preguntaba por sus propios sentimientos respecto de Hoover, siempre se las arreglaba para no tener que responder, encauzando sus pensamientos en otra dirección.

Hacía ya varias semanas que a las nueve y cuatro minutos en punto los ojos de Janice se dirigían hacia la puerta lateral por la que introducían a los acusados, para mirar cómo un guarda uniformado conducía a Hoover a la sala. Siempre le sorprendía ver que le llevaba firmemente cogido del brazo.

Todas las veces, Janice miraba hacia otra parte cuando conducían a Hoover a su asiento. Una vez, al comienzo del juicio, él sorprendió su mirada y la correspondió con una sonrisa y una inclinación. Bill, que estaba sentado al lado de ella, se dio cuenta, y Janice pudo sentir la tensión del brazo de su marido y percibió la vertiginosa aceleración de su respiración.

A Janice le habría gustado saber qué pensaba Hoover durante las interminables sesiones y durante las no menos interminables noches que pasaba solo en su celda. No había intentado comunicarse con ella desde el momento de su detención. Se había imaginado que procuraría hacerlo y estaba decidida a rechazar cualquier aproximación en este sentido, pero se sentía aliviada de que no lo hubiera hecho. Al recordar aquella noche, y esa extraña mezcla de terror e intimidación que habían compartido, se preguntaba si Hoover no la consideraría una traidora.

Como todas las mañanas, Brice Mark se levantó para recibir a Hoover. Sonrió y le estrechó la mano en un manifiesto despliegue de simpatía y confianza. Después se sentaron y conferenciaron brevemente. Brice Mack hablaba mientras Hoover, impertérrito, permanecía sentado, rebosante de una extraordinaria serenidad interior. Como siempre, tenía un lápiz con el que hacía anotaciones mientras su abogado monologaba a su lado.

Durante dos semanas Janice había observado fascinada cómo Hoover llenaba páginas y más páginas de anotaciones durante el proceso de selección de jurados. No había podido menos que pensar en el diario, preguntándose qué pensamientos y emociones estaría registrando en esas páginas amarillas. Una tarde, después que se había levantado la sesión, y Hoover ya no se encontraba en la sala, se decidió a pasar a propósito cerca de la mesa de la defensa para mirar las páginas escritas. Estaban llenas de filas de círculos, casi perfectamente simétricos.

—¿Cree usted en la resurrección de Cristo? —preguntó Brice a la bella rubia que estaba sentada en la tribuna del jurado.

—Bueno, creía en ella cuando era pequeña —respondió con una sonrisa vaga.

No pudo decidir inmediatamente si debía aceptar esa respuesta como satisfactoria, y pidió unos minutos para consultar con su cliente. Como la parte que representaba a Bill no se opuso, el juez Langley golpeó sobre la mesa con el martillo y ordenó un receso de cinco minutos.

Brice Mack se aproximó a Hoover, puso su brazo sobre los hombros y habló en voz baja:

—Todavía podemos rechazar a un jurado más, puedo examinar a otro candidato si lo desea, pero creo que ésta puede servirnos. ¿Qué le parece?

—Acéptela —contestó Hoover—, tengo confianza en todos los que usted selecciona.

Así había sido desde que se conocieron. El día más feliz de su vida, pensaba Brice.

Se hallaba sentado en la sala del juez Ira Parnell cuando vio a un acusado entre dos guardas, de pie, al final de la habitación. Miraba hacia la barandilla detrás de la cual él y varios otros abogados estaban sentados. El hombre parecía estar analizándolos. Ningún otro abogado había advertido su presencia. Sus ojos se encontraron, y el acusado avanzó acompañado por los guardas, se detuvo frente a Mack y dijo: «Me llamo Elliot Hoover. ¿Quiere ser mi abogado defensor? Puedo pagarle.» Aunque no era muy satisfactorio el hecho de ser escogido al azar, Mack aceptó entusiasmado. Para variar, tenía un cliente que sí podía pagarle, y sin vacilar aceptó hacerse cargo del caso.

La primera conversación con su cliente, sin embargo, le produjo escalofríos. Era todo un caso. Había una infinidad de ángulos para enfocarlo: oblicuos, obtusos, extraños. El tipo de material que galvaniza a los Tribunales, magnetiza a la prensa, y queda sonando en los ojos y oídos del mundo.

¿Reencarnación? ¡Un asunto espinoso! Si el tipo no estaba loco y el Tribunal aceptaba la evidencia como material para la defensa era imposible saber hasta dónde se podría llegar ni cómo terminaría todo.

Durante su primera entrevista Mack ofreció la posibilidad de basar su defensa

alegando «locura temporal». Pensaba que su deber como abogado era hacer tal proposición, pero Hoover, afortunadamente, la rechazó.

En las reuniones siguientes, Brice Mack se fue enterando de todo lo que había sucedido antes, durante y después del secuestro. Cada nueva revelación resultaba más interesante que la anterior. A Mack le encantó encontrar un cliente tan cooperador, que insistía en que sólo intentaba ayudar a Ivy Templeton, y por su intermedio a Audrey Rose, su hija muerta. Establecía conexiones entre diversas escenas, presenciadas por testigos que podían aportar declaraciones sustanciales, y el hecho de que el alma de su hija estaba utilizando el cuerpo de Ivy como vehículo para pedirle ayuda. Afirmaba que al secuestrar a Ivy no había actuado sino como lo haría cualquier padre que tuviera los medios necesarios para ayudar a un hijo. En este punto, Hoover dejó perfectamente en claro su posición: dadas las circunstancias, él tenía todo el derecho a llevársela.

Habría que formular la defensa de modo que tanto el juez como el jurado creyeran no sólo en la sinceridad de Hoover, sino también en la realidad de la reencarnación.

La sorpresa siguiente la recibió cuando Hoover se negó a aceptar la libertad bajo fianza, asegurando que encontraba suficientes para sus necesidades las comodidades que ofrecía el pabellón de celdas para detenidos. Cuando Brice Mack le presionó para que aceptara, Hoover se resistió con firmeza, alegando que sus principios religiosos declaraban que todo sufrimiento era natural y necesario para la purificación del alma en su peregrinar cíclico por la Tierra. Mack aceptó con escepticismo esta argumentación e informó a su cliente que tenía los medios para conseguir el dinero. Hoover se mostró auténticamente ofendido por la sugerencia.

—No necesito ayuda de ese tipo. Tengo bastante dinero. Un escalofrío eléctrico sacudió la espalda de Brice Mack mientras preguntaba fingiendo desinterés:

—¿Qué considera usted bastante dinero?

—Debo tener un cuarto de millón, por lo menos.

A Mack se le secó la garganta.

—¿Dónde lo tiene?

—En un Banco de Pittsburgh. En bonos de First Fidelity.

Mack se las arregló para tragar y preguntó:

—¿Estaría dispuesto a gastar parte de ese dinero en su defensa?

—Estoy dispuesto a gastarlo todo, si es necesario.

Eso decidió el procedimiento que emplearía. Por un milagro de suerte, y la gracia especial de Buda, el caso más interesante de la década había ido a parar a las manos jóvenes e inexpertas de Brice Mack. Durante un segundo tuvo miedo de no poder llevar el caso con la suficiente habilidad, pero desechó rápidamente sus temores. Con suficiente dinero para reunir pruebas, conseguir información, llamar a testigos

especializados de todas partes del mundo, la sala de audiencias se convertiría en el aula para un seminario de estudio. Éste era un caso que sentaría jurisprudencia, algo que sólo sucedía una vez en la vida, un desafío a la imaginación más desbocada, una posibilidad de explorar terrenos legales vírgenes hasta el momento. Un caso que Darrow habría aceptado encantado, que habría hecho que Nizer y F. Lee Bailey dejaran todo por conseguirlo. Y era todo suyo, de un abogado recién salido de la Facultad de Derecho.

Era como para quedarse perplejo. A sus treinta y dos años, sin un centavo, soltero, luchando por sobrevivir en una profesión cruel e inmisericorde, con sólo dos trajes y un par de zapatos, Brice se encontraba de pronto en el centro del círculo de los vencedores. Lo había conseguido.

De todos modos, su radar para distinguir el peligro, activado por la proximidad de la fama, le hizo controlar su entusiasmo, y le advirtió que debía proceder despacio y con cautela. Había obstáculos en el camino, peligrosas arenas movedizas, y caminos ciegos que no estaban señalizados. Tres de los obstáculos eran ya perfectamente identificables. El primero, y el menos importante para los planes de Brice a largo plazo, era el jurado. Mediante un cuidadoso proceso de selección tendría que lograr reunir un grupo dotado de la compasión y sensibilidad necesarias para aceptar nuevos conceptos, con suficiente imaginación como para sumergirse en las penumbras de lo oculto, y con antecedentes religiosos que les permitiera aceptar lo sobrenatural, sin rechazarlo como algo inimaginable. Era consciente de que tendría que ser muy prudente en sus interrogatorios, puesto que su adversario, Scott Velie, no era ningún tonto y constituía el obstáculo más peligroso que debía vencer.

Scott Velie llevaba varios años en la profesión. Hombre de modales amables y cara soñolienta, podía resultar verdaderamente mortal. Brice había estudiado la técnica de su contrincante en la Facultad de Derecho. Su modo letal de ir engarzando argumentos era uno de los ejercicios que se analizaban en clase.

Mucho antes de que se reuniera el Tribunal, Velie debía conocer por los Templeton las creencias religiosas de Hoover, y estaría preparado para contrarrestar la estrategia de la defensa, esperando entre bastidores para saltar a escena apenas se mencionara el asunto de la reencarnación.

Y la reencarnación era el tercer obstáculo, y el más difícil de sortear. Iba a ser toda una empresa conseguir que el juez aceptara la doctrina de la reencarnación como sustentación de todos los argumentos de la defensa. Se podía esperar que Velie recurriría a todos los medios posibles para desacreditar esta línea de defensa, y los dados estaban cargados a su favor, si Brice no tenía la suerte de encontrar un juez comprensivo, o no era bastante hábil para convencer a un juez reticente, y no conseguía hacerle aceptar la base de su defensa.

La designación del juez Harmon T. Langley constituyó un golpe de suerte de

proporciones colosales.

El Honorable juez Langley era uno de los que habían sido designados para el cargo por razones políticas en la época de Carmine De Sapio, y del caso O'Dwyer de deslizamiento de tierras. Al final de una larga y muy poco espectacular carrera, al borde de una jubilación que terminaría por hundirle en el olvido, era improbable que se resistiera a la fama que el caso podía proporcionarle.

En menos de un día se rechazó a un grupo de candidatos a jurados, y el empleado de la sala tuvo que revolver una gran cantidad de tarjetas con nuevos nombres para que el proceso de selección pudiera continuar.

Durante las tres semanas que se tardó en escoger a los once miembros del jurado, Mack se dio cuenta de un hecho desconcertante: Scott Velie le estaba permitiendo que fuera él quien seleccionara a los jurados.

En ningún momento el fiscal objetó ninguna de las preguntas de Mack, y a menudo aceptó a un candidato al que la defensa consideraba válido, con el mínimo de información posible. Esa aparente seguridad en sí mismo ponía a Brice Mack nervioso, pero más incómoda aún era la sonrisa desvaída y divertida que Velie exhibía sentado en su sitio, escuchando relajado el exhaustivo interrogatorio de Mack acerca de las convicciones religiosas de los candidatos. O Scott Velie no atribuía ninguna importancia a la habilidad de la defensa para basar el caso en la reencarnación, y le daba plena libertad al respecto, o estaba esperando el momento oportuno para hacerlo papilla.

Brice Mack se levantó de la mesa de la defensa y enfrentó al juez.

—Su Señoría, la defensa no encuentra ninguna razón para rechazar a la señorita como jurado —sonrió alegremente a la señorita Hall, y agregó—: En realidad nos sentimos encantados al contar con su presencia.

El juez Langley se dirigió a Scott Velie.

—¿Algo que objetar, señor Velie?

Velie no se molestó en ponerse de pie o hacer un gesto, simplemente dejó de mirar a los jurados seleccionados para clavar los ojos en la última candidata. Poco después preguntó:

—Señorita Hall, ¿cree usted que los criminales deben ser tratados con indulgencia?

—No, señor.

—¿La ha detenido la policía alguna vez?

—No, señor.

—¿Tiene contactos con personas que hayan infringido la Ley, parientes o amigos?

—No, señor.

Éstas eran siempre las primeras preguntas de Scott Velie a todos los candidatos. El fiscal no podía permitirse el lujo de aceptar como jurado a una persona que en

algún momento de su vida hubiera considerado a la Justicia como su enemiga.

—Dígame, señorita Hall, si alguien se lleva a un niño que no es suyo y lo saca de su hogar legítimo para llevarle a otra casa sin el consentimiento de sus padres; más aún, a pesar de la violenta oposición de los padres, y dicha persona creyera que no estaba cometiendo un acto delictivo, pero la Ley pudiera probar que se trataba de un delito y que debía ser castigado por esta acción, ¿tendría usted dificultades para reconocer su culpabilidad?

A la señorita Hall le pareció prudente tomarse largo tiempo para reflexionar antes de responder:

—No, señor.

Los ojos de Bill recorrieron la hilera de cabezas hasta llegar al lugar donde Hoover estaba sentado. Se le veía tranquilo y sereno. Su odiado rostro parecía de alabastro, y su ecuanimidad resultaba insoportable. Con un levísimo movimiento, Bill dirigió entonces sus ojos hacia el rostro amado de Janice, sentada a su lado. El exquisito y perfecto perfil permanecía inmóvil, y parecía tener la atención concentrada en un punto del tiempo y del espacio ajeno al presente. Le habría gustado conocer el curso de los pensamientos que discurrían detrás de los ojos vidriosos e inexpresivos de su esposa. Recordó la expresión de esos ojos en otra oportunidad, cuando reflejaron sorpresa, asco, dolor de sentirse traicionada, en una breve fracción de tiempo y que, sin embargo, no había sido capaz de olvidar. Se había merecido esa mirada. Dios era testigo de que se la había merecido cuando había querido ignorar los hechos y la había hecho víctima de su propia furia, acusándola a ella, tratándola como si fuera una traidora. Sí, pensó con amargura, en ese momento había perdido su posesión más preciosa, más valiosa aún que el amor, la confianza de la única persona en el mundo que le importaba verdaderamente. Comían, conversaban, hacían el amor rutinariamente y por necesidad. Sonreían mutuamente. Bill ensayaba y censuraba en su interior cada palabra antes de pronunciarla en voz alta. Cuando ya no podía resistir más tiempo, y reunía el valor suficiente para acercarse a ella, nunca dejaba de percibir la ligera tensión en el cuerpo de su mujer, el suspiro de resignación, la aceptación por sentido del deber. Y esta experiencia le hacía comprender la dimensión exacta de lo que había perdido.

Tanto sus días como sus noches estaban cronometrados. Iban a la sala de audiencia de nueve a cuatro; luego, entre las cinco y las nueve bebían unas copas y cenaban, generalmente fuera de casa, daban un paseo y se acostaban a las diez. Pasaban los fines de semana con Ivy en Westport. Alquilaban un coche para hacer el viaje y los tres se hospedaban en Candlemas Inn.

Bill había aceptado que Ivy fuera a un internado, pero la idea no le gustaba. Odiaba ver a su hija de uniforme, su belleza camuflada, despersonalizada. A Ivy parecía gustarle, sin embargo. Las demás chicas la habían aceptado sin problemas, y

en tres semanas ya se había hecho de dos «mejores amigas».

Hasta la fecha, los periódicos no habían hablado gran cosa del caso. Después de la detención de Hoover, que motivó un breve artículo en la segunda página del *Times* de Nueva York, se había dedicado poquísima atención a la constitución del Tribunal. La información sobre la selección del jurado aparecía generalmente en la última página del *News* y del *Post*. El *Times* publicaba de vez en cuando alguna noticia y la prensa de Connecticut ignoraba por completo el asunto.

Bill sabía que llegaría un momento en que el caso acapararía los titulares de todos los periódicos del país. Velie no dudaba de que la defensa tenía la intención de plantear el problema de la reencarnación, y él pensaba tratar de convencer al juez para que no la aceptara como base de la defensa. Pero, para entonces el daño ya estaría hecho, y toda la prensa se les lanzaría encima.

Consciente de lo que les esperaba, Bill había sido franco con la madre Verónica Joseph, superiora del colegio parroquial de Mount Carmel, el día que admitieron a Ivy, preparándola así para el torrente de publicidad que habría de caerle encima. A pesar de que las suaves líneas de su rostro experimentaron una ligera contracción de ansiedad, rápidamente encontró en su fe la fuerza necesaria para descartar su malestar y moderar su recelo mediante un acto de caridad. Bill vio cómo llevaba instintivamente la mano al crucifijo de plata que colgaba del rosario, sujeto a su cintura.

—¡Pobre niña! Haremos todo lo posible para protegerla de las calumnias del mundo.

Bill pensó que aunque era una manera bien extraña de definir la situación ése era ciertamente el problema que los tres tenían que enfrentar.

Empezó a pensar qué calumnias podrían hacer circular sus compañeros de trabajo cuando la bomba hubiera estallado. Pel Simmons se había mostrado sinceramente preocupado y más que justo al concederle permiso mientras durara el juicio, sin interrumpir la cancelación de su sueldo quincenal. Era un claro indicio de que tenía fe y confianza en Bill y una simpática manera de decirle: «Me gustas y quiero conservarte en la empresa.» Naturalmente, Pel no sabía nada más que lo que había leído en la prensa y lo que Bill había querido decirle, que era bien poco.

Muy pronto, pensó Bill deprimido, Pel se va a llevar la sorpresa del siglo. En último término podría costarle el puesto. No ocurriría demasiado pronto, pasaría un año aproximadamente antes de que lo despidieran. Don Goetz ocuparía su lugar; de mala gana, por supuesto, protestando por tener que ocupar el lugar de su maestro, enrojecido y furioso por la injusticia, pero sintiendo al mismo tiempo un suave cosquilleo de satisfacción cuando sus ojos bucearan en los relajantes misterios del Motherwell.

Y eso sería todo. ¡Le despedirían! Recorrería las calles tratando de no pisar las

suciedades de los perros. *Pum, pum, pum*. Su corazón parecía golpear contra el pecho. Gotas de sudor cubrieron su frente. ¿Iba a sufrir un infarto? Eso sería el colmo. Caer muerto aquí, frente al jurado. Pero no le importaría. Le ayudaría a Velie. Provocaría la compasión. Aseguraría un veredicto favorable. Enviaría al cerdo de Hoover a la cárcel.

Bill estudió a Hoover por entre las pestañas cubiertas de sudor, mirándole con una visión confusa, distorsionada, cargada de malos deseos. Como un animal salvaje, el muy desgraciado, se había introducido en su hogar para devorar todo lo que poseía y amaba: su familia, su carrera, el amor y el respeto de su esposa, todo lo que importaba realmente.

Sintió que se estiraban las comisuras de sus labios y se dio cuenta de que estaba sonriendo. Siempre le sucedía cuando tocaba fondo, cuando su depresión y desaliento se hacían intolerables. Entonces, algún mecanismo interior de supervivencia se ponía en marcha y una sonrisa venía a rescatarlo. Y con la sonrisa pensó: «Si me destruyes, también tú te destruirás ¡bastardo!»

Scott Velie se dirigió al juez:

—El fiscal considera aceptable a la señorita Hall como jurado, Su Señoría.

—Muy bien —dijo el juez Langley, tratando de que las cosas avanzaran—, el alguacil le tomará el juramento.

Janice vio a Hoover levantar la vista de sus apuntes y mirar a los doce hombres y mujeres que se pusieron de pie para mirar al alguacil.

El hombre uniformado leyó en una hoja de papel en tono bajo y grave:

—«¿Juran solemnemente que tratarán, en la medida de sus fuerzas y con honestidad, de llegar a un veredicto en este caso entre el pueblo del Estado de Nueva York, y el acusado, aquí presente ante este tribunal, de acuerdo a las pruebas que se presenten y a las leyes de este Estado...?»

El rostro de Hoover irradiaba pureza e inocencia mientras los doce jurados, cuyo deber y responsabilidad era decidir si Elliot Hoover Suggins era culpable o inocente «más allá de toda duda posible» de la acusación de haber secuestrado a Ivy Templeton con «felonía, propósito y premeditación», prestaban juramento.

Al observar cómo Hoover miraba al jurado, el suave exterior cargado de una voluntad de acero en la búsqueda de su propio y desinteresado fin, sin conciencia alguna de maldad o malicia en sus actos, y sin preocuparse en absoluto por el daño irreparable que les estaba infligiendo, Janice supo que a pesar de la confianza de Velie y de la seguridad de Bill, sería la obstinación de Hoover la que prevalecería al final.

En ese momento de agonía, Janice supo que perderían el caso.

—¿...con la ayuda de Dios?

El coro de «sí, juramos», resonó como el estallido de un órgano por la sala semivacía.

—Pueden sentarse —ordenó el juez Langley a los miembros del jurado, y volviéndose en dirección a las mesas de los abogados preguntó—: ¿Están preparados para comenzar?

Velie y Mack contestaron afirmativamente. El juez miró al reloj y dijo en un tono que dejaba bien a las claras el deseo de que se aceptara su insinuación:

—Son las once y diez, señor Velie, y si desea un receso hasta después del almuerzo antes de comenzar su alegato...

—Gracias, Su Señoría, pero estoy seguro de concluir lo que deseo decir al jurado antes del receso para almorzar.

—Muy bien —dijo el juez algo molesto—. Proceda.

Scott Velie se sentó y comenzó su discurso. Esperaba el momento de ponerse de pie con una frase que había preparado para la mitad de su breve exposición. Hizo girar su silla para situarse ante el jurado, y enfrentó a sus doce conciudadanos con un aire de absoluta confianza. Hablaba sin alzar la voz, en forma coloquial, como si quisiera relajar cualquier tensión que pudieran sentir los miembros del jurado y su deseo fuera que se sintieran absolutamente cómodos.

—Como saben, amigos —empezó—, hoy en día se cometen muy pocos delitos sin motivo. Hay veces que alguien delinque y no sabe por qué cometió un acto contra la Ley o es incapaz de distinguir el bien del mal. En muchos de esos casos la ley considera que esas personas padecen de una enfermedad mental y se les considera insanos. Pero en la inmensa mayoría de los casos la gente delinque por un motivo. Y estos motivos pueden ser muy variados: odio, miedo, celos, el deseo de apropiarse de algo que no les pertenece. En fin, cualquier cosa. Los archivos de los Tribunales están llenos de motivos que explican por qué la gente delinque.

Se inclinó hacia adelante con las manos juntas y los codos apoyados sobre las rodillas, y prosiguió en tono confidencial.

—Sin embargo, deben saber que hay razones detrás de los motivos que impulsan a alguien a delinquir. Consideremos el odio, por ejemplo, y veremos que hay muchas razones que hacen que una persona odie a otra, y algunas de ellas son lo suficientemente poderosas como para impulsar a un hombre a robar, mutilar, golpear, herir e incluso asesinar. Algunas veces estas razones detrás de los motivos son la única esperanza de no ir a la cárcel para un hombre que ha cometido un delito... Sus abogados basarán su defensa en esta razón, oculta detrás del motivo aparente, y la llamarán circunstancia atenuante. Y a ese punto quiero llegar, por lo que les ruego

que me escuchen con atención. En todo delito, especialmente si es un delito grave, no se debería aceptar la razón oculta detrás del motivo aparente como circunstancia atenuante para absolver a un individuo de la responsabilidad total de su delito, no se debería reducir su responsabilidad, no se le debería condonar, perdonar, olvidar y absolver del castigo prescrito por la Ley para el delito cometido. No se debería hacerlo en nombre de la misericordia, de su madre, ¡ni siquiera en nombre del Dios del cielo!

Con esta dramática frase Velie se puso de pie tan repentinamente, y en forma tan inesperada, que varios de los jurados que estaban sentados en la primera fila retrocedieron. Señalándoles con el dedo gritó:

—*¡Eso no debería ocurrir en un Tribunal de Justicia! Y es en un Tribunal donde ustedes están ahora. ¡En un Tribunal de Justicia! Y no en un templo destinado a dispensar la misericordia divina. ¡Éste es un Tribunal constituido para dispensar la justicia humana!*

Los ojos de Scott Velie recorrieron lentamente los rostros de los presentes hasta llegar al de Elliot Hoover, que estaba sentado inmóvil junto a su abogado.

—Hoy, en esta sala —continuó el fiscal—, hay un hombre acusado de un delito tan atroz y ofensivo contra la sociedad que está catalogado, junto con el asesinato cometido con premeditación y alevosía, como un crimen capital. Porque no puede haber un delito más vil, aparte de quitar la vida a un ser humano, que el de arrebatar a un ser humano su hijo...

Hubo varios momentos durante el atronador discurso de Velie en que Brice Mack podría haber objetado pero se abstuvo de hacerlo. Se había dado cuenta de que Graser, el jurado número siete, no sólo no estaba impresionado por el sermón de Velie, sino que se había mostrado hostil durante las alusiones del fiscal a que la misericordia divina había que buscarla en la iglesia y no en los Tribunales. El jurado número tres, el carpintero y devoto católico señor Fitzgerald, tampoco estaba muy convencido.

Velie prosiguió, insistiendo en su idea de la misericordia divina como algo ajeno a los Tribunales y preparando así el terreno, comprendió Mack, para cuando se produjera la confrontación respecto a la reencarnación, punto capital de la defensa.

—Y probaremos que se trató de un acto cuidadosamente planeado y puesto en práctica con toda premeditación. Mediante las declaraciones de testigos presenciales, demostraremos el cuidado con que se planeó y ejecutó este despiadado y depravado delito. A través del testimonio de testigos presenciales dejaremos bien en claro las innumerables ocasiones en las que Elliot Hoover estuvo al acecho, disfrazado, ante las puertas del colegio de Ivy para seguir los pasos de su víctima. Conoceremos el número de veces que visitó *Des Artistes*, donde vivía la niña, con el objeto de estudiar el terreno y cómo, finalmente, se trasladó a vivir al mismo edificio para tener

mayores posibilidades de secuestrarla. Veremos cómo, con maldad, premeditación y alevosía, provocó un incidente que sirviera a sus fines y atacó brutalmente al padre de la pequeña, lo que le permitió entrar en casa de los Templeton y llevarse a la niña, cómo se deslizó por la puerta trasera y ocultó a Ivy en su escondrijo...

Brice Mack miró el reloj que estaba en la pared. Las once y veinticinco. Estaba seguro de que Velie continuaría con su perorata hasta casi las doce; en ese momento, haría culminar su argumentación denunciando el acto de su cliente como algo *execrable* y *depravado*, y solicitaría para él la sanción máxima que la Ley estipulaba. Al cabo de un par de horas, después del receso para almorzar, llegaría el turno de la defensa. Dos meses de una actividad loca durante las veinticuatro horas del día se iban a arriesgar a una sola jugada a los dados: probar la existencia de la reencarnación.

—... y por el daño que ha hecho a los padres con su injustificada acción, que culminó con —en vez de execrable y depravado, como esperaba, Velie usó *degenerado* y *perverso* crimen del secuestro—, que puede haberle ocasionado un daño irreparable a la niña, solicito que Elliot Hoover sea declarado culpable de secuestro en primer grado, y que el Tribunal lo castigue con la máxima pena estipulada por la Ley para estos casos.

La sala suspiró aliviada cuando Scott Velie se inclinó ante el juez para hacerle saber que había terminado su argumentación.

Eran las once y cincuenta y siete minutos. El juez Langley se puso de pie.

—Haremos un receso para almorzar. El Tribunal volverá a reunirse a la una y media.

Un murmullo acompañó la salida del jurado y de los curiosos hasta sus respectivas puertas.

Janice esperó que Bill y Scott Velie concluyeran de intercambiar sonrisas amistosas, reforzadas por guiños animosos, con los que expresaban su confianza de que había llegado para ellos el momento de la verdad. Vio a Brice Mack hablando animadamente con Elliot Hoover mientras acompañados por el guarda se dirigían hacia la puerta reservada para los acusados. Van a almorzar ahora, pensó, y compartirán los alimentos con el objeto de renovar sus energías para la batalla que les esperaba. El acusado comería de buen grado. Y todos harían lo mismo.

Janice calculó que Bill se bebería unos cuatro martinis con el almuerzo, ya que acababa de tomarse el segundo y aún no habían encargado la comida. Por su parte, ella tampoco tenía prisa por comer e iba en su segundo J.&B. con agua.

Pinetta era un restaurante situado en un callejón al este de Foley Square y quedaba a corta distancia a pie del edificio de los Tribunales. Tenía una fachada estilo Tudor y una marquesina rayada al estilo del sur de Francia. Era una afortunada combinación de dos ambientes, unidos mediante galerías superiores, lo que contribuía

a darle un aire dickensiano. Una serie de pequeños compartimentos, amueblados y decorados en la auténtica tradición del Cheshire Cheese, ofrecía la posibilidad de contar con un comedor prácticamente privado en cada uno de los tres niveles del restaurante. Había escaleras en los sitios más insospechados. Su descubrimiento había constituido un golpe de fortuna totalmente imprevisible en esa descolorida y monótona parte de la ciudad.

La mayoría de los clientes eran empleados de los Tribunales, y se podía reservar una mesa durante el tiempo que durara el proceso en curso. La de Janice y Bill estaba situada en el segundo piso, donde no había mucho ruido, y el servicio era bueno. Pero tenía un grave inconveniente: debajo de ellos, visible desde todos los ángulos de su mesa, se encontraba la de Brice Mack. El y su equipo se reunían allí todos los días. Cinco hombres, a veces seis, de distintas edades y medios sociales se reunían para comer, beber, fumar y entregar atropelladamente sus informes al «jefe», Brice Mack, que se sentaba a la cabecera de la gran mesa.

En dos oportunidades Bill trató de conseguir que les cambiaran de mesa, pero las dos veces le respondieron lo mismo: «Pronto habrá muchas mesas, señor. El caso de la Sala Cuatro pasará al jurado en cualquier momento.» Ese «cualquier momento» no llegó en el plazo de tres semanas.

Hacía una semana —era lunes y Janice no había almorzado para hacer algunas compras— Bill había invitado a Scott Velie. Con las jarras de cerveza al frente y chuletas con salsa de rábano en los platos, se fue enterando por boca de Velie de los nombres y antecedentes de las personas que acompañaban a Mack.

—Los dos jóvenes son abogados. Se dedican a hacer investigaciones y trabajo de oficina en los Tribunales. Ese viejo idiota con aire tan digno que lleva espejuelos sin marco y la barba de chivo es Willard Ahmanson, profesor de Estudios Religiosos en la Universidad de Nueva York. El jovenzuelo lleno de granos es Fred Hudson, trabaja como consejero legal, y antes era un oficinista de los Tribunales. El viejo ese con tanta mala facha que ahora está bebiendo whisky es un ex policía llamado Brennigan —sonrió e hizo un guiño—, y constituye «el ojo privado» de la defensa —puso un trozo de carne en la boca y bebió un trago de cerveza antes de agregar—: Todos están en mala situación económica y viven de anticipos. No sé de dónde sacan dinero ahora.

—Hoover tiene bastante.

—¡No me digas! Bueno, esto no es todo lo que está financiando, también tienen a un viejo maharishi hindú en el Waldorf. Un tipo llamado Gupta Pradesh, y que el parecer es uno de los yogis más famosos de la India. Vino directamente desde Calcuta.

Cuando tragó un trozo de la condimentada comida, Bill sintió una ligera náusea al sentirse golpeado por la amplitud de medios de la defensa desplegados ante sus ojos.

No había nada, ningún extremo al que el maldito hijo de puta no estuviera dispuesto a llegar para probar su teoría.

—¿Para qué paga a un detective?

—Para obtener información sobre las pesadillas de tu hija. Brennigan ha estado rondando por la oficina del doctor Kaplan, pero hasta ahora no ha tenido suerte, lo cual me alegra.

Bill sintió una ardiente gratitud por el doctor Kaplan, y por todos los médicos en general. Eran como los sacerdotes, tenían los labios sellados, y cumplían el juramento de Hipócrates de no traicionar la confianza de los pacientes.

—¿Puede Mack hacerle prestar declaración?

—Por supuesto, pero eso no significa que pueda conseguir una respuesta a todas sus preguntas.

—¿Qué quieres decir?

—Toda información que un paciente proporcione a su médico es materia reservada en el estado de Nueva York, y no puede comunicarse sino bajo ciertas condiciones. Por ejemplo, si el paciente da su consentimiento para que el médico declare. Y eso, ciertamente, es algo que no va a ocurrir.

Hoover y su abogado estaban sentados en la mesa destinada a la defensa cuando Janice y Bill entraron en la sala a la una y veintiséis minutos. Como era habitual, Brice Mack mantenía un animado monólogo con su cliente, que se dedicaba a escribir en un cuaderno y no daba la menor señal de estar interesado, ni de haber escuchado siquiera, lo que su abogado le estaba diciendo.

La sección destinada a los espectadores sólo estaba llena en menos de una cuarta parte, y un único periodista, la mujer, ocupaba la larga fila destinada a los miembros de la prensa. El hombre de la UP no se había molestado en volver. A juzgar por lo que se había escuchado hasta el momento, y por la poca importancia que le había concedido la prensa, el juicio parecía poco prometedor, predecible, y daba la impresión de ser uno de esos que se abren y cierran sin sorpresas. Hasta ahora, nada auguraba el drama que tendría lugar y, por consiguiente, el interés era mínimo.

Unos segundos antes de la una y media, Scott Velie y dos ayudantes se dirigieron lentamente hacia la mesa del fiscal, y se quedaron allí de pie, conversando en voz baja. Un poco más tarde, la poca gente que había en la sala se puso de pie cuando el juez Harmon T. Langley agitó a su paso la bandera del estado de Nueva York y acomodó su cuerpo cubierto con la negra toga detrás del altar de la Justicia. Su acólito, con un brazalete brillante y una insignia, le acompañó con la misma seriedad de un guarda suizo en una ceremonia vaticana.

Durante todo el tiempo que el juez tardó en instalarse, ordenar sus pensamientos, abrir la sesión y hacer a la defensa la pregunta crucial, Brice Mack tuvo serias dudas respecto a cómo debía contestarla. Sólo había dos posibilidades. Una era: Sí, Su

Señoría, la defensa está preparada para hacer su alegato inicial; la otra: No, Su Señoría, la defensa desea postergar el alegato inicial hasta que haya comenzado la presentación de su caso.

La primera respuesta tenía la ventaja de provocar un debate inmediato sobre el tema de la reencarnación, con lo que se llegaría a una situación sin salida. Pero el jurado habría sido puesto en antecedentes de los argumentos de la defensa enfocándolos bajo esa perspectiva. Era una consideración importante, que había que tener en cuenta, puesto que suavizaría la actitud de la defensa a los ojos del jurado.

La única ventaja que presentaba la segunda respuesta era que permitía ganar tiempo. Suponía posponer el tema de la reencarnación durante una semana, por lo menos, ya que el número de testigos del fiscal era bastante numeroso —doce, de acuerdo a la información proporcionada por la oficina de Velie—, y eso le permitiría proseguir sus investigaciones sobre las pesadillas de Ivy Templeton. Hasta el momento, Brennigan había tenido muy poca suerte en su búsqueda de información. El doctor Kaplan, que sabía muy bien de qué se trataba, no había abierto la boca. Los amigos de los Templeton, el matrimonio Federico, resultaban absolutamente intratables. Sin embargo, las pesadillas eran un hecho. Existían. Habían aparecido dos veces como una plaga en la vida de la niña. Las dos veces que Hoover estuvo en la ciudad. Según Hoover, su presencia provocaba estas experiencias perturbadoras, que nunca variaban ni en su contenido ni en su intensidad.

De acuerdo con la descripción de Hoover, y siempre que se pudiera confiar en su versión, las pesadillas eran el único vínculo directo entre Ivy, la hija de los Templeton, y Audrey Rose, la hija de Hoover. O, al menos, el *alma* de la hija de Hoover.

La cara de Brice Mack se cubrió con una ligera película de sudor. Siempre le ocurría lo mismo en los momentos en que se concentraba en el aspecto más importante de su defensa y se encontraba a sí mismo pensando con naturalidad en cosas tales como la reencarnación. De hecho, había empleado detectives para que hallaran semejanzas entre una niña viva y el alma de una que estaba muerta. Y cada vez que pensaba en esto se le enfriaba y humedecía la cara y le parecía que el suelo desaparecía bajo sus pies. En estos momentos de debilidad, cuando la pasmosa enormidad de su defensa, y la afrenta que significaba, le golpeaba como un látigo, el semblante plácido, sincero y confiado de Elliot Hoover venía en su ayuda. Después de todo, decía a su tembloroso corazón, el deber de un abogado no consiste precisamente en poner en duda la validez de las creencias de su cliente, ni en dar un juicio respecto a las razones que pueda tener el cliente para sustentarlas. El único deber de un abogado es representar los intereses legales de su defendido, y asegurarse de que se le haga un juicio justo y de acuerdo a las prescripciones legales. Pero su agitado corazón parecía no estar muy de acuerdo.

Nacido y educado en el principio de que sólo lo que es real existe, afirmación comprobada por todas sus experiencias en el duro ghetto del Bronx, educado gracias al sudor y sacrificios de su madre, graduado gracias a que se sometió a la indignidad de cambiarse de nombre (había escuchado que la Universidad había aumentado su cuota para la admisión de judíos en un cero coma cinco por ciento durante los últimos cinco años), Brice Mack, cuyo nombre auténtico era Bruce Marmorstein, sabía muy bien cuál es la diferencia entre lo que es y lo que no es. O, para decirlo con las palabras más elegantes de Walt Whitman: «Podía resistir la tentación de ver lo que una cosa debía ser en vez de lo que era.»

Y también conocía a un *meshuganeh* cuando lo veía.

Brice Mack se puso de pie y se dirigió al juez.

—Sí, Su Señoría, la defensa está preparada para hacer el alegato inicial.

Janice sintió que Bill se ponía tenso, que procuraba apoyarse en su fuerza interior para resistir el golpe que estaba a punto de caerle encima.

Brice Mack caminó lentamente hacia la tribuna del jurado, y sonreía cuando hizo un gesto confiado con la mano.

—Señoras y señores del jurado —comenzó, empleando un tono formal y artificial —, lo que voy a decirles me tomará algo de tiempo y necesito que me escuchen con absoluta atención, porque lo que van a oír constituye una verdadera novedad en los anales de la jurisprudencia anglosajona. Cuando este juicio haya concluido y el Tribunal haya cesado en sus funciones, cuando las últimas palabras del fiscal y de la defensa hayan sido pronunciadas y registradas en los archivos, cuando ustedes hayan vuelto a sus asientos en la tribuna del jurado con un veredicto que no dudo será justo, honesto y bien meditado, para entonces, señoras y señores del jurado, ustedes y este tribunal, y el mundo entero también, sabrá que lo que ha ocurrido en esta sala, la número siete de los Tribunales de Justicia, figurará en los libros de historia y en todos los documentos donde se registran los pasos más importantes de la Humanidad hacia el progreso —se detuvo e hizo una dramática pausa antes de proseguir—: Lo que van a escuchar puede sorprenderles, puede incluso provocar una primera reacción de incredulidad, puede que hasta les haga sonreír en son de burla. Pero yo les prometo, señoras y señores del jurado, que antes de que este juicio haya terminado, la sorpresa se habrá transformado en comprensión, la incredulidad en aceptación y las sonrisas burlonas en sonrisas de gozo y esperanza, porque no sólo las numerosas pruebas y testimonios que hemos reunido les convencerán de la necesidad de dejar en libertad a un ser humano, impidiendo así que sufra el terrible castigo de la cárcel, sino que esas mismas pruebas y testimonios servirán para que cada uno de ustedes, que están ahora sentados aquí, frente a mí, sea liberado del más temible y aterrador de los castigos que el hombre conoce, ese legado que todos heredamos al nacer y que flota sobre nosotros como un sudario cada uno de los días y de las noches de nuestra vida: la

certeza de nuestra propia finitud y de que seremos olvidados —hizo una nueva pausa para permitir que su mensaje penetrara en las mentes de quienes le escuchaban, y siguió—: Antes de continuar desearía que me permitieran una pequeña digresión para aclararles algo que el señor Velie omitió durante su alegato, y es qué entiende la Ley de este estado como secuestro en primer grado...

Scott Velie se puso de pie antes de que Brice terminara su frase, y esperaba un momento oportuno para interrumpir.

—¡Objeción, Su Señoría! La defensa sabe perfectamente que sólo el juez tiene autoridad para instruir al jurado sobre la Ley, y que es improcedente que cualquiera de los abogados asuma ese derecho. Por otra parte, no es un argumento apropiado para un alegato inicial...

—Su Señoría —replicó Mack con igual intensidad—, la defensa afirma que la acusación de secuestro en primer grado no corresponde, es inoportuna e impropia, en el caso del acusado. Si hay alguna acusación, y la defensa confía en su habilidad para demostrar que no, la que correspondería es la de interferencia en segundo grado de la custodia...

Había comenzado el drama. Janice buscó la mano de Bill, y la encontró húmeda y fría. La periodista pareció revivir y centró su atención en la pugna de los dos abogados. Incluso el juez Langley se inclinó hacia delante, adoptando una actitud de profundo interés.

—Señor Mack —dijo el juez—, la interferencia en la custodia, como estoy seguro de que usted sabe, implica la existencia de un parentesco sanguíneo directo entre los litigantes. ¿Puede probar que dicho parentesco existe?

—Sí, Su Señoría. Mediante las declaraciones, basadas en el conocimiento y experiencia de doctos testigos, la defensa probará que en verdad existe el parentesco más estrecho entre el acusado Elliot Hoover, y la niña conocida con el nombre de Yvy Templeton...

—¡Objeción, Su Señoría! —interrumpió Velie—. Este proceder es absolutamente impropio de un alegato inicial. Una vez más la defensa intenta arrogarse la interpretación de la Ley. Si pensaba que los cargos eran inadecuados podía haber presentado las mociones correspondientes para que dichos cargos fueran rechazados antes de comenzar el juicio. Más aún, el fiscal puede presentar sólidas pruebas para refutar cualquier reclamación de parentesco entre la víctima y su secuestrador.

—Vaya —dijo el juez cortante—, parece que ustedes dos saben mucho más de este caso que yo mismo.

—¡Su Señoría! —exclamaron los dos abogados al mismo tiempo, pero la voz tronante de Velie sobresalió por sobre la de su oponente.

—Señoría, antes de que nos veamos contaminados por aseveraciones totalmente descabelladas e infundadas, ¿puedo rogarle que se nos permita celebrar una reunión

donde no puedan oírnos los miembros del jurado?

La curiosidad del juez le impulsó a acceder.

—Muy bien. Habrá un receso y el jurado volverá a la sala de jurados y esperará allí hasta que se le vuelva a convocar.

Janice oyó cómo Bill silbaba al expulsar el aire acumulado durante los momentos de tensión reprimida por los que acababa de pasar. Se volvió a Janice y sonrió nervioso.

—Yo diría que este envite lo ha ganado Velie.

Janice sonrió. La mano de su marido apretó la de ella, como lo haría un niño que está a punto de entrar en una casa hechizada.

—¿Y por qué no fui informado antes? —preguntó el juez malhumorado—. No se dijo una sola palabra sobre la reencarnación en la reunión con las partes antes de comenzar el juicio. ¿Por qué no se me previno entonces?

—Lo único que importa en este caso, Su Señoría, es lo tangible, lo que sucede en la Tierra —dijo Velie en tono de desagrado y molestia—. Nada importa que Hoover crea en la reencarnación o que la luna esté hecha con queso verde. Lo que cuenta es que ha cometido un delito al llevarse a la hija legítima de otra persona, sacándola de su casa, escondiéndola e interfiriendo luego con la labor de la policía. No importa cuáles hayan sido sus razones para hacerlo, debe responder de sus actos ante la Ley.

El juez Langley fijó sus ojos en Brice Mack y mirándole con frialdad dijo:

—Muy bien, señor Mack, explíquemelo todo.

—Es muy simple, Su Señoría —respondió, manteniendo la voz en un tono discreto y reverente—. Creemos que el problema de la reencarnación es pertinente y esencial para este caso.

—¿Y en qué se basa para afirmarlo?

—Me baso en el hecho de que proporciona al acusado una defensa perfectamente válida.

La voz de Langley resonó como un martillazo.

—¿Y sólo porque su cliente cree en esas tonterías usted está dispuesto a convertir la sala de audiencia en un circo de tres pistas?

—Su Señoría —interrumpió Brice Mack—, puedo asegurarle que nuestra intención no es en modo alguno poner en peligro la dignidad del Tribunal que usted preside. Sin embargo, mi cliente ha sido acusado de uno de los delitos más graves, y estoy seguro de que Vuestra Señoría reconocerá que está en su derecho constitucional al tratar de defenderse de esa acusación.

—Su cliente tiene derecho a una defensa *adecuada y razonable*, señor Mack. Nada más y nada menos. ¿Está claro?

—Sí, señor, perfectamente claro. Pero nosotros creemos que una defensa basada en la realidad de la reencarnación resulta adecuada y absolutamente razonable, dadas

las circunstancias.

—¿Ha hecho alguna investigación al respecto? —refunfuñó Langley—. ¿Puede citar fuentes, presentar precedentes legales para este tipo de defensa?

—No, Su Señoría —respondió Mack, usando su tono infantil más convincente—, no hemos encontrado precedentes legales para este tipo de defensa.

El juez se mostró muy sorprendido.

—¿Y espera que yo le diga al jurado que si consideran que su cliente se llevó a la niña convencido de que era la reencarnación de su hija, su veredicto debe declararle inocente?

Miró a Velie, esbozó una sonrisa y movió la cabeza. Velie, hundido en su silla, devolvió el gesto. Brice esperó a que terminaran estas manifestaciones antes de continuar.

—No es la creencia de mi cliente en la reencarnación lo que importa, Su Señoría. Lo realmente trascendental es saber si es una realidad o no. Creo que sólo se puede declarar culpable a mi cliente si el jurado ha llegado a la convicción de que la reencarnación no existe y que es imposible que Ivy Templeton sea la hija de Elliot Hoover. Tenemos expertos que declararán lo contrario e, independientemente de la predilección o predisposición de Vuestra Señoría para creer o no en ello, nos parece que la defensa debe tener la oportunidad de presentar esta prueba. Consideramos que es fundamental, relevante y adecuada; consideramos, además, que se nos debería autorizar para que convenciéramos al jurado ya que, si somos capaces de conseguirlo, la acusación de secuestro dejará de tener fundamento.

Durante todo el discurso que pronunció en voz suave y con una dicción clara, el juez Langley fue sintiendo una opresión cada vez mayor en el pecho, lo que le obligó a buscar refugio en el cuero bruñido de su silla antigua. Al despertar esa mañana había tenido el presentimiento, luego de una serie de noches agitadas e insomnes, que aquél iba a ser un día fatal. Al mirar la cara ávida, brillante y tersa, del joven abogado, el juez Langley se sintió muy viejo.

Scott Velie percibió el desinterés del juez, la disminución de la intensidad de su mirada, y comprendió que era el momento de intervenir. Sacó un documento del bolsillo interior de su chaqueta y se lo pasó al juez por encima del escritorio.

—Su Señoría, ésta es una fotocopia del certificado de nacimiento de Ivy Templeton. Constituye una prueba irrefutable de que sus padres fueron William y Janice Templeton, y que es fruto del vientre de la señora Templeton. De modo que, a menos que el señor Hoover engendrara a la niña en el curso de un contacto sexual con la señora Templeton, cosa que él no afirma haber tenido, no logro comprender cómo podría probar que la niña le pertenece. Aun si —y este «si» debe considerarse como extraordinariamente condicional— se pudiera probar que la reencarnación es una teoría válida, lo único que demostraría es que la niña puede haber sido antes la

hija de Hoover, pero ahora no lo es. Este documento es el único certificado legal válido para demostrar el parentesco de la niña. Y nada de lo que Elliot Hoover reclame o crea puede variar este hecho.

El juez recuperó parte de su fuerza mientras examinaba con atención el certificado de nacimiento. Eso era algo que podía asir con sus manos, algo tangible, con validez legal.

Lo blandió como una porra ante Brice Mack y preguntó:

—¿Qué me dice de esto? ¿Puede la defensa presentar un documento igual a éste para probar que al acusado le asiste un derecho legal para afirmar que la niña es su hija?

Brice bajó los ojos, y una sonrisa tolerante se dibujó en sus labios.

El juez no soportaba esas sonrisas, llenas de arrogancia, de ingenio, de prepotencia judía, nacidas de la suficiencia, de la certeza de saber cómo hacer las cosas, de la necesidad de tener éxito.

—Su Señoría —habló el joven abogado—, no hay la menor duda, y el acusado no afirma lo contrario, de que la niña nació en la época y lugar y de las personas que aparecen nombradas en el certificado, pero el mero hecho físico de que un niño salga de un vientre no determina, *ipso facto*, que ese niño pertenezca necesariamente a esa persona.

El juez abrió la boca para contestar, pero Brice Mack se puso de pie y arrojó una moneda de cincuenta centavos que cayó con gran ruido sobre el escritorio.

—Si se tragara mi moneda, Señoría, y tras recorrer su organismo fuera finalmente defecada por Su Señoría, ¿diría usted que la moneda es de su propiedad?

El juez volvió a abrir la boca para hablar y Mack le interrumpió una vez más.

—Yo digo que el cuerpo de Janice Templeton puede que no haya sido más que un conducto para que la hija de Elliot Hoover se trasladara de una vida pasada a una vida presente.

Tanto Velie como el juez esperaron que siguiera hablando, como parecía ser su intención ya que permanecía de pie, pero poco a poco se fueron convenciendo de que había concluido y esperaba la respuesta del juez.

Langley dijo con voz glacial:

—Siéntese, señor Mack. No tengo costumbre de mirar a la gente hacia arriba en mi propio despacho.

La sonrisa no desapareció ni un momento del rostro de Brice mientras se sentaba y miraba inclinado hacia adelante en una actitud de reverente atención. El juez siguió hablando:

—Para empezar, joven, le diré que si me acuesto sobre un billete y es mi esfuerzo lo que lo convierte en una moneda de cincuenta centavos bien podría decir que me pertenece, ¿no cree?

Brice Mack se unió a Scott Velie en una discreta risa, homenaje al ingenioso sentido del humor del juez.

—Por otra parte —continuó el anciano—, el tipo de defensa que usted propone, establecer que la reencarnación es una realidad, como una manera de probar la inocencia de su cliente, aunque tuviera éxito no serviría para sacar a su cliente del aprieto, ya que usted también tendría que probar que la chica secuestrada es, de hecho, la hija reencarnada de su cliente. Sus testigos, ahora lo comprendo, no tienen ninguna relación con el acusado ni con el delito del que se le acusa y van a aparecer ante el tribunal con el solo propósito de discutir y explicar conceptos de carácter filosófico y religioso. Argumentos que, si me permite, me parecen más apropiados para un seminario que para un Tribunal de Justicia. En resumen, señor Mack, usted propone un tipo de defensa que es muy extraño, poco ortodoxo, y que a mí me produce un considerable recelo.

La cálida sonrisa de suficiencia se hizo presente de nuevo.

—Precisamente, señor, usted no hace más que cumplir con su deber, ya que la naturaleza del caso es muy extraña y poco ortodoxa. Tal como expliqué al jurado éste es un caso único en los anales de la jurisprudencia anglosajona, un caso que será estudiado, sobre el que se escribirá mucho, y que figurará para siempre en los archivos y libros de historia que narren el progreso de la humanidad.

Trataba de estimular su vanidad.

El juez Langley sabía que el muy infeliz trataba de hinchar su vanidad, agitando la zanahoria ante su nariz, apelando a sus instintos más bajos para persuadirlo hábilmente a que aceptara. No hay nada que detenga a este tipo de personas cuando se proponen conseguir algo, pensó con amargura.

Pero no podía negar que su argumentación era sólida, de eso no cabía duda. La prensa se interesaría. Para variar, la sala siete estaría llena de actividad, refulgente bajo el resplandor de las luces y focos, habría cámaras de televisión, teleobjetivos, conferencias de prensa en los pasillos, todo lo que acompaña al éxito. El nunca había estado al frente de un caso importante. Fuller, Kararian, Pletchkow, Tanner, se los llevaban todos y a él le dejaban lo peor. Las disputas familiares, los desperdicios, la mierda. Bien, tal vez había llegado el momento de salir de la cloaca a la que le tenían condenado, y ya era hora de emerger a la luz del día. Implicaría bajar la guardia, quedar al descubierto para ser criticado y ridiculizado. Pero qué importaba. ¡Total! ¿Cuánto le quedaba de vida? No mucho, con ese corazón redoblando dentro de su pecho como un viejo barco a motor. Sería bueno verse asediado para variar. Que le hicieran preguntas. Ser un éxito. Sí, señor, sería muy grato.

—... y me atrevería a decir, Su Señoría, que negar a la defensa el derecho de explicar qué es la reencarnación, una creencia compartida por millones y millones de personas en el mundo, sería tanto como negar al acusado su derecho constitucional a

presentar su caso y defenderse de la única manera posible. Más aún, la defensa tiene pruebas de que la niña es la reencarnación de la hija del señor Hoover.

Velie se dio cuenta de que había algo extraño en la mirada del juez, una ligera relajación de la piel alrededor de su boca, un cierto aire de lejanía en los ojos, todo lo cual contribuyó a que las sirenas de alarma ulularan en el interior de su cabeza. Langley iba a caer en la trampa. Estaba dispuesto a aceptar. ¡Maldición!

—Su Señoría —interrumpió Velie, pero incluso antes de empezar a hablar ya había comprendido que era demasiado tarde—. Su Señoría, esto me parece increíble. Una defensa basada en esa argumentación es algo completamente desconocido en los Tribunales occidentales. Es verdad que hay partes del mundo en las que se cree en la reencarnación, pero ése no es nuestro mundo. ¿Va a imponer a nuestra propia cultura una creencia que nos es ajena? No puede hacerlo porque con ello desafiaría las leyes que nuestros parlamentos han aprobado para el beneficio de nuestra sociedad.

El juez Langley se humedeció cuidadosamente los labios con la lengua antes de responder.

—Puede que tenga razón, señor Velie, y no voy a decirle que se equivoca. Sin embargo, no puedo dejar de reconocer que hay algo de verdad en la apreciación que hace el señor Mack de la realidad. Puesto que el secuestro es un delito muy grave, no puedo considerarme con derecho de privar al acusado de utilizar cualquier tipo de argumentación que pueda serle de alguna utilidad.

Brice Mack se quedó inmóvil, apenas respiraba, cuando Scott Velie se puso en pie de un salto y rojo de furia se dirigió al viejo juez para decirle:

—Juez Langley —pronunció su nombre como si fuera una maldición—, le ruego que reconsidere la aceptación de un procedimiento para el cual no existe ningún precedente legal —sutilmente transformó el tono de su voz hasta hacerlo amenazante—. Puede que con su gesto abra usted una caja de Pandora que luego sea imposible de cerrar.

—Su preocupación será tenida en cuenta —respondió el juez en tono seco— pero, hasta que usted pueda citar a una autoridad que sustente que la reencarnación es imposible, no estoy dispuesto a cerrar ninguna posibilidad de defensa para el acusado. De manera que permitiré que el señor Mack siga con su alegato inicial, con la única condición de que sus referencias estén relacionadas con el caso que estamos discutiendo.

Y así fue.

Brice Mack había ganado.

Cuando el juez volvió al estrado y declaró que se reiniciaba la sesión, la sala estaba llena en sus tres cuartas partes de espectadores ansiosos, que esperaban en una atmósfera cargada de tensión.

Janice no podía explicarse cómo había circulado con tal rapidez la noticia, y entre tantas personas, de que algo interesante iba a pasar en la sala siete. Incluso el sector destinado a la prensa estaba ocupado por un gran número de periodistas y gente de radio, que esperaban sonrientes en sus cómodos asientos a que se reanudara el juicio.

La defensa comenzó a hablar. Brice tenía una expresión de sorpresa cuando dijo:

—Bien, ¿dónde estábamos? —pregunta con la que dejó implícito el resto de la frase «antes de que nos interrumpieran en forma tan grosera».

La pregunta, y la forma de hacerla, hizo saber al jurado que sin ninguna duda él había ganado la discusión en privado, y que se le había autorizado a actuar a su manera.

Janice observó que varios de los miembros del jurado se sonreían, y que algunos miraban de reojo a Scott Velie, que estaba sentado inmóvil, de espaldas al abogado defensor. También se dio cuenta de que Bill se hundía más y más en su silla a medida que iba comprendiendo la magnitud de la derrota de Velie.

—Un momento, por favor —dijo Mack, y fingió buscar entre las telarañas de su cerebro la frase oportuna para empezar a hablar.

En verdad, no sólo sabía exactamente dónde había quedado, sino también el orden de cada frase y la entonación de cada palabra, escrita y vuelta a escribir, ensayada y pronunciada frente al espejo roto de su habitación llena de cucarachas de la calle Ciento Tres durante las interminables horas de la noche del mes pasado.

—Oh, sí, estaba diciendo que pretendo demostrar de la manera más clara y rotunda posible que, de hecho, existe el más estrecho parentesco entre Elliot Hoover, el acusado, y la niña conocida como Ivy Templeton. Un parentesco, damas y caballeros, que no está basado en leyes humanas, imperfectas y mutables, sino en las leyes perfectas e inmutables de un Dios y de una religión a la que actualmente se hallan adheridas más de mil millones de personas por todo el mundo. Leyes que obedecen, practican y utilizan en sus vidas cotidianas, con la misma convicción y fe con que nosotros, los presentes en esta sala, que *ustedes*, los que están sentados en la tribuna del jurado, vivimos nuestra propia religión.

Hubo un murmullo cuando Brice Mack hizo una pausa. Los miembros del jurado intercambiaron miradas. Los lápices de los periodistas permanecieron quietos sobre los cuadernos.

—En el transcurso de los interrogatorios tendrán la oportunidad de escuchar hablar de esta religión, fe y creencias, a hombres sabios que les introducirán en sus

principios, en su belleza, en sus reglas y requisitos, y en sus recompensas —se volvió a Hoover y le señaló gentilmente con el dedo—. Escucharán a este hombre, que les contará una historia que les hará estremecer, que les sobrecogerá pero que, finalmente, terminará por fascinarles y servirles de inspiración. Sabrán que su hija, su única hija Audrey Rose, murió cuando sólo tenía cinco años junto con su madre en un trágico accidente automovilístico. Conocerán la intensidad de la pérdida, la desesperada soledad que invadió la vida de Elliot Hoover después de la tragedia. Se enterarán de cómo, en el momento de mayor oscuridad para él, le fueron concedidos un poder y una penetración que le permitieron aceptar un mensaje enviado del otro lado de la tumba, por decirlo así. Un mensaje que le fue transmitido por intermedio de uno de los representantes más conocidos y apreciados de los fenómenos parapsicológicos, el difunto Erik Lloyd. Este mensaje hizo que este estadounidense honesto, trabajador y práctico, un hombre como yo o como usted —enfaticó la frase apuntando al señor Fitzgerald—, partiera de viaje a tierras lejanas y exóticas para comprobar su autenticidad, para superar todo escepticismo y toda duda antes de permitirse aceptar su contenido. Este viaje duró siete años. Y durante ese tiempo él no sólo abrazó una fe y una religión, que hasta entonces le eran totalmente desconocidas, sino que también adoptó a un pueblo, vivió como uno de ellos, compartió su existencia, sus alegrías, sus esperanzas, sus infortunios, y todo ello con el único propósito de descubrir la validez de ese extraño y misterioso mensaje que le había transmitido Erik Lloyd. Un mensaje que, si su contenido era veraz, podría perjudicar y causar un daño irreparable en la vida de tres personas inocentes. Un mensaje que, si era efectivo lo que afirmaba, bien podía ser la respuesta a uno de los misterios más antiguos e inexplicables, al mismo tiempo que iluminaría el sentido y naturaleza de la vida y de la muerte...

El silencio sepulcral que reinaba en la sala resultó perfecto para recalcar su próxima frase, que lanzó con la fuerza y la furia de un trueno:

—¡ELLA VIVE! —gritó, y giró de la tribuna del jurado en dirección al público con una mano dramáticamente levantada—. ¡SU HIJA VIVE! ¡AUDREY ROSE ESTA VIVA!

Todos los presentes se sobresaltaron cuando estas palabras resonaron en el aire. Hasta el juez Langley retrocedió en su asiento. Sólo Bill, sepultado en su silla, el mentón hundido en el cuello de su camisa, borracho de licor y desesperación, parecía ausente a lo que estaba ocurriendo en la sala.

—¡Vive! —Mack repitió con voz emocionada y reverente—. ¡Audrey Rose ha vuelto! Su alma ha cruzado el valle de las sombras para volver a vivir aquí, en la Tierra, donde ahora reside dentro del cuerpo de una niña cuyo domicilio está aquí, en Nueva York, y a la que llaman Ivy.

La tensión se alivió un tanto y se escucharon algunas risas aisladas. Los rostros de los miembros del jurado parecían rígidos y poco naturales en su esfuerzo por no

perder la compostura y conservar cierta dignidad. El señor Potash, el jurado número cuatro, había perdido la batalla y era incapaz de disimular una descarada sonrisa.

El juez golpeó con el martillo sobre la mesa para restaurar el orden, pero no dijo nada.

Brice prosiguió, esta vez en una forma menos dramática.

—Sí, amigos, éste es el mensaje que Elliot Hoover escuchó de labios de Erik Lloyd. Se le decía que su hija estaba viva, que Audrey Rose se había reencarnado. En las investigaciones que posteriormente llevó a cabo el señor Hoover descubrió que el 4 de agosto de 1964, a las ocho y veintisiete minutos de la mañana, unos pocos minutos después del accidente que costó la vida a su hija, ella volvía a nacer en el New York Hospital, y sería conocida durante su vida terrena como Ivy Templeton.

Janice escuchó que la periodista sentada enfrente se reía y comentaba: «Qué tontería.»

Bill, hundido completamente en su silla, no hizo ni un ruido ni un comentario, parecía haberse quedado dormido o, Janice no excluía la posibilidad, estaba sumido en un sopor producido por el exceso de alcohol.

Brice Mack retrocedió unos pasos y con la mano extendida, que parecía querer incluirlos a todos, dijo:

—Señoras y señores, por favor, tengan la bondad de analizar sus sentimientos respecto a lo que acabo de decirles. Palabras tales como «increíble» o «imposible» tienen un lugar y cumplen una finalidad en los asuntos terrenos materiales pero, y estoy seguro de que estarán de acuerdo conmigo, no significan nada para Dios. Para El todas las cosas son posibles. ¡Y es precisamente en el sublime plan divino donde hay que buscar el fondo de este caso! Estamos frente a la fe de un hombre, frente a su creencia, y frente a su profundo compromiso religioso. Un compromiso con una visión religiosa del mundo que sólo aceptó después de un largo y penoso período de prueba, y de años de viajes y estudios, antes de que la semilla de la certeza, y con ella una fe absoluta, pudiera echar raíces y florecer en su corazón y en su mente.

Brice se había ido separando lentamente de la tribuna del jurado y había caminado hasta quedar paralelo a Elliot Hoover, que estaba sentado muy tieso, garabateando muy concentrado en su cuaderno.

Scott Velie se volvió en su silla y observó a su adversario con el mismo interés y concentración que pondría un científico en el estudio de un microbio sobre la cabeza de un alfiler.

—Sólo entonces, damas y caballeros, después de pasar casi diez años en el extranjero, se permitió volver a su país para hacer caer el telón en el último acto del drama de su búsqueda. Sólo entonces, tras haber comprobado la veracidad de la afirmación del mensaje de Erik Lloyd, se atrevió a aproximarse a los demandantes para que lo conocieran. ¿Y cómo se presentó? ¿Como un mendigo? No. ¿Como un

ladrón que intenta llevarse lo que no le pertenece legalmente? ¡No! Se presentó simplemente como un hombre decente que pide comprensión, indulgencia y, tal vez, una migaja de bondad.

»Él mismo me lo ha dicho, no quería nada más que lo que ellos estuvieran dispuestos a dar. Esperaba que se burlaran, y se burlaron. Esperaba su rechazo, y lo rechazaron. Esperaba que le negaran el derecho de poder visitar y reunirse con Ivy — forma corporal que alberga el alma de Audrey Rose, su hija— y aceptó con magnanimidad el latigazo de la negativa. Estaba dispuesto a alejarse, a salir de sus vidas para no volver a aparecer nunca más. Pero entonces sucedió algo, señoras y señores, algo tan extraordinario que obligó a Elliot Hoover a reconsiderar su resolución de escapar de una situación intolerable, algo que dio valor y sentido a todos esos años de estudio y penurias, pasados en su incansable búsqueda de la verdad.

Brice escogió precisamente ese momento para aliviar su reseca garganta y, deliberadamente, tardó bastante en llenar el vaso de agua y en bebería.

—Y ese algo, damas y caballeros, ocurrió la primera noche que Elliot Hoover visitó a la familia Templeton, invitado por ellos mismos, que quede esto bien en claro, y ese algo fue como si Dios hubiera escuchado su ruego y se hubiera producido un milagro. Sí, un milagro. Porque esa noche, por primera vez en diez años, Elliot Hoover escuchó la voz de su hija Audrey Rose que le llamaba desesperada: ¡Papá, papá, ayúdame, ayúdame!

»Y permítaseme aclarar que no se trataba de una voz procedente de su propia angustia, una voz que sólo existía en su imaginación. No. ¡Oh, no! Era una voz que todos los presentes pudieron escuchar, una voz real, la voz de la única persona que tenía el derecho de transmitir la petición de ayuda de Audrey Rose a su padre. Me refiero, naturalmente, a Ivy, la hija de los señores Templeton.

Se produjo una considerable agitación en la sala, hubo carraspeos e intercambios de miradas. Periodistas, jurados y espectadores reflejaban en sus rostros el mismo aire de sorpresa, y todos parecían buscar en el rostro del vecino la corroboración de que habían escuchado correctamente.

Janice vio a Scott moverse inquieto y pensó que se estaba preparando para objetar, pero la incredulidad del jurado parecía haberle hecho desistir. Una sonrisa satisfecha iluminó su cara, y a Janice le pareció que quería decirle: «¡Dejémosle seguir! Nos está haciendo un gran servicio.»

Mack continuó tenazmente.

—Así es, señoras y señores, Ivy Templeton que, prisionera de una terrible pesadilla, pedía auxilio a Elliot Hoover, en presencia de cuatro testigos. Su grito fue el aullido de un alma atormentada, el alma de Audrey Rose, que abrasada por las llamas del fuego que la consumió no lograba tener paz ni era capaz de descansar del

horroroso martirio hasta... hasta que ese hombre, damas y caballeros, Elliot Hoover, su padre, se acercó a ella y con su presencia y amor paterno pudo, finalmente, tranquilizar el espíritu inquieto de su hija y aquietar sus terrores.

El abogado defensor se volvió hacia el jurado y negó con la cabeza.

—No, no daré detalles en esta oportunidad. Hay muchas cosas que es preciso que conozcan, y antes de que este juicio haya terminado todas esas cosas habrán llegado a su conocimiento, lo prometo —sus ojos se dirigieron hacia Scott Velie—. El fiscal ha sugerido a *prima facie* que se trataría de un caso de secuestro en primer grado. Antes de que concluya el juicio habremos presentado las pruebas necesarias para refutar absolutamente esta acusación. Demostraremos que Elliot Hoover, lejos de inmiscuirse en las vidas de los Templeton como un intruso y un villano, con maldad y sucias artimañas, fue más bien su benefactor, un hombre lleno de compasión y preocupado por aliviar los devastadores tormentos de Ivy, cosa que sólo él podía conseguir y, a través de Ivy, de aliviar los devastadores tormentos del alma de Audrey Rose, su hija. Demostraremos sin lugar a duda que Elliot Hoover no fue a visitar a los Templeton esa fatídica noche con el propósito de hacer daño a la niña, sino con el único objetivo de ofrecer su colaboración, con la esperanza de aliviar así el tormento de una niña inocente.

Con un movimiento brusco enfrentó a Janice con ojos duros y acusadores.

—Sabremos que cuando el señor Hoover entró en el dormitorio del apartamento de los Templeton encontró a la niña toda magullada, cubierta de sangre y atada, sí, eso he dicho, ATADA a la cama como un animal. Comprenderán, y se convencerán, de que era necesario sacar a Ivy de aquella casa, no para secuestrarla, ni porque tuviera motivos ilegales o ilícitos para hacerlo, sino para ayudarla, para salvarla, para calmarla, lavar sus heridas, cuidar su cuerpo y pacificar su inquieta y atormentada alma. El alma de Audrey Rose.

Tranquilo, seguro de sí mismo, se volvió hacia el jurado.

Todos le escuchaban, pendientes de cada una de sus palabras, esperando ansiosamente lo que diría a continuación. Había dudas, incredulidad, en las caras de los jurados número tres y diez, y el número cuatro, Potash, hacía muecas, pero la señora Carbone estaba seria, igual que Harrison y Fitzgerald y Hall. Escuchaban todos, porque todos habían sido atrapados. Un buen resultado para sólo diez minutos de trabajo.

—Tengo la certeza de que sabrán mantener una actitud abierta ante las declaraciones de los testigos que haré comparecer para dejar bien sentado que Elliot Hoover tenía perfecto derecho —el derecho de un custodio— a sacar a la niña de la atmósfera cargada de violencia y llena de peligros, para llevarla a un sitio pacífico y tranquilo. También estoy seguro de que cuando hayan concluido las declaraciones ustedes darán un veredicto justo y honesto que dejará libre de culpa a Elliot Hoover y

le declarará inocente de los cargos que se le imputan.

Miró al juez, esbozó una reverencia y al inclinarse dijo:

—Muchas gracias, Su Señoría.

El juez Langley golpeó con su martillo.

—Este tribunal suspende la sesión hasta mañana a las nueve de la mañana.

Después de la salida del juez todos permanecieron silenciosos; el tiempo parecía suspendido sobre sus cabezas hasta que la realidad se impuso, transformando el silencio en una catarata de ruidos, que recorrió la sala como una inmensa, informe onda sonora.

Al salir, Janice notó las sonrisas en los rostros de los jurados cuando salían de su palco y eran conducidos de vuelta a la sala que les estaba reservada. No se veía por ninguna parte al juez, pero Scott Velie se había quedado rezagado y conversaba riéndose con un periodista. Al divisarla, le guiñó un ojo, y le sonrió dándole ánimo.

Elliot Hoover y Brice Mack estaban de pie, se estrechaban las manos y sonreían amistosos mientras el guarda que tenía que llevarse al acusado daba muestras de impaciencia. Parecía predominar un clima de risas y sonrisas, y Janice se vio envuelta en una onda de alegría.

El caso de *El Pueblo contra Elliot Hoover* había tenido un comienzo alegre y dichoso.

Bill tenía una larga lista de mensajes en la centralita. Había dos de su secretaria, cuatro de Don Goetz, uno del señor Simmons y dos de un periodista de la AP llamado Hazard. También había un mensaje para Janice de parte de Carole: «¿Queréis comer con nosotros esta noche? Ternera y *fettucini casa linga*. ¡POR FAVOR, ACEPTAD!» A Janice no le habría importado ir, pero sabía que Bill preferiría quedarse en casa. Llamaría a Carole más tarde para disculparse.

Bill descartó los mensajes y llamó a Mount Carmel.

Janice colgó los abrigos y subió. Llegó justo a tiempo para escuchar:

—Y por favor no se preocupe, señor Templeton, todas las hermanas y las profesoras han recibido instrucciones para asegurar la tranquilidad e intimidad de su hija. Puede contar con nosotras.

—Gracias, madre Verónica —respondió Bill con voz ronca y comenzó inmediatamente una serie de preguntas sobre la conducta de Ivy en el colegio y su estado de salud.

—Es encantadora —dijo la monja extasiada—, y muy buena alumna, atenta, brillante. Todas las demás chicas la quieren.

Ahora está comiendo. ¿Quiere que le diga que le llame después de las oraciones de la noche?

—Se lo agradecería mucho, madre.

La *omelette a fines herbes sec* que batió junto con perejil seco y albahaca fue un

verdadero desastre, porque no había ni mantequilla ni aceite en casa. El resultado final flotaba en agua y era transparente, harinoso e incomible.

Antes de que Ivy llamara, a las siete y cuarto, habían recibido dos llamadas para Bill. La primera era de Don Goetz, y tuvo lugar unos pocos minutos después que habían renunciado a comerse la tortilla.

—Vaya, hombre, eres famoso —dijo Don riéndose alegre. Un matiz de sorpresa y una indudable hilaridad estaban presentes en su voz—. Figuras en la página 6 del *Post*.

—Sí, ya lo sé —respondió Bill, riendo con la misma alegría—. Es de locos, ¿no te parece?

—¿Es verdad?

—¿El qué?

—Lo que dice el periódico: ES MI HIJA REENCARNADA, AFIRMA EL SECUESTRADOR.

Bill sintió un nudo en el estómago cuando Don le fue leyendo las partes más importantes del artículo.

—«... un célebre psíquico le informó de las andanzas de la hija reencarnada de Hoover... el acusado escuchó el grito del alma de su hija a través de la boca de la niña secuestrada... la defensa promete testigos expertos y asegura que comprobará sus argumentos...» ¡santo cielo, hombre! —exclamó Don en una voz aguda y estridente—. Ese hombre está loco como una cabra.

No había el menor signo de humor en la voz de Pel Simmons cuando llamó unos minutos más tarde. En realidad, hubo algo fúnebre en la calidad del tono con el que Bill informó a Pel de los aspectos esenciales del caso y Pel, sin duda confuso, expresó su simpatía y apoyo hacia Bill y su familia.

—No te preocupes por nada —concluyó Pel—. Don se encargará de todos tus clientes.

Bill sintió la primera campanada, lejana y vaga, que doblaba a muerto por su trabajo cuando escuchó esta última frase.

La llamada de Ivy llegó mientras Bill meditaba su conversación con Pel. Janice la contestó y escuchaba muda y preocupada cuando Bill se aproximó al teléfono.

—¿Qué pasa? —preguntó Bill, temiendo lo peor.

—Está tosiendo —respondió cubriendo el aparato con su mano—. Creo que se ha resfriado.

—Oh —dijo Bill con un suspiro de alivio.

—Aquí está papá y quiere hablar contigo.

Janice le pasó el teléfono.

—¡Hola, princesa! ¿Estás resfriada?

—No es nada, papá —respondió entre toses—. Todas las chicas tenemos la gripe.

—Abrígate bien cuando salgas, y si empeoras que te vea la enfermera.

—Ya me ha visto —dijo Ivy de buen humor—. La hermana me dio un remedio contra la tos. Tenía buen sabor, a cerezas —y cambiando de tema—. Papá, ¿tú y mamá *vendréis* este fin de semana, no es cierto?

—Trata de impedirnoslo —respondió Bill con una mueca.

—¿Conoces a Mina Dawson?

—Sí. Esa bella amiguita tuya.

—Esa misma. Es muy buena y su mamá no vendrá este fin de semana —bajó la voz hasta convertirla en un susurro—, porque se va a marchar a Florida a pedir el divorcio —alzó la voz— y sé que Mina se sentirá muy sola. Y yo quería preguntarte, papá, si podría invitarla a que viniera con nosotros a comer al Clam Box el sábado por la noche.

Una inmensa sonrisa de felicidad se extendió por la cara de Bill cuando respondió:

—Estaremos encantados de invitarla, princesa. Dile a Mina que cuente con nosotros.

Hablaron un rato, después Bill le pasó el aparato a Janice para que se despidiera y volvió a coger el teléfono.

—Y si alguna compañera te dice algo extraño o cómico, princesa, cualquier cosa que suene extraña o divertida, prométeme que no le prestarás atención y que les dirás que no te molesten, ¿de acuerdo?

—¿Cosas extrañas y divertidas como qué?

—Oh... —Bill aventuró—, como que tu padre tiene dos cabezas y una cola peluda, tonterías, cosas como ésas. Ivy se rió.

—La única capaz de decir algo así aquí es Jill O'Connor, pero es porque es un monstruo —bajó la voz— y su pecho izquierdo es el doble de grande que el derecho.

Después de colgar Bill llamó a la centralita para averiguar si había más mensajes telefónicos. Tenía tres llamadas, dos del periodista llamado Hazard y una de una muchacha del departamento informativo de la WNBC local. Bill le dijo a Ernie que no se molestara en pasárselos.

Más tarde, después de un largo baño, Bill se vistió con la bata y se reunió con Janice en el living.

Le extrañó ver que ponía la televisión. Hasta ahora siempre había evitado escuchar las noticias de las seis y media. La información del juicio la dieron después de las noticias importantes y de seis anuncios de propaganda. Al final del noticiario, las arrugas tensas de la cara del comentarista se suavizaron y los ojos preocupados se iluminaron con una desusada chispa humorística cuando empezó a hablar de los sucesos menos trágicos del día.

—Sombras de *El Exorcista* en los Tribunales —anunció, forzando una sonrisa—. La sala del juez Harmon T. Langley fue el escenario de una extraña y fantástica

jornada hoy, cuando una voz de ultratumba fue lo único que ofreció el abogado Brice Mack en su alegato inicial como causa atenuante en el caso de Elliot Hoover, a quien se acusa de haber secuestrado a Ivy Templeton, de diez años de edad. Parece, eso es al menos lo que dice mi libreto, que la niña secuestrada no era una desconocida para el señor Hoover, ya que ella habría sido, en otro tiempo, su hija Audrey Rose, muerta desde hace diez años. El abogado defensor ha afirmado que ofrecerá más detalles espectaculares en los días y semanas por venir. Podemos estar seguros de que el caldero del juez Langley hervirá lleno de burbujas con todos los productos mágicos que le arrojará el señor Mack para impedir que su cliente vaya a la cárcel.

En ese momento el comentarista descubrió cuan demencial resultaba lo que acababa de leer y no consiguió evitar un ataque de risa. Todos sus esfuerzos por controlarse fracasaron y, finalmente, tuvieron que recurrir a un spot publicitario para salvar la situación.

Janice empezó a reírse también, y pronto la siguió Bill. Se reían cada vez más, y a cada nuevo esfuerzo del comentarista por dominarse, aumentaban sus carcajadas, que continuaron incluso después de que la imagen del hombre hubo desaparecido de la pantalla, y que no terminaron hasta que quedaron roncos y con los ojos llenos de lágrimas.

Débiles y agotados, se dejaron caer en el sofá. Se abrazaron y la risa fue disminuyendo mientras secaban sus ojos. Los dos eran conscientes de que éste era el primer contacto auténtico entre ellos desde hacía mucho tiempo, y tenían miedo de estropearlo.

—Oh, Bill —dijo Janice y se acurrucó a su lado.

La boca de su marido olía a menta, su piel a jabón, afrodisíacos para Janice. Desató la bata de Bill y con su mano comenzó a explorar y acariciar ese cuerpo amado. Con un suspiro, Bill se reclinó sobre los almohadones y aceptó las caricias de las manos primero y de los labios después, que con su mágico contacto restauraban su lacerado y triste espíritu.

Levantó la cabeza de su mujer de su regazo y le dijo:

—Hagámoslo juntos.

—Más tarde —contestó Janice.

Y volvió a inclinarse para concluir su ritual de homenaje y purificación.

De acuerdo a las predicciones, y tal como se temía, el corredor que conducía a la sala del tribunal era un verdadero laberinto de alambres, cables y personas. Los reflectores estaban instalados sobre soportes en lugares que no molestaban el paso de la gente, en rincones y cornisas, y su potente luz bañaba la figura sonriente de Brice Mack, rodeado de una multitud de periodistas.

Bill y Janice salieron del ascensor y se deslizaron subrepticamente entre las cámaras de la televisión hasta que, finalmente, lograron llegar a la sala sin ser reconocidos.

A diferencia de otras mañanas, esta vez la sala estaba llena de curiosos y excitados espectadores; muchos de ellos iban vestidos con turbantes y exhibían sonrisas luminosas en sus rostros morenos. Multitud de periodistas, incluso enviados desde otras ciudades, ocupaban completamente el sector destinado a la prensa, detrás de la barandilla.

Mientras avanzaban en dirección a sus asientos, Bill y Janice pudieron oír cómo se extendía por la sala el murmullo de la gente que los reconocía. Incluso los periodistas sentados frente a ellos interrumpieron lo que estaban haciendo y se volvieron para mirarlos cuando se sentaban. El hombre inmediatamente en frente de Janice se volvió y le sonrió, dándose por enterado de su llegada. Fue entonces cuando se dio cuenta de que no se trataba de un periodista corriente, sino de un artista al que se le había encargado que dibujara algunos bocetos de lo que ocurría durante el juicio. Había dibujado a Elliot Hoover sentado a la mesa de la defensa, concentrado en el dibujo de sus círculos. El parecido era notable, y había captado perfectamente la expresión de santa resignación que reflejaban sus ojos.

Janice recorrió con la mirada la fila de cabezas hasta llegar al lugar donde Hoover estaba sentado; de inmediato lamentó haberlo hecho porque sus ojos se encontraron. Y, lo que era peor, ella no pudo apartar su mirada. Había algo en esos ojos que se lo impedía con la intensidad de una orden, obligándola a obedecer, a tomar nota, a escuchar. Al ver que ella no se resistía, los ojos de Hoover fueron suavizando su expresión, como si quisiera pedirle perdón y comprensión por la tristeza que iba a provocarle lo que estaba a punto de suceder.

La llegada del juez Langley la liberó de los ojos de Hoover. Se puso en pie, sintiéndose ligeramente mareada. Volvió a sentarse, obedeciendo las instrucciones del alguacil. El corazón le latía, prisionero de una emoción que no podía definir.

El proceso contra Elliot Hoover se puso en marcha con el desfile de testigos presentados por el fiscal. Cada uno de ellos respondió a la invitación del alguacil de «decir la verdad, toda la verdad y nada más que la verdad» y cada uno de ellos aportó una prueba aislada dentro del complejo marco de la argumentación de Scott Velie.

En el curso de los cuatro días siguientes, doce personas, algunas de ellas completamente desconocidas para Bill y Janice, ocuparon el banquillo de los testigos para relatar escenas que habían presenciado personalmente cerca de la Ethical Culture School o del edificio conocido como *Des Artistes*.

Tres mujeres, una de ellas con todo el aire de ser abuela, y a la que Janice recordó vagamente como parte del grupo que diariamente esperaba la salida de los niños frente al colegio, se sucedieron en el banquillo. Cada una contó aproximadamente la misma historia. Habían visto a un hombre con bigote negro y patillas rondando la puerta del colegio por la mañana a la hora de entrada a clases y por la tarde a la hora de la salida. Ninguna, sin embargo, podía reconocer a ese hombre como el acusado.

Tampoco Ernesto Pucci y Dominick D'Alessandro pudieron establecer esa conexión. Los dos se sentían incómodos sin su uniforme color cereza cuando subieron al banquillo para declarar que Elliot Hoover había entrado en el vestíbulo del edificio donde vivía el demandante por lo menos en cuatro oportunidades distintas con el expreso deseo de «visitar a los Templeton».

—¿Podría describirnos el comportamiento del acusado en esas ocasiones? —preguntó Velie a Dominick.

—¿Comportamiento?

—¿Cómo actuaba? ¿Parecía nervioso, preocupado?

—Oh, sí, especialmente cuando no le dejaban subir.

—Bien, señor D'Alessandro —continuó Velie—, hablemos de la primera vez que usted vio al acusado. Describa lo que pasó.

—La primera vez que fue a *Des Artistes* no pasó nada. No hubo problemas, porque le dejaron subir.

—¿Y las otras veces?

—Si quiere saber mi opinión puedo decirle que parecía sentirse muy desdichado cuando no le permitían subir.

—¿Vio al acusado en la mañana del 12 de noviembre?

—Sí.

—¿Qué impresión le produjo?

—Estaba feliz porque había sub-alquilado un apartamento en el edificio, y podía subir a ver a los señores Templeton cada vez que quisiera. No se le podía impedir que usara el ascensor, ¿verdad?

Hubo una explosión de carcajadas y de martillazos sobre la mesa del juez, pausa que aprovechó Scott Velie para ir hasta su mesa y consultar algunos apuntes.

—Bien, señor D'Alessandro —el tono de Velie pareció indicar que se estaban aproximando al punto crucial—, ¿podría relatar al jurado lo que pasó la noche del 13 de noviembre, fecha del supuesto secuestro?

Dominick asintió y se lanzó en una descripción detallada, que había preparado

cuidadosamente, de sus acciones y pensamientos. Era un relato preciso de los sucesos de esa noche, y lo narraba con un dramatismo y fervor que hicieron que Janice se sintiera orgullosa de Dominick.

—Piense, señor D'Alessandro, puede tomarse todo el tiempo que necesite, y díganos ¿no hubo otra ocasión, entre la primera y la última, en la que el señor Hoover se mostró contento, o por lo menos no se manifestó desdichado?

Dominick meditó la pregunta largo tiempo antes de responder:

—Sí. Hubo otra vez, entre la primera y la última, en la que el señor Hoover pudo subir. El señor Templeton estaba fuera de la ciudad en un viaje de negocios y la señora Templeton le permitió subir a verla.

—Así es efectivamente. ¿Estaba contento entonces el señor Hoover?

—No sabría decirlo.

Hubo risas sofocadas en la sala, rápidamente silenciadas por el martillo del juez.

—Usted ha dicho que al señor Hoover le hacía sentirse muy desdichado el que *no* se le permitiera subir al apartamento de los Templeton, ¿no es así?

—Sí, señor, así es.

—Cuando la señora Templeton le invitó a subir, ¿el acusado se mostró contento?

—Sí, supongo que sí.

—Eso es todo.

Bill vio cómo Janice se sobresaltaba cuando la llamaron a declarar, y agradeció el guiño de ánimo de Scott Velie antes de despedir al testigo. Sabían que la defensa pensaba utilizar como baza importante la declaración de Janice sobre la noche que invitó a Hoover al piso, y estaban preparados para «manejar» la situación. Sin embargo, a pesar de todas las seguridades que le había dado Scott, y de su despliegue de confianza en que controlarían perfectamente todo, Janice temía el momento en que debería ponerse de pie y caminar hasta el banquillo de los testigos para responder preguntas respecto a aquella noche.

El procedimiento legal progresaba con lentitud, pero sin detenerse. Día tras día se reunían nuevos fragmentos de información, que aportaban los testigos, y se presentaban al jurado para ayudarles a dar un veredicto que fuera justo, «más allá de la sombra de una duda».

Trabajando sin descanso, el ágil y decidido fiscal llamó a Carole Federico al banquillo para que contara las dos perturbadoras llamadas telefónicas que había recibido de Hoover durante la ausencia de Janice. Su narración de los sabrosos comentarios con que le había reprochado su conducta arrancaron carcajadas de todos los presentes, incluido el juez.

Los testigos siguientes fueron los dos policías que habían arrestado a Hoover. A continuación desfilaron los vecinos de los Templeton que habían presenciado el modo en que Hoover había golpeado a Bill esa noche, hacía dos meses. Todos, «con la

ayuda de Dios», relataron su versión de los acontecimientos, que fue registrada y guardada en los archivos de la sala, así como en la memoria de los jurados, junto con los demás hechos referentes al caso.

Brice Mack tuvo pocas objeciones que formular y aún menos preguntas que hacer a estos testigos, permitiendo que se marcharan sin interrogarles a todos menos a uno. Deseaba que el policía Noonan confirmara que Hoover había abierto la puerta finalmente, a pesar de su reticencia inicial, respondiendo a la petición de los agentes.

—No fue una petición, señor —respondió Noonan tenso—, sino una orden. Y sólo lo hizo cuando le amenazamos con llamar a una patrulla.

—Pero *abrió* la puerta voluntariamente, ¿no es así?

—Sí, señor —dijo el policía irónico—, le persuadimos para que lo hiciera.

Pálida y con ojos asustados, Janice se incorporó al ir y venir del tribunal como si ella fuera un muñeco manejado con hilos invisibles.

El viernes, antes de la suspensión de la sesión durante el fin de semana, ocurrió algo que la hizo salir de su estado de indiferencia voluntaria.

Sucedió poco después de que regresaran de almorzar y se estaba preparando todo para que comenzara la sesión. Bill estaba conversando con Scott Velie junto a la barandilla. El testigo que había prestado declaración por la mañana había sido el doctor Kaplan, y se había producido una discusión sobre la pertinencia de algunas de las preguntas de Brice Mack. Su interrogatorio seguiría por la tarde. La defensa deseaba saber la razón por la que los Templeton habían llamado al doctor Kaplan esa noche, y cuál era la naturaleza de la enfermedad de Ivy. Velie había objetado, afirmando que la pregunta no era procedente porque excedía los límites de la observación directa y violaba el secreto médico. «El doctor Kaplan no puede prestar declaración sobre el tratamiento que prescribió a la niña ni sobre las razones que impulsaron a sus padres a llamarle.»

El juez Langley aceptó la objeción de Velie, pero Brice pidió permiso para llamar al doctor Kaplan como testigo de la defensa, y solicitó autorización del juez para hacer preguntas que excedieran el límite de la observación directa, ya que resultaban necesarias para la argumentación de la defensa. Después de considerarlo un momento, y no sin titubear, el juez Langley informó a Kaplan que debía estar disponible, pero no concedió la petición de Brice porque quería pensarlo durante el almuerzo.

Ahora, habían vuelto a la sala, y Bill y Scott planeaban la estrategia que seguirían para oponerse a los intentos de la defensa de obtener información sobre la naturaleza de las pesadillas de Ivy, en caso de que el juez aceptara la propuesta de Brice Mack.

Momentos después de que Janice se hubiera sentado y cuando miraba distraída cómo el artista daba los toques finales a un boceto de Scott poniéndose de pie para objetar una pregunta, un periodista se acercó muy despacio desde la tribuna de

prensa, y ocultando con su cuerpo su gesto para que Bill no le viera, le puso en la mano un pedazo de papel. Antes de que pudiera reaccionar, el hombre se había alejado y caminaba de prisa en dirección a su sitio, en el centro de la tribuna de prensa, detrás de la mesa de la defensa.

Janice tardó varios minutos en reunir el valor necesario para examinar el trozo de papel. Cuando lo hizo, procuró que no la viera nadie. Era un papel amarillo y estaba doblado. Pensó que se trataba de un mensaje de Hoover, y no se equivocaba. Sin embargo, al abrirlo le sorprendió no encontrar su escritura minúscula sino dos líneas escritas con letras de imprenta de gran tamaño y llenas de signos de exclamación, que subrayaban la urgencia de su mensaje.

¡¡TEMO POR LA NIÑA!! ¿¿ESTA BIEN??

¡¡¡POR FAVOR, POR FAVOR, HÁGAMELO SABER!!!

E. H.

Conciso, directo, aterrador como un telegrama portador de malas noticias, hizo que Janice se estremeciera y, temblando, hiciera una pelota con el papel y lo dejara caer al suelo.

Furtiva, subrepticamente, con el corazón dando saltos en su pecho, Janice se atrevió a mirar a Hoover. Vio que sus ojos buscaban los suyos y una vez que se encontraron le clavó la vista, haciéndole sentir toda la fuerza, la súplica, la angustiada intensidad de su petición de una respuesta para aquella pregunta.

En ese momento, el juez Langley hizo su entrada en la sala, obligando a todo el mundo a ponerse de pie. Sus ojos siguieron mirándose durante toda la letanía del alguacil. Temerosa ante la vuelta inminente de Bill a su asiento, Janice permitió que las líneas de su rostro se suavizaran hasta formar algo parecido a una sonrisa y con un gesto apenas perceptible de la cabeza le hizo saber que Ivy se encontraba perfectamente. Hoover suspiró e inmediatamente se relajó. El miedo y la preocupación desaparecieron de su rostro que se llenó con una mirada de gratitud y una sonrisa tan llena de ternura que Janice tuvo que obligarse a mirar hacia otro lado para no traicionarse dejando ver una emoción que posiblemente lamentaría más tarde.

La monótona voz del juez que hablaba sobre la proposición de Brice Mack, servía de música de fondo a los pensamientos de Janice, todavía preocupada por el contenido del mensaje de Elliot Hoover. Alguna premonición tenía que haberle provocado esa preocupación repentina. Demasiadas cosas habían sucedido en sus vidas como para que pudiera dudar de él ahora. Si había tenido alguna intuición sobre la seguridad de Ivy, ella estaba obligada moralmente a actuar en consecuencia. Su primer pensamiento fue que las pesadillas habían vuelto, que Audrey Rose había logrado introducirse con éxito en el subconsciente de Ivy y que estaba llamando a su

padre, sentado en una celda a setenta y cinco kilómetros de distancia, y que el señor Hoover había recibido el mensaje. Pero si fuera así, con toda seguridad desde el colegio habrían intentado ponerse en contacto con ellos. En todo caso, tenía que llamar a Mount Carmel y hablar con Ivy. ¡Inmediatamente!

Ponerse de pie y abandonar la sala en medio del solemne discurso del juez centraría la atención en ella, y podía incluso desagradar a Langley, pero no había otra solución. Debía buscar un teléfono. Se volvió hacia Bill para susurrarle que no se sentía bien, y se abrió paso hasta el pasillo lateral.

La voz del juez se interrumpió en mitad de una frase cuando escuchó el zumbido, como el de una nube de langostas, que acompañó a Janice hasta la salida. Con un ligero golpe de martillo llamó la atención de todo el mundo por tan inoportuna interrupción.

Janice encontró un teléfono en un hueco entre los lavabos para hombres y los de mujeres, al final de un larguísimo corredor. Estaba contenta de haberse aprendido de memoria el número del colegio, y de tener el bolso lleno de monedas por si se presentaba alguna eventualidad como ésta. Pasaron cinco minutos antes de que pudiera escuchar la voz de Ivy al otro lado del teléfono.

—¡Mamá, qué bien que hayas llamado! ¿Pasa algo? —la voz era alegre, exuberante, saludable, ¡gracias a Dios!

—No pasa nada, sólo que me sentía un poco sola —respondió aliviada—. ¿Y cómo están las cosas por allá?

—¡Fantástico!

—¿Duermes bien?

—Sí, aunque poco. Aquí nos despiertan a las seis para las oraciones de la mañana. ¿Sabes qué estaba haciendo cuando llamaste?

—No, ¿qué? —preguntó, tratando de que su voz sonara normal.

—Estaba en clase de Álgebra —dijo Ivy con disgusto—. La hermana Margaret Mary estaba a punto de llamarme para preguntarme. Lo sé por la forma en que me miraba...

Mientras Ivy hablaba, Janice la escuchaba con esa concentración risueña que tienen las madres cuando comparten un momento de alegre intimidad con su hijo, pero apenas prestaba atención a sus palabras. Su mente estaba saturada de otro tipo de preocupaciones. Las noticias sobre el juicio aparecían en todos los periódicos y en la televisión, ¿era posible que Ivy todavía no supiera nada? Ciertamente, las monjas habían prometido hacer lo posible para defender a Ivy de su impacto, pero Mount Carmel distaba mucho de ser una orden de clausura en la que hubiera que guardar un silencio estricto. Había televisión, y muchas de las chicas tenían radio. Cuánto tiempo sería posible mantener a Ivy ignorante de lo que estaba pasando era un misterio para Janice.

—... y el monigote de nieve, se llama Silvestre, mide más de cinco metros, no le llegamos ni a los hombros.

Ivy hablaba entusiasmada, y Janice volvió a prestarle atención.

—Mina dice que va a medir siete metros cuando lo hayamos terminado, que vamos a batir el récord del colegio.

Silvestre era un monigote de nieve que formaba parte de la tradición anual de Mount Carmel, un proyecto en el que trabajaban en equipo todas las alumnas.

—Me alegra saber que ya no tienes tos —logró decir Janice.

—Todavía toso un poco por las noches y la enfermera dice que aún tengo secreciones nasales, pero que no es nada grave —bajó el volumen de la voz hasta convertirla en un murmullo—. Jill O'Connor ha tenido la regla. Por lo menos eso es lo que le ha dicho a Mina. Y sólo tiene nueve años. Mamá, ¿tú le crees?

—No, no lo creo —dijo Janice riendo—. Me parece que esa Jill O'Connor es una embustera.

—Es una *mentirosa* —afirmó Ivy con repentina vehemencia—. Ha estado diciendo las cosas más increíbles sobre mí en el colegio.

—¿Qué cosas? —preguntó Janice preocupada.

—Dice que yo soy dos personas, que soy una especie de monstruo, y que mi nombre sale en todos los periódicos y en la tele.

Janice vaciló antes de afirmar:

—Eso es una tontería.

—Ya lo sé —dijo Ivy con tono alegre—. Además, ahora no nos permiten tener radios ni ver la televisión. La madre Verónica Joseph lo ordenó así la semana pasada. Las hermanas lo inspeccionaron todo y se las llevaron.

Janice tuvo otro momento de vacilación antes de decir:

—Papá y yo tenemos muchas ganas de verte mañana —se esforzó en poner una nota alegre en su voz.

—Nosotras también. Mina ha decidido pedir chuletas de cerdo y patatas fritas para comer. Aquí casi nunca nos dan carne.

Era imposible ocultar a Ivy la verdad. Tarde o temprano habría que decírsela, y Janice pensaba que cuanto antes mejor.

Cuanto antes.

Este fin de semana.

Agitada, llena de presentimientos pesimistas, Janice postergó su vuelta a la sala hasta el último minuto. Pasó largo rato en el lavabo de señoras empolvándose y restaurando su maquillaje hasta que temió que una ausencia tan prolongada podría despertar la curiosidad de Bill. Estaba segura de que si no volvía pronto mandarían a un policía femenino a buscarla.

Una hora y veinticinco minutos después de haber salido volvió a estar de pie ante las puertas dobles. Cogió el picaporte de cobre y la puerta se abrió silenciosamente y apareció el guarda. Le sonrió, hizo un gesto con la cabeza, y mantuvo gentilmente la puerta abierta para que ella pasara. Ella le dio las gracias al entrar y cruzó el umbral.

La escena con la que se encontró le impidió seguir avanzando. Afirmándose al picaporte de la puerta interior, incapaz de moverse, miró a Bill sentado en el banquillo de los testigos. Brice Mack le estaba bombardeando a preguntas.

No le sorprendía que le hubieran llamado a declarar, pero le impresionó mucho que le llamaran tan pronto. Estaba segura de que muchos otros testigos desfilarían antes que él por el banquillo, Russ, Harold Yates, por ejemplo. Sin embargo, por alguna razón, Scott Velie había adelantado su turno, lo que probablemente significaba que ella declararía a continuación. Tal vez hoy mismo, ya que todavía era temprano. Janice se aterró. No había pensado que tuviera que prestar declaración hoy. No estaba preparada ni se sentía con fuerzas para resistir una prueba tan penosa. Había contado con tener tiempo, por lo menos un fin de semana, para reflexionar, ordenar sus pensamientos, organizar sus ideas. No tenían derecho a arrojarla así sobre el banquillo.

La vuelta a su sitio no provocó ninguna reacción entre los espectadores. Todos estaban pendientes de lo que estaba ocurriendo en el banquillo.

Brice estaba de pie con los brazos cruzados sobre el pecho y le lanzaba una pregunta tras otra a Bill, sentado a escasos centímetros de él.

—Usted ha declarado bajo juramento que cuando le ordenó al señor Hoover que se marchara, éste le hizo saltar por sobre su cabeza. ¿Es así?

—Así es.

—Y que antes de este acto de hostilidad por parte del señor Hoover usted no había hecho nada, ni un movimiento, ni un gesto, ni un roce físico, que pudiera haber provocado esta reacción brusca y aparentemente arbitraria de parte del señor Hoover. ¿Es así?

—Así es. No llegué a ponerle una mano encima —respondió decidido, omitiendo decir, sin embargo, que no había tenido tiempo de hacerlo.

La defensa pareció que iba a seguir haciendo preguntas sobre este episodio, pero sin duda cambió de idea y preguntó:

—¿Podría decirnos exactamente qué pasó cuando el señor Hoover aflojó la presión de su carótida, presión que le había provocado a usted una parálisis, señor Templeton?

—Ya se lo he dicho, mi mujer se aproximó para ayudarme, y ése fue el momento que aprovechó para entrar al piso y cerrar la puerta.

—Sí, eso es lo que nos ha dicho, pero desearía que hiciera un esfuerzo por recordar. ¿No le pidieron que entrara al piso?

—¿Pedirle que entrara?

—Sí. Ivy se lo estaba pidiendo.

Bill titubeó, después dijo:

—No entiendo lo que quiere decir.

—Lo que quiero decir, señor Templeton, es que los patéticos gritos de Ivy, sus llamadas desgarradoras, se podían escuchar en todo el piso y el señor Hoover los consideró como una llamada para ir a socorrerla, porque tenía derecho a hacerlo. ¡Eso es lo que quiero decir!

—Yo no oí ni gritos ni ruegos —dijo Bill, y negó con la cabeza.

—¿Entonces no es cierto que Ivy, poco antes de la llegada del señor Hoover, tuvo una pesadilla, una de esas pesadillas de las que no se la puede despertar y que resulta tan peligrosa que les ha obligado a usted y a su esposa a atarla a su cama?

—Un momento —interrumpió Velie—. Objeto la forma en que se ha hecho la pregunta. La respuesta puede prestarse a ambigüedad y lo que es más grave, excede los límites de la observación directa.

—Se acepta la objeción —declaró el juez.

Brice se encogió de hombros y volvió a dirigirse a Bill.

—El testigo puede retirarse, pero ruego a Su Señoría que le pida que esté disponible para que la defensa pueda llamarlo como testigo cuando lo estime conveniente.

—El testigo queda informado de lo que ha dicho la defensa —el juez miró a Scott Velie y preguntó—: ¿Quién es su próximo testigo?

Janice cerró los ojos y tensó los músculos de su cuerpo para recibir el golpe, pero éste no se materializó. Hubo una demora porque Scott estaba aprovechando el momento para presentar el certificado de nacimiento de Ivy. Bill se abrió paso por el pasillo y volvió a su asiento mientras se exhibía el certificado de nacimiento de Ivy, catalogado como Prueba Número Uno del Pueblo, y quedaba inscrito en las actas con ceremoniosa formalidad.

Janice se inclinó hacia Bill, triste y preocupada y le dijo en un susurro agudo:

—No estoy preparada para declarar.

—Todo saldrá bien —respondió Bill, poniendo una mano sobre la rodilla temblorosa de su mujer.

—¿Qué pasó con Russ y Harold Yates? ¿Por qué no los ha llamado?

—Los ha reservado como testigos para después que la defensa haya presentado su caso.

—No estoy preparada para declarar —repitió Janice, el rostro rojizo, afiebrado.

—Llame a su próximo testigo —ordenó el juez.

—Mi próximo testigo —anunció Velie— es la señora Templeton.

Janice se puso de pie y casi de inmediato comenzó a sentirse peor. Su cara, roja y afiebrada hasta entonces, empalideció. Estaba segura de que se desmayaría antes de llegar al banquillo de los testigos.

Un desusado silencio presidió el torpe avance de Janice por el pasillo. La sangre parecía hervirle y azotar su cabeza. Mecánicamente caminó hasta la puerta que se abría en la barandilla, cada uno de sus pasos vacilantes, parecía el resultado de una fuerza interior que escapaba a su control y comprensión. Pensó que seguramente había sido bajo esta disociación irresistible que la nobleza francesa había subido las escaleras del patíbulo para tener su *tête-a-tête* con Madame La Guillotine.

En el banquillo de los testigos levantó su mano derecha, juró decir la verdad y se sentó, acatando las instrucciones del alguacil.

Scott Velie se acercó con un semblante amable y compasivo.

—¿Nombre completo, por favor?

—Janice Gilbert de Templeton.

—¿Es usted la esposa de William Templeton?

—Sí.

—¿Y la madre de Ivy Templeton?

—Sí.

—¿La niña nació de usted?

—Sí.

—Señora Templeton, tenga la bondad de describir los sucesos acontecidos entre la fecha en la que vio al acusado por primera vez y el día en que él se llevó a Ivy a su casa.

Janice tragó saliva, se aclaró la garganta y luchó por recuperar la voz. El que lo consiguiera y sonara fuerte y autoritaria fue otro de los enigmas en una tarde llena de enigmas. El sonido de su voz le devolvió la confianza, y pronto se escuchó hablar, cada vez más deprisa.

Scott Velie preparó con la confianza y la seguridad de una mano maestra la historia que él quería que el jurado escuchara de labios de Janice. En ningún momento le permitió que perdiera consistencia, que la embelleciera, que desarrollara ciertos puntos o se aproximara a zonas que pudieran servir a la defensa para su interrogatorio, y que pudieran resultar perjudiciales para su causa. Incluso Brice Mack tuvo que reconocer que llevó a cabo una asombrosa proeza de malabarismo

legal.

Finalmente, Velie se volvió hacia el abogado defensor y dijo:

—Puede interrogar a la testigo.

—Su Señoría —empezó a decir Brice y luego hizo una pausa, gozando con sádico placer en atormentar a la asustada mujer que se sentaba en el banquillo—, me temo que mientras no se pueda interrogar a la señora Templeton sino sobre los sucesos de los que ha sido testigo presencial, no tiene objeto que le haga preguntas. Sin embargo, hay muchas cosas interesantes que la testigo podría decirnos, y lo mismo afirmo del testigo que la precedió en el banquillo, hay muchas verdades que han sido suprimidas por el hábil interrogatorio de mi distinguido colega —sus ojos se clavaron fríos y amenazantes en los de Janice cuando advirtió—: Verdades que yo pretendo que salgan a la luz. Por el momento no le haré preguntas, pero deseo que vuelva a comparecer como testigo de la defensa cuando yo lo crea conveniente.

—Muy bien —dijo el juez mientras Brice volvía a la mesa de la defensa—. La testigo puede retirarse, pero debe quedar disponible para comparecer como testigo de la defensa.

Langley se volvió en dirección a Velie, que estaba enfrascado en una conferencia estratégica con su socio, y en tono cortante manifestó su desagrado.

—Señor Velie, si me permite que le interrumpa me gustaría decirle que el tribunal está esperando que llame usted a su próximo testigo.

—Disculpe, por favor —y se puso de pie con una sonrisa—, pero he terminado. No voy a presentar más pruebas por el momento.

—En ese caso —dijo el juez y dio un golpe de martillo sobre la mesa— reanudaremos la sesión el próximo lunes a las nueve de la mañana. El acusado continúa bajo custodia.

Janice se puso en pie, y caminó insegura y con torpeza en dirección a Bill. Sentía una sensación de júbilo, la deliciosa inercia de una persona que se encuentra mareada, pero que ha sobrevivido a un accidente de aviación.

El momento adecuado para decir a Ivy la verdad se produjo la tarde siguiente, cuando acababan de dejar a Mina de vuelta en el colegio y estaban instalados en su suite del Candlemas Inn.

Bill y Janice habían llegado temprano, inmediatamente después del almuerzo, y tuvieron tiempo para asistir junto con otros padres a un ensayo del coro. La belleza rubia de Ivy se destacaba nítida en el grupo de contraltos.

Mientras cantaban el *Kyrie Eleison* de Handel, Janice se dio cuenta del interés y curiosidad que habían despertado con su presencia, de las miradas de complicidad, de los murmullos que flotaban a su alrededor como briznas de paja en un temporal.

Más perturbadoras aún eran las miradas de las chicas cuando pasaron por entre ellas para salir de la capilla al patio cubierto de nieve. En el centro había un monigote

de nieve sin cabeza.

Ivy y Mina fueron las últimas en salir. Iban cogidas de la mano y caminaron lenta y displicentemente hasta ellos. Las dos tenían una valiente sonrisa ante la tragedia.

—Hola papá, hola mamá —dijo Ivy sin ningún entusiasmo—. ¿Recordáis a Mina?

—Por supuesto, princesa —respondió Bill con una sonrisa—. ¡Hola, Mina!

—Hola, señor Templeton. Hola, señora Templeton —saludó Mina.

—Hola, Mina —respondió Janice, completando el círculo de saludos.

Bill se inclinó para besar a Ivy, que retrocedió casi imperceptiblemente. Janice se dio cuenta y dijo:

—¿Vais a trabajar en el monigote de nieve?

—No, hoy no. No tenemos ganas.

—No —repitió Mina con desagrado—, hoy no tenemos ganas.

—Bien —propuso Janice en un arrebató de entusiasmo—, entonces ¿por qué no os preparáis para nuestra pequeña fiesta de esta noche?

La perspectiva de ir a comer fuera logró finalmente que Mina saliera de la oscuridad que parecía envolverla. Después de ducharse y vestirse con los vestidos más bonitos, que sólo podían usar los fines de semana o para salir con la familia, Bill y Janice cruzaron el patio frente al hombre de nieve todavía en construcción y entraron al sector del colegio destinado a la administración.

—Una de nuestras alumnas entró algunos periódicos de contrabando. Creemos que se trata de Jill O'Connor, pero no estamos seguras.

Varios ejemplares del *Guardian*, de Westport, estaban desparramados sobre el escritorio de la madre superiora. Sus titulares decían: «Jurados escuchan grabación en el caso del secuestro.»

Los ojos de la madre Verónica Joseph conservaban su mirada tierna y compasiva, pero algo en su cara había cambiado y a Bill le pareció que se había endurecido, que era más severa, adusta incluso.

—Hablaré con los padres hoy, antes de que se marchen, y les pediré que colaboren con nosotras. También he pedido al padre Paul que hable con las niñas durante la misa de la mañana.

Bill se inclinó hacia adelante en la silla.

—Le agradezco mucho todo lo que ha hecho, madre, para que nuestra hija no se enterara de nada. Ivy nos habló de la prohibición de leer periódicos y escuchar la radio.

La cara de la monja pareció suavizarse levemente.

—Mi corazón y mi simpatía están con Ivy, y con ustedes —dijo en un murmullo que era más apropiado para el confesonario que para una oficina—; por eso les ruego que traten de comprender lo que voy a decirles. Las órdenes que di y las medidas que

hice tomar para impedir que la historia del secuestro entrara a Mount Carmel, no tuvieron como único objetivo beneficiarles a ustedes. Lo hice por todas las niñas, y por el colegio. No hay duda alguna de que Ivy ha sido la víctima inocente del extravío de un pobre hombre y merecía toda nuestra protección. Pero un riesgo similar, si no mayor, era que el colegio se convirtiera en víctima inocente de la fama de una de sus alumnas. Eso ya ha ocurrido y, como ustedes saben, es algo que muy pocas instituciones de este tipo pueden resistir durante mucho tiempo.

—Lo que significa —dijo Bill mientras caminaba con Janice para ir a buscar a Ivy y a su amiga— que debemos empezar a buscar otro colegio.

—De ningún modo ha dicho eso.

—Puede que no, pero es lo que quería decir.

Sí, pensó Janice, es cierto. Algo en su voz decía que si el problema no se resolvía pronto ella se vería obligada a tomar medidas.

La comida con las chicas resultó tranquila, comieron mucho y hablaron poco. Ivy parecía concentrada en sí misma y remota, pero se comió sus chuletas con patatas fritas e incluso ayudó a Mina a tomar un segundo postre. Bill sorprendió varias veces a su hija mirándole perpleja, como si quisiera decirle: «¿Qué significa todo esto? ¿Qué pasa?»

Fue Bill quien se hizo cargo de la responsabilidad de ponerle al corriente. Janice estuvo presente en el pequeño saloncito, que por la noche se convertía en el dormitorio de Ivy, cuando apoyada en unos cojines y bien abrigada se enteró de lo que estaba pasando. Bill le contó todo con delicadeza, comprensión y absoluta franqueza. Omitió una sola cosa: las pesadillas.

—Pero, ¿es posible? —preguntó Ivy en un tono que conjugaba la más completa incredulidad con un matiz de excitación.

—No, princesa —respondió Bill—. Pero el señor Hoover cree que es posible. Trata de entender, Ivy —prosiguió más suavemente— que cuando un padre pierde a una persona a la que ama muy profundamente, y en su caso fueron la esposa y la hija, su dolor y su herida pueden ser tan grandes que le lleven a rechazar mentalmente lo que ha pasado. Y cuando se halla en tal situación, una persona está dispuesta a creer cualquier cosa para seguir viviendo. Ese es el caso del señor Hoover. Cuando perdió sus seres amados no pudo aceptarlo y se dedicó a buscar todo tipo de explicaciones para lo que le había ocurrido. Lo más triste de todo es que hubo personas, gente perversa, que se mostraron dispuestas a decirle precisamente lo que él quería oír. Así fue como llegó a creer que su hija muerta había vuelto a nacer en tu cuerpo. Como ves, princesa, no fue culpa suya. Sólo ha sido víctima de su propio dolor.

Hubo un largo silencio. Ivy lanzó un largo y desolado suspiro y dijo:

—¡Qué cosa más triste! Recuerdo cuando esperaba en la puerta del colegio, y cuando me acompañó a casa. Parecía tan simpático.

—Tal vez sea simpático, princesa, y le hayan engañado. Vamos a creer que de eso se trata, ¿qué te parece?

Ivy asintió, miró a Janice y comentó:

—¿No te parece extraño que no me acuerde de nada, ni que me sacara de la cama, ni de que me llevara a su casa?

—Estabas dormida —respondió Janice.

Ivy movió la cabeza y alzó las cejas en una expresión de asombro.

—Con razón todas me miraban de esa forma extraña. Soy un verdadero monstruo.

—No eres un monstruo —explicó Bill—. Ya te lo he dicho antes. Tú no eres más que la víctima de las alucinaciones de un hombre, de un hombre que va a estar en la cárcel durante mucho tiempo para pagar por lo que ha hecho. Cuando te miren en forma extraña, te digan algo, o murmuren a tus espaldas, recuerda lo que acabo de decirte, ¿lo prometes? No tienes nada que temer y absolutamente nada de qué avergonzarte. Y si aquí se ponen las cosas desagradables me lo dices y vendré a buscarte para llevarte de vuelta a casa.

Ivy se entristeció.

—Ojalá no tenga que marcharme. Me gusta mucho estar aquí.

A las tres de la madrugada unos ruidos procedentes del dormitorio de Ivy despertaron a Janice. Estaba tosiendo. Los espasmos eran agudos, doloridos.

Rápidamente se dirigió a la salita y cerró la puerta apenas entró para que Bill no despertara. Encendió la luz y con profunda sorpresa descubrió a su hija sentada en la cama, la cabeza hundida entre las rodillas. Tosía y respiraba con dificultad. Janice se aproximó a ella, la abrazó y empezó a darle golpecitos en la espalda para intentar que cesaran los violentos espasmos.

—La medicina está en mi bolsa —consiguió decir Ivy entre estertores.

El frasco tenía una etiqueta que decía: «Bébase sólo cuando sea necesario.»

Ivy bebió directamente de la botella porque no había ninguna cuchara a mano. Cualquiera que fuera el contenido su efecto fue casi instantáneo y muy pronto la tos desapareció, dejándola exhausta y temblorosa.

—¡Vaya tos! —comentó Ivy, el rostro rojo, los ojos llorosos.

Janice estaba alarmada por la fuerza e intensidad del ataque.

—¿Te ocurre lo mismo todas las noches?

—Sí. Casi todas las noches de la semana tuve tos, pero nunca tan fuerte como ahora.

—Mañana te llevaré al médico.

—Bueno —tragó saliva y dijo—: ¿Mamá?

—¿Sí? —le palpó la frente. Estaba fresca.

—Sería fantástico, ¿verdad?

—¿El qué?

—Que fuera cierto lo que cree el señor Hoover. Que todos vivimos y vivimos y vivimos para siempre y nunca, nunca, nunca morimos.

La frase tenía algo onírico que sumió a Janice en un estado especial, y pensó en el rostro de Elliot Hoover: amable, dolorido, inquieto. Estrechó a Ivy contra su pecho, y hundió su cara en el cabello rubio de su hija antes de murmurar:

—Sí, sería fantástico. Realmente maravilloso.

Los dos hombres se enfrentaban por sobre la mesa metálica que estaba en el centro de la pequeña habitación, desnuda de adornos y sin ventanas. Los tubos fluorescentes proyectaban sus sombras sobre los papeles y carpetas que había entre ambos, y daban a sus rostros una severidad e inmovilidad de máscaras fúnebres. Salvo el zumbido del aire acondicionado y el sonido de sus voces, la sala estaba tan silenciosa como una bóveda.

Elliot Hoover había pedido que se celebrara esta reunión y la había dirigido durante toda la última hora. La estrategia de la defensa había sufrido una serie de transformaciones. A última hora se le ocurría rechazar testigos, sugerir cambios y solicitar nuevas pruebas y declaraciones.

Brice Mack, sentado bajo la luz, secaba su cara con un pañuelo que a esas alturas estaba convertido en una pelota húmeda, y miraba sorprendido a un cliente imperturbable que daba instrucciones que se transformaban en órdenes si se las discutía u objetaba.

La discusión había comenzado al analizar la intervención de Grupta Pradesh, el célebre maharishi de Ghurni que estaba alojado en el Waldorf y que sería el primer testigo. Elliot Hoover no conocía a Pradesh personalmente, pero estaba familiarizado con sus antecedentes y trabajos y lo consideraba la persona indicada para informar al jurado sobre algunos de los aspectos más complejos de la religión hindú. Sin embargo, debido a la indiscutible santidad del mahanshi, y a la reverencia con que le trataban todos sus seguidores, pidió a Brice que se abstuviera de hacer preguntas vulgares y se ciñera sólo a los temas más elevados, eliminando todo lo que pudiera parecer habladerías y trivialidades profanas al tratar el tema de la reencarnación. Era un golpe para la línea de defensa preparada por Mack, que protestó:

—¡Pero tiene que saber de casos concretos de reencarnación! La presentación de ejemplos tangibles nos ayudaría mucho a reforzar nuestra posición.

—No hay duda de que puede citar muchos casos —replicó Hoover suavemente—, pero atentaría contra su dignidad discutir ese tipo de cosas en público. Trate de entender, por favor, que el mahanshi es un individuo sujeto al mismo tipo de secreto que el que obliga a un sacerdote católico en la confesión, y que usted debe tratarle con todo el respeto que merece un hombre de su posición.

Brice hurgó en su cartera para buscar un Kleenex, pero no encontró ninguno.

Estaban de acuerdo en la forma de tratar al segundo testigo que, igual que Grupta

Pradesh, era un experto en religiones orientales pero que, a diferencia del maharishi, era un sabio estadounidense, profesor emérito de Estados Religiosos en una de las más importantes universidades del país. Se trataba de alguien cuyo solo nombre conjuraba todo el folklore nacional, desde la batalla de Lexington hasta las cumbres envueltas en su sudario de niebla de las Montañas Rocosas.

La declaración de James Beardsley Hancock respecto de las leyes específicas del Karma pesaría mucho en el jurado, pensaban Mack y sus colaboradores, no sólo porque la haría un hombre blanco, de origen estadounidense, sino porque ésa era la fe que él mismo profesaba. Tal como había dicho Hoover: «Estaba dentro de la cosa, y eso le convertía en el hombre indicado.»

Hubo una gran discusión respecto a la inclusión del tercer testigo, la «experta» Marion Worthman, que afirmaba poseer dotes ultra sensoriales, se autodenominaba bruja, vidente y devota propagandista y exégeta de la Biblia, una mujer que podía sintonizar telepáticamente con la mente y el cuerpo de una persona y proporcionar información sobre las vidas presentes y pasadas de dicha persona.

Aunque sus simpatizantes podían contarse por decenas de miles y sus libros encabezaban las listas de los libros más leídos, Elliot Hoover se opuso a que se la citara a prestar declaración, porque temía que su aparición se convirtiera en un espectáculo, que era precisamente lo que la defensa esperaba que ocurriera y la razón por la que había decidido que compareciese.

Hoover se mostró escéptico. Pensaba que su mayor ayuda se la proporcionarían los Templeton y Carole Federico el día que fueran llamados a declarar.

—Ellos estaban presentes —insistía—. Ellos estaban presentes y vieron a la niña durante su pesadilla y cómo me respondía cuando la llamaba Audrey Rose. Saben cuál es la verdad y hay que obligarles a que la digan.

—¿La verdad? —dijo Brice, repentinamente agotado—. ¿De qué verdad me habla? ¿La suya? ¿La de ellos?

—Las dos no son más que una sola verdad.

Brice suspiró exhausto y dijo:

—¿Nunca le han contado esa historia de los tres ciegos a los que se les pide que describan a un elefante? Cada uno de ellos describió lo que palpó con sus manos, y cada descripción era distinta de las otras dos. Sin embargo, los tres estaban diciendo la verdad.

Hoover le miró perplejo.

—Lo que estoy tratando de explicarle es que aunque cuatro personas hayan sido testigos de un mismo suceso, en este caso la pesadilla de la niña, eso no quiere decir que todos hayan tenido que ver necesariamente la misma cosa. Más aún, estoy dispuesto a apostar que tendremos cuatro interpretaciones diferentes de lo que pasó allí esa noche.

—Janice Templeton conoce la verdad —dijo Hoover en voz baja—. Ella me llamó porque sabía que yo era la única persona que podía hacer algo por su hija.

—Bien —accedió Brice—, y cuando esté sentada en el banquillo la haré hablar de eso, pero no cuente demasiado con lo que ella recuerde o esté dispuesta a admitir que sucedió esa noche.

Hubo unos momentos de silencio durante los cuales Elliot Hoover examinó atentamente a Brice Mack.

—Creo que usted no tiene mucha confianza en que este caso tenga un buen final.

—Dígalo de otra manera y será más exacto. En lo que no tengo mucha confianza es en que los Templeton vayan a rescatarle. Yo me he pasado ocho semanas, y he gastado buena parte de su dinero, preparando un caso que depende en buena medida de las declaraciones de cuatro expertos testigos. Si me permite manejarlos tal y como lo tengo planeado, creo que tenemos muchas posibilidades de convencer, hasta al más escéptico de los jurados de que la reencarnación es una realidad.

—¿En caso contrario?

Brice decidió arriesgarse.

—En caso contrario no creo que usted tenga muchas posibilidades de quedar absuelto.

Hoover estudió detenidamente la cara de su abogado. Después dijo en un tono ligeramente burlón:

—Aprecio su franqueza, señor Mack y permítame a mi vez ser franco con usted. Insisto, y no me importa cuál pueda ser su opinión respecto al desenlace del juicio, en que debe proceder con el mejor gusto y decoro posible. Me doy cuenta de que su ambición personal le impulsa a alcanzar el éxito. Sin embargo, la decisión sobre mi culpa o inocencia ante un tribunal humano no debe servir de plataforma para su egoísmo, ni permitiré que la utilice como base para su autopropaganda. Es mi libertad lo que está en juego, señor Mack, no su reputación. De modo que seré yo quien decida en última instancia todos los pasos que demos en el transcurso del juicio. Si no logra comprenderme, o siente que no puede obedecer mis instrucciones al pie de la letra, le ruego que me lo diga ahora y buscaré a alguien que le sustituya.

—Aceptaré todo lo que usted diga.

Brice aceptó tan pronto, y sin oponer más resistencia a las palabras de Hoover, para conseguir ocultar su profunda sorpresa e impresión. La precisión con que Hoover había atacado sus puntos vulnerables resultaba aterradora. Y se preguntaba: ¿Siempre se verá con tanta claridad lo que pienso y deseo?

Al abandonar los sofocantes alrededores del edificio de los Tribunales, y al salir a las calles heladas y desiertas esa tarde de domingo, Brice Mack comprendió cuán irónico resultaba que estuviera cargando con una cartera llena de papeles que representaban sus esperanzas, ambiciones, y ocho semanas de trabajo, justo ahora, cuando acababa

de verse privado de su capacidad de maniobra, y la cartera ya no servía para nada.

La tentación de arrojarla en un cesto para la basura mientras buscaba en vano un taxi en la esquina de Foley Square, desapareció cuando escuchó una serie de ruidos confusos bajo sus pies al aproximarse al quiosco del metro.

Viajó hasta su casa en un vagón casi vacío, acompañado tan sólo por dos mujeres aterradas y un negro que vomitaba, un cuadro perfecto para acabar un día tan deprimente.

Apretado contra un extremo de su asiento que traqueteaba, rodeado del ruido de las ruedas y gemidos, envuelto en la anonadante fetidez, el joven abogado miró cómo la manecilla de su reloj caminaba inexorable hacia el mañana, y eso le produjo la desagradable sensación de que un destino inexorable se precipitaba como un rayo en su dirección. Fue en ese momento cuando recordó a su madre la noche que entraba al quirófano con menos de un diez por ciento de posibilidades de salir de allí con vida. Sonrió al pensar en la valiente sonrisa que tenía el rostro de su madre cuando le guiñó un ojo para darle ánimos; los dos sabían que ése sería el último gesto físico que compartirían en la Tierra.

Tuvo la primera sospecha del desastre que le esperaba al llegar al edificio de los Tribunales a la mañana siguiente.

Era temprano y se podía tener una relajante y tranquilizadora visión de las calles fangosas y vacías mientras el taxi subía lentamente hacia Foley Square. Al llegar frente al edificio, cuatro autobuses estacionados allí, justo detrás de una camioneta de la televisión, le produjeron el primer estremecimiento de ansiedad. Pagó y subió deprisa las escaleras sobre las que acababan de poner arena.

Hasta en la bóveda cerrada del ascensor se podían escuchar los sonidos rítmicos, que aumentaban de volumen a medida que se iban acercando al séptimo piso, y que explotaron en el alegre canto ¡HARE KRISHNA! ¡HARE KRISHNA! ¡HARE KRISHNA! cuando se abrieron las puertas, dejándole en un pasillo atiborrado por la presencia de más de ciento cincuenta Hijos de Krishna, quienes, como se enteró más tarde, habían llegado allí desde su *gurukula* del Bronx muy temprano, con el objeto de rendir homenaje al venerable santo Gupta Pradesh, el primero de los testigos de Brice Mack.

El pasillo estaba lleno de muchachos y muchachas cuya edad oscilaba entre los trece y dieciocho años. Todos vestían túnicas color azafrán, las mujeres tenían la frente pintada con engrudo y los hombres llevaban los cráneos afeitados, con excepción de una pequeña parte, en la que se dejaban crecer el pelo para que Krishna pudiera cogerles de allí para hacerlos subir al cielo cuando llegara el momento oportuno. Ocupaban todo el corredor y saltaban, tocaban el tambor, agitaban campanillas y cantaban «¡Hare Krishna!» una y otra vez, transformando el ambiente inhóspito y aséptico en un alegre y colorido bazar. Un cordón de sorprendidos policías con cascos y escudos les vigilaban desde que fueran llamados para mantener el orden.

Brice se quedó perplejo ante el espectáculo y el ruido, y tuvo un momento de vacilación antes de sumergirse en la marea de cuerpos que despedían un intenso olor a perfumes exóticos.

Quería llegar hasta el teléfono en el otro extremo del corredor; era importante que se pusiera en contacto con Gupta Pradesh en el Waldorf y le advirtiera que no utilizara los ascensores principales y que entrara por la puerta de servicio.

Con ayuda de un policía, que parecía encantado de tener la oportunidad de abrirle paso a golpes por entre los grupos que bailaban y se balanceaban, Brice logró llegar finalmente al extremo del corredor donde se encontraban los teléfonos. Allí encontró al juez Langley —vestido impecablemente, con un clavel en el ojal, de pie en medio de una nube de focos, cámaras, y ansiosos periodistas— que intentaba contribuir un poco a mejorar su imagen pública y su reputación.

Los periodistas, sin embargo, estaban decididos a impedir que el juez lograra sus

propósitos y en vez de hacer preguntas sobre la reencarnación, tema de actualidad en ese momento, le interrogaban respecto al caso O'Dwyer e insistían en saber cómo había logrado escapar indemne a los tentáculos de la investigación Kefauver, removiendo así los rincones más sombríos de un pasado que el juez hubiera deseado que no se mencionara y que se olvidara.

Del mismo modo que el clavel se marchitó bajo la luz demasiado potente de los reflectores, así también el juez fue perdiendo su buen humor bajo la artillería de preguntas comprometedoras y acabó respondiendo con monosílabos totalmente inadecuados al augusto recinto en el que se encontraba.

Finalmente, en un arrebato de mal genio, Langley se abrió paso por entre sus inquisidores y al grito de: «¡Fuera de mi camino, desgraciados!», llamó a la policía y ordenó que despejaran su camino hasta el despacho.

Una vez libre aquella zona, Brice llamó al Waldorf y se enteró de que el maharishi, acompañado de Fred Hudson, ya había salido del hotel. Abriéndose paso como pudo por entre los Hare Krishnas se dirigió a los ascensores para bajar a la entrada principal, donde intentaría interceptar allí a su testigo.

Alto, esbelto, ascético, vestido con una simple túnica naranja, el color del hábito de los que han renunciado a los placeres terrenos, el santo maharishi Gupta Pradesh permitió que Brice y Fred Hudson, su ayudante, le mostraran el camino que conducía a los ascensores en el oscuro y tenebroso sótano del edificio de los Tribunales. Al llegar los encontraron atestados de cubos de basura, y apenas si quedaba espacio para el ascensorista. Tuvieron que apretarse hasta formar un estrecho nudo, las caras contra la reja metálica de la puerta del ascensor, para poder subir lentamente hasta el séptimo piso.

Las cadencias rítmicas que podían escucharse en el interior de la sala les hicieron saber que los Hijos de Krishna estaban ya dentro, esperando la aparición de su maestro.

Apenas divisaron a Gupta Pradesh se produjo un silencio reverente, y todos los ojos se esforzaron por absorber la forma y la sustancia del santo hombre. La pureza e intensidad de la conciencia que todos tenían de la presencia de Pradesh invadió la sala con tal fuerza que hasta Brice pudo percibir el alto nivel de concentración que irradiaban los Hijos de Krishna.

Con una sonrisa serena y amable, Pradesh alzó su mano para saludar a los Hijos del Señor Krishna y después se dirigió a la mesa de la defensa, donde saludó a Elliot Hoover, que se había puesto en pie para recibirle y lo esperaba emocionado con la mano extendida.

El juez Langley estaba mudo de asombro y su rostro se había contraído en una mueca de sorpresa al ver los amables y gentiles saludos que intercambiaban el testigo, el acusado y el público. Después de dar un martillazo, se dirigió al abogado

defensor en una voz furibunda.

—¡Señor Mack, hace cinco minutos que estamos esperando y me gustaría que comprendiera que se me está acabando la paciencia! Cuando cito el tribunal para una hora determinada deseo que la sesión comience a esa hora exacta y no a otra. Yo mismo estoy siempre presente en la sala a la hora en que he citado a los demás.

—Le ruego disculpe nuestra demora, Su Señoría —se disculpó Mack con una leve inclinación de cabeza—. En cuanto usted lo autorice llamaré a mi primer testigo.

—Puede comenzar.

Brice se volvió y examinó el público presente. Durante unos segundos su mirada se posó en el rostro de Scott Velie, que exhibía un aire de seguridad e indiferencia. Se dio cuenta de que la tribuna de prensa, inmediatamente detrás de la barandilla, estaba llena de rostros familiares y desconocidos, entre los que se incluían el de un sacerdote católico y varios hombres muy morenos, con turbantes, que probablemente representaban a periódicos extranjeros. Le sorprendió comprobar que Janice Templeton no estaba en la sala; su esposo era el único ocupante de la fila destinada a los testigos.

Se aclaró la garganta, y en voz clara y cargada de deferencia hacia su testigo dijo:

—Tengo el honor de llamar a declarar a Su Santidad Gupta Pradesh.

El silencio se hizo aún más profundo cuando el maharishi, que todavía estaba junto a Hoover y el guarda, inclinó la cabeza y caminó lentamente hacia donde estaba Brice Mack.

El alguacil se puso de pie a su lado y con la Biblia en la mano se preparó para tomarle el juramento acostumbrado. Cuando el hindú vio el libro que contiene la verdad revelada de la religión cristiana, hizo un movimiento y empezó a murmurar junto a Brice.

Al cabo de unos segundos, el juez se inclinó hacia adelante y, muy molesto, preguntó:

—¿Qué pasa ahora?

—Se trata de la Biblia, Su Señoría —explicó el abogado—. El maharishi me informa de que no puede jurar sobre un libro religioso cristiano.

—Que jure sobre su propio libro religioso, entonces.

—No es posible, Su Señoría. La fe hindú no reconoce ni fundador ni libros sagrados.

El juez Langley se dirigió al alguacil.

—Hágale jurar con el formulario laico.

Mientras el alguacil buscaba entre las páginas de la Biblia para encontrar la fórmula adecuada, Gupta Pradesh subió ceremoniosamente al banquillo y se volvió para mirar al público. Su cabello largo y rizado enmarcaba un rostro de una suprema serenidad. Sus ojos, que parecían estar contemplando la eternidad, rebosaban calor y

compasión hacia todo lo que miraban.

Finalmente, el alguacil encontró la fórmula del juramento.

—¿Jura solemnemente que la declaración que prestará en este caso y ante este tribunal será la verdad, toda la verdad, y nada más que la verdad, y que si así no fuera podrá ser acusado de perjurio?

—Hasta donde me sea concedido el poder y la habilidad para hacerlo, sí, juro —dijo el maharishi.

Habló en voz alta por primera vez; el acento británico llegó a las alturas y profundidad de la sala con tanta intensidad que produjo un eco de su voz profunda cuando terminó de pronunciar sus palabras.

Era una voz fascinante, que incluso a Bill le produjo escalofríos, y que provocó una reacción inmediata en los Hijos del Señor Krishna. Se pusieron todos en pie y al unísono comenzaron a cantar, a tararear, y a oscilar en su exceso de alegría.

—¡Orden, orden! —gritó el juez, pero su voz era un susurro en medio de una tempestad—. ¡Quiero orden en esta sala!

Brice se aproximó a la barandilla y agitó los brazos en un desesperado intento de imponer silencio. Su rostro estaba molesto y humillado, el de Scott Velie aparecía entretenido y divertido.

—¡Hare Krishna! ¡HARE KRISHNA!

La confusión total de voces creció y se organizó con tal fuerza que los vasos de agua vibraban sobre las bandejas.

Parecía que la única manera de controlar la situación era llamar a la policía. Langley se disponía a hacerlo cuando en respuesta a un gesto del venerable hindú, un simple alzar de sus manos, los Hijos de Krishna cesaron inmediatamente de cantar.

—Hijos míos —dijo el maharishi con su voz melodiosa y autoritaria—, no es necesario que rindan homenaje a mi ser físico cuando para encontrarme no tienen más que mirar dentro de ustedes mismos con una visión espiritual.

La frase estaba destinada a calmarlos, pero no sirvió sino para renovar su fervor y produjo una nueva oleada de cánticos, diferentes en sonido y forma al anterior. Esta vez se trataba de un murmullo sin palabras de una intensidad tal que parecía capaz de destrozar los tímpanos de todos los presentes.

—¡OM! ¡OM! ¡OM! ¡OM!

—¡Orden! —gritó el juez—. ¡O haré que desalojen la sala!

—¡Hijos míos! —exhortaba el maharishi sin obtener ningún resultado.

Y entonces, como si obedecieran a una señal interior, a una inspiración muda, muchos de los Hijos de Krishna sacaron potes de incienso de entre los pliegues de sus túnicas y los encendieron.

El juez se puso de pie, y entre furioso y confundido, lanzó su última advertencia.

—¡No permitiré que llenen de humo esta sala! —y volviéndose al alguacil ordenó

—: ¡Despeje la sala! Llame a la policía y expulse a esa gente del edificio —y con un último golpe de martillo anunció—: El tribunal permanecerá en receso hasta que se haya restaurado el orden.

Bill se abrió paso por entre las hileras de muchachos que cantaban, se reían, se mecían acompasadamente, tocaban tambores y salmodiaban trozos del *Bhagavad Gita*, y corrió hacia la puerta principal para salir antes de que llegara la policía y quedara cerrada la ruta de escape. Su único propósito era telefonar a Janice, que se había quedado en Candlemas Inn para cuidar a Ivy, y contarle el desastre.

El teléfono de su habitación en el hotel sonó doce veces antes de que la operadora le informara que no contestaba nadie y se ofreciera para tomar un mensaje. Bill pidió entonces que la buscaran por el hotel, porque todavía era temprano y podían estar tomando el desayuno, pero no tuvo éxito.

Colgó y volvió a la sala. Se sentía sorprendido y nervioso. Era muy extraño que Janice no estuviera en el hotel, no sólo por la enfermedad de Ivy, que su mujer tendía a exagerar, sino también porque ella sabía cuan importante era que estuviera cerca de un teléfono. La decisión de que Janice se quedara en Westport había sido tomada con el conocimiento y aprobación de Scott Velie. Su única advertencia había sido que estuviera disponible, ya que si no comparecía cuando la defensa la citara, su ausencia se consideraría como un desacato a la autoridad judicial. ¿Por qué Janice había desobedecido la recomendación de Scott?

Tal vez, pensó inquieto, Ivy ha empeorado.

Pasaron veinte minutos antes de que se restableciera la paz y se pudiera reanudar en orden la sesión.

Los asientos que habían dejado desocupados los Hijos de Krishna, devueltos entre protestas en cuatro autobuses hasta su *gurukula* del Bronx, sólo estaban parcialmente llenos cuando Brice comenzó a interrogar al confundido sabio hindú. Sus primeras preguntas se refirieron a sus antecedentes personales, nombre, lugar de nacimiento, educación, domicilio habitual, características de su vocación y del credo religioso al que había dedicado la totalidad de su existencia durante setenta y dos años.

Ayudado por las amables preguntas de Mack, el maharishi logró abrirse camino por entre las sutilezas y complejidades de la fe hindú, y explicó el origen mismo de la palabra «hindú» en el siglo VI antes de Cristo, cuando los invasores persas llamaron así al pueblo sánscrito que vivía a orillas del río Indo.

Con voz cantarina, recitó las escrituras sagradas o Vedas, compuestas bastante antes del primer milenio antes de Cristo, describió el catálogo de *yajnas* mágicos, las fórmulas para los sacrificios, los mantras y rituales de la religión védica, explicó las escuelas, sectas, y religiones que se habían ido desarrollando a través de los siglos: Sankhya, Yoga, Vedanta, Vaishnavas, Shaivas, Shaktas. Todas las cuales se predicaban y practicaban bajo el alero del budismo, jainismo y sikhismo que, a su

vez, se nutrían del Veda original, modificando y refinando los preceptos básicos hasta convertirlos en una gran variedad de doctrinas: *Karma*, *avatar*, *samsara*, *dharma*, *trimurti*, *bbakti* y *maya*.

Durante más de una hora, los asistentes escucharon hechizados esa voz melodiosa que explicaba con palabras de extraños sonidos los distintos grados de creencias, poniendo énfasis en la naturaleza ecléctica de su fe, que no suscribía ningún credo en particular, ni reconocía un profeta especial, ni adoraba a un Dios determinado, como el Jesús de los cristianos o el Mahoma de los musulmanes, sino que se expresaba en el culto a los animales, los antepasados, los espíritus, los sabios, y la naturaleza toda. Una religión tan variable como la gente que la practicaba pero que, sin embargo, mantenía ciertas constantes: la creencia en los peregrinajes sagrados, los baños en los ríos sagrados, la veneración de los sabios y gurúes y, por sobre todo, la creencia en la doctrina de la reencarnación.

Ésta era la palabra clave que Brice había estado esperando desde que la impaciencia de Scott Velie le había hecho sospechar que su oponente estaba a punto de hacer una objeción, basándose en una serie de razones válidas.

—A propósito de la reencarnación —interrumpió el joven abogado, guiando al maharishi hacia el tema básico del juicio—, usted habla de ella como si fuera una realidad, una doctrina operante, admitida por millones de sus compatriotas. ¿Podría explicar al jurado en qué consiste exactamente la reencarnación?

La impudicia de la pregunta hizo sonreír al anciano. Por el tono despreocupado del joven, podría tratarse de una información sobre una máquina cosechadora, en vez de un misterio eterno, revelado sólo a un puñado de hombres santos. Pero, reflexionó Pradesh, estaba en los Estados Unidos, donde las maquinarias lo gobernaban todo, donde las maravillas de las ciencias eran más reverenciadas que la fe, y donde sólo lo verificable escapaba a las suspicacias y era aceptado como real.

Explicar a un profano la morada del alma entre sus reencarnaciones, y los desarrollos interiores del cosmos astral a un público no iniciado, era algo parecido a tener que introducir a un salvaje en los principios de la energía atómica.

Volviéndose hacia los doce rostros de los hombres y mujeres sentados en el palco del jurado, que le observaban con distintos grados de duda y escepticismo, el anciano comenzó a hablar sobre el mundo entre y más allá de las reencarnaciones. Lo hacía de una manera tan infantil que era difícil que hasta el más obtuso no lograra comprenderlo.

—El mundo astral contiene muchos planos, muchos niveles, muchas esferas que reciben a las almas que abandonan los cuerpos al morir. Hay muchos planos astrales que están llenos de seres astrales que han ido a morar allí de acuerdo con los requisitos estipulados en su Karma. Eso significa que el alma de una persona basta, cuyos antecedentes son de un orden inferior, mora en un plano inferior al que ocupan

las almas que poseen una sustancia más rica. Una persona poco refinada espiritualmente, cuya vida terrena haya estado dedicada a satisfacer sus tendencias carnales y materiales, se reencarnará muy poco tiempo después de su muerte, ya que es muy poco sobre lo que podría meditar en el más allá, puesto que sus necesidades y atracciones se orientan hacia lo material. Estas almas encuentran muy pronto la forma de volver al mundo, porque siempre hay cuerpos nuevos, producidos por padres de naturaleza similar, que ofrecen la oportunidad de reencarnarse.

Mientras Gupta Pradesh llevaba a cabo su descripción de las reglas y condiciones que regían la «vida» en el mundo astral, Brice miró al jurado para analizar sus reacciones. Le satisfizo comprobar que la mitad de ellos escuchaban absortos y con el máximo interés.

La voz del maharishi era sonora como una campana al explicar jubiloso que las almas que ocupaban un plano superior podían mirar hacia abajo a las de los planos inferiores, que también podían visitar a sus amigos y parientes de los planos inferiores, pero que los moradores de esos planos no podían devolver las visitas, puesto que no podían ni ver ni oír a los de los planos superiores.

—En la medida en que disminuyen las necesidades materiales se van prolongando los períodos de vida puramente espiritual entre las reencarnaciones. Algunas almas, que han alcanzado una gran evolución espiritual, permanecen en este estado de calma durante veinte mil años o más y sólo vuelven a la Tierra cuando se necesitan sus servicios especializados para enriquecer y mejorar el mundo. Éstos son los líderes, los grandes filósofos, los grandes maestros, los grandes estadistas, hombres como Abraham Lincoln, Luther Burbank, Albert Einstein, Mahatma Gandhi, individuos cuya capacidad les ha hecho aproximarse al pináculo de la perfección, y cuyo desarrollo espiritual les ha conducido hasta el umbral de este estado beatífico en la presencia del Divino, que es el Nirvana, el lugar del descanso final en la más encumbrada de las esferas.

Los ojos de Brice sorprendieron a Graser, el jurado número siete, en pleno bostezo, y a Potash haciendo muecas burlonas como un bobo. Tuvo la impresión de que Potash le crearía problemas y lamentó no haberle rechazado como jurado cuando tuvo la oportunidad de hacerlo.

—Pero estas almas perfectas son muy pocas. La mayoría ocupa diversos grados inferiores en el mundo astral; allí aguardan y trabajan y, mediante la meditación, buscan revestirse de un ropaje espiritual más elevado que les permita subir a un plano más alto. Cuando un alma desea volver a la vida terrena se la autoriza a buscar su nacimiento y puede escoger los padres y las circunstancias en las que desea nacer. Muy a menudo; el alma que vuelve puede hacerlo acompañada por otra, el alma de un ser amado, por ejemplo, de modo que al encarnarse al mismo tiempo puedan disfrutar de su relación en la Tierra. Sin embargo, no se recuerda nada del pasado, y

la nueva existencia terrena plantea sus propias exigencias y condiciones, envolviendo al recién nacido en el torbellino de su propio ritmo.

Gupta Pradesh se calló y pareció perderse en el sopor de la contemplación. Sus ojos vidriosos reflejaban el vacío de un hombre que ha perdido temporalmente su camino. La inquietud se apoderó de los presentes en la sala. Había pasado un minuto completo y él aún no había reanudado su discurso. Brice Mack preguntó:

—¿Hay algo más que desearía agregar, señor?

La pregunta se abrió paso hasta el vacío mental del anciano y le hizo volver a tomar conciencia de la realidad.

—Nada más que esto —prosiguió sin respirar, en un tono muy bajo, con un rostro que, de pronto, había vuelto a adquirir vida—, y es un mensaje del más allá. El viaje es largo. El progreso es eterno. La meta es positiva. No hay nada que temer. El poder que gobierna la Tierra reina en el cosmos astral. ¡Todo obedece a leyes establecidas! Todos están benditos y hay alguien que cuida y protege todo, hasta el último átomo en la escala del ser.

Un halo interior provocado por la fe pareció irradiar de los ojos del maharishi y llegó hasta Elliot Hoover, que le escuchaba extasiado, con una sonrisa de felicidad en el rostro, lleno de comprensión, aceptación y gratitud eterna. La comunicación entre los dos hombres, ni tácita ni secreta, sino expresada abiertamente, no pasó desapercibida en la sala. Brice pudo darse cuenta de que los ojos del jurado iban del banquillo de los testigos a la mesa de la defensa, como si estuvieran siguiendo el desarrollo de un partido de tenis.

La malhumorada cara del juez Langley tenía una expresión de perpleja irritación cuando el silencio que siguió a las palabras del hindú se prolongó demasiado. Finalmente, su desagrado le llevó a preguntar en forma cáustica al abogado defensor:

—¿Desea preguntar algo más, señor Mack?

Había muchas cosas que deseaba desesperadamente poder preguntar, cosas básicas, concretas, que obligarían al maharishi a abandonar su elevado plano astral para descender a la Tierra, pero las estrictas instrucciones de Hoover se lo impedían. Con un ligero suspiro de impotencia, y un gesto de la cabeza, se dirigió al juez.

—No, Su Señoría, no haré más preguntas:

El juez miró al fiscal, que ya se había puesto en pie.

—¿Quiere interrogar al testigo, señor Velie?

—Sí, Su Señoría. Hay varias preguntas que me gustaría hacerle a nuestro docto testigo.

El maharishi, acostumbrado a la veneración que le dispensaban sus seguidores, conservó el semblante tranquilo, a pesar de que la cara del hombre vulgar y ordinario que se aproximaba a él, con una sonrisa retorcida en los labios, indicaba que poseía un corazón de piedra y una mente llena de perversas intenciones.

—¿Este mundo astral, o cósmico, del que usted habla, es un símbolo metafísico como el cielo y el infierno o es un lugar real?

—Existe y es real —contestó el maharishi con una voz amable y controlada.

—¿Ha estado usted allí? ¿Lo ha visto?

—Muchas veces en el transcurso de la eternidad —sonrió—. Y usted también ha estado allí.

—Bien, pero como se me han olvidado algunos detalles físicos del lugar, tal vez usted podría refrescar un poco mi memoria.

Los ojos pálidos y límpidos del sabio se transformaron en granito mientras Scott Velie continuaba.

—Por ejemplo, ¿podría describir al jurado cómo es este cosmos astral repleto de seres astrales?

—¿Cómo es?

—Sí. ¿Es como un parque inmenso, lleno de árboles, arbustos y rocas, o es un desierto, una tierra desolada y estéril, sin ninguna vegetación?

Gupta Pradesh se humedeció los labios con la lengua.

—El universo astral no puede ser descrito acudiendo a la comparación con el mundo material. El universo astral consiste en sutiles matices de luz y color e infinitas vibraciones. En el mundo astral todo es belleza, pureza y perfección.

—¡Vaya, vaya! —tardó unos cuantos segundos en considerar las palabras del maharishi antes de decir—: No debe ser un lugar muy cómodo para sentarse a esperar, ¿verdad?

La broma provocó la risa del jurado y de los periodistas e hizo sonreír al juez Langley. Bill vio que Brice se levantaba para objetar, pero que Hoover se lo impedía con una mano.

El hindú parecía impermeable al cinismo del fiscal y calmadamente contestó:

—No es ciertamente un lugar de espera como los que conocemos en la Tierra, pero para los seres que moran en los diversos niveles del universo astral es un lugar de espera lleno de una belleza infinita y resplandeciente.

—¿Puede decirnos algo de esos seres que moran allí? ¿Mantienen su forma humana o sólo son... humo y manchas?

—Los seres astrales pueden manifestarse en la forma que desean, seres humanos, animales, incluso flores. No hay restricciones ni limitaciones.

Una mueca perversa apareció en la cara de Velie.

—¿No me diga? —luchaba por controlar la risa—. ¿Quiere decir que yo podría transformarme en una rosa o en una margarita si lo deseara?

—Sería más fácil que usted se transformara en un cerdo.

La serenidad del maharishi era total. Potash reía a carcajadas, igual que Carbone y Fitzgerald. El juez, todo sonrisas, golpeaba desganado con el martillo.

Velie, ostentosamente disgustado, tardó bastante en caminar hasta su mesa para consultar sus apuntes. Después preguntó, como si el asunto no le interesara:

—A propósito, ¿está usted enterado de que el acusado cree que la víctima, Ivy Templeton, es la reencarnación de Audrey Rose, su hija?

—Sí, así me han informado.

—¿Y usted comparte esta creencia?

—Sí, creo en la reencarnación.

Brice hubiera querido objetar, y tenía algunos argumentos válidos para hacerlo, la pregunta partía de una premisa aún no demostrada y excedía los límites de la observación directa, pero se contuvo. Esperaba que Velie llevara al testigo a los terrenos en los que Hoover le había prohibido a él penetrar.

—¿Podría explicar al jurado en qué basa su creencia? —preguntó el fiscal.

—No es un fenómeno desusado en mi país —contestó el maharishi—. En estos momentos está trabajando en mi *ashram* un joven estudiante que es la reencarnación de un discípulo mío que murió en la epidemia de cólera de 1936.

La frase produjo un efecto mágico en el jurado, y Brice pudo ver cómo todos se inclinaban hacia adelante, fascinados.

El fiscal también captó ese repentino interés del jurado y se apresuró a decir:

—Presento una moción para que se considere que su respuesta no corresponde a mi pregunta.

—Se acepta la moción —dijo el juez Langley—, y, por consiguiente, la respuesta debe suprimirse del acta, y el jurado no debe tomarla en cuenta.

Scott Velie prosiguió:

—Repetiré mi pregunta. ¿Puede explicar al jurado en qué basa su creencia? Es decir, ¿por qué cree usted que el acusado está en lo cierto cuando afirma que la víctima es la reencarnación de su hija?

El maharishi recorrió la sala con sus ojos y los fijó en Elliot Hoover con una mirada llena de fe y confianza.

—Lo creo —respondió con sencillez— porque un hombre que dice la verdad así me lo ha asegurado.

—Ya veo —comentó Velie con una sonrisa—. ¿Y usted creería cualquier cosa que le afirmara este hombre que dice la verdad?

El maharishi devolvió la sonrisa al fiscal y respondió:

—Creería cualquier cosa verdadera que me dijera.

El juez miró a Brice:

—¿La defensa tiene alguna objeción?

—No, Su Señoría. La defensa considera que el fiscal está en su derecho a seguir discutiendo el tema de la reencarnación.

—Muy bien. Prosiga —ordenó Langley a Scott Velie.

—Gracias, Su Señoría —dijo Velie, y buscó entre sus apuntes hasta que encontró lo que buscaba—. Oh, sí, permítame hacerle una pregunta, señor Pradesh. ¿Cómo se realizan esos viajes de los seres astrales de un plano superior a un plano inferior?

La pregunta no provocó ninguna reacción en el maharishi.

—¿Vuelan? —presionó Velie—. ¿Tienen alas?

—No. No se parecen a los ángeles de la capilla Sixtina —contestó el maharishi muy serio—. La comunicación y los viajes de un plano astral a otro se realizan a través de la telepatía, y es un proceso más rápido que la luz.

—¿No me diga? Y ya que hablamos de viajes, ¿puedo preguntarle cómo llegó usted aquí?

—¿Cómo llegué yo aquí?

—Sí, usted. ¿Cómo vino a los Estados Unidos?

—No comprendo qué...

—Es una pregunta muy simple. Ciertamente no llegó aquí por telepatía, ¿no?

—No. Vine en avión.

—Así es —Scott hojeó varias de las páginas con sus notas—. Y para ser precisos diremos que voló usted en Air India. Vuelo 17, que salió de Calcuta la tarde del 23 de diciembre y llegó al aeropuerto Kennedy a las tres treinta y cinco de la tarde siguiente, vísperas de Navidad. Viaje de ida y vuelta, cuyo precio es de 1.728 dólares, pagado con dinero de una cuenta especial que posee el acusado en el Chase Manhattan Bank; así como también ha sido él quien ha pagado todos sus gastos personales durante el mes pasado y que, hasta la fecha, ascienden a la suma de 6.350 dólares, incluyendo los 120 dólares que cuesta su suite en el hotel Waldorf-Astoria —Velie levantó los ojos de sus apuntes y miró al testigo con una sonrisa cínica en los labios—. ¿No le parece que es una suma algo exagerada para un hombre que ha renunciado a la carne y al materialismo del mundo?

Brice Mack se puso en pie de un salto, horrorizado al descubrir que la cuenta bancaria de Hoover había sido investigada por la oficina del fiscal, y protestó:

—Su Señoría, objeto este tipo vulgar de argumentación, destinada a perjudicar la rectitud moral del testigo. Nunca fue un secreto que la defensa pagó el viaje del reverendo Pradesh a los Estados Unidos, así como todos sus gastos mientras esperaba con infinita paciencia que se le citara a prestar declaración ante este tribunal. Las comodidades que hemos proporcionado a Su Santidad nunca nos fueron solicitadas por el maharishi, sino que constituyen un generoso regalo del acusado, y así consideradas son perfectamente legítimas, como muy bien sabe el fiscal.

Antes de que el juez tuviera tiempo de pronunciarse sobre la objeción de la defensa, Scott afirmó:

—Su Señoría, admito que los gastos provocados por el señor Pradesh, aunque me parecen excesivos, pueden considerarse legítimos. Pero como la defensa me

interrumpió antes de que completara mi pregunta, desearía que se me permitiera continuar, para que pueda ser incluida en el acta.

—Muy bien, continúe —concedió el juez.

—A lo que quería hacer referencia era al cheque girado de la cuenta de Elliot Hoover por 25.000 dólares, pagadero a nombre del señor Gupta Pradesh.

Bill pudo ver la sorpresa que se reflejaba en el rostro de Brice, que se volvió rápidamente para conferenciar con su cliente.

El lápiz del dibujante trabajaba veloz para alcanzar a captar en el papel las diversas reacciones de los presentes: Hoover y su abogado, las cabezas muy juntas, en pleno coloquio; el juez Langley con los ojos muy abiertos por la impresión; Scott Velie, gozando de su triunfo sobre el maharishi, cuyos ojos miraban malévolos al fiscal.

Velie prosiguió:

—Quiero hacerle una pregunta, señor Pradesh. ¿Recibió usted ese cheque?

—Sí, lo recibí.

—¿Le dieron el cheque como retribución por su declaración?

—Objeto ese tipo de preguntas —gritó Brice, poniéndose de pie y mirando al juez con aire de inocencia—. Yo no tenía ni la más remota idea de que hubiera habido una donación de dinero de parte del acusado al testigo, Su Señoría. Sin embargo, mi cliente me ha dicho que, si bien es verdad que el cheque fue librado a nombre de Su Santidad, su única finalidad es la filantropía más desinteresada, y jamás se pensó destinar ese dinero para fines personales.

—Su Señoría —interrumpió Velie—, el señor Mack no es un testigo ni habla bajo juramento, y yo he hecho la pregunta al señor Pradesh, no a la defensa. Por lo tanto, propongo que la explicación del abogado defensor sea suprimida del acta. De hecho, no tiene ninguna importancia el uso al que pueda destinarse ese dinero. Lo que sí tiene importancia es que un testigo de la defensa haya recibido un pago del acusado. Afirmo que 25.000 dólares pueden lograr la cooperación de cualquiera, y que la declaración del testigo ha sido comprada.

—¡Señoría! —gritó Brice Mack, pero fue silenciado por el golpe seco del martillo del juez.

—Un momento —dijo Langley—. No aceptaré la moción del señor Velie para que se suprima del acta la explicación de la defensa, pero haciendo uso de mi autoridad suprimiré del acta tanto los comentarios de la defensa como los del fiscal, e instruiré al jurado para que no tome en cuenta los argumentos de los dos abogados respecto a las razones por las que se dio al testigo un cheque por 25.000 dólares —se volvió a Velie y dijo—: Si tiene más preguntas que hacer al testigo, puede continuar.

—Todavía estoy esperando una respuesta a mi última pregunta, Su Señoría.

Con el objeto de ahorrar tiempo y ser preciso, el juez pidió al secretario del

tribunal que leyera la última pregunta del fiscal.

—«¿Le dieron el cheque como retribución por su declaración?»

Durante toda la escena entre los abogados y el juez, el maharishi había mantenido la apariencia serena e imperturbable de un hombre que se ha ausentado mentalmente de un mundo al que considera mezquino y vulgar. A Bill le dio la impresión de que se encontraba en trance o, más bien, en un plano diferente al de los demás, y no podía oír o había decidido ignorar la pregunta del secretario.

—El testigo tiene la obligación de responder a la pregunta —ordenó el juez.

El velo de suprema indiferencia se mantuvo sobre los ojos del maharishi. Con un violento golpe del martillo, el juez se inclinó hacia el testigo y chilló:

—¿Puede oírme?

Lo repentino del golpe hizo saltar al maharishi, y la conciencia volvió a aparecer en la expresión de sus ojos. Miró desorientado al juez, como si acabara de despertar de un profundo sueño.

—Tiene que responder a la pregunta.

—¿Qué pregunta? —dijo sorprendido el maharishi.

El juez se dirigió impaciente al secretario.

—¡Vuelva a leer la pregunta!

«¿Le dieron el cheque en retribución por su declaración?»

Cuando el sentido de la pregunta, y el insulto y la malévola insinuación que implicaba, se hizo claro para el maharishi, sus ojos se mostraron profundamente ofendidos, y su cara se puso tensa, reflejando rencor, dolor y hostilidad. Con un solo movimiento, se puso de pie y abandonó el banquillo de los testigos, en dirección a la puerta de la sala.

El estupor fue general entre los asistentes. Langley tuvo dificultades para recuperar la voz, y levantándose de su asiento logró gritar al testigo que se alejaba:

—¡Deténgase! ¡Nadie le ha dado autorización para marcharse! ¡Guardias! ¡Detengan a ese hombre! ¡Agárrenlo y tráiganle de vuelta al banquillo de los testigos!

El maharishi cruzaba en ese momento la barandilla y comenzaba a caminar por el pasillo hacia la puerta de la sala cuando los guardias corrieron y asieron su cuerpo, liviano como una pluma. (Más tarde, le dirían a un periodista que habían tenido la sensación de estar tomando un saco lleno de huesos sueltos.)

A la primera señal de dolor en el rostro del maharishi, Elliot Hoover saltó de su asiento y se lanzó a rescatar al anciano hindú. En un ágil movimiento pasó por encima de la barandilla, y apretó la carótida de uno de los guardias, separando a los dos hombres.

Bill, que contemplaba en pie el espectáculo, sintió compasión por el guardia, que inmediatamente cayó al suelo sin sentido.

El juez golpeaba furioso con el martillo y daba gritos.

—¡Orden! ¡Éste es un Tribunal de Justicia! ¡Guardias, sujeten al acusado!

Los dos fornidos guardias no necesitaban recibir instrucciones del juez, y ya habían salido desde direcciones opuestas para incorporarse a la lucha con sus pistolas desenfundadas.

Los periodistas y los jurados estaban de pie. El señor Fitzgerald movía incrédulo la cabeza; la señora Carbone se había cubierto la boca con una mano y sollozaba angustiada: «¡Oh, Dios! ¡Oh, Dios mío!» El señor Potash se reía con unas carcajadas metálicas que podían escucharse por sobre el estruendo general. Indudablemente se estaba divirtiendo.

En medio del terrible desorden, Brice Mack, sentado a la mesa de la defensa, hundió la cabeza entre las manos en un esfuerzo por hacer desaparecer el espectáculo de su ignominiosa derrota. Lo que había planeado como un interrogatorio de exquisito gusto sobre la estética y religión de un pueblo lejano se había convertido, en cambio, en una riña callejera. Cómo conseguir que un jurado volviera a tomarlo en serio después de un desastre semejante era un misterio tan impenetrable que ni siquiera se atrevía a reflexionar sobre ello.

—¡Esposen al acusado! —gritó el juez, y su voz se abrió paso por entre la negra desesperación de Brice—. ¡Traigan al testigo al banquillo y no le permitan marcharse hasta que se le ordene!

El sonido del metal de las esposas se sumó a la conmoción general.

—¡Orden! —la voz del juez sonaba histérica—. ¡Si no se restaura el orden haré que despejen la sala! ¡Los asistentes deben permanecer en silencio!

Cuando Mack apartó lentamente las manos de su cara lo primero que vio fue a su cliente, sentado a su lado con un aire de resignación estoica. Su brazo izquierdo estaba esposado a la silla, y un despeinado guardia le vigilaba atentamente. Al mirar al maharishi, Brice vio la delgada e imponente figura del hombre santo encorvada en la silla destinada a los testigos. Miraba triste hacia el vacío desde el desorden de su túnica de color azafrán.

—Señor Mack —gruñó el juez Langley jadeando como si hubiera acabado de correr una carrera—, le haré responsable de la conducta de su testigo y de su cliente. Si usted no puede controlarlos, no sólo haré que les aten a sus sillas sino que le haré a usted responsable de desacato al tribunal. ¿Está claro?

El artista reprodujo entre sus bocetos la cara de perro apaleado del joven abogado cuando respondió humildemente:

—Sí, Su Señoría.

El juez Langley prosiguió en un tono estridente, que no dejaba lugar a dudas de que no aceptaría más tonterías en la sala.

—Señor Velie. ¿Quiere hacerle de una buena vez su pregunta al testigo?

Scott, que había permanecido sentado durante la mayor parte del tumulto,

disfrutando cada minuto, se demoró en ponerse de pie, esperó que el silencio fuera absoluto y con gran calma se dirigió al juez.

—Su Señoría —dijo—, retiro la pregunta —y mirando al testigo con supremo desprecio, agregó—: No tengo más preguntas que hacer al *reverendo* Pradesh...

Los asistentes suspiraron, y se dispusieron a ir a almorzar.

Brice estaba encorvado sobre el plato de costillas de cerdo, y mantenía un silencio malhumorado mientras sus dientes destrozaban la carne, extrayéndola del hueso en una serie de tirones rápidos y violentos. Sentía una necesidad imperiosa de destrozarse algo, de rasgar, de mutilar y destruir. Fred Hudson era el único miembro de su equipo que había aparecido en Pinetta para acompañarle en esa hora amarga, pero al darse cuenta del estado de ánimo de su jefe, había preferido mantenerse a una respetuosa distancia.

Mack chupaba un hueso grasiento y miraba a Hudson por sobre las sillas vacías que les separaban, pero sus ojos no tenían expresión alguna. Sabía donde estaban los otros dos abogados, buscando y revolviendo el material de la biblioteca para encontrar algunos precedentes legales a los que poder asirse, aunque a estas alturas ya no servirían de nada. El profesor Ahmanson había ido a Washington para recoger a James Beardsley, su próximo testigo. Le reconfortó la idea de que había tomado la precaución de alquilar un coche para que el viejo llegara a tiempo a los Tribunales. Otro paso en falso, y Langley se enemistaría con él definitivamente. El juez no disimulaba su hostilidad.

Sólo de Brennigan no sabía nada. Su último contacto con el borrachín irlandés había tenido lugar el viernes, inmediatamente después del receso para almorzar, cuando había andado tras la pista de algo; «algo que va a arruinar la vida de Velie», había sido su misterioso comentario final.

Masticaba despacio y tragaba sin prisa la carne crujiente y picante del cerdo. Sus pensamientos estaban concentrados en James Beardsley Hancock, su última esperanza de luz en un horizonte oscuro y amenazante. Hoover se había negado a permitir que Marion Worthman declarara en su favor, y su negativa se había visto reforzada por el fracaso con Pradesh. Ahora sólo quedaba Hancock para apoyarle con su ciencia, y esta única oportunidad en vez de descorazonarle le provocaba un impulso de renovado optimismo.

Se había reunido con el viejo en seis ocasiones distintas y había llegado a conocerle bien. Estaba seguro de que James Beardsley Hancock produciría una gran impresión desde su asiento en el banquillo de los testigos. A veces parecía un dios del Olimpo, en otras oportunidades recordaba un tanto a Lincoln. Su cabeza habría sido un adorno grabada sobre una moneda romana o en un sello estadounidense. Sus modales inspiraban respeto; su rostro apergaminado y sus ojos brillantes hacían pensar que era un hombre honesto y sincero, de una profunda integridad moral. En la sala haría pensar que su lugar era el que ocupaba el juez.

Recordó su primera entrevista con él, en la soleada casa que tenía Hancock sobre el río Hudson, y experimentó una vez más el efecto tranquilizador que sentía cada vez

que pensaba en ese primer encuentro.

La casa rebosaba antecedentes históricos; se decía que había sido el albergue de George Washington y de su personal durante la batalla de Harlem cada vez que su residencia de Jumel Mansion se veía asediada por el fuego de los ingleses.

Mack había llegado allí en actitud escéptica, dispuesto a comprobar el poder de persuasión del viejo sobre un jurado, y había terminado por descubrir sorprendido que, después de una hora de preguntas tontas y pacientes respuestas, le había fascinado completamente la sabiduría de Hancock. Hablaba con sencillez, no subestimaba ni sobrevaloraba a su huésped, pero siempre se las ingeniaba para mantener constante su interés. Mack no sólo quedó fascinado, sino que apenas podía creer que hacía ya rato que había terminado la mañana, y los dos se habían saltado el almuerzo sin darse cuenta.

Al reflexionar sobre esa primera entrevista, el abogado intentaba reconstruir los puntos de argumentación de Hancock que más le habían impresionado. En vez de hablar de la reencarnación con pedantería académica, el sabio anciano la había convertido en un juego, aceptando el escepticismo y las dudas de Mack. Y en varias ocasiones él mismo había fingido estar confundido, permitiendo que Mack le ayudara con las respuestas.

En un momento dado, Mack le había pedido pruebas de la reencarnación y si él podía citar ejemplos concretos para respaldar su teoría de que el alma vivía diversas existencias terrenas. El viejo estuvo pensando largo rato antes de hablar.

—Desgraciadamente nunca me ha ocurrido a mí, pero mucha gente me ha hablado de sus experiencias al recordar fragmentos de vidas anteriores, momentos en los que, de pronto, han reconocido personas o lugares que no conocían y que, sin embargo, les resultaban familiares.

Brice recordaba varias experiencias similares y le contó a Hancock una que había tenido cuando era niño. Le habían enviado a un campamento de verano en Adirondacks, y un día se perdió de su grupo durante una excursión por los bosques. Incapaz de encontrar el camino, tuvo que pasar la noche en un medio que le era absolutamente desconocido. Recordaba haber vagado llorando en la oscuridad hasta que el cansancio le hizo quedarse dormido, y cómo al amanecer despertó aterido, hambriento, pero sus temores se habían calmado, y su confianza había vuelto, a la vista de un riachuelo rocoso, apenas perceptible por entre los numerosos árboles, que le era tan familiar como un viejo amigo. Le había extrañado mucho que el paisaje le resultara tan conocido que podía describir cada peñasco, arroyo y rama. Sabía que había visto ese escenario antes, no en una foto ni en un cuadro sino personalmente, porque el olor a pino y rocío era algo que también recordaba con claridad.

El viejo se había reído encantado.

—¡Sí, sí! Sin duda se hallaba usted ante un paisaje que hizo revivir recuerdos de

un pasado perdido en las lejanas brumas de una vida anterior. Estoy seguro de que ese conocimiento anterior le sirvió para volver con sus compañeros.

—Ésa es la parte más extraña de todo —admitió Mack—. En aquel momento todo el paisaje me resultaba familiar y pude volver al campamento sin ninguna dificultad.

Después de unos segundos de reflexión, el anciano había preguntado:

—¿Tuvo usted una niñez feliz, Brice?

—Bueno... —hizo una mueca—, éramos muy pobres.

—¿Sus padres tenían algún don o talento especial?

Brice se encogió de hombros.

—Nada especial. No eran intelectuales, si es a eso a lo que se refiere. Descendían de muchas generaciones de campesinos, y eran gente honesta, muy trabajadora.

—La sal de la tierra —comentó Hancock con absoluta sinceridad—. ¿No le parece curioso que con tanta frecuencia los «niños prodigios», o los «genios», nazcan de ese tipo de padres? ¿Muchachos con un gusto, un talento, una predisposición y unas cualidades que hacen pensar que proceden de un medio mucho más rico que el que corresponde a su ambiente y herencia?

Brice se ruborizó y explicó:

—Bueno, yo no soy ningún genio.

—Pero con qué seguridad ha conseguido usted un progreso intelectual del que no puede responsabilizar ni a su herencia ni a su medio. Los reencarnacioncitas estarían de acuerdo en que sus logros actuales son el resultado de las exigencias mentales de una vida anterior.

En este punto de la conversación habían sido interrumpidos por el ama de llaves de Hancock, una enérgica anciana, que parecía tan vieja como su amo. Era la hora de tomar las píldoras. Las cuatro píldoras estaban colocadas sobre una servilleta de lino recién planchada, que cubría una bandeja en la que había una jarra de cristal con agua y un vaso. La mujer llenó de nuevo su taza de café y se marchó, y entonces Mack recordó otro caso que tal vez podría interesar a Hancock.

Se trataba de un niño de seis años, hijo de un amigo suyo al que conocía desde la infancia. Ni él ni su esposa poseían ningún talento o cualidades artísticas que les hiciera destacarse del resto de la gente; sin embargo, cuando el niño tenía cinco años se había sentado al piano un día y había empezado a tocar con una maestría sorprendente, dado que jamás había recibido lecciones de música.

—¡Y qué me dice de Pascal —había exclamado vibrante de gozo el anciano— que a los doce años dominaba gran parte de la geometría plana, sin que nadie se la hubiera enseñado, y era capaz de dibujar en el suelo de su habitación todas las figuras del libro primero de Euclides! ¡Y Mozart, ejecutando una sonata en el pianoforte a los cuatro años, y componiendo una ópera a los ocho! ¡Y Rembrandt, que dibujaba con

perfección incluso antes de saber leer siquiera! ¿Puede dudar que esas «viejas almas» vinieron a la Tierra con notables poderes adquiridos en una existencia anterior?

No, se dijo Mack chupando la médula del hueso de una chuleta, no puedo dudarle y tampoco lo dudará el jurado. El entusiasmo del viejo era contagioso. Sabía arreglárselas con las palabras y tenía una gran habilidad para hacer que lo más extraño resultara perfectamente razonable. El jurado le escucharía y creería sus afirmaciones.

Brice Mack miró su reloj. Las doce cuarenta y siete. En ese momento el coche que transportaba la sustancia de su argumentación estaría acelerando en el West Side Drive, hacia Foley Square. Mordisqueando la costilla, fría y grasienta, pensó que a esa hora tan temprana el tráfico no constituiría ningún problema, y que probablemente ya estarían llegando a su destino en ese mismo momento.

Si el joven y esperanzado abogado hubiera sabido que el coche, en ese mismo momento, en vez de dirigirse al Sur corría en dirección a la sala de urgencias del Roosevelt Hospital, con la ayuda de la sirena de la policía para abrirle paso, llevando en su interior la figura catatónica y moribunda de un anciano, se habría ahogado con el último mordisco; y el cerdo, cuyas costillas habían sido comidas con tanto entusiasmo, habría logrado su venganza póstuma.

Janice se enteró de las noticias a las tres y cuarto.

El teléfono sonaba cuando entraron en su suite del Candlemas. Había muchos mensajes en la centralita, todos de Bill. El último decía: «Lláname, 555-1461. ¡Urgente!» Habían ido a entregárselo, pero Bill consiguió ponerse en contacto con ella antes de que lo consiguieran.

—¿Dónde diablos has estado metida? —gritó con una furia que Janice atribuyó tanto al alcohol como a la ira.

—Fuera —respondió fingiendo calma para no inquietar a Ivy.

—¿Fuera? ¡Maldición, Janice, se te dijo que no te separaras del teléfono! —su voz explotó tan cerca del aparato que provocó estática.

Janice tuvo el impulso de colgar, pero se controló y, en cambio, preguntó:

—¿Qué sucede?

—¿Qué sucede? —la imitó—. ¿Dónde mierda has estado? ¡Lo han dicho por la radio y la televisión!

No hizo ninguna pregunta, para obligar a Bill a continuar.

—¡La defensa ha sido derrotada! —gritó delirante de júbilo y hostilidad.

Y procedió a informarla de los increíbles acontecimientos de la mañana. Su voz se hizo más estridente cuando le comunicó una noticia que era una verdadera bomba: el testigo clave de la defensa había desaparecido de escena y tal vez para siempre. James Beardsley había sufrido un inesperado ataque al corazón...

—¡Un ataque al corazón! —reveló Bill—. Y el último parte del hospital dice que

está en coma y su estado es crítico. Brice Mack pidió un receso hasta mañana para reorganizar su defensa y, maldito sea, Velie tuvo que aceptar su petición porque *tú* no estabas allí, y tuvo miedo de que Mack quisiera que fueras su próximo testigo.

—Oh... —exclamó Janice.

—Velie está furioso, y yo también lo estoy. Les hicimos perder el equilibrio y toda esta estupidez podría haber concluido esta misma mañana. En cambio, ahora los desgraciados tienen tiempo para reorganizar su estrategia.

—Lo siento —susurró Janice.

—Mierda —su voz perdió el tono estridente—. No puedes hacer todo lo que se te ocurra, Janice, maldita sea. No estamos viviendo normalmente. Esto es una guerra.

—Ya lo sé.

Su respuesta era lo bastante ambigua como para que él tuviera que sopesar lo que había querido decirle. Cuando volvió a hablar estaba mucho más sereno.

—¿Cómo está Ivy?

—Está aquí. ¿Quieres hablar con ella?

—¿Cómo está? —insistió.

—Bien... supongo.

—¿Supones? ¿Qué significa eso? ¿Está o no enferma?

—Está mejor de la garganta, y la fiebre ha desaparecido.

—¡Entonces tráela a la ciudad contigo!

La proposición cogió a Janice por sorpresa.

—¿Cuándo?

—Ahora mismo. En el próximo tren. No puedes tardar mucho en pagar la cuenta del hotel.

Janice titubeó.

—Ivy quiere quedarse en el colegio.

—Pero yo quiero tenerla en casa, donde podamos cuidarla.

—¡Estaremos todo el día en el Tribunal! —protestó Janice.

—De todas maneras estará más cerca de nosotros aquí que allá. Contrataré a alguien para que la cuide, una enfermera si quieres, pero tráela contigo. ¿De acuerdo?

Las sienas le latían, Ivy no debía volver a la ciudad. Y ése era un punto en el cual no debía ceder. Sin embargo, si intentaba explicarle sus razones no haría más que provocarle otro ataque de furia, y tendría que soportar una nueva oleada de burla y desprecio por lo que él consideraba no sólo una actitud idiota, sino también traidora de su parte.

—¿Janice? —dijo Bill cuando el silencio se prolongó demasiado tiempo—. Os espero a las dos esta noche. ¿De acuerdo?

Janice retrocedió unos pasos con el teléfono en la mano. No sabía cómo responderle. Entonces, en un gesto que le sorprendió incluso a ella misma, pasó el

aparato a Ivy y le dijo:

—Papá está al teléfono y quiere hablar contigo.

La sonrisa feliz y confiada de su hija le produjo un sentimiento de culpa; era difícil quedarse sonriendo a su lado mientras Ivy hablaba, totalmente ignorante de que se había servido de ella para salvar una situación insostenible.

—... pero no puedo marcharme ahora —explicaba Ivy—. Mañana es la coronación y no puedo faltar. Hemos trabajado tanto en Silvestre. Por favor, papá, ¡déjame quedarme!

Su patético ruego para que la dejaran quedarse encontró, finalmente un oído comprensivo, y Janice vio que se disipaba la tristeza del rostro de su hija, y que volvía a iluminarlo la alegría.

—¡Gracias, papá! —gritó—. ¡Y no te preocupes, por favor! Me siento mucho mejor; no he tosido ni una sola vez desde que entramos aquí —sus ojos buscaron a su madre—. Sí, está aquí. Le pasaré el teléfono. Papá... te quiero mucho...

La mano de Janice aferró el aparato, y al sentir en su oído la respiración de Bill tosió ligeramente.

—Gracias —dijo secamente—. Muchísimas gracias —su comentario no necesitaba respuesta, y ella permaneció en silencio—. ¿Qué es esa tontería de la coronación?

—Es una tradición anual del colegio. Coronan al monigote de nieve.

Hubo una breve pausa.

—¿Crees que es mejor que se quede allí?

—Sí —respondió con firmeza.

—De acuerdo —su voz sonaba triste—. Ven tan pronto como te sea posible. Te guardaré la cena.

—Gracias.

Colgó y se volvió hacia Ivy.

—Tenemos que hacer las maletas en seguida si queremos que estés en el colegio a tiempo para comer.

—Yo ya tengo mi maleta lista —dijo Ivy nerviosa—. ¿No te acuerdas?

Sí, se acordaba. Pero hacerlo era un esfuerzo penoso, porque con el recuerdo reaparecía la angustia, la sensación de miedo que la atormentaba desde que Bill se había marchado. Qué de cosas habían ocurrido en ¿cuánto tiempo? ¡Menos de veinticuatro horas! Cosas que Bill, sin duda, habría considerado triviales e inofensivas, pero que poco a poco la habían hundido en el pánico y la desesperación.

Todo había comenzado el sábado por la noche, varias horas después de que ella e Ivy se habían acostado, Janice en su dormitorio y la niña en la habitación del lado. Por un momento, Janice tuvo la idea de invitar a Ivy para que compartieran la cama, y lo habría hecho con gusto si su hija lo hubiera deseado, pero como no había dicho nada,

Janice desechó la posibilidad.

Acababan de despedirse en la oscuridad cuando Ivy preguntó:

—¿Cómo se llama?

La pregunta turbó a Janice, que sabía perfectamente a lo que se refería. No obstante, preguntó:

—¿Quién?

—La hijita del señor Hoover.

—Audrey Rose.

Janice sintió que Ivy analizaba el nombre.

—Es muy bonito.

Después de otro momento de silencio, Ivy preguntó lo que realmente le interesaba:

—¿Tú crees que se parecía a mí?

—¡No! —respondió Janice con brusquedad.

—¿Y tú cómo lo sabes?

—Porque el señor Hoover nos enseñó una foto de ella. Tenía el pelo negro y los ojos oscuros. Su cara no se parecía en nada a la tuya —y para terminar la conversación propuso—: ¿Qué te parece si nos dormimos ahora?

—Bueno. Hasta mañana.

—Buenas noches.

Un ligero ruido la despertó más tarde. Una puerta crujía y se podía ver un rayo de luz en el suelo.

Inquieta por la posibilidad de que Ivy se sintiera mal, Janice se levantó rápidamente de la cama y sin encender la luz se aproximó a la puerta que comunicaba las dos habitaciones. La entreabrió y vio que la luz provenía del cuarto de baño, situado al final de la estancia. En circunstancias normales habría llamado a Ivy para preguntar si le pasaba algo, pero una sensación interior, difícil de concretar, le impidió hacerlo. Y en lugar de hablar, cruzó en silencio la habitación en penumbra y se detuvo cerca del cuarto de baño, desde donde podía ver lo que estaba ocurriendo en su interior. Se quedó paralizada.

Ivy estaba desnuda ante el gran espejo y miraba como en trance su propia imagen. Sus nacies pechos estaban cerca del espejo, y en sus ojos había una expresión extraña, un resplandor enloquecido, mientras miraban el reflejo de sus propios ojos. Parecían estar buscando un camino en los pálidos y relucientes cristales, una ruta hacia la lejanía, hacia la profunda e impenetrable oscuridad del otro lado.

Janice pensó que era el preludio de una de sus pesadillas —la proximidad del espejo, la expresión vacía, remota, su inmovilidad, todo parecía apuntar en esa dirección— y estaba a punto de entrar cuando, de pronto, Ivy empezó a reírse. Era una risa cantarina, aguda, infantil, que estaba dirigida a la imagen reflejada en el

espejo, a esos ojos que devolvían la mirada opaca e inexpresiva. Las rodillas de Janice empezaron a temblar. La visión de la desnudez de su hija, su extraña risa que parecía tan inocente y, al mismo tiempo, tan odiosamente siniestra, eran algo aterrador. Las carcajadas cesaron en forma tan brusca como habían comenzado y entonces, en voz baja y burlona, Ivy empezó a canturrear el nombre.

—¿Audrey Rose? ¿Audrey Rose?

Janice tuvo que afirmarse en la cómoda para mantener el equilibrio. Se volvió y caminó hasta su dormitorio. Cerró la puerta, encendió la luz de la mesita de noche, y miró la hora. Las doce y cuarto. La luz y los ruidos que había hecho a propósito alertaron a Ivy y muy pronto escuchó el ruido del water y unos pasos ligeros sobre el suelo en dirección a la cama. Esperó un minuto antes de abrir la puerta y mirar a su hija. Estaba acostada cara a la pared, la manta bien sujeta con la barbilla. El pijama se encontraba en el suelo, al lado de la cama.

—¿Te sientes bien? —preguntó Janice.

Ivy se volvió hacia su madre con cara soñolienta y con toda la inocencia y dulzura de la infancia.

—Sí —sonrió—. He ido al baño.

Durante varias horas Janice no pudo conciliar el sueño. El miedo, los terrores, las complejidades, la maraña, los momentos desgraciados, el ritmo febril de los últimos meses la persiguieron hasta la madrugada con la constancia de una arpía.

Un rayo de sol, cálido y brillante, la despertó cuando iluminó sus ojos. Durante la fracción de un segundo no supo dónde estaba, sólo tenía conciencia de un resplandor que le quemaba los ojos y de una voz que gritaba:

—Mamá. ¡Mamá!

Se sentó en la cama.

—¿Qué pasa?

Se dejó caer del lecho, corrió a la puerta y la abrió.

Ivy, con el pijama puesto, estaba de pie en el centro de la habitación. Su cara tenía una expresión de sorpresa y angustia, su pelo rubio en desorden.

—¡Mamá, todas mis cosas han desaparecido! Mi ropa, los vestidos, los pantalones, ¡todo!

Janice caminó en forma automática hacia el armario.

—¿Desaparecido? ¿Cómo pueden haber desaparecido?

—¡Me las han robado! —insistió Ivy—. ¡Alguien tiene que haberlas robado! Se llevaron todo, el cepillo para el pelo, el dentífrico, el champú, ¡todo! ¡Hasta mi medicina! —y tosió dramáticamente.

—Eso es imposible.

—¡Ven a ver! —refunfuñó, y señaló una silla llena de ropa—. Lo único que no ha desaparecido es la ropa que me puse ayer. Y mi abrigo y el sombrero.

Janice abrió la puerta del armario y vio una hilera de colgadores vacíos. Sus ojos buscaron en el suelo. También habían desaparecido los zapatos y las botas. Su frente se cubrió con un sudor frío y tuvo que hacer un gran esfuerzo para mantener la calma y no inquietar aún más a Ivy. Fue a la cómoda y abrió cada uno de los cajones para asegurarse de que estaban vacíos.

Los labios de Ivy se transformaron en una delgada línea.

—Deben haber entrado ladrones mientras dormíamos, mamá.

Janice se obligó a sonreír.

—¿Y para qué iban a querer tu ropa los ladrones?

No había terminado de hablar cuando vio la maleta bajo la cama plegable.

—Parece que no se sintieron atraídos por tu maleta —comentó y se inclinó para tomarla. Pesaba bastante.

Al abrir los cerrojos la tapa prácticamente saltó por la presión de la ropa, frascos, cepillos, zapatos, todo dispuesto con orden y método.

Se volvió a Ivy para interrogarla, pero no dijo nada al ver la expresión de profunda sorpresa reflejada en el rostro de su hija, una expresión que era absolutamente sincera y espontánea, una expresión que ningún actor podría haber fingido.

—¿Quién lo hizo? —preguntó Ivy con una vocecita asustada.

—Una de nosotras dos tiene que haberlo hecho —contestó Janice, quitándole importancia al asunto.

—¡Yo no he sido! —exclamó Ivy, con toda la intensidad de que era capaz.

Janice no tenía la menor duda de que Ivy había hecho la maleta durante la noche, y estaba segura también de que la niña no sabía que la había hecho.

Más tarde, mientras desayunaban, Ivy insinuó que tal vez Bill había hecho la maleta antes de marcharse a la ciudad.

—Tú sabes que él quería que yo volviera a casa. No le gusta que esté aquí. A lo mejor ésa es su manera de decirlo.

—¿Como una pista?

—Puede ser, ¿no?

—Es posible.

Y puso la taza sobre la mesa para que sus manos temblorosas no siguieran derramando el café.

Aún no eran las siete, y estaban solas en el comedor. Afuera, había una de esas raras mañanas de invierno en las que el sol parece iluminar cálida y bondadosamente a todo el mundo.

Ivy decidió que sería divertido hacer un picnic en la playa y, aunque eso significaba alejarse del teléfono, Janice aceptó de inmediato con la esperanza de que el contacto con el aire salino y las arenas inundadas de sol le ayudarían a calmar la

tormenta de su carne y de su espíritu. Su mente era una tempestad de ideas y conjeturas, un confuso torbellino de miedos que se centraban en el hecho de que Ivy había hecho su maleta sin saberlo. ¿Por qué? ¿Qué significaba? Si ese acto había sido realizado sin el control de Ivy, sin duda Audrey Rose era la fuerza motriz. Si así era, ¿se trataba de un gesto simbólico o de algo práctico? Una maleta no podía significar más que una sola cosa: un viaje. ¿Estaba Audrey Rose empujando a Ivy para que volviera a la ciudad? ¿Quería regresar a casa... y a Hoover? ¿Era eso? ¿Y cómo había pensado llegar hasta allá? ¿Una niña de diez años, sola, sin dinero, y sin tener idea de lo que hay que hacer cuando se viaja? Todo ese torrente de preguntas le producían vértigo, y sonreía confusa, con una expresión de profundo asombro en la mirada. Si Bill llegara a saber lo que ella pensaba la haría encerrar en un manicomio.

Sus temores se vieron confirmados más tarde, esa misma mañana.

Había nubes oscuras y ráfagas de viento en la playa. Janice estaba sentada sobre la manta y miraba cómo Ivy arrojaba Conchitas a la revuelta superficie del mar, cuando una violenta ráfaga de viento introdujo arena en sus ojos, que empezaron a lagrimear. Metió la mano en el bolso de playa para buscar un kleenex; después de hurgar por todos lados no encontró ninguno y miró para ver qué pasaba. Descubrió entonces que por error había metido la mano en el bolso de playa de Ivy.

Descubrió casi inmediatamente el horario de trenes. Era una hoja informativa que indicaba las salidas y llegadas entre Nueva York y Westport. Olvidó el dolor de sus ojos y revisó de prisa el contenido del bolso, mientras de vez en cuando levantaba la vista para comprobar que Ivy estaba todavía de espaldas, mirando el mar. Sacó el pequeño bolso de satén azul pintado a mano y encontró un billete de diez dólares metido dentro de un forro de plástico, hábilmente escondido entre dos fotografías, una de Janice y otra de Bill.

Las sombras de la fatalidad la envolvieron cuando guardó el horario de los trenes y el dinero en su propio bolso, cubriendo con un halo fúnebre el brillante resplandor amarillo del día.

Janice sabía que su hija había sacado las dos cosas de su bolso, ya fuera con plena conciencia o actuando como involuntario instrumento de la desesperada necesidad de Audrey Rose de volver a la ciudad.

Había una manera de averiguarlo. Cuando Ivy regresó a su lado, su cara extraordinariamente pálida y los ojos bajos, perdida en alguna reflexión desconocida, le preguntó:

—¿Quieres que volvamos a casa?

—¿Al hotel?

—No, a la ciudad, a reunimos con tu padre.

—¿Tengo que ir?

—¿No te gustaría?

—¡No, no, por favor! —protestó con una pasión que, sin duda, era sincera—. Tengo que volver al colegio. Están pasando allá tantas cosas entretenidas que no quiero perderme ninguna. Mañana es la coronación, y después tendremos una fiesta en la sala de recreo. ¡No hemos hablado de otra cosa desde hace semanas! ¡Por favor, mamá, no me lleves a casa!

Se había ido arrodillando lentamente y su cara llorosa e implorante estaba muy próxima a la de Janice.

—Está bien, está bien —la tranquilizó Janice, secando una lágrima del rostro pálido y preocupado—. Por supuesto que puedes quedarte si quieres.

Miró los ojos azules que la observaban con tanta inocencia, la boca seria y tierna, y no tuvo ninguna duda sobre quién había sido el ladrón, ni *por qué* lo había hecho.

Janice llegó a la Grand Central Station en el tren de las siete y cinco, y rápidamente tomó un taxi en el estacionamiento de la avenida Vanderbilt.

Había comprado el último número del *Post* en la estación y examinó los titulares aprovechando la luz de los faroles y la de los escaparates, pero no encontró nada de interés en la primera página.

La historia aparecía en la página tres, continuaba en las treinta y siete y treinta y ocho, y estaba ilustrada profusamente con dibujos que correspondían a los momentos más destacados del desastre matutino.

Un recuadro pequeño en el centro de la página daba la noticia del ataque al corazón que había sufrido James Beardsley, e incluía un comentario del doctor John Whiting, un cardiólogo de la unidad de cuidados intensivos del Roosevelt Hospital. Decía: «Su estado es crítico, pero se mantiene estacionario. Las próximas doce horas serán decisivas.»

Al entrar al vestíbulo de *Des Artistes*, Janice tuvo la sensación de que había estado ausente durante varios meses. El recibimiento de Mario fue muy afectuoso, lo mismo que el de Dominick cuando subían en el ascensor.

Reinaba un aire de victoria, la alegría delirante que sigue al término de una guerra.

Incluso Bill resplandecía, excitado por el éxito del día y deseoso de celebrarlo, lo que resultaba totalmente inesperado. Ella se había preparado para una tarde triste y conflictiva y, en cambio, fue recibida con una alegría festiva y besos cariñosos. Después de todo lo que había vivido en las últimas veinticuatro horas, eso era precisamente lo que necesitaba.

La mesa para jugar al bridge había sido colocada junto a la chimenea, y estaba exquisitamente decorada. El fuego chisporroteaba, despidiendo un alegre calor con olor a pino. Una botella de Taittinger estaba enfriándose en un balde con hielo. Manzanas rojas inmensas, una rodaja de Brie y un crujiente pato frío sobre una bandeja adornada con verdura cubierta de salsa de menta, esperaban satisfacer el

apetito de los esposos. Janice se sintió impresionada.

—¡Qué bello! —comentó.

Bill hizo un gesto amistoso e hizo girar la botella en el balde. Parecía estar sobrio, lo que quería decir que había dormido desde la última vez que habían estado juntos. Llevaba un pijama y la bata de levantarse y la miraba anhelante.

—No tardes mucho —dijo, y la intención de sus palabras no dejaba lugar a dudas.

Bill se las arregló para que el corcho saltara en el momento preciso en que Janice, fresca, perfumada y vestida con un peinador transparente que ondulaba a su paso, bajaba las escaleras.

Su primer brindis fue para celebrar el éxito.

—Me llamó Pel Simmons —le contó riéndose— y me dijo que los sucesos del día le habían hecho polvo, no podía dejar de reírse, y me felicitaba una y otra vez, como si yo hubiera tenido algo que ver con aquel éxito. Es un buen hombre, sin duda —bebió lo que quedaba en su copa—, y eso me devuelve la fe en la humanidad.

Volvió a llenar las copas. El segundo brindis fue para que ellos e Ivy gozaran siempre de buena salud.

—Hemos sufrido mucho —dijo, y su expresión se endureció—, demasiado. Pero pronto terminará todo. El noticiario de las siete decía que no hay muchas esperanzas de que Hancock se salve, pobre viejo —su expresión triste fue desmentida por el tono exultante de su voz—. La defensa lucha desesperada. Velie me contó que dos abogados pasaron la tarde en el hospital tratando de convencer a los médicos para que le permitan hacer una declaración, pero el viejo está en coma y no la conseguirán nunca —Bill hizo una mueca—. Es la hora de la angustia para ellos —volvió a llenar su propia copa—. Terminará pronto todo esto, ya verás —aseguró—. Todo lo que tenemos que hacer ahora es sentarnos a esperar y conservar la calma. Mack ya no tiene ni tiempo ni testigos. Velie dice que rechazó al último *experto*, esa mujer, ya sabes a cuál me refiero, ésa del programa aquél, la bruja —se rió—. Y no puedo decir que no le encuentro razón al pobre chiflado. Es tal vez la mejor decisión que ha tomado en su vida. Con la suerte que tienen lo más probable es que le hubieran seguido juicio a ella, es capaz de haber convertido a Langley en un murciélago, y para hacerlo no habría necesitado esforzarse mucho.

Janice mantuvo una sonrisa con la que esperaba poder ocultar la sorpresa que le producía la crueldad de las palabras de su marido.

—Mañana a estas horas ya habrá terminado todo, menos los gritos —prosiguió con voz pastosa, dejando la copa sobre la mesa para aproximarse a ella—. Y cuando todo haya concluido finalmente tendré que hacer muchas cosas para resarcirte. Sé lo que esto ha significado para ti. Y sé cómo me he portado contigo.

Janice se sintió tensa en sus brazos cuando la besó. Trató de relajarse, pero no pudo conseguirlo a pesar de su esfuerzo. A Bill, sin embargo, pareció no importarle, o

no lo advirtió.

Hicieron el amor sobre la alfombra y no fue una experiencia satisfactoria para ninguno de los dos. Después comieron en silencio y se acostaron.

Bill se durmió mucho antes que Janice.

A las tres de la tarde de ese mismo día, Brice Mack, cargado con un sombrero, el abrigo, y una enorme cartera, salía de la sala de reuniones y empezaba a recorrer el largo y desnudo corredor que llevaba hasta los ascensores. Sus movimientos eran lentos, le dolía la cabeza, y los fluorescentes que irradiaban calor y reflejaban la luz sobre las paredes hacían que también le dolieran los ojos. Su ropa interior estaba húmeda y se adhería a su piel. Tenía el rostro sudoroso y afiebrado. Estaba sufriendo todos los síntomas habituales de claustrofobia que experimentaba en sus entrevistas con Hoover, sólo que esta vez no parecía que fueran a desaparecer; por el contrario, tendían a persistir y aumentar en intensidad. Sonrió desgano y se preguntó cuál sería su tensión arterial en ese momento, pero llegó a la conclusión de que el saberlo no le interesaba en lo más mínimo.

La entrevista había sido normal, todo había transcurrido de acuerdo a lo predecible y había sido, por supuesto, muy extraña. Sabía de antemano que no iba a haber forma de conseguir que su cliente entendiera la calamitosa situación en la que se encontraban, sin recursos y a punto de perder el caso si no actuaban con astucia y audacia.

—Usted parece no darse cuenta —insistió Mack con ansiedad— de que no nos queda nadie. Cuando el profesor Ahmanson encuentre alguien que pueda substituir a Hancock, ya será demasiado tarde. Y por eso tenemos que hacer comparecer a la señora Marion Worthman para poder cubrir el hueco mientras tanto. Puedo hacer que hable durante días y días.

Los ojos de Hoover se convirtieron en dos ranuras horizontales mientras estudiaba detenidamente al sudoroso abogado.

—No se preocupe tanto —dijo decidido, y luego agregó misteriosamente—: Este juicio no se ganará por la presencia de la señora Worthman, ni se perderá por su ausencia. Puede que usted no lo crea, pero el veredicto ya está decidido. Fue decidido mucho antes de que usted se hiciera cargo de mi defensa.

Esta observación había dejado estupefacto a Brice. Por un momento creyó que iba a sufrir un ataque de risa. No se podía decir que su relación con Hoover hasta el momento hubiera sido lógica o cuerda, pero en esta ocasión se trataba de una conversación de locos.

—Yo no estaría tan seguro —replicó Mack—. Yo no planeo mi estrategia sobre una bola de cristal. Tengo que utilizar métodos comunes, ordinarios, corrientes, los mismos que recomienda Sir William Blackstone.

A Hoover no le impresionó ni le ofendió el comentario. Simplemente lo desechó,

se inclinó sobre la mesa, sonrió y dijo en tono confidencial:

—Un gran hombre dijo una vez: «Si se busca el origen de una coincidencia, se llegará a lo inevitable.» Lo que ha sucedido hoy aquí, por ejemplo; la burda y vergonzosa degradación de un santo, la repentina enfermedad de un testigo clave, no son sucesos arbitrarios sino las etapas de una larga y compleja cadena de sucesos que nos llevarán inevitablemente a una conclusión ya determinada, cuya naturaleza nos será revelada sólo en el momento oportuno. No hay nada que usted o yo podamos hacer para alterar su curso. Para mí resulta muy claro ahora que la defensa que usted planeó y construyó con tanto cuidado estaba destinada a fracasar. En otras palabras, usted ha intentado controlar lo incontrolable. Aguijoneado por su ambición personal, ha jugado con una fuerza muy superior a su ciencia, y se ha visto derrotado. Ya no es necesario que piense, planeo o se esfuerce por defenderme. Las cosas seguirán su propio curso, de modo que siéntese y relájese. La máquina funciona bien de acuerdo a su propia estructura. Incluso ahora, mientras estamos sentados aquí conversando, las fuerzas se están alineando para hacer su aparición en el momento oportuno, y traerán con ellas sucesos y personas que darán testimonio de mi inocencia y harán que se haga justicia.

Una filosofía absurda, pero muy consoladora, se dijo Mack mientras esperaba la llegada del ascensor. Sí, muy consoladora hasta que uno se preguntaba de dónde iban a salir «esas personas» de las que hablaba Hoover. Por supuesto que no se podía contar con los Templeton, a pesar de la fe de *boy scout* que tenía Hoover en la honestidad e integridad de Janice. Tampoco era probable que su salvación le cayera en forma de un relámpago desde un benéfico cielo, pensó Mack divertido. ¡Confiar en un milagro! Si realmente existieran, ¿quién necesitaría abogados? Siéntate y relájate. Por supuesto, en el asilo, porque todos quedarían sin trabajo.

Aunque estos pensamientos no eran más que una manera de descargar su frustración, habrían de permanecer en su recuerdo durante toda su vida, porque junto con su ascensor subió el otro, y apareció Reggie Brennigan.

Más tarde Mack reflexionaría mucho sobre la coincidencia de que los dos ascensores hubieran subido al mismo tiempo, y que mientras él entraba en uno Brennigan saliera del otro, sin que ninguno de los dos se diera cuenta hasta el momento en que Mack se volvió y alcanzó a divisar una camisa deshilachada, un sombrero viejo y sucio, y un cuello rojizo, antes de que se cerrara la puerta por completo. Mucho tiempo después, seguiría pensando en ese impulso repentino que le hizo poner el brazo para impedir que la puerta se cerrara.

—Ah, aquí estabas, hijo mío —dijo el ex policía, lanzando al rostro de Mack su aliento rancio y alcohólico.

—¿Dónde diablos te habías metido? —preguntó el abogado, retrocediendo disgustado y asqueado.

—En varios sitios —respondió Brennigan jadeando e hizo un gesto malicioso al tiempo que golpeaba el bolsillo de su chaqueta. Después señaló el lavabo al final del corredor y dijo—: ¿Qué te parece si vamos a la suite presidencial? —trató de hacer un guiño con sus claros ojos acuosos, pero no lo consiguió.

Unos minutos más tarde, Mack estaba en el interior de uno de los compartimientos del lavabo. La puerta estaba cerrada con pestillo y, a instancias de Brennigan, se había bajado los pantalones y estaba sentado sobre la tapa del water, porque «había que guardar las apariencias», según decía el detective. Él estaba en el compartimiento contiguo, e igualmente se encontraba sentado. Sólo después de tomar infinitas precauciones para comprobar que nadie podía oírles ni verles, se decidió a entregar su hallazgo a Mack; aprovechando una ranura que quedaba en la parte inferior de la división que separaba a los compartimientos deslizó varias docenas de fotocopias de tan mala calidad que el abogado apenas pudo descifrarlas en la penumbra del lugar.

Eran fotocopias de documentos que estaban escritos con una caligrafía rápida y sucinta que hacía que incluso en otras circunstancias hubieran resultado difíciles de leer. Mack se detuvo en una de ellas y su corazón dio un salto. Era la fotocopia de una carpeta que decía «Templeton» en la etiqueta.

Durante los cinco minutos siguientes el abogado forzó su visión hasta más allá de sus límites y pudo leer lo suficiente como para convencerse de que tenía en sus manos la médula de su defensa, el elemento que necesitaba y que hasta ahora no había podido encontrar.

Tenía la cara acalorada y sudorosa y la voz le temblaba cuando preguntó:

—¿Es auténtico?

El detective se rió satisfecho al otro lado de la división de separación.

—¿Te parece un trabajo sucio, eh?

—Santo Dios, ¿dónde la encontraste?

—En el lugar en el que ha estado durante los últimos siete años, en el archivo de la Clínica psiquiátrica de Park East, en la calle Ciento seis y la Quinta Avenida.

—¡Santo cielo! —Brice no podía controlar la excitación de su voz— ¿Cómo lo conseguiste? Es decir, ¿cómo conseguiste las fotocopias?

—¿De verdad quieres saberlo?

—No —respondió rápido. Escuchó la carcajada del detective y el ruido que hacía al tragar algo de una botella—. ¿Has hablado con Vassar?

—Está muerta, pero hablé con un médico llamado Pérez, un puertorriqueño muy conversador, que era su ayudante. Lo sabe todo.

—¡Dios mío! —fue todo lo que Mack pudo decir.

En ese momento, alguien entró en el lavabo y ocupó uno de los compartimientos que quedaba a un extremo. Durante los cinco minutos en los que se vieron obligados

a guardar silencio, las emociones de Mack fueron desde un entusiasta delirio hasta un total abatimiento. Después que el intruso tiró la cadena, se lavó, se peinó, silbó unos compases de *You'll Never Walk Alone*, y se marchó, sólo entonces pudo el abogado desahogar su desesperación hablando con el viejo policía.

—No podremos presentar esto como prueba. Es material reservado.

Una alegre carcajada, en tono tan bajo que al comienzo Brice pensó que se trataba de un pedo, precedió la aparición en la ranura de otra serie de documentos. Eran fotocopias del formulario 1040, fechado en 1967, y con las firmas de William P. Templeton y Janice Templeton.

La sorpresa de Mack fue enorme.

—¡No me digas que has asaltado el Departamento del Tesoro!

—Un día te lo contaré todo —dijo el detective riéndose—. Da vuelta a la hoja que está sujeta con un clip.

Los dedos de Mack encontraron el clip y dieron vuelta a la página. Era una larga lista de deducciones médicas, una exhaustiva descripción que sólo iba revelando gradualmente su secreto. Y ahí estaba, en dos líneas separadas, lo más importante de todo: los Templeton cedían el material a Park East Psychiatric Clinic, lo cual suponía renunciar a su derecho de que se considerara como material reservado.

Era demasiado para que la magullada y aporreada mente de Brice pudiera digerirlo todo de una sola vez. Era demasiado para pensarlo sentado en la tapa de un water, con los pantalones en el suelo, en pleno corazón de la ciudadela de la justicia.

Brice sacudió su dolorida cabeza con cansancio pero feliz, y trató de recostarse contra la pared. Se lo impidió una complicada instalación de cañerías y grifos que se hundieron en su espalda y le hicieron reír. Sus carcajadas fueron acompañadas muy pronto por las del viejo y querido cara de remolacha sentado en el compartimiento vecino. Mack podía imaginarse los moribundos ojos saltones mirándolo todo desde la cara embrutecida por el alcohol, y lo patético de esta imagen le oprimió el corazón, haciendo desaparecer la risa y activando el recuerdo de lo que su padre le había dicho una vez, hacía mucho tiempo, cuando un vagabundo había llamado a la puerta de su casa para pedir limosna y tuvieron amablemente que negársela. «Es una lástima que no haya podido ayudarle. Es un hombre, una criatura hecha a imagen y semejanza de Dios, con una mente y un espíritu que podrían haber sido la salvación del mundo. Es una lástima que no haya podido ayudarle», repetía Max en yiddish mientras lloraba.

Una sonrisa humilde se formó en los labios de Brice cuando pensó en todas las posibilidades que Reggie Brennigan, esa criatura hecha a imagen y semejanza de Dios, había abierto para él. Y entonces recordó las palabras de Elliot Hoover, y su sonrisa quedó fija como una mueca en su rostro. La máquina funciona bien de acuerdo a su propia estructura, alineando las fuerzas, produciendo los acontecimientos, presentando nueva gente.

¿Podía ser?

¿Era realmente posible?

La aparición del hombre esbelto y moreno, vestido con un sobrio traje oscuro, y una delgada cartera en la mano, le produjo a Bill la impresión de *déjà vu* cuando le vio entrar en la sala a las ocho cincuenta y cinco del martes. Había visto a ese hombre en alguna parte, no hacía mucho tiempo, y había estado cerca de él durante un breve encuentro. No recordaba dónde, sólo que la cara le resultaba familiar. Tuvo una instintiva reacción de pánico.

Los ojos de Bill siguieron a la figura masculina mientras cruzaba la barandilla y se sentaba en uno de los extremos de la fila. Y fue entonces cuando recordó repentinamente la identidad del hombre. Se habían conocido en la Clínica psiquiátrica de Park East y estuvieron a punto de chocar en el pasillo la mañana que estuvo allí para examinar los apuntes de la doctora Vassar.

Bill sentía un sudor helado cuando el juez Langley, aburrido y cansado, entró en la sala y dio por inaugurada la sesión. Pronto recordó el nombre del desconocido al escuchar a Brice Mack que, de pie y con voz alegre y ansiosa, decía:

—Mi próximo testigo será el doctor Gregory Alonzo Federico Pérez.

Incluso antes de que Pérez se pusiera de pie, Janice vio la expresión de sorpresa que tenían los ojos de Velie cuando se volvió hacia la sala para estudiar al testigo antes de dirigir a Bill una mirada interrogante. Bill respondió su pregunta silenciosa con un profundo suspiro y un movimiento de negación con la cabeza.

Los periodistas, ávidos de novedades, se inclinaron hacia adelante en sus asientos mientras el testigo juraba ante el alguacil. Hubo una cortés pausa para darle tiempo a que se acomodara en la silla.

Brice Mack preguntó en voz baja y amistosa:

—¿Cuál es su nombre completo, por favor?

—Gregory Alonzo Federico Pérez.

—¿Cuál es su profesión?

—Soy médico psiquiatra.

Bill recordó la voz, con un leve acento hispano, que había hablado por teléfono con él hacía menos de dos meses.

—¿Tiene licencia para ejercer su profesión en esta ciudad?

—Sí.

—¿Dónde trabaja?

—En la Clínica psiquiátrica de Park East, en el número 1010 de la Quinta Avenida.

Al oír mencionar la clínica Janice sintió miedo.

—¿Podría decirle al jurado cuándo comenzó a trabajar en la Clínica psiquiátrica de Park East?

—Inmediatamente después de completar mi período de prácticas en el hospital Sheppard and Enoch, en Towson, Maryland. Hice mi internado en Park East en el año 1966.

—¿Tuvo contacto en esa época con la doctora Ellen Vassar?

Scott abrió la boca como si fuera a hablar pero se contuvo.

—Sí, mantuve un estrecho contacto con la doctora Vassar durante seis años. Fui su ayudante hasta que murió en 1972.

—¿Sería correcto afirmar que tuvo usted conocimiento de la mayoría de los casos que trató la doctora Vassar en esa época?

—Sí. Conocía todos los casos.

—¿Tenía usted conocimiento del caso de la paciente llamada Ivy Templeton, que recibió tratamiento de la doctora Vassar durante el lapso comprendido entre el 12 de diciembre de 1966 y el 23 de septiembre de 1967?

Scott se puso en pie lentamente. Tenía el ceño fruncido cuando con voz plana y sin ningún dramatismo dijo:

—Ésa es información reservada, Su Señoría. La defensa está haciendo una pregunta que afecta a la relación médico-paciente, y la objetamos por tratarse de información reservada.

Mack miraba al jurado cuando se interrumpió para decir:

—No hay ninguna duda de que existe el privilegio de considerar determinadas materias como reservadas, Su Señoría. Pero en este caso los padres de la niña han renunciado a ese privilegio.

—Nunca lo han hecho —replicó Scott violento—. Jamás han renunciado a ese privilegio los padres de Ivy Templeton, Su Señoría, y yo insisto en que esa pregunta viola el privilegio que confiere la categoría de materia reservada a ese tipo de asuntos. Yo...

El juez Langley golpeó con el martillo e interrumpió.

—Un momento —y se dirigió a Brice Mack con expresión de duda—. ¿Tiene usted alguna prueba que respalde su afirmación?

Mack saboreó intensamente el momento antes de decir:

—Puedo presentar tres documentos como prueba de que los padres de Ivy Templeton han renunciado expresamente al privilegio que concede a las relaciones médico-paciente el carácter de materia reservada. Uno de ellos es un formulario que llenaron los señores Templeton para la Mutual Insurance Company de Manhattan; dos, el formulario de Mutual Insurance Company que fue completado por la doctora Vassar y devuelto a dicha compañía de Seguros; y tres, el informe complementario sobre las perturbaciones mentales de Ivy Templeton que preparó la doctora Vassar para la Mutual Insurance Company de Manhattan a petición, y con la autorización de los señores Templeton.

Velie gritó:

—¡Pero eso no supone la renuncia al privilegio de información reservada! Se hizo con el único objeto de poder cobrar el dinero del seguro y no para revelar la naturaleza de la enfermedad de la niña...

El juez dio un martillazo.

—No se puede tener todo en esta vida —dijo al fiscal—. Querían que se les reembolsara el dinero del seguro y no tuvieron ninguna objeción en proporcionar información sobre la naturaleza de la enfermedad de la niña a terceras partes, es decir, a los empleados del archivo, mecanógrafos y contables de la compañía de Seguros. No puede reclamar ahora el privilegio de información reservada, señor Velie. Yo considero que renunciaron al privilegio y, por consiguiente, rechazo su objeción.

Brice Mack volvió al testigo con la sonrisa de un guerrero victorioso.

—Permítame repetir la pregunta, doctor Pérez. ¿Tenía usted conocimiento del caso de la paciente Ivy Templeton, que recibió tratamiento de la doctora Vassar durante el lapso de tiempo comprendido entre el 12 de diciembre de 1966 y el 23 de septiembre de 1967?

—Sí.

Brice se dirigió al juez.

—Su Señoría, en vista de la respuesta del doctor Pérez le ruego que le permita retirarse del banquillo. Deseo llamar a otro testigo, saltándome el orden, con el objeto de sustanciar las pruebas que figuran en los tres documentos que ya he mencionado.

—Proceda —concedió el juez.

Tallman, encargado de los archivos de Mutual Insurance Company of Manhattan fue llamado a declarar después que se le hizo prestar juramento.

Durante el tiempo que transcurrió en el cambio de testigo, Brice dirigió una rápida mirada al matrimonio Templeton. No le extrañó que estuvieran profundamente hundidos en sus asientos ni que sus rostros reflejaran sorpresa, miedo y sentimiento de culpabilidad por lo que estaba pasando.

Con un total dominio de la situación, y disfrutando cada momento, el abogado defensor preguntó el nombre, función, naturaleza y contenido del archivo a cuyo cargo estaba. Después le pidió que identificara los documentos que acababa de presentar ante el juez. Tallman sacó una carpeta de su portadocumentos y explicó que se trataba de una solicitud presentada por los señores Templeton para que se reembolsaran los gastos ocasionados por el tratamiento médico a que había estado sometida su hija entre el 12 de diciembre de 1966 y el 23 de septiembre de 1967.

Brice sacó los tres documentos que había mencionado anteriormente y los presentó como pruebas uno, dos y tres de la defensa bajo el rótulo «Templeton», identificadas como verdaderas por el testigo.

Scott Velie se puso en pie y, decidido a ponerle al mal tiempo buena cara, no sólo

las aceptó sino que dijo:

—Su Señoría, creo que toda la carpeta debe figurar como prueba.

Y para demostrar su absoluta falta de inquietud por el material presentado declinó su derecho a examinarlo.

Todo concluyó en menos de cinco minutos y Tallman fue reemplazado en el banquillo de los testigos por el doctor Pérez. La sonrisa con que le recibió Brice Mack era cálida como un abrazo.

—Doctor Pérez, ¿nos podría decir algo sobre la reputación de la doctora Vassar como psiquiatra?

—Por supuesto. Era una reconocida experta en su especialidad como psiquiatra infantil. Muy a menudo se le pedía que dictara conferencias y publicaba numerosos artículos. La mayoría de los psiquiatras consideran sus planteamientos como definitivos. Era una mujer brillante.

—Gracias. ¿Dijo usted que trabajó en estrecho contacto con ella hasta la fecha de su muerte?

—Sí.

—¿Y que usted tenía acceso a todos sus casos?

—Sí.

—Doctor Pérez, cuando se le citó para que compareciera ante este tribunal se le pidió que trajera el archivo de la doctora Vassar sobre su paciente Ivy Templeton. ¿Ha traído usted ese material?

—Sí.

—¿Lo tiene aquí con usted?

—Sí.

—¿Puedo verlo?

El testigo hizo un gesto afirmativo con la cabeza, abrió su portadocumentos y sacó una carpeta que Bill y Janice reconocieron de inmediato.

Brice recibió la carpeta y la levantó para que el testigo pudiera verla.

—Ésta es una carpeta fechada 12 de diciembre de 1966 - 23 de septiembre de 1967, y lleva una etiqueta que dice Templeton. ¿Puede identificarla?

—Sí. Es la carpeta que contiene las notas tomadas por la doctora Vassar de los exámenes, entrevistas y conclusiones sobre una paciente llamada Ivy Templeton, que tenía dos años y medio de edad cuando estuvo bajo tratamiento psiquiátrico con la doctora durante el tiempo transcurrido entre ambas fechas.

Volviéndose hacia el juez, Mack dijo:

—Su Señoría, presento la totalidad del material contenido en esta carpeta como prueba número cuatro de la defensa, y pido que todo su material sea copiado en el acta.

Velie se puso en pie.

—Su Señoría, la defensa no ha tenido siquiera la cortesía elemental de permitirme examinar esa carpeta antes de enseñársela al testigo, por lo que solicito que se me permita examinarla antes de que sea aceptada como prueba.

—Concedido —el juez se levantó de su asiento—. El tribunal estará en receso durante treinta minutos.

—¿Qué piensas?

Velie levantó la mano para impedir que le distrajeran mientras hojeaba las páginas, deteniéndose más tiempo en las anotaciones finales, que sé referían a los arquetipos de Jung como una posible explicación para las pesadillas de Ivy.

—Bueno, no he encontrado nada que se pueda excluir por no tratarse de una experiencia directa —miró a Bill con severidad—. Ciertamente, esto les abre una puerta.

—Ayer no tenían esa carpeta —dijo Bill furioso.

Al ver los hombros caídos y la expresión de perro apaleado de Bill, el fiscal sonrió y dijo con tranquilidad:

—La defensa ha abierto una puerta, Bill, pero no nos suicidemos antes de averiguar qué es lo que espera encontrar al otro lado.

Cuando la sesión se reanudó a las diez cuarenta, Brice volvió a presentar su moción para que se aceptara la carpeta como prueba. No hubo objeciones de parte del fiscal, y el juez ordenó que se la clasificara como prueba número cuatro de la defensa. Una vez cumplido este trámite, Brice Mack solicitó permiso al juez para leer todo el material, con el objeto de que quedara en acta.

Scott Velie se puso en pie de un salto y dijo con cara de desagrado:

—Su Señoría, es una carpeta muy voluminosa. El jurado tendrá oportunidad de llevarla a la sala del jurado, donde se le proporcionará asesoría técnica, si lo estima conveniente. Me parece que sería abusar demasiado del tiempo de los asistentes si se permite que se lea todo el contenido de la carpeta.

—Su Señoría —dijo Mack con un exasperante suspiro—, solicito la benevolencia de Vuestra Señoría para leer en voz alta la totalidad del material contenido en la carpeta, porque me parece que el jurado se hallará en mejores condiciones para analizar las declaraciones de nuestro próximo testigo, si se ha enterado antes de su contenido.

El juez parecía muy interesado en escuchar la lectura de la totalidad del material contenido en la carpeta, y rápidamente aceptó la propuesta de la defensa.

El resto de la mañana transcurrió en la lectura y transcripción en el acta de las anotaciones de la doctora Vassar. Brice Mack identificaba cada página por su número y lentamente leía lo que estaba escrito, luchando con la pronunciación de los términos psiquiátricos más complejos. Se vio obligado a deletrear más de una palabra para que

el secretario pudiera registrarla en el acta.

Una silenciosa expectación se había apoderado de la concurrencia cuando terminó la lectura. El juez consideró su próximo paso y, aunque sólo faltaban veinte minutos para las doce, procedió a decretar un receso para almorzar.

Janice no fue a almorzar a Pinetta pretextando que tenía que hacer unas compras. No había habido nada de ambiguo en las miradas que le había dirigido Bill durante la sesión matutina, y su sentido innato del peligro le había advertido que debía evitar a cualquier precio la compañía de su esposo. Con un par de martinis en su cuerpo el cortocircuito que estaba a punto de producirse produciría sin lugar a dudas una explosión, especialmente si ella estaba cerca para provocarla.

Su deseo de llamar a Ivy a Mount Carmel era también una de las razones para saltarse el almuerzo. Había tenido la intención de telefonar por la mañana, pero Bill la había hecho salir muy temprano de casa, y las presiones posteriores en los Tribunales se lo habían impedido.

Después de perder tres monedas, Janice recorrió varias calles, gélidas bajo el cortante viento, buscando una cabina telefónica que funcionara bien. Finalmente encontró una en el cálido y aromático recinto de la tabacalera Óptimo.

La mujer que contestó la llamada era una profesora llamada señorita Halderman, o Alderman, una profesora de Arte que estaba a cargo de los cursos inferiores. Su enérgica voz le informó que las chicas acababan de almorzar, y estaban muy contentas dedicadas a preparar a Silvestre para la coronación, y la fogata con que lo derretirían, ceremonia que tendría lugar a las cuatro y cuarto en punto. Ivy estaba bien y la señorita Alderman podía divisarla desde las ventanas de su despacho; por lo menos, el hermoso pelo rubio que alcanzaba a ver parecía ser el de Ivy, en medio de las niñas que ayudaban al señor Calitri, el guardián del colegio, a apilar las cajas.

—¿Desea que vaya a buscarla?

—No, gracias. No es necesario —respondió sintiendo un inexplicable escalofrío dentro de la asfixiante atmósfera de la cabina—. No quiero molestarla. Sólo llamaba para saber cómo estaba.

En el camino de vuelta a los Tribunales, Janice entró en una farmacia para comprar aspirinas. Su cabeza parecía flotar y continuaba sintiendo frío.

En el vestíbulo, se detuvo junto a una fuente y tomó tres aspirinas. Al levantar la cabeza del surtidor se sintió tan mareada que tuvo que aferrarse a la base de loza para no caer al suelo. Temblaba incontrolablemente. Santo Dios, ¿qué le pasaba? El malestar había comenzado después de la llamada por teléfono. En realidad, había empezado mientras hablaba. Algo en el diálogo lo había provocado. Algo que había dicho la señorita Alderman le había provocado un malestar repentino. Pero ¿qué?

—Dígame, doctor Pérez...

Janice escuchaba la voz de Mack como si hablara desde un filtro. Los temblores habían desaparecido, pero los escalofríos continuaban y junto con ellos el oscuro presentimiento de que un desastre inminente se les venía encima, con velocidad progresivamente mayor.

La tos seca de Bill le obligó a abrir los ojos y a darle una mirada. Parecía muy ajeno a cuanto ocurría con sus ojos cerrados, desplomado sobre la silla, completamente relajado por una profunda euforia alcohólica. Ella estaba sola. Esta certeza la golpeó dolorosamente. *Estaba sola*. El hecho de que Bill se escudara con la amargura y se encerrara cada vez más dentro de sí, había hecho imposible toda comunicación entre ellos. Él se había mostrado incapaz no sólo de entenderla a ella, sino también de comprender lo que realmente estaba pasando. Sí, estaba sola.

—... ¿Y usted afirma que la doctora Vassar discutía con usted todos sus casos, incluido el que ahora nos ocupa?

—Trabajábamos en estrecha colaboración en todos los casos. Y muy especialmente en éste.

—¿Por qué muy especialmente en éste?

—Porque era algo poco usual, único. No era posible clasificarlo. La doctora Vassar nunca había tenido otro caso semejante.

—¿Usted y ella discutieron el caso en detalle?

—Largamente y en detalle.

Brice Mack buscó una página en el cuaderno.

—Deseo llamar su atención sobre ciertas expresiones de la doctora Vassar que aparecen en sus cuadernos, doctor Pérez, y que necesitan una interpretación.

Se volvió ligeramente hacia el jurado y leyó con voz clara:

—En la anotación fechada el 18 de enero de 1967 dice que la niña «trata de trepar al respaldo de una silla, ¡y lo consigue! Bien coordinada, coordinación muscular y habilidades propias de un niño de más edad. Comprobar si es capaz de trepar a una silla fuera del estado de sonambulismo» —buscando en una sección que había sido separada de las demás páginas con un clip continuó—: Y en la anotación correspondiente al 20 de febrero de 1967 escribe: «Los resultados fueron negativos: en estado normal la niña es incapaz de trepar a una silla sin caerse. Durante el sonambulismo puede hacerlo y demuestra una mayor habilidad muscular y una mejor coordinación de la que cabría esperar en un niño de dos años y medio...» —Mack miró a su testigo y preguntó—: ¿Cómo interpreta usted esta observación de que la niña parecía «mayor» durante su estado de sonambulismo?

—A ninguno de los dos nos parecía explicable, porque es posible que en estado de sonambulismo una persona reproduzca un suceso vivido anteriormente, pero en ese caso parece más joven. Y, sin embargo, la niña revivía una experiencia pasada y daba la impresión de ser mayor.

—¿Y a qué conclusiones llegaron en sus conversaciones con la doctora Vassar respecto a esta extraña conducta?

—A ninguna. Era algo absolutamente inexplicable.

—Doctor Pérez, ¿qué quiere decir con «inexplicable»?

—Quiero decir que no se podía dar ninguna explicación para la conducta de la niña dentro de los límites de la certeza médica.

El abogado titubeó, sopesando si sería oportuno introducir los arquetipos de Jung en ese momento. Aunque la doctora Vassar lo había sugerido como una posible explicación en su anotación final, decidió renunciar a mencionarlo. Tal vez la doctora era más partidaria de Jung que el doctor Pérez. Y, además, la primera regla que hay que tener en cuenta cuando se interroga a un testigo es no hacer nunca una pregunta si no se está seguro de la respuesta. Pasó a otra anotación.

—El 21 de abril hay una anotación que dice: «La ventana parece ser su objetivo principal... el cristal es como una barrera caliente... ¿el fuego del infierno...? intenta acercarse sin éxito al cristal, porque el calor es excesivo... retrocede tambaleándose... se cae... llora...» ¿Conversó usted con la doctora Vassar respecto de lo que acabo de leer?

—Sí, lo hicimos muchas veces.

—¿Intercambiaron ideas alguna vez sobre el significado de la conducta de la niña?

—Sí.

—¿Llegaron a alguna conclusión?

—Los dos pensábamos que se trataba del recuerdo de un accidente en el que la niña había quedado atrapada en algún espacio cerrado; y que intentó escapar, pero no pudo conseguirlo, porque el camino por donde podría haber huido era doloroso. Así se explicaba el movimiento contradictorio que la hacía sentirse atraída y repelida varias veces por una misma cosa.

—¿Se interrogó a los padres para averiguar si en el pasado de la niña existió algún tipo de incidente que explicara un recuerdo tan persistente?

—Según consta en el archivo, se discutió el problema con los padres y con el obstetra que asistió al nacimiento de Ivy, pero ninguno sabía de ningún acontecimiento en el pasado de la niña que pudiera explicar la escena que ella recordaba.

Adoptando un aire de profunda concentración, Brice Mack prosiguió en una voz cuidadosamente controlada.

—Doctor Pérez, si suponemos que una niña quedó atrapada dentro de un coche que se estaba incendiando, que tenía las ventanillas cerradas, y a la que el fuego impedía usar esas vías de escape, ¿cree usted que reaccionaría en forma parecida a la que se pudo observar en el caso de Ivy Templeton?

—Sí, es posible que un accidente de tal naturaleza pudiera explicar ese tipo de conducta.

—De acuerdo con los antecedentes que tiene usted del caso, ¿estuvo Ivy Templeton atrapada alguna vez dentro de un automóvil ardiendo?

—No, que yo sepa.

Brice Mack miró al fiscal.

—Puede interrogar al testigo.

Scott Velie se puso de pie con una exagerada lentitud. Su voz sonaba cansada y sus ademanes eran soñolientos. Dijo:

—¿Si no me equivoco, se incorporó usted al personal de la Clínica Psiquiátrica de Park East en 1966, verdad?

—Sí.

—El mismo año que los padres de Ivy Templeton recurrieron a la clínica para que su hija se sometiera a tratamiento, ¿no es así?

—Así es, en 1966.

—¿En qué mes empezó usted a trabajar en la clínica?

—En noviembre.

—¿A comienzos de noviembre o a finales de noviembre?

—Después del Día de Acción de Gracias.

—Ya veo —Velie estudió la respuesta un momento antes de continuar—. De modo que, de hecho, ¿usted empezó su internado tan sólo unas pocas semanas antes de que Ivy Templeton se convirtiera en paciente de la doctora Vassar?

—Sí.

—¿Ya pesar de ser recién llegado pudo gozar de una confianza tan completa de parte de la doctora Vassar que, según la propia declaración de usted, doctor, se le proporcionó toda la información disponible sobre un caso que era tan «poco usual» y «único» que «no era posible clasificarlo»?

El doctor Pérez se humedeció los labios.

—Así es.

—¿Es costumbre dentro de la psiquiatría que los médicos consulten con los internos casos tan complejos que, y cito sus propias palabras, doctor, resultan «inexplicables dentro de los límites de la certeza médica»?

—No sé si será costumbre, pero es lo que hizo la doctora Vassar —respondió Pérez sin inmutarse—. Era una mujer extraordinaria.

—¿En qué medida colaboró usted con ella en este caso?

—Ya lo he dicho antes, trabajamos en estrecha colaboración.

—¿Cómo?

—Después de cada sesión analizábamos lo sustancial de lo que había pasado y lo que se había dicho o conversado.

—¿Y las conclusiones las sacaban conjuntamente?

—Algunas veces, cuando era posible hacerlo así.

—¿Estaba usted presente durante las entrevistas de la doctora Vassar con la paciente?

—No.

—¿Acompañaba a la doctora Vassar cuando visitaba a la paciente en casa?

—No.

—¿Observó alguna vez a la niña durante una de sus pesadillas?

—No.

—Por consiguiente, para formarse un juicio ¿dependía usted de lo que ella le contaba?

—Sí.

—De modo que cuando usted dice haber llegado a las mismas conclusiones que la doctora ¿debía basar las suyas en lo que la doctora Vassar le dijo haber visto u oído?

—Sí.

El fiscal estudió algunas notas y, después que el jurado había recibido el impacto de la declaración del testigo, reanudó su interrogatorio.

—Dígame, doctor, eso de que la niña pareciera mayor durante sus ataques, y que demostrara una mayor habilidad muscular y una mejor coordinación que las que tendría normalmente una niña de su edad, ¿no podría haber ocurrido en una circunstancia que a usted, como psiquiatra, tendría que resultarle familiar?

Al ver la expresión de perplejidad que se dibujaba en el rostro del testigo, Velie explicó:

—¿No es acaso la hipnosis una herramienta psiquiátrica usada muy a menudo por la gente de su profesión?

—Bueno, sí...

—¿Y no es acaso cierto que bajo el efecto de la hipnosis se puede inducir a un sujeto para que realice acciones físicas que excederían sus capacidades normales en estado normal?

—Sí, pero...

—Gracias —interrumpió Velie—. Ha contestado usted mi pregunta.

Brice Mack acechaba al fiscal como un halcón, listo para atacar, listo para pedir al juez Langley que ordenara al señor Velie que permitiera al testigo pensar cuidadosamente sus respuestas, como tenía derecho el jurado a esperar de un experto, pero se contuvo y permitió que el fiscal arrancara respuestas incompletas del testigo. Esperaba su hora para profundizar en lo que había sido sugerido.

Velie había cogido el cuaderno de la doctora Vassar y estaba hojeando sus páginas.

—Volviendo a lo de los movimientos de la niña hacia la ventana —encontró lo

que buscaba—. «La ventana *parece* ser su objetivo principal... el cristal es como una barrera caliente... retrocede tambaleándose, se cae, llora...» Me gustaría preguntarle, doctor, si no resultaría lógico que una persona atrapada en un edificio durante una tormenta, y que intentara escapar por la ventana, pero sin poder tocarla porque estaba tan *fría* que le hacía daño en la mano, tuviera la misma conducta descrita por la doctora Vassar.

—Bueno, mire usted...

—Sólo quiero un sí o un no. Lo que he planteado, ¿es posible o no?

—Bien, es posible...

—Gracias —Velie buscó las páginas finales del cuaderno—. Esta anotación final de la doctora Vassar que, a propósito —su voz se hizo mordaz—, la defensa parece dispuesta a ignorar, habla de los arquetipos de Jung como una posible explicación para la conducta de la niña. ¿Qué importancia tiene su referencia a los arquetipos de Jung, doctor Pérez?

El doctor Pérez estuvo pensando largo rato antes de responder.

—Me sería difícil precisar la importancia de la referencia. Yo personalmente no estoy de acuerdo con esa teoría.

—¿Y en qué consiste la teoría?

—La teoría mencionada por la doctora Vassar postula la existencia en la mente humana de la capacidad de recordar sucesos que no se han vivido personalmente. Se tratarían de experiencias de la raza humana, no de experiencias del individuo. Tal vez porque la doctora Vassar estudió en Burghölzli estaba influida por la teoría de Jung y pudo llegar a esa conclusión. La doctora Vassar no era, de hecho, jungiana, pero puede que no encontrara otra explicación para una conducta en la que se reviven acontecimientos del pasado que no han tenido lugar, a no ser, por supuesto, que se admita la reencarnación.

Ya está, pensó Janice, la palabra ha sido pronunciada. Por primera vez ese día se había mencionado la palabra, y no dejaba de ser extraño que el primero en utilizarla hubiera sido, precisamente, un científico.

—A su juicio, ¿la teoría de Jung presupone la reencarnación?

—No, no lo creo. Me parece que Jung creía que la experiencia de los individuos que nos precedieron creaba una especie de recuerdos heredados. Y así como las experiencias primitivas han dejado una huella genética en el físico, así también, creía él, dejaban una huella genética en la memoria. Pero no creo que pensara que los individuos tenían, en realidad, existencias anteriores.

—¿En qué cree *usted*, doctor Pérez?

—¿Cómo dice?

—¿Cree usted en la reencarnación?

El testigo rió sorprendido.

—No —respondió—. No creo en la reencarnación.

La confiada sonrisa de Brice Mack ocultaba perfectamente la inquietud que se había apoderado de él al escuchar la respuesta de Pérez, y al observar las sonrisas del jurado. De todos modos, pronto se sucederían momentos cargados de dramatismo y estaba seguro de que volvería a atraer la atención del jurado.

Velie continuó:

—Doctor Pérez, ¿hay mucha gente en el mundo actual que, hasta donde usted pueda saberlo, creen en lo sobrenatural?

—Sí, hay mucha.

—Desde el punto de vista de un psiquiatra, ¿cuál sería la explicación para esta creencia en lo sobrenatural?

—Bien —respondió Pérez con sencillez—, la mayoría de nosotros se aterra ante la idea de la muerte, y lo que representa como punto final de todo. Si se tienen convicciones religiosas se evita el tener que aceptar la muerte como el final, ya que se cree en una vida en el más allá. El temor a la muerte, y el miedo a dejar de existir, hace que mucha gente trate de encontrar algo que le proporcione un sentimiento de continuidad. Ése es un aspecto; el otro aspecto es que hay mucho de misterioso e inexplicable en la conducta humana y que aunque haya una explicación racional para lo que no entendemos, en este momento no la conocemos. Los seres humanos, por la naturaleza misma de su curiosidad, tienden a encontrar explicaciones para lo que les parece misterioso o sobrenatural. Yo, como científico, no creo que exista eso que llaman sobrenatural, y pienso que se trata de fenómenos naturales para los cuales todavía no tenemos una explicación.

—¿Pero no incluye la reencarnación dentro de esa categoría?

—No, porque no creo en la reencarnación.

—Muchas gracias. No haré más preguntas.

Brice se puso en pie, hizo una ligera inclinación de cabeza a Scott Velie y se aproximó al testigo.

—Tengo algunas preguntas que me gustaría que respondiera, doctor Pérez, si no tiene inconveniente. Creo que la forma en que le interrogó el fiscal le impidió desarrollar con más detalles varias de sus preguntas. Especialmente aquélla sobre la hipnosis como medio para inducir a un sujeto a realizar acciones que exceden su capacidad normal. En su opinión, ¿podría ser ésta la explicación de la conducta de Ivy Templeton, tal como aparece descrita el 18 de enero y el 20 de febrero de 1967?

—No, por supuesto que no. Cuando el fiscal me interrumpió yo iba a decir que la naturaleza y las condiciones de un trance hipnótico y una forma sonámbula de histeria son dos cosas absolutamente distintas. En el estado hipnótico, el sujeto está bajo el control de la persona que dirige el experimento, a la que obedece. En un trance hipnótico el sujeto hará un esfuerzo sobrehumano por obedecer todas las

órdenes del director del experimento, incluso hasta el extremo de desarrollar habilidades físicas que exceden las capacidades del sujeto en estado normal. En un estado de sonambulismo, en cambio, el sujeto no está bajo ninguna influencia y recuerda o expresa esquemas de comportamiento de alguna experiencia traumática anterior que ha sido reprimida. En ambos casos las condiciones son completamente diferentes.

Brice aceptó la explicación y después condujo al testigo hacia el tema de la reencarnación.

—Aunque usted personalmente manifestó no creer en la reencarnación, doctor Pérez, ¿sabe usted si hay científicos que creen en ella?

—Supongo que los habrá.

—¿Cree usted que hay médicos y psiquiatras que creen en la reencarnación?

—Sí, es probable que haya algunos.

—¿Y es posible, a pesar de su opinión, que ellos estén en lo cierto y usted esté equivocado?

El doctor Pérez se encogió de hombros.

—Siempre existe esa posibilidad.

Brice miró al jurado antes de volver a hojear el cuaderno.

—Oh, sí... Doctor Pérez, usted declaró que era posible que el frío de una ventana durante una tormenta fuera suficiente como para provocar dolor en la mano que la tocara, y que eso podría servir de explicación para la conducta descrita por la doctora Vassar. Vuelvo a preguntarle, ¿es probable una cosa así?

—No. La reacción de la niña, la rapidez con que retiraba la mano del cristal, indicaba que la experiencia dolorosa era muy superior a la que puede producir el contacto con el hielo. Esto, y su constante balbuceo «quemaquemaquemaquema», no me dejan la menor duda de que se trataba de una situación en la que estaba presente el fuego.

—Gracias, doctor Pérez. No tengo más preguntas.

El testigo empezó a ponerse en pie, pero Velie giró en su silla y movió la cabeza.

—Un momento, doctor Pérez, no ha concluido todavía.

Pérez miró con resignación a Velie mientras volvía a sentarse.

—¿La doctora Vassar era hipnotista? —preguntó desde su asiento en voz muy alta.

La falta de cortesía con que se le hacía la pregunta desconcertó momentáneamente al testigo. Una sonrisa burlona y divertida se formó en sus labios.

—La doctora Vassar era psiquiatra y podía utilizar la hipnosis como método terapéutico. Ese es el caso con la mayoría de los psiquiatras, incluyéndome a mí.

—Comprendo —dijo Velie—. Entonces *era* capaz de hipnotizar. Gracias.

La objeción de Brice Mack fue presentada con rapidez y sobriedad.

—Propongo que el comentario del señor Velie: «Entonces *era* capaz de hipnotizar», sea borrado del acta, Su Señoría, ya que adscribe intencionalidad a la respuesta del testigo. El que una persona sea capaz de hipnotizar no quiere decir, necesariamente, que lo haga, así como un hombre que tiene un martillo en la mano no tiene por qué descargar un golpe.

—Se acepta la objeción.

Hubo una pausa provocada por el doctor Pérez, que no sabía si debía permanecer sentado o podía abandonar ya el banquillo de los testigos.

Con expresión de supremo aburrimiento, el juez Langley preguntó a los dos abogados si habían terminado de interrogar al testigo.

Velie respondió:

—Por el momento sí, Su Señoría. Pero es probable que más tarde quiera hacerle algunas preguntas.

El juez dijo al doctor Pérez que debía estar a disposición del tribunal, y le autorizó a marcharse. El psiquiatra escapaba de prisa de la sala cuando Langley se volvió a Brice Mack para ordenarle que llamara a su próximo testigo.

Todos los ojos se dirigieron expectantes hacia la puerta. Pero Mary Lou Sides no apareció por la puerta sino que se levantó de su asiento en el medio de la sala, y caminó por el pasillo en dirección al banquillo entre las risas nerviosas de algunos de los asistentes a los que la escena había tomado por sorpresa.

Janice miró a la muchacha, alta, robusta. No podía tener más de veinticinco años, y su aire era tímido cuando alzó la mano derecha para jurar ante el alguacil. El cabello liso de color maíz y la cara limpia de maquillaje, resplandeciente de salud, hicieron que Janice recordara a la doncella suiza que aparecía en la tapa de las cajas de chocolate Baker. Miró a Hoover y le vio sonreír a Mary Lou Sides, y como la muchacha devolvió la sonrisa supuso que probablemente se conocían.

El jurado, los periodistas, espectadores y miembros del Tribunal no tuvieron que esperar mucho tiempo para conocer la razón de la presencia de Mary Lou Sides en el banquillo, porque Brice Mack, después de preguntarle el nombre, edad (tenía treinta y uno) y dirección (vivía en los suburbios de Pittsburgh), comenzó inmediatamente su interrogatorio.

—¿Estuvo usted, señorita Sides, implicada en un accidente automovilístico en la carretera Turnpike, de Pennsylvania, la mañana del 4 de agosto de 1964?

—Sí.

—¿Es cierto que el coche que usted conducía chocó con el que conducía la señora Sylvia Flora Hoover?

—Sí.

—¿Iba usted sola en el coche?

—No. Iba con una amiga.

—¿La señora Hoover viajaba sola?

—No —la voz se quebró ligeramente y sus ojos parecieron nublarse—. La hija de la señora Hoover también iba en el coche.

—¿Cómo se llamaba la hija de la señora Hoover?

—Audrey Rose.

—¿Podría decir al jurado, hasta donde pueda recordar, señorita Sides, lo que pasó la mañana del 4 de agosto de 1964, alrededor de las ocho y media?

—Sí.

Hizo una pausa para ordenar sus pensamientos y para concentrarse totalmente en los acontecimientos ocurridos hacía diez años.

—Yo iba conduciendo por la Turnpike rumbo al Este. Me dirigía a mi trabajo. Iba con una amiga. Las dos trabajábamos para la Forsythe Insurance Company, cuyos edificios principales estaban a unos treinta kilómetros de Pittsburgh, y nuestra hora de entrada era a las nueve —se detuvo un segundo—. Hacía calor y el cielo estaba oscuro. Parecía que se iba a desatar una tormenta, y yo esperaba estar ya en el trabajo cuando comenzara a llover. Siempre he odiado conducir con lluvia.

Todos se pusieron tensos cuando su voz, serena e inexpresiva hasta entonces, comenzó a hacerse más aguda cuando comenzó a narrar los episodios siguientes de esta mañana.

—Cuando quedaban ocho kilómetros para llegar a las oficinas comenzó la tormenta. Fue horrible. Los granizos parecían huevos y temí que me rompieran el parabrisas. Apenas podía ver y estaba pensando salirme de la carretera para detenerme a un costado cuando el otro coche... el otro coche... —se quebró su voz. Prensa y jurado se inclinaron hacia adelante, anticipándose a los hechos—. El otro coche había patinado y venía por mi izquierda... era un sedán grande... y patinaba y giraba locamente en la carretera... yo traté de detenerme, pero no pude y... comencé a patinar con mi coche también... y podía ver que íbamos a chocar —la voz volvió a quebrarse—. Traté de controlar mi coche, pero no pude, y el volante giraba en mis manos... y entonces nos golpeamos primero y después chocamos... —un sollozo se escapó de su garganta—... y chocamos... —ahogada por las lágrimas se calló.

—¿Puede usted seguir, señorita Sides?

—Sí.

El resto lo relató de prisa, puntuado de vez en cuando por sollozos angustiados y lágrimas.

—Chocamos y salimos disparados hacia las barreras protectoras. En ese momento no supe contra qué había chocado que había impedido que mi coche se despeñara, pero eran las barreras protectoras. Desgraciadamente no pudieron detener al otro coche, que cayó por el barranco —se calló durante un segundo para recuperar el control—. No sé cuánto tiempo estuve en el interior del coche. Mi amiga estaba

inconsciente y yo tenía la cara cubierta de sangre, porque me había roto la cabeza contra el parabrisas. No tenía puesto el cinturón de seguridad, y mi amiga tampoco — hizo una pausa y sus ojos se agrandaron—. Y entonces, de pronto, la tormenta se disipó y salió un sol muy brillante. Recuerdo que me bajé del coche y que vi muchos automóviles detenidos, y gente de pie al borde de la carretera, todos mirando al otro coche que estaba volcado en el fondo del barranco. Salía humo. Una de las ruedas traseras todavía giraba y entonces vi la cara de la niña... la niñita... que miraba por la ventana desde el interior del coche... y... gritaba,...

Perdió el control y no pudo evitar sollozar mientras hacía esfuerzos por seguir hablando.

—Algunos hombres estaban tratando de bajar para rescatarla, pero era difícil por lo empinado del terraplén. Otros, habían partido en coche a buscar un lugar más fácil. A unos quinientos metros de allí el terraplén no era demasiado empinado, y yo podía verlos a lo lejos. Pero no alcanzaron a llegar... porque se produjo una explosión... nada fuerte... casi como un suspiro... y el coche quedó envuelto en llamas. Era horrible. Todavía podía ver a la niñita gritando, gritando y golpeando las manos contra los cristales de las ventanas... Podía verla en medio de las llamas mientras el coche se iba derritiendo alrededor de la ventana... y la pintura chorreaba sobre la ventana...

El corazón de Janice daba saltos y su cuerpo temblaba.

—... gritaba... gritaba y trataba de salir del coche y seguía...

La pintura se derretía y chorreaba...

—... golpeando la ventana con las manos...

¡Derretirse! ¡Derretirse! La coronación y la ceremonia en la que derretían al monigote de nieve, había dicho la mujer...

—... que se iba cubriendo lentamente con la pintura derretida...

¡Santo Dios!

Los ojos de Janice buscaron el reloj en la pared. Las cuatro y veinte. ¡Ya había empezado! *¡Estaba ocurriendo! ¡Ahora mismo!* Su mirada se dirigió hacia donde se encontraba Hoover.

Estaba de pie.

Los dos guardianes estaban nerviosos, de pie detrás de él.

La cara de Hoover estaba húmeda, rojiza.

Sus ojos ardían y parecían hurgar en la distancia, más allá de los sollozos de la muchacha sentada en el banquillo, más allá del lejano horror que se acababa de recrear, buscaban un tiempo y un lugar donde sonidos futuros luchaban por que se les escuchara, donde soplaba el viento y había niñas que reían mientras la nieve se derretía, blanco sobre negro, al calor del fuego...

Miraba por la ventana y sentía el ácido sabor del miedo que le subía por la garganta.

Todos los años era lo mismo para la madre Verónica Joseph.

Es una fiesta pagana, anticristiana, pensó inquieta al mirar las caras fascinadas y concentradas de las ciento veintisiete vírgenes vestales que observaban cómo la efigie —el trabajo de varias semanas— sucumbía ante las llamas devoradoras. Homenaje a Moloch, dios pagano del fuego. Símbolos paganos en un suelo consagrado. ¿Por qué lo permitía? Todos los años se proponía eliminarlo del programa, y al final nunca se decidía a hacerlo. ¿Por qué?

Las llamas aumentaban de volumen. Lamían siseando las extremidades inferiores del monigote, y erosionaban su fortaleza, destruían su orgullo, devoraban la gloria de su corona. Creación. Adulación. Destrucción. Un rito primitivo. Inaceptable.

Sin embargo, en algún momento en el pasado cristiano de Mount Carmel, el extraño rito había comenzado. Con los hermanos franciscanos, le había dicho Calitri, el anciano portero del colegio, en la época en que Mount Carmel era un colegio para chicos. Antes de su conversión. En la época en la que su nombre no era Verónica Joseph sino Adele Fiore. Sí, había empezado con los hermanos. Habían prendido fuego a la primera efigie de una larga serie que se convertiría en una de las tradiciones anuales de Mount Carmel, tan importante para cada curso que había llegado a convertirse en algo inmutable como el propio edificio del colegio, con sus viejos muros cubiertos de hiedra...

¿Era ésa la hija de los Templeton? ¿Estaba demasiado cerca del fuego...?

Sí, los hermanos. Hombres respetables y honorables que ignoraban, sin duda, lo que habían comenzado y que eran los responsables de este sacrilegio que repugnaba tanto a sus ojos como a sus sentidos.

Al observar la rapidez con que las llamas devoraban al gigantesco monigote de nieve, la madre Verónica Joseph tuvo el consuelo de pensar que muy pronto habría acabado todo, que dentro de unos segundos la efigie se desplomaría humeando, una verdadera montaña silbante de nieve ennegrecida, y una vez más se habría cumplido con la tradición.

Este será el último año, se prometió la madre Verónica Joseph. Los gastos de acarreo y limpieza constituían por sí solos una buena razón para poner fin a esta tradición.

Los ojos de la monja se centraron en una figura.

¿Qué estaba haciendo esa niña? ¿Caminaba lentamente hacia el fuego? Y las demás, ¿estaban tan fascinadas con las llamas que no se daban cuenta?

Sí, el fuego fascina, pero hasta ese momento no había comprendido su poder. ¡Él fuego! El más antiguo enemigo del hombre. La almohada de Satán. Las llamas, como ojos satánicos, lamen, atraen, seducen...

Pero, *¿qué hace esa niña, avanzando a cuatro patas? ¿No hay nadie que la vea?*
—¡Detente! —gritó la monja.

El corazón parecía querer dejar de latir en su pecho. Sabía que nadie escucharía su grito, que quedaría absorbido por los inmensos muros antiguos de la construcción. Golpeó los cristales con los puños. Trató de abrir las viejas ventanas, pero las bisagras enmohecidas resistieron.

Santo Dios, santa María, ¡la niña estaba ya casi al borde de las llamas, y todavía nadie se daba cuenta! ¿En qué estaban pensando? ¿Habían sido embrujados por las juguetonas llamas? ¿Seducidos por las cálidas e invitantes lenguas que abrazan con la fiereza de Satán?

—¡Detente! ¡Deténganla! —gritó.

Y con un cáliz destrozó los cristales de la ventana en forma de diamante. Ráfagas de aire helado le golpearon el rostro y arremolinaron el velo a su espalda.

¡Santa María, madre de Dios... ha desaparecido en las llamas!

—¡LA NIÑA! —gritó la monja en medio del viento— ¡LA NIÑA! ¡DETÉNGANLA!
¡DETÉNGANLA!

Santa María, madre de Dios, ruega por nosotros, pecadores, ahora y en la hora de nuestra muerte...

Llegaron al hospital, en las afueras de Darien, en las horas grises del atardecer. Hacía mucho frío, y a los dos les pareció que iba a nevar, pero no hablaron de esta posibilidad.

Salieron a recibirlos al salón de Recepción, que quedaba inmediatamente detrás de las puertas centrales, y la madre Verónica Joseph empezó a hablar incluso antes de que Bill y Janice hubieran tenido tiempo de detenerse un segundo. Al mismo tiempo que la monja habló un médico de edad, el doctor Webster, y su voz serena y profesional tranquilizó a los pálidos y preocupados padres. Tanto la religiosa como el médico siguieron hablando animadamente; Bill y Janice intentaban seguir simultáneamente dos corrientes distintas de pensamiento mientras caminaban por un ancho corredor, en el que podía verse algunas enfermeras y a algunos grupos familiares reunidos detrás de puertas semicerradas. El torrente verbal de la monja se refería a los hechos. Y la voz baja e inquieta de la madre Verónica Joseph recreaba en detalle el accidente, del que había sido testigo presencial. Se había producido sin que nadie pensara que podía ocurrir y habría terminado en una verdadera tragedia de no haber mediado la rápida intervención del señor Calitri. El torrente verbal del médico era más complejo. Hablaba de la extensión y del diagnóstico de las quemaduras de Ivy. Sólo eran de primero o segundo grado, y habían producido un ligero shock nervioso, pero no existían indicios de que pudiera desarrollar una toxemia o una septicemia. Les daba ánimo:

—Afortunadamente llevaba mucha ropa encima, y estaba rodeada de nieve por todos lados. No ha sufrido daño alguno en el cuerpo y sólo tiene unas ligeras quemaduras en la cara. No hay señales de que el tracto respiratorio haya sufrido daños, y el vello de la nariz ni siquiera ha sido chamuscado. No tiene tos ni está ronca. No expectora sangre ni tampoco partículas de carbón, fenómenos habituales en este tipo de accidentes. Tiene unas hinchazones temporales en la cara, una irritación en la mejilla izquierda, las dos cejas chamuscadas y unas pequeñas costras —soltó una risita—. Nada que pueda echar a perder en forma permanente su belleza.

Janice, que caminaba bastante por delante del médico y de Bill, se esforzaba por escuchar su conversación, pero la distancia y el continuo parloteo de la madre Verónica Joseph lo hacía imposible.

—... y creo que debe saber, señora Templeton —murmuró la monja con un ligero matiz de complacencia—, que nada semejante había ocurrido nunca en Mount Carmel, y tampoco tendría que haber pasado nada esta vez. No fue un accidente. Su hija caminó primero, y se arrastró después, en dirección al fuego.

Janice se sobresaltó, pero negó con la cabeza y sin ninguna convicción replicó:

—Debe estar equivocada, madre. ¿Por qué iba a hacer Ivy una cosa así?

—Eso no lo sé, señora Templeton. Pero no puedo estar equivocada respecto de algo que yo misma vi. No le estoy diciendo que la niña sabía lo que estaba haciendo, sólo le digo que no fue un accidente.

Ivy estaba sentada en la cama y hojeaba sin entusiasmo una revista. Su cara brillante por efecto de la crema parecía ligeramente quemada. Su largo cabello estaba chamuscado y se lo habían cortado muy corto. Al ver a sus padres se puso a llorar y las lágrimas rodaron por sus mejillas. Bill y Janice corrieron a su lado pero el doctor Webster les indicó que no debían abrazarla.

—Ya está bien, mi niña —la consoló Bill, de rodillas a su lado y acariciándole una mano.

Sentada sobre la cama, Janice tomó la otra mano. Durante un tiempo, Ivy no pudo hacer otra cosa que mirar a sus padres y sollozar desesperada. Finalmente, gritó muy angustiada:

—¿Qué me pasó? ¿Por qué lo hice?

—Fue un accidente, princesa —dijo Bill en voz baja, tranquilizadora.

—No, papá, lo hice a propósito. Dicen que yo caminé hasta meterme en el fuego, pero no recuerdo haberlo hecho.

La cara de Bill se puso tensa.

—¿Quién dice eso?

Los ojos de Ivy buscaron la majestuosa figura vestida de negro que estaba a los pies de la cama.

—La madre lo dice —respondió llorando.

Bill apartó con un dedo el cuello de su camisa de la piel como si se ahogara y dijo:

—La madre está equivocada —y se volvió hacia la monja con una expresión furibunda—. Además, ¿para qué diablos hacen fogatas? —dijo con voz ronca—. ¿Cómo se puede explicar una diversión de ese tipo en un convento? Les mandamos nuestras hijas para que tengan paz y las protejan ¡y ustedes se dedican a encender fogatas!

La madre Verónica Joseph no respondió a la furia de Bill, y hubo un silencio tenso hasta que la anciana religiosa, con los labios firmemente apretados, se obligó a sí misma a hablar.

—Les espero fuera —dijo con calma. Y aferrando el rosario se marchó de la habitación.

El doctor Webster tosió y en voz muy baja habló con la enfermera que estaba allí, atenta y servicial, pero tan discreta que Janice no había advertido su presencia.

—¿Qué me está pasando? —preguntaba Ivy, en un quejido que era como un lamento continuo—. ¿Qué me está pasando?

Janice meditó la pregunta. La respuesta sólo la conocía ella, y otra persona. No

tenía ninguna duda respecto a quién había estado detrás del accidente, como tampoco la tenía sobre cuáles eran las intenciones últimas de Audrey Rose. Elliot Hoover se lo había advertido: «Seguirá empujando a Ivy hacia el origen de su problema, intentará volver a ese momento, y someterá a Ivy a peligros tan dolorosos y destructivos como el fuego que le quitó la vida a Audrey.» Sí, a Audrey Rose no le importaba hacerse presente y seguiría actuando. Al pensar cuan fácilmente podrían perder a Ivy se estremeció. «... Audrey continuará martirizando el cuerpo de Ivy hasta que su alma pueda liberarse.». No había nada que pudiera detenerla, nada que pudiera hacerla vacilar en sus propósitos. Aunque, tal vez...

Su propio pensamiento la asustó. Sentada muy derecha, casi petrificada, escuchaba la voz cariñosa de Bill que lentamente iba devolviendo la calma a la aterrada niña. Titubeó antes de proseguir el hilo de sus pensamientos. Estaba segura de que una acción tan sólo podía producir un resultado. ¿Había encontrado la solución demasiado de prisa? Era una solución extraña y curiosa y, sin embargo, abría posibilidades insospechadas, porque era la única respuesta posible. Anda con cuidado, previno una voz interior. Analiza la situación con mayor profundidad. Los pasos siguientes son muy peligrosos. Las decisiones que tomes en las próximas doce horas pueden hacer estallar el mundo que conoces.

No salieron del hospital hasta las nueve y cuarto. A ninguno de los dos le sorprendió comprobar que la madre Verónica Joseph no había esperado. Encontraron al doctor Webster en el salón de Recepción, enfrascado en una animada conversación con un paciente que ocupaba una silla de ruedas.

Cuando los vio venir, se disculpó con el anciano y se reunió con ellos en la puerta. Les reiteró su confianza de que Ivy se recuperaría por completo, y les aseguró que probablemente podría abandonar el hospital en el fin de semana. Janice preguntó si se le podría pedir a la enfermera Baylor que acompañara a Ivy durante la noche.

—Termina su turno a las doce —dijo el doctor.

—¿Y no hay nadie que la reemplace? —preguntó Janice.

—Sólo la enfermera encargada del piso, pero no hay ninguna razón para que se preocupe, controla todas las habitaciones desde el monitor de televisión.

Janice frunció el ceño.

—¿Puede conseguir a alguien que se quede con ella?

Bill le dio una rápida mirada, y se dirigió al médico.

—Sí, queremos una enfermera particular.

El doctor Webster pensó un momento. La petición encerraba una urgencia que no podía ignorar.

—Veré lo que puedo hacer —respondió finalmente.

Había cesado de nevar y caía una suave llovizna. Bill condujo por la Boston Post Road en búsqueda de un restaurante que no estuviera lleno. Al sur de Stamford

encontró uno con sólo unos pocos coches estacionados fuera.

El comedor estaba casi vacío. Un camarero les condujo a una mesa pegada a la pared, lejos de las otras que estaban ocupadas. Después les trajo las bebidas y ordenaron una cantidad desacostumbrada de comida.

No hablaron hasta que se llevaron los platos donde habían comido la carne y les volvieron a llenar las copas. Fue Bill quien habló, no Janice. Decía tonterías sin importancia, cosas agradables que no exigían esfuerzo mental ni emocional. Janice estaba sumergida profundamente en su propio torbellino interior, y agradecía a Bill que no deseara conversar del único tema que obsesionaba a los dos. Su reacción ante las palabras de la madre Verónica Joseph había sido completamente explícita respecto a sus sentimientos, y había tenido la clara intención de servir a Janice de advertencia.

Para Bill se trataba de un accidente. Nada más. Sugerir otra cosa no conseguiría más que reavivar su furia, y desencadenar todo el torrente de su burla y sarcasmo. No tenía objeto que confiara sus pensamientos a Bill. Ni ahora ni nunca. Sus temores por la seguridad de Ivy, por su vida, serían una preocupación absolutamente secreta.

Apartó a Bill de sus pensamientos, y con las inocuas divagaciones de su marido como música de fondo se dedicó a analizar las consecuencias de una decisión que debía tomar antes de la mañana.

Bill se dio cuenta de que estaba distraída y dijo malhumorado:

—¿En qué mierda estás pensando?

—¿Qué? —preguntó sobresaltada.

—Revoloteando por el espacio con los espectros y los duendes, ¿eh?

En su cara se dibujó una desagradable mueca burlona, terminó de beber su copa y pidió otra. El silencio de Janice le intrigaba.

—Supongo que estarás de acuerdo con la Reverenda madre —dijo, y sin esperar un comentario prosiguió—: Pero no importa nada con quién estés de acuerdo o lo que pienses. Hoover está derrotado. La exhibición de ayer tarde en los Tribunales fue su última salva, y no significó nada. Velie dice que ya no tienen forma de seguir con el circo, no tienen a nadie más a quien recurrir fuera de nosotros —se rió satisfecho—. Nadie más, fuera de nosotros. A no ser que decidan interrogar a Hoover o traer a algún otro pájaro raro de Tumbuctú —esta idea le pareció muy cómica y se rió—. Gunga Din —dijo, redondeando su pensamiento.

Le trajeron su copa. La bebió y pagó.

No volvieron a hablar mientras recorrían la Merritt Parkway. Hacía frío en el interior del coche porque se había estropeado la calefacción, un hecho que contribuyó decididamente a que Bill volviera a estar sobrio. Cuando estaban aproximándose a la Henry Hudson Parkway, Bill dijo tranquilo:

—Deberíamos hacer algo por el señor Calitri para demostrarle nuestra gratitud, mandarle un buen regalo o un cheque.

Janice estuvo de acuerdo.

Más tarde, cuando caminaban a casa desde el garaje, inclinados por el viento helado de enero que les agobiaba con su fuerza, él gritó:

—Le preguntaré a Harold Yates si podemos poner una demanda por incompetencia o negligencia, pero ¿cómo mierda se le demanda a la Iglesia católica?

Era cerca de medianoche cuando entraron en el piso.

Bill sacó una cerveza del refrigerador y se sirvió un whisky doble. Parecía distante y estaba de nuevo de mal humor. Llevó las bebidas con pasos inseguros hasta la escalera, y se detuvo. Tuvo algunos problemas de equilibrio con la bandeja, pero logró encender la luz con el codo, iluminando así el pasillo del segundo piso. Dejó que Janice subiera primero, y se apartó hacia un lado para permitirle pasar.

—¿Te acostarás pronto?

—Dentro de un rato —respondió prudente Janice.

Él movió la cabeza, como si en su infinita sabiduría conociera de antemano la respuesta, y dijo:

—Buenas noches —y levantó su vaso para brindar—, y muy felices sueños.

Se burlaba de sus temores, que había adivinado fácilmente, y se divertía porque ella no tenía el valor de expresarlos en alta voz.

Lo observó subir la escalera, no porque él la hubiera ridiculizado, sino por la barrera que él había construido y que ahora les separaba irrevocablemente.

A la una y cuarenta y cinco el piso estaba silencioso.

Janice tenía una expresión serena, salvo dos arrugas en las comisuras de los labios, mientras estaba sentada en la mecedora. Recorrió con los ojos el living, el único mundo real que conocía y al que amaba. Miró las paredes blancas que lo enmarcaban, el parquet oscuro sobre el que se sustentaba, el magnífico techo que lo coronaba. Contempló cada trozo, cada cojín y cada mueble, los cuadros y la lámpara, la mezclanza de estilos en la que cada objeto estaba impregnado de la dulzura de un bello momento compartido.

Un terror repentino se apoderó de ella cuando comprendió todo lo que arriesgaba. Lo perdería todo. El amor de su marido. Su matrimonio. Su existencia perfecta en un piso perfecto. Se sintió desfallecer, y trató de imaginar cómo sería la vida sin Bill, ella sola, una más entre las miles de personas a las que nadie ama, a las que nadie quiere, rozando la periferia de las existencias de otra gente, mirando sus vidas desde afuera.

Sus ojos se llenaron de lágrimas. Las enjugó con la mano y fijó la mirada empañada en la ajada y gastada cubierta de cuero del diario que descansaba sobre sus rodillas.

El diario de Hoover.

Lo había sacado del armario por un motivo que entonces parecía tan urgente y

que ahora se había convertido en algo vago e incomprensible.

¿Por qué lo había bajado? ¿Se trataba tan sólo de una forma de pasar las horas de insomnio que tenía por delante? ¿Había sido una manera de buscar compañía, una mano que estrechara la de ella en la oscuridad de esa noche de vigilia?

¿O —su cara se puso rígida— todavía tenía que conocer mejor a aquel hombre antes de dar ese paso aterrador? Debía recoger las migajas y trozos del pasado de Hoover, sus pensamientos y sentimientos, sus sueños y esperanzas; tenía que sumergirse en lo más profundo de sus confidencias, ésas que los amantes se cuentan mientras se hacen el amor.

Sí. Eso era. El haber ido a buscar el diario era una etapa más del proceso, una profundización en el conocimiento del hombre al que ella iba a entregar el futuro de la familia.

Con dedos temblorosos abrió el diario en la mitad. Encontró una sección llena de una escritura que recordaba a los jeroglíficos, una diminuta escritura a lápiz en un idioma que era probablemente hindú o sánscrito. Página tras página estaba llena de esa escritura extraña con la que se formaban palabras que, aunque incomprensibles, expresaban una honda pasión con sus rasgos y diseño. Gran número de ellas estaban escritas así, hasta el punto de que Janice se preguntó si la tragedia de Prana, y la crisis de fe que experimentó Hoover como consecuencia de la muerte de la niña, no le había hecho prescindir del inglés por completo. Al dar vuelta a una página le sorprendió encontrarse con un párrafo escrito en ese estilo coloquial e informativo que recordaba haber leído en la primera parte del diario.

Estoy en Mysore. Quiero estar aquí porque éste es el lugar que ha estado habitado desde más antiguo en el mundo. Tiene el tamaño de Nueva Inglaterra, un lugar que ahora me parece inexistente. ¿De verdad estamos todos bajo un mismo cielo?

Hay buenos caminos y hoteles con jardines y fuentes. Al otro lado del río hay algunos palacios. Busco animales y árboles, no templos. Deseo comprobar si hay alguna grandeza dentro de mí.

Las dos páginas siguientes estaban escritas en sánscrito, y a continuación había una hoja en inglés.

Vida en la aldea. Quiero huir de aquí. Veo al mismo dulce tipo de mujer llenando de agua su cántaro en la fuente central, y al mismo tipo de hombre, impregnado de esa simple dignidad, que camina con el búfalo o con el arado. Como hace miles de años. Las chozas son más imperfectas de lo que estoy acostumbrado, y todas las camas

están en el exterior. Yo no solía mirar algo y ver una catástrofe al mismo tiempo. Pero aquí, lo único que hago es pensar en el monzón. Maldito sea. En Benarés yo creía estar probando a la India. Se abrió el cielo y cambió el juego. La India me probó a mí.

Después de algunas páginas en sánscrito encontró:

Camino de prisa pero sigo escuchando los gritos de ¡Khedda! ¡Khedda! y sigo el tropel —en la India no hay más que tropeles— con la esperanza de que me lleven lejos de las partes más civilizadas de Mysore.

Ahora empiezo a entender lo que quería decir Sesh cuando me explicó que los monjes se las arreglan solos. Los comparó con un artista durante un acto de creación. Detenerla vida para producir vida. El artista renunciará a todo cuando esté sumido en un proceso creador. Y yo he visto a hombres que renunciaban a los alimentos, al sexo, al dinero, nada más que porque tenían que pintar un cuadro. Se alimentaban del amor que sentían por su obra y de su deseo de verla nacer. Detener la vida para producir vida. Y en el centro, el plan que conduce hacia la perfección. El trabajo.

Los dedos de Janice recorrieron semanas y meses, plegarias, comentarios y observaciones, deteniéndose de vez en cuando para leer alguna observación que llamaba su atención.

Camino todos los días. Para poder ver cómo se expresa la vida. Lo que deseo ver es el proceso, en vez del cambio, una vez que ya ha tenido lugar.

No busco creencias, ni religión ni inspiraciones divinas aquí. Busco la cualidad del silencio. Tengo que escuchar esa parte de mí mismo que es la más serena. Es el puente entre mi pasado, mi presente y mi futuro. Y me ofrece la posibilidad de hacer del pasado, el presente y el futuro una sola cosa.

Más adelante leyó:

Ha nacido un elefante salvaje. Los demás miembros de la manada forman un círculo en torno a la madre, todos miran hacia afuera para descubrir si hay peligro. Y hay uno, el que dirige, que recorre el

círculo, inspecciona, cuida de todos los demás.

Círculos. Círculos rituales. Ciclos. La libertad de observar cómo son el día y la noche. Verme a mí mismo. Los ciclos que yo soy. Miro mi interior y no puedo descubrir dónde comienzo o dónde termino, porque todo es movimiento. Creo que es bueno. Y sin comienzo ni final, no obstante, hay un centro en mí. ¡Yo, yo, yo, yo! Estoy conectando ese extraño centro en mi interior con todo lo que percibo fuera de mí. EL INFINITO, LA INDIA, DENTRO. Y todas estas palabras expresan una sola. ENCARNACIÓN.

La caligrafía apenas legible danzaba ante los ojos de Janice, y los cerró durante un momento para que descansaran del esfuerzo. En el silencio de la casa podía escuchar el ruido del refrigerador. Sentía una gran desesperación cuanto más pensaba en el día que se aproximaba. Durante mucho tiempo permaneció inmóvil, tratando de escuchar algún sonido indicativo de la presencia de Bill allá arriba, pero no pudo oír ninguno. Miró el diario y, deliberadamente, pero sin entusiasmo, recorrió las páginas restantes. Quedaba mucho por leer, tantas palabras, tantos años de peregrinaje, tantas ideas. Se detuvo en una de las páginas finales, y leyó:

Mi piel oscura vuelve a ser blanca. El agua se congela en la punta de mi nariz, respiro aire cálido y el hielo al derretirse me hace cosquillas en la nariz. Algo cambia. Algo permanece. Me río y en ese sonido está incluido también el rugido. ¿Parezco engréido? Ese es el problema cuando se tiene conciencia de las cosas. La conciencia produce una mayor conciencia. La verdad edifica la verdad.

Tabé Asi, Himalayas. La primera vez que lo escuché me quedé muy confuso. En bengalí quiere decir «adiós», pero literalmente significa «y entonces volveré». Nada concluye nunca. Todo evoluciona.

India, amiga mía, amante mía, guía mía, te dejo. Y, sin embargo, estaré para siempre tomado de tu mano. Prana, «soplo de vida», como te llamaron, sigues cantando en mis sienes la melodía que cantaste la primera vez que te vi. Puedo abrir los ojos o cerrarlos. Es lo mismo. El sentido de lo que soy, de todo lo que he aprendido, esa energía que todos compartimos, es algo que ahora puedo abrazar y poner en acción para algo digno.

Pronto el medio físico será muy distinto. Pero todavía tendré que luchar por alcanzar el sol. Es necesario relacionar todas las actividades cotidianas con mi propósito último.

Conocer, amar, actuar.

Ese es el gran regalo de la vida.

Y la última anotación, escrita a lápiz con trazos más decididos:

Hoy estoy en Dharmasala. Dentro de una semana estaré en Nueva York. Cambiaré mi kata por un traje formal, me pondré zapatos de cuero y caminaré entre coches y metros. Desayunaré jamón con huevos en vez del moo-moo, al que me he acostumbrado. Después de haber pasado siete años aquí es una perspectiva aterradora. Y, sin embargo, me marcho con la mente llena de esperanza y el corazón animoso, porque pronto tendré el privilegio de dar el último paso en mi búsqueda de la verdad, un paso tan divino que sólo se concede a santos y deidades. Con el conocimiento, la fe y las creencias que ahora poseo, tengo que organizar mi vida de tal modo que me sea posible interceptar el avance del alma de mi hija. Debo descubrir su morada actual y dedicarme a su servicio con oraciones y buenas obras para reparar los fallos y errores del pasado.

Janice cerró el diario.

Fuera, el viento de enero soplaba estridente y se colaba por todas las rendijas, helando la habitación y haciéndola tiritar.

Palabras, las palabras de Hoover, giraban en su cabeza y se hacían presentes desde rincones lejanos y próximos de su memoria... conocer... amar, actuar... interceptar... el alma de mi hija...

Se había acercado a ellos para ofrecerse al servicio del alma de su hija, para orar y hacer buenas obras, y ellos le habían arrojado a la cárcel.

«La salud de su hija no es más que una ilusión. Mientras su cuerpo albergue a un alma que no esté preparada para aceptar sus responsabilidades terrenas no puede haber salud ni para el cuerpo, ni para el alma de Audrey Rose. ¡Las dos están en peligro!»

Lo había advertido clara y acertadamente, y ellos le habían hecho encerrar en una celda.

«Debemos unimos estrechamente, aportando todo el amor del que usted sea capaz y todo el amor del que yo sea capaz para curarla, para hacer desaparecer sus cicatrices, de manera que el alma de Audrey Rose pueda descansar...»

Les había ofrecido la única solución posible, y ellos no sólo la habían rechazado, metiéndole tras las rejas, sino que estaban luchando para que el castigo fuera permanente.

«Todos somos parte de esa niña, señora Templeton. Todos intervinimos en su

creación y sólo nosotros podemos ayudarla...»

Tenía razón. Todos eran parte de ella. Todos habían intervenido de alguna manera en su creación y ahora sólo ellos, juntos, podían ayudarla.

Era el único camino.

Si querían que Ivy viviera.

Estaba casi amaneciendo cuando llegó a Foley Square. Había pedido al taxista que le dejara en la calle Catorce y había estado caminando durante una hora y media. Sólo una vez se detuvo brevemente en uno de esos bares pequeños y malolientes que funcionan toda la noche para beber una taza de café sin azúcar ni crema. Nunca lo bebía así, pero le pareció un acto de mortificación necesario en ésta su hora de angustia.

Mientras bebía el amargo líquido hirviendo, Brice Mack recordó cómo celebró su madre el *shivah* después de la muerte de su marido. Una vecina le había llevado un cajón de embalaje de color naranja, viejo y astillado, sobre el que se sentó durante siete días y siete noches, la cara sin lavar, el pelo sin peinar, la ropa sin planchar, bebiendo té amargo, meciéndose hacia atrás y hacia adelante, gimiendo en voz baja una queja que salía de lo más profundo de su alma, exhibiendo su dolor en público en memoria del marido que había perdido, del hombre al que había amado y que le había dado un hijo, expiando todo lo que no había dicho, todo lo que no había hecho, errores y omisiones en sus deberes conyugales que ya no podría corregir, pues la muerte había hecho que se esfumara toda posibilidad de hacerlo.

El aire de la mañana era frío y húmedo. Nubes de vapor surgían de las tapas de las cloacas que había en las desiertas calles que rodeaban Foley Square.

Sí, pensó Brice Mack pasando la lengua sobre sus dientes para limpiarlos del sabor áspero del café, así cumplió mamá la *shivah* por papá, y así cumplí yo la *shivah* por ella. Pero, ¿quién celebraría la *shivah* por James Beardsley Hancock? ¿Quién plañiría y se mecería de un lado para otro durante siete días, expresando desde un cajón la lacerante angustia de haberle perdido?

Se publicaría un anuncio en el *Times*, largo y detallado, sin duda, pero en el que no habría nada de la pasión ni del desgarrador tormento de una *shivah* al anunciar que había abandonado este mundo. Habría un servicio fúnebre, simple, breve, descolorido, un acto *goyish* carente de fuerza y significado. Y se trataba de la vida de un hombre cuya existencia había sido tan espléndida, tan ejemplar y bella, que requería —no, ¡exigía!— todo el despliegue del dolor humano, la protesta y el sufrimiento porque la hubiera perdido. Era injusto. Si hubiera nacido judío habría recibido el homenaje del ceremonial completo. En cambio ahora, desgraciadamente, no había nadie más que Brice Mack, un miserable e indigno sustituto, dispuesto a llorar por él.

Estuvo con James Beardsley Hancock cuando le llegó el fin. Sentado al lado de la

cama. A la una y diez nada hacía pensar que al cabo de un minuto habría terminado todo. Conversaban, es decir, Hancock hablaba despacio y en forma elocuente sobre la muerte, cuando el tema mismo de la charla entró de puntillas en la habitación y le arrebató.

Mack había pasado casi toda la tarde en el hospital, no sólo porque quería visitar al enfermo, sino para preguntar a los médicos si el estado físico de Hancock le permitiría hacer una declaración o, si en caso de que Mack lograra convencer al Tribunal para que viniera con el jurado al hospital, resistiría el esfuerzo de los fatigosos interrogatorios.

A pesar de su éxito con el testigo, de cuya declaración se desprendía la existencia de un vínculo entre la horripilante muerte de Audrey Rose y el tema de las pesadillas de Ivy Templeton, Brice sabía que a no ser que lograra presentar pruebas contundentes y convincentes sobre la reencarnación, tenía aún un largo camino que recorrer antes de poder cantar victoria. Con el desastre de Pradesh, el ataque al corazón de Hancock, y la negativa de Hoover a que se citara a Marion Worthman como testigo, no tenía material suficiente para convencer a nadie de nada. Era imprescindible que una persona de gran habilidad, de probada capacidad científica, hiciera una exposición detallada del tema ante el jurado. En caso contrario, no tenía objeto hacer comparecer a Hoover ni al matrimonio Templeton, ya que sus declaraciones serían escuchadas sin tener una clara comprensión sobre lo que constituía el punto medular del pleito. Era vital que su próximo testigo fuera un experto de la categoría de Hancock.

A las ocho y veinte de esa misma tarde, los médicos estaban optimistas y, dado que Hancock había mejorado, tenían la esperanza de que el paciente pudiera prestar declaración *intramuros* al día siguiente. La perspectiva era tan encorazonadora que Brice abandonó el hospital para ir a una cita que tenía para cenar a las nueve con el profesor Ahmanson y un individuo llamado Roben Vanable, un posible sustituto de Hancock, al que Ahmanson había conocido en el salón de reuniones de una asociación Cientista.

Robert Vanable, un «transparente» según el término con que se señalaba a los que habían alcanzado la cúspide de la perfección cientista, y estaban viviendo en los niveles OT en los que adquirían facultades divinas, se dedicó a instruir a Mack durante los postres sobre la verdadera naturaleza de la vida después de la muerte, tal y como había sido revelado a L. R. H., iniciales de L. Ron Hubbard, fundador de la Iglesia del Cientismo, y tal y como él mismo lo había manifestado en su célebre conferencia para el Eighteenth American Advanced Clinical Course, allá por los años 1957.

—L. R. H. fue el primero que descubrió qué pasa realmente cuando un espíritu se tiene que largar de aquí —explicó extasiado Vanable mientras bebía su café irlandés

—. Ese espíritu *thetan* como lo llamamos, se manifiesta muy pronto después de que el cuerpo ha estirado la pata. Se produce una gran confusión, por supuesto, y lo pasa muy mal hasta que consigue localizar otro cuerpo para seguir adelante. Entretanto está absolutamente consciente. Sabe quién fue y quiénes eran sus amigos. Lo único que le ha pasado es que ha perdido la masa, pero su substancia espiritual permanece intacta. Los disparates cristianos sobre el cielo, el infierno y el purgatorio son un puro cuento. El *thetan* que busca un cuerpo no sale de esta Tierra. Y el olvido no comienza hasta que no lo ha encontrado. En ese instante la válvula de la memoria se cierra, pero no antes de que se hayan pronunciado algunas oraciones e imprecaciones para asegurar un dichoso ser-en-sí en la próxima vida...

Y así siguió durante horas.

Después de salir del restaurante, Brice Mack volvió al Roosevelt Hospital para ver cómo seguía Hancock.

Eran las doce y veintisiete cuando entró en la antesala de la unidad de cuidados intensivos. Una enfermera le informó que el doctor Pignatelli, médico de cabecera de Hancock, estaba con el paciente en esos momentos. A las doce cuarenta salió el doctor Pignatelli, sonrió, habló brevemente con la enfermera y se dirigió al abogado. El diagnóstico era positivo, los signos vitales del enfermo habían mejorado y, siempre que no se produjera un retroceso, la mejoría era notable. Era todavía demasiado pronto para decir cuándo se podría autorizar el fatigoso programa de actividades que Brice había bosquejado, ya que Hancock todavía constaba en la lista de enfermos graves.

Brice Mack se sintió desalentado. Lo que estaba diciendo Pignatelli era que Hancock no se encontraría en situación de prestar declaración por la mañana. Y eso le creaba el difícil problema de tener que ganar tiempo hasta que el anciano estuviera en condiciones de hacerlo. Debía presentar otro testigo, pero ¿quién? No llamaría a Hoover, todavía no. No lo llamaría nunca, si podía prescindir de él. Tampoco podía llamar al matrimonio Templeton. Tal vez el doctor Kaplan y Carole Federico. Quizá podría alargar los interrogatorios durante uno o dos días...

—¿Desea verle? —la voz del doctor Pignatelli interrumpió sus sombríos pensamientos.

—¿Está permitido?

Pignatelli rió y dijo:

—Le hará bien. Acaba de despertar de un largo sueño, se aburre y necesita distracción.

No fue difícil descubrir a James Beardsley Hancock en la amplia, aséptica y brillantemente iluminada habitación. Los otros pacientes estaban encerrados detrás de la inviolable intimidad que les proporcionaban biombos y cortinas, pero James Beardsley Hancock estaba al descubierto, sentado muy tieso, con el colchón

levantado en un ángulo muy agudo. Parecía un rey en su trono, observando sus dominios con sus ojos de águila.

El viejo miró fijamente al abogado y una ancha sonrisa iluminó su cara, una sonrisa de auténtica felicidad, segura y confiada, que decía «¡Mira! Todavía estoy aquí. No he abandonado la vida terrena. Aún no.»

Rodeado de botellas y monitores de televisión que controlaban todos los aspectos de su enfermedad, e impedido como estaba por tubos y alambres que parecían salir de cada orificio de su cuerpo, con un termómetro en la boca, Hancock no pudo decir ni una sola palabra, ni darle la mano, ni hacer un gesto para invitarle a sentarse. No podía expresar la alegría que le producía el hecho de verle sino mediante el resplandor de sus ojos y algunos gestos con la cabeza.

—¡Vaya, vaya, señor! Esto sí que es un placer —dijo Brice y situó una silla blanca de metal junto a la cama y se sentó—. No creí que me permitirían entrar a verlo.

Una enfermera se acercó y sacó el termómetro de la boca de Hancock, hizo una anotación en un cuadro que colgaba de la cabecera de la cama, y antes de marcharse revisó cuidadosamente los tubos, alambres y monitores de televisión.

Hancock suspiró y dijo:

—Ahora estoy mejor.

Su voz era fuerte, resonante y Brice experimentó el mismo placer que sentía cada vez que la escuchaba. Durante largo tiempo estuvieron sentados en silencio, sonriendo. Después el abogado vio que la expresión se nublaba en el rostro huesudo y los ojos del anciano se humedecieron.

—Debo pedirle disculpas a usted y al señor Hoover por mi travesura fuera de programa —volvió a sonreír.

El abogado hizo una mueca que ratificó con un gesto de desolación expresado con la mano.

—Dígame —preguntó Hancock—, ¿cómo se presenta la situación para él?

—No demasiado mal —se encogió de hombros—. Saldrá todo bien —se rió nervioso—, y una vez que podamos contar con usted habremos vencido.

Hancock asintió y alargó la mano para tomar un libro muy delgado que se encontraba a escasos centímetros de su mano derecha.

—Me muero de ganas de hacer mi parte —sonrió y recorrió las páginas con los dedos—. Louis Fiquier. Un filósofo francés. Hace una buena defensa de la reencarnación. Sirve para nuestro caso —su sonrisa se hizo más amplia—. Convencerá a los escépticos —abrió el libro en una página que estaba indicada con un pequeño doblez en una punta—. Lea aquí, Brice —y le pasó el libro abierto.

Mack se levantó para tomarlo y al estirar la mano rozó la de Hancock, que aferró la suya con fuerza. Sorprendido, miró al anciano. En sus ojos había un resplandor

burlón.

—Tal vez pueda convencer al mayor de los escépticos —dijo con intención.

Brice devolvió la sonrisa y retiró suavemente su mano de la de Hancock. Volvió a sentarse, y abrió el libro titulado *The Tomorrow of Death* en la página indicada, y empezó a leer. Después de un momento en silencio, la voz profunda del viejo ordenó:

—Lea en voz alta, por favor.

Brice carraspeó y en voz baja, para no molestar a los pacientes de los alrededores, pero con el suficiente volumen para que pudiera ser escuchado por sobre los ruidos de las máquinas para el corazón y de los marcapasos, empezó a leer:

—«Algunos están dotados de todos los beneficios de la mente; otros, en cambio, carecen de inteligencia, profundidad y memoria. Tropezan a cada paso en su caminar por la dura senda de la vida. No tienen éxito en ninguna de sus empresas, y el Destino parece haberles escogido como objetos constantes sobre los que descargar sus golpes más mortíferos. ¿Por qué están aquí, en la Tierra? Dios sería muy injusto y perverso si impusiera una existencia tan miserable a seres que no habían hecho nada para merecerla de esa suerte, y que tampoco habían pedido que se la otorgaran. Pero Dios no es injusto ni perverso, al contrario, son las cualidades opuestas las que corresponden a Su esencia perfecta. Por consiguiente, la desigual repartición de males en nuestro globo terráqueo no tiene explicación posible, a no ser que admitamos la pluralidad de existencias y la reencarnación; es decir, que una misma alma pasa por diversos cuerpos, en cuyo caso todo llega a ser maravillosamente claro. Poseemos un alma que debemos purificar, mejorar y ennoblecer durante nuestra estancia en la Tierra. Habiendo llevado una vida imperfecta o malvada, estamos obligados a recomenzar una nueva, y de este modo nos esforzaremos por alcanzar el nivel de aquellos que se encuentran en un plano superior...»

Cuando apartó los ojos del libro para mirar a Hancock pensó que éste se había quedado dormido. Tenía los ojos cerrados y una serena y pacífica quietud en la cara. Se iba a levantar para marcharse cuando la voz de Hancock le detuvo.

—Como puede ver, Brice —dijo con la pronunciación cuidadosa de una persona que está a punto de quedarse dormida—, sin la doctrina de la reencarnación es imposible justificar las acciones de Dios.

Su voz se esfumó y pareció volver a dormirse. Mack permaneció sentado, esperando hasta estar seguro de que el viejo se había quedado dormido. Miró el reloj en su muñeca. La una y diez minutos.

Su gesto pareció alertar a Hancock que abrió los ojos y se quedó mirando al intruso que había perturbado su sueño. Hubo unos segundos en los que el anciano volvió a establecer contacto con sus sentidos y una vez determinados hora, lugar y espacio, volvió a relajarse con la seguridad de este conocimiento.

—Está bien —murmuró con una voz apenas audible—. Todos morimos de una u

otra forma en nuestra vida diaria... Estamos tan acostumbrados a que la vida y la muerte sean dos cosas que se oponen... que no nos permitimos pensar de otra manera...

Hablaba en voz tan queda que Brice Mack apenas podía entender lo que decía.

—Y dormir, esa hora del crepúsculo, es un nivel de conciencia que se parece mucho... una parte de la muerte... se parece...

Abrió los ojos y al comienzo pareció estar mirando a Mack, después dio la impresión de atravesarlo e ir más lejos, más allá de las paredes de la habitación; de estar contemplando una infinitud etérea que estuviera fuera de los confines del mundo conocido, y en la que se le hubiera revelado una visión que dio luminosidad a su cara; que puso un aire de sorpresa primero y de maravillada y nostálgica alegría después, para terminar con una expresión de felicidad tan intensa y absorbente que todo su cuerpo se estremeció al contacto de la divina totalidad. Con el último aliento abrió la boca y murmuró:

—Vaya, vaya...

Brice Mack apenas si se dio cuenta de cuanto ocurrió en los diez minutos siguientes: la reacción de médicos y enfermeras, entrando en la habitación como langostas sobre un trozo de pan, al escuchar la estridente alarma del instrumental; sus movimientos sincronizados para devolver la vida a Hancock, los rápidos gestos con las jeringas, el oxígeno y, finalmente, con los puños con que golpeaban el pecho, como quien llama a una puerta con la esperanza de despertar al dormido.

Mack miraba el rostro de Hancock, y observaba esos ojos cerrados, la sonrisa en sus labios, la dilatación de las fosas nasales, la sensación de paz, de felicidad, que irradiaba aquel noble rostro.

—Está muerto —murmuró alguien.

Y el grupo se fue disolviendo lentamente; primero los médicos, después las enfermeras, salvo una que se quedó para desconectar los tubos y los alambres, volver a colocar el colchón en posición horizontal, y cubrir con la sábana el rostro enérgico y decidido del anciano.

Durante mucho tiempo Brice permaneció clavado allí, mirando sobrecogido el bulto sobre la cama. De pronto se dio cuenta de que las lágrimas rodaban por sus mejillas y su humedad le devolvió la conciencia de las batallas que aún tenía que librar, y le hizo salir tambaleándose y mareado de la habitación.

La enfermera de la antesala dijo algo que no consiguió entender, pero que parecían palabras de condolencia. Abrió las puertas dobles, y salió al corredor que conducía a la salida.

Era poco más de las dos cuando abandonó el hospital y caminó por la calle Cincuenta y siete hasta recorrer todo el ancho del refugio y llegar al East River. La noche era oscura y hacía mucho frío. El viento que soplaba a sus espaldas le

empujaba hacia adelante en un paseo sin rumbo.

En Sutton Terrace se inclinó sobre la barandilla y miró las aguas revueltas. El tráfico veloz en ambas direcciones en la East Side Drive provocaba un ligero temblor del pavimento bajo sus pies.

Por unos segundos, su mente fue incapaz de pensar, presa de los ruidos y vibraciones nocturnos. Pero llegó un momento en que hasta los sonidos se hicieron difusos y al distorsionarse parecían repetir los sonidos de una frase: *Vaya, vaya...*, las palabras finales de Hancock. «*Vaya, vaya*», y en medio de las oscuras y arremolinadas aguas sus ojos encontraban fragmentos de la imagen del rostro del muerto, reflejados en mil luces parpadeantes.

Tenía los ojos llenos de lágrimas y la garganta apretada. Luchaba por dominar los sollozos de angustia.

Pero, «¿qué haces? ¡Lloras por un muerto al que apenas conocías!», se regañaba. «No tiene sentido. Especialmente considerando que eso era lo que quería... lo que estuvo esperando toda su vida.»

«Mierda», escupió la palabra al viento que azotaba al río. «¡Mierda!», repitió, y el sonido de la palabra pareció consolarle. «Lo que ha muerto está muerto», se dijo furioso. «Cuando las luces se apagan no vuelven a encenderse, y quienes creen otra cosa están todos locos, incluyendo a Hancock, Hoover y a todos esos patéticos infelices que no se atreven a enfrentar eso que había dicho el psiquiatra, ¿cómo era?, ah, sí: “El temor a aceptar la muerte como el final.” Y Pérez tenía razón. Tenemos tanto miedo de la muerte que estamos dispuestos a aceptar cualquier teoría, por absurda que sea. Y, sin embargo...»

Sin embargo, una voz interior le recomendaba cautela. ¿Cómo explicar ese aire, esa expresión extática en la cara de Hancock? Éxtasis era la palabra. Él viejo parecía estar viendo y sintiendo algo. ¿Remolinos de luces? ¿Manos invitantes? ¿Cantos de sirena? ¿La riquísima, invitante vulva del vientre astral? ¿O era simplemente que el cuerpo experimentaba un orgasmo al morir, como le había dicho Mel Stern, su médico? Sí, eso explicaría el rostro de felicidad. Después de todo, tenía ochenta y cuatro años.

¿Quién sabía? ¿Quién podía saberlo? Lo único de lo que estaba seguro era de que Hancock estaba muerto, se había ido, marchado, y ya no le servía ni a él ni a nadie. Nunca más volvería a servir a nadie para nada. Y fuera de esas lágrimas que se estaban empezando a congelar sobre sus mejillas, habría muy pocos —si es que los había— que lloraran y se dolieran como correspondía de la partida del viejo.

Le sorprendió darse cuenta de que estaba de pie en la esquina de la calle Cincuenta y nueve y la Segunda Avenida. No recordaba haberse apartado de la barandilla sobre el East River ni haber caminado desde allá. Se dio cuenta de dónde estaba cuando vio un taxi solitario que avanzaba por la amplia avenida que, sin

ningún tráfico a esas horas, se veía elegante y espaciosa. Llamó al taxi con gestos frenéticos.

Al entrar, el contraste entre el frío del exterior y el calor del interior del coche le pareció opresivo y pesado. El violento cambio de temperatura hizo que su piel se cubriera de sudor, que no se detuvo ni siquiera cuando se quitó la chaqueta y se aflojó la corbata.

En la calle Catorce pagó y caminó lo que faltaba para llegar a Foley Square. Marchaba con la soledad de sus pensamientos y con la compañía del semblante de Hancock, impresa en su recuerdo tal y como la había visto en ese segundo final de su vida: alerta, vital, cada centímetro expresión del hombre que era y, en ese primer instante de su muerte, sorprendido, confuso, maravillado, con todas las facultades en tensión, para terminar diciendo «Vaya, vaya», y nada más.

La primera persona a quien Brice vio cuando entró agotado en la sala de audiencia a las ocho cuarenta fue a Elliot Hoover, que ya estaba sentado ante la mesa de la defensa. Su cara tenía una expresión ajada, estaba ojeroso y los ojos enrojecidos miraban a la distancia, claros indicios de una noche de insomnio y ansiedad. ¿Se habría enterado de la muerte de Hancock? En caso contrario tendría que informarle de inmediato, y aprovechar para que impresionado ante la debilidad de su posición actual accediera a la comparecencia de Marion Worthman, a la que habría que tener hablando hasta que Ahmanson encontrara a alguien para reemplazarla. Este no era el momento para complicarse la vida con el buen gusto, el decoro y otras lindezas por el estilo. No había lugar para ellas en un Tribunal, y mucho menos cuando la acusación era secuestro en primer grado. Tenía que hacerle comprender que navegaban en aguas infestadas de tiburones no sólo peligrosos, sino también asesinos.

La sección destinada a los espectadores estaba llena y los periodistas habían comenzado a entrar cuando Brice, con su cara más seria y preocupada, caminó hacia Elliot Hoover.

Estaba a punto de empezar a hablarle de un tema que terminaría por ser un monólogo, probablemente inútil, cuando le llamó la atención la calma y el silencio que reinaban en la sala, habitualmente tan ruidosa. Había un murmullo eléctrico de excitación. Levantó los ojos para mirar el pasillo central y vio a Janice Templeton. Su rostro aparecía pálido, tenso y, sin embargo, parecía iluminado por una intensidad especial. Caminaba hacia la fila de los testigos con determinación, muy por delante de su esposo, que parecía bajo los efectos de una de sus habituales borracheras. Un gesto decidido, agresivo, resuelto en Janice Templeton le llamó la atención y despenó su curiosidad. Aparentemente, lo mismo les sucedía a los espectadores y periodistas, porque la sala era un hervidero de murmullos y miradas disimuladas.

Janice Templeton parecía otra mujer esa mañana.

Algo había sucedido.

Como tenía los ojos clavados en ella, Brice no se dio cuenta de que Hoover se había puesto en pie y miraba hacia la fila de los testigos y, muy especialmente, a Janice. Y no volvió a mirar a Elliot Hoover sino cuando vio que la señora Templeton avanzaba unos pasos.

Hubo un momento de abierta y franca comunicación silenciosa y profunda entre la demandante y el acusado, un sutil intercambio de miradas con las que aceptaban su confianza mutua allí, ante todos los presentes, incluido Bill, cuya expresión de total confusión quedó fija en su rostro. Y las miradas que se intercambiaban en la mesa del fiscal terminaron de convencer a Brice que lo que le había ocurrido a Janice Templeton iba a ser bueno para ellos.

Debido a alguna gracia especial la máquina seguía funcionando suavemente y, una vez más, había proporcionado un nuevo testigo.

Nueva York, miércoles, 29 de enero de 1975, a las 9,00 A. M.

JANICE TEMPLETON llamada como testigo por el abogado defensor, habiendo jurado decir la verdad, testimonia lo siguiente:

Interrogatorio

Por el señor Mack:

P: ¿Señora Templeton, afirmó usted en su declaración anterior que el nacimiento de su hija fue normal?

R: Sí.

P: ¿Y que la niña era normal y sana en todos los sentidos?

R: Sí. Era sana y hermosa.

P: De modo que cuando comenzaron las pesadillas dos años y medio más tarde, ¿no las atribuyó a algún mal funcionamiento originado en su nacimiento?

R: No, de ninguna manera.

P: Para curarla de las pesadillas, ¿recurrió a un especialista?

R: Sí.

P: ¿Cómo se llamaba?

R: Doctora Ellen Vassar.

P: ¿Observó la doctora Vassar a su hija durante sus pesadillas?

R: Sí, en diferentes oportunidades.

P: ¿Estuvo usted presente cada vez que la doctora Vassar observó a su hija mientras tenía pesadillas?

R: Sí.

P: Señora Templeton, ¿se encontraba usted presente en la sala cuando el doctor Pérez testificó y describió el informe sobre la naturaleza y contenido de las pesadillas redactado por la doctora Vassar?

R: Sí.

P: ¿Su testimonio, como testigo presencial de las pesadillas, difiere del de la doctora Vassar?

R: No.

P: ¿Con qué frecuencia tenían lugar las pesadillas?

R: Las primeras semanas cada tres noches, más o menos, pero su frecuencia aumentó a medida que pasaba el tiempo. Cuando consultamos a la doctora Vassar eran diarias.

P: ¿Variaban las pesadillas de naturaleza o contenido?

R: No, eran casi siempre iguales.

P: ¿De modo que cada vez que la niña tenía pesadillas corría por el dormitorio sollozando y balbuceando «quemaquemaquemaquema»?

R: Sí.

P: ¿Y en cada oportunidad intentaba tocar el cristal de la ventana y retiraba las manos como si le doliera algo?

R: Sí.

P: ¿Durante cuánto tiempo se prolongó esta primera serie de pesadillas?

R: Todo el invierno y la primavera de 1967. Se fueron haciendo cada vez menos frecuentes bajo la terapia de la doctora Vassar. Al llegar el verano habían desaparecido.

P: ¿Atribuyó en esa época la disminución de la frecuencia a la terapia de la doctora Vassar?

R: Sí, por supuesto.

P: ¿De modo que cuando concluyeron usted pensó que había sido así gracias a la intervención de la doctora Vassar?

R: Sí.

P: ¿Discutió con usted alguna vez la doctora su opinión sobre el mecanismo que provocaba las pesadillas?

R: Me dijo que Ivy expresaba de esa forma su temor a que la separaran de mí y que parecía haber dominado sus temores.

P: ¿De modo que nunca comentó con usted los pensamientos y sospechas que dejó registrados en su cuaderno?

R: No.

P: Dejemos la serie de pesadillas del año 1967 y examinemos la serie siguiente. Si no me equivoco, empezó el 22 de octubre de 1974, ¿no es así?

R: Así es.

P: Tenga la bondad de relatar lo que sucedió esa noche.

R: Bien. Enviamos a Ivy a pasar la noche a casa de unos vecinos. Esperábamos la visita del señor Hoover. Iba a visitarnos y pensamos que sería mejor que Ivy no estuviera cerca ya que... bueno... debido a las cosas que él decía y a su comportamiento.

P: ¿Le importaría aclarar qué quiere decir con eso de «las cosas que él decía y su comportamiento»?

R: Bueno, él decía que Ivy era la reencarnación de Audrey Rose, su hija. Y resultaba muy insistente en este aspecto, muy seguro de sí mismo. Por supuesto que pensamos que todo era absurdo y que se trataba de un enfermo mental. Por eso ni mi esposo ni yo queríamos que Ivy estuviera presente durante la visita del señor Hoover. No sabíamos lo que podía hacer o decir.

P: ¿Cuándo se enteró de que Ivy estaba sufriendo una pesadilla esa noche?

R: Alrededor de una hora después de la llegada del señor Hoover. Carole, la señora de Russ Federico, me telefoneó muy preocupada. Dijo que Ivy tenía un ataque y estaba dando vueltas por el dormitorio, gritando y hablando, y que no podía despertarla. Naturalmente, mi esposo y yo comprendimos lo que eso quería decir.

P: ¿Bajó usted al piso del señor Russ Federico?

R: Sí.

P: ¿Y qué vio?

R: A Ivy en medio de una de sus pesadillas. Habían vuelto.

P: ¿Y esta pesadilla era parecida en naturaleza y contenido a las anteriores, ocurridas siete años atrás?

R: Idéntica. Incluso su forma de hablar y sus movimientos correspondían a un niño más pequeño.

P: ¿De modo que durante la primera serie de pesadillas parecía estar afectando la manera de hablar y la coordinación muscular de un niño mayor, mientras que en esta ocasión parecía estar afectando la forma de hablar y la coordinación muscular de un niño más pequeño?

R: Sí, eso parecía.

P: ¿Qué sucedió a continuación?

R: Se repitieron las mismas circunstancias de la otra vez. Corría por la habitación, tropezaba con los muebles, sollozaba, rogaba y balbuceaba «quemaquemaquema», al tiempo que trataba de acercarse a la ventana, sin poder conseguirlo.

P: ¿Y, como la vez anterior, usted no pudo hacer nada para ayudarla?

R: Era igual que antes. Sólo podíamos estar cerca y mirar. Hasta...

P: ¿Sí?

R: Hasta que el señor Hoover entró.

P: ¿Qué sucedió entonces?

R: El señor Hoover dijo «Santo Dios». Parecía asombrado por lo que estaba viendo, y exclamó «Santo Dios» como si de pronto hubiera comprendido lo que estaba pasando.

P: ¿Y qué hizo entonces el señor Hoover?

R: Se acercó a Ivy, que estaba cerca de la ventana, sollozando y dando unos alaridos terribles, y la llamó...

P: ¿La llamó por el nombre?

R: Sí.

P: ¿Qué nombre?

R: Audrey Rose.

P: ¿Reaccionó la niña de alguna manera?

R: Al comienzo no. Tardó un tiempo. El señor Hoover continuó llamándola y tratando de interrumpir la pesadilla. Le decía: «Ven conmigo. Ven, Audrey Rose. Soy papá. Estoy aquí. Ven.»

P: ¿Fue finalmente la niña a su encuentro?

R: Sí. Fue algo increíble. De pronto, pareció haber salido de la pesadilla, y acudió a su encuentro.

P: ¿Cómo se dirigió hacia él?

R: Corriendo. Y le abrazó.

P: ¿Qué sucedió entonces?

R: Él la abrazó y la consoló. A continuación Ivy se quedó dormida. Tranquila.

P: ¿Cómo reaccionaron ante lo que habían visto?

R: Yo no sabía qué pensar. Estaba asombrada.

P: ¿Conversó de esto con su esposo?

R: Sí. Más tarde.

P: ¿Qué opinaba él?

R: Bill creía que se trataba de un fenómeno hipnótico. Parecía convencido de que la había hipnotizado para que actuara como lo hizo.

P: ¿Usted estuvo de acuerdo con él?

R: Sí.

P: Pasemos a la noche siguiente, señora Templeton, la noche del veintitrés. ¿Tuvo Ivy pesadillas esa noche?

R: Sí.

P: Tenga la bondad de describirnos hasta donde recuerde, lo que sucedió esa noche.

R: Lo mismo. Los gritos, las carreras en círculo, los balbuceos. Era una repetición exacta de la noche anterior, sólo que el señor Hoover no estaba presente para ponerle fin. La pesadilla siguió durante horas, hasta que llegó el médico y le dio un calmante.

P: El médico ¿era el doctor Kaplan?

R: Sí. Es su pediatra. Ivy ha estado a su cargo desde que nació.

P: Pasemos a la noche del veinticuatro. Su esposo no estaba en la ciudad, y si no me equivoco, usted estaba sola con Ivy, ¿verdad?

R: Así es.

P: Dígale al jurado lo que pasó esa noche.

R: La pesadilla comenzó alrededor de las diez, y fue la más aterradora de todas. Cuando fui a telefonar al doctor Kaplan dejé la puerta abierta sin darme cuenta, y ella se escapó. Se cayó por la escalera y se hirió. Estaba sangrando, y no había nada que yo pudiera hacer para auxiliarla. Huía de mí cada vez que

me aproximaba a ella. Nunca antes la había visto tan desesperada y tan histérica. Corría por el living de una a otra ventana, tratando de acercarse a ellas y retrocediendo luego, como si quisiera escapar. Me aterraba la idea de que pudiera caer accidentalmente por una de ellas.

P: ¿Recibió una visita esa noche?

R: Sí, del señor Hoover. Vino alrededor de las once.

P: ¿Usted le pidió que subiera?

R: Sí.

P: ¿Por qué le pidió que subiera?

R: Porque necesitaba ayuda.

P: ¿No había llamado usted al médico?

R: Sí, pero necesitaba ayuda enseguida.

P: ¿Por qué no llamó a la policía o a uno de los empleados del edificio?

R: *Porque necesitaba la ayuda del señor Hoover.*

El señor Velie: Su Señoría, si me permite, quisiera informar al tribunal que la señora Templeton sufrió ayer una fuerte conmoción emocional debido a que Ivy resultó ligeramente herida en un accidente. La señora Templeton se encuentra muy agitada y bajo la influencia de un shock emocional, y creo que sería oportuno que se pospusiera el interrogatorio.

El señor Mack: Su Señoría, me parece que eso no es más que un ardid del fiscal para impedir la declaración de la testigo, porque con su declaración quedará destruida la acusación.

El señor Velie: Estoy seguro de que a la defensa le interesa tanto como a nosotros averiguar la verdad, por consiguiente es muy importante que la declaración de la señora Templeton tenga lugar cuando no estén actuando influencias emocionales perturbadoras. Me parece que la suspensión del juicio hasta mañana le daría a la testigo la oportunidad de calmarse, de manera que pueda responder a las preguntas con responsabilidad. Creo que no sólo sería un gesto humanitario, sino también útil a la causa de la Justicia.

El señor Mack: Es precisamente porque la defensa busca la verdad por lo que insiste en que debe permitirse que la testigo declare aquí y ahora. Objeto las consideraciones del señor fiscal sobre las condiciones y estado mental de la señora Templeton, puesto que implícitamente afirma que ella no es capaz de declarar honestamente la verdad en este momento, y solicito que dichas consideraciones sean borradas del acta y que se instruya al jurado para que no las tome en cuenta.

El Juez: No haré que borren esas palabras del acta, pero sí instruiré al jurado para que no tome en cuenta los argumentos esgrimidos por ambas partes, y no los considere como pruebas. Señora Templeton, ¿puede usted seguir prestando

declaración?

Señora Templeton: Sí. Estoy perfectamente. Deseo continuar.

El Juez: Puede proseguir, señor Mack.

P: *Por el señor Mack:* Decía usted, señora Templeton, que necesitaba la ayuda del señor Hoover. ¿Qué clase de ayuda necesitaba del señor Hoover?

R: Necesitaba que pusiera término a la pesadilla de mi hija, que la hiciera terminar, como la vez anterior.

P: ¿Pidió ayuda al señor Hoover?

R: No tuve que hacerlo. Entró en la casa e inmediatamente empezó a hablarle.

P: ¿Qué le decía?

R: Bueno, la llamaba, le decía que él se encontraba ahí ahora, y que todo estaba bien. Le decía: «Audrey Rose, soy papá. Estoy aquí. Aquí.»

P: ¿Eso le sirvió de algo a su hija?

R: Sí, y casi de forma instantánea. Ella pareció reconocerle, igual que la noche anterior, y se arrojó en sus brazos. Y entonces, cuando él estaba consolándola se quedó dormida. Tranquilamente.

P: ¿Qué pasó después de que hubo calmado a su hija?

R: La llevó arriba, le lavó y curó las heridas, y la metió en la cama.

P: ¿Hizo todo eso con su consentimiento, señora Templeton?

R: Sí.

P: ¿Conversó con el señor Hoover en esa oportunidad?

R: Sí.

P: ¿Qué le dijo el señor Hoover?

R: Me dijo que Ivy estaba en peligro. Que el alma de su hija, es decir, de Audrey Rose, estaba desesperada por él y le pedía ayuda a través de las pesadillas de Ivy. Que Audrey Rose era muy desdichada y estaba tratando de escapar de la vida terrena, y que por ello arrastraría a Ivy al peligro.

P: ¿Dijo algo más?

R: Dijo que puesto que el alma de Audrey Rose estaba pidiendo ayuda él debía participar activamente para proporcionarla, que teníamos que unirnos, unirnos estrechamente de modo que todo el amor que yo era capaz de dar y todo el amor que él era capaz de dar se unieran para calmar el alma de Audrey Rose y conseguir así que pudiera descansar.

P: ¿Creyó usted lo que él decía?

R: No. No podía comprender esa forma de pensar. Era totalmente ajena a mi educación y a los conceptos religiosos que se me habían inculcado. No podía creerlo.

P: Señora Templeton, ¿su actitud respecto a lo que él le dijo esa noche sigue siendo la misma ahora?

R: No.

P: Díganos, ¿por qué ha cambiado?

R: (Ininteligible.)

El Juez: ¿Tendría la bondad la testigo de hablar más fuerte?

R: Dije que ahora creo en el señor Hoover y en la verdad de lo que afirma.

El señor Velie: Objeción, Su Señoría.

El Juez: ¿Cuál es su objeción, señor Velie?

El señor Velie: He cambiado de opinión. No haré ninguna objeción.

El Juez: Puede continuar.

P: *Por el señor Mack:* ¿Hay alguna razón, señora Templeton, que pueda explicarnos y que haya motivado su cambio respecto al señor Hoover?

R: Sí, varias cosas que han sucedido últimamente me han convencido de que los temores del señor Hoover estaban justificados.

P: ¿Qué cosas concretamente?

R: Verá, mi esposo y yo decidimos enviar a Ivy a un internado fuera de la ciudad, al menos mientras durara el juicio. Yo pensaba que allí estaría más segura, lejos de la influencia del señor Hoover. Creía que Audrey Rose, si es que era ella la que provocaba las pesadillas, permanecería tranquila al estar alejada del señor Hoover. Ciertamente, las pesadillas desaparecieron, pero empezaron a pasar otras cosas. Cosas muy sutiles.

P: ¿Por ejemplo?

R: Cogió un catarro. La mayoría de las chicas del colegio estaban resfriadas pero en el caso de Ivy se convirtió en una infección bronquial aguda. Estuvo levantada la mitad de la noche, el sábado pasado, con unos terribles ataques de tos. Y tenía fiebre. No tenía un termómetro a mano, pero pude darme cuenta de que su temperatura era superior a lo normal. No sé cómo pudimos pasar esa noche, fue muy terrible. A la mañana siguiente, Bill sugirió que la trajéramos de vuelta para que el doctor Kaplan pudiera examinarla. Pero yo tenía miedo de traerla aquí, donde estaba el señor Hoover, así que la llevamos al United Hospital, en Port Chester. Era domingo y los médicos de Westport a los que llamamos no podían visitarla. Bien, cuando llegamos al hospital había desaparecido la fiebre y la afección bronquial. No tenía tos, y el doctor que la examinó la encontró completamente sana, salvo una ligera irritación de garganta.

P: ¿Qué significado atribuyó usted a esto, al margen de que su hija había tenido un pequeño catarro?

R: Pensé que todo era un truco para que Ivy volviera aquí. Los ataques de tos y la temperatura pretendían asustarnos para que trajéramos a Ivy a ver al doctor Kaplan. Casi da resultado.

P: Usted acaba de decir «que todo era un truco para que Ivy volviera aquí». ¿Un truco de quién?

R: De Audrey Rose, por supuesto.

El señor Velie: Objeción. La respuesta de la testigo es increíble. Su referencia a la mítica Audrey Rose es prueba suficiente de que se halla sometida a tan fuerte presión emocional que es incapaz de dar un testimonio competente.

El Juez: Se acepta la objeción.

P: *Por el señor Mack:* ¿Qué más pasó esa noche?

R: Esa noche, la noche del domingo, me quedé en Westport y Bill volvió a la ciudad. Pues bien, yo dormía cuando me despertaron unos ruidos en el dormitorio de Ivy. Cuando fui a investigar qué ocurría encontré a Ivy desnuda en el baño. Estaba de pie frente al espejo, se reía y murmuraba «Audrey Rose», como si la estuviera llamando, como si Audrey Rose estuviera oculta dentro de su cuerpo e Ivy estuviera tratando de ponerse en contacto con ella.

P: ¿Su hija conocía la existencia de Audrey Rose?

R: Sí. Se lo habíamos contado todo la noche anterior. Algunas de las chicas del colegio se habían enterado de lo que estaba pasando aquí y rápidamente hicieron circular la noticia, de modo que pensamos que era mejor que Ivy lo supiera todo.

P: ¿Cómo reaccionó su hija?

R: Sorpresa. Incredulidad. Pero en general lo tomó bastante bien. De hecho, mientras más pensaba en eso más romántico y atractivo le parecía. Le encantaba especialmente la idea de vivir para siempre, sin morir nunca.

P: ¿Qué importancia le atribuyó usted a su actitud frente al espejo?

R: Al principio pensé que sólo se trataba de curiosidad infantil, pero el que estuviera desnuda sugería algo más.

P: ¿El qué?

R: Era como si estuviera exhibiendo, mostrando su cuerpo, obedeciendo las instrucciones de otra persona.

P: ¿Qué persona?

R: Audrey Rose.

El señor Velie: Objeción, Su Señoría. La defensa se las ingenió para que la testigo hiciera referencia a una persona mítica. No hay ninguna evidencia de que esa persona exista.

El Juez: Se acepta la objeción.

P: *Por el señor Mack:* ¿Pasó algo más esa noche?

R: Sí. Ivy hizo su maleta esa noche y a la mañana siguiente no recordaba haberla hecho. En algún momento, mientras dormía, se levantó de la cama y guardó todas sus cosas en la maleta. Para mí fue un signo muy claro de la necesidad

desesperada que tenía Audrey Rose de volver a la ciudad. De todos modos, no sé cómo pensaba hacerlo, Ivy no tenía dinero y nunca había viajado sola en tren. Sin embargo, más tarde, encontré un horario de trenes y un billete de diez dólares en el monedero de Ivy. Había tomado las dos cosas de mi bolso.

P: ¿Ivy las había sacado?

R: Por supuesto que no. Había sido Audrey Rose.

El señor Velie: Objeción, que se basa en la falta de pruebas de que Audrey Rose sea un ser vivo.

El Juez: Aceptada.

P: *Por el señor Mack:* ¿Sabe usted por qué Audrey Rose estaba tan desesperada por volver a la ciudad?

El señor Velie: Objeción. Su señoría, la pregunta presupone un hecho que no ha sido demostrado, es decir, que existe una persona llamada Audrey Rose.

El Juez: Se acepta la objeción.

P: *Por el señor Mack:* ¿Sabe usted por qué su hija estaba tan desesperada por volver a la ciudad?

R: Quería estar cerca de su padre.

P: ¿Y quién era su padre?

R: El señor Hoover.

P: Quiere decir, el señor Templeton, ¿no es así?

R: No. Lo que quiero decir es que Ivy estaba siendo impulsada a buscar al señor Hoover.

P: ¿Pasó algo más?

R: Sí. Trató de matar a Ivy.

P: ¿Quién trató de matarla?

R: Audrey Rose.

El señor Velie: Objeción, basada en el mismo hecho que las anteriores. Su Señoría, no hay pruebas de que esa persona exista.

El juez: Se acepta la objeción.

P: *Por el señor Mack:* ¿Cuándo se produjo ese intento de asesinar a Ivy?

R: Ayer por la tarde. Todas las alumnas del colegio habían colaborado en la construcción de un inmenso monigote de nieve y estaban celebrando una fiesta en la que lo coronan y lo derriten luego. Habían encendido una fogata a su alrededor y lo estaban destruyendo y derritiendo. Es una ceremonia que celebran todos los años. Ivy comenzó a caminar hacia el fuego. No fue un accidente. Lo hizo a propósito. Así me lo aseguró la madre superiora. Me dijo que Ivy había caminado primero hacia el fuego y que después se había arrastrado hasta las llamas. Si no hubiera sido por el guardián, el señor Calitri, que corrió para apartarla de las llamas, Ivy hubiera muerto quemada.

P: ¿Está tratando de decirnos que su hija intentó suicidarse?

R: ¡Oh, no! No era Ivy. Fue Audrey Rose quien trató de matarla. ¿Comprende usted? Audrey Rose estaba atrapada: como no podía volver a la ciudad, intentaba escapar de su vida terrena obligando a Ivy a meterse en el fuego. (La testigo llora y no puede seguir hablando.)

El señor Velie: Su Señoría, me he abstenido de objetar las dos últimas respuestas de la señora Templeton, aunque me parece que habría base más que suficiente en ellas para que fueran eliminadas del acta, ya que sólo pueden considerarse como interpretaciones. Creo que no es necesario más para que el tribunal comprenda que la señora Templeton está tan perturbada por el accidente que casi costó la vida de su hija ayer que simplemente no es responsable de las respuestas que ha dado. Una vez más debo insistir en que sería recomendable declarar el tribunal en receso hasta que la testigo haya tenido tiempo de calmarse y volver a la normalidad.

El Juez: ¿Puede continuar prestando declaración, señora Templeton?

Señora Templeton: Sí, sí. Quiero seguir. Quiero decirlo todo.

P: *Por el señor Mack:* Señora Templeton, ¿cree usted en la reencarnación?

R: Sí. Creo en ella.

P: Señora Templeton, ¿cree usted que su hija Ivy es la reencarnación de Audrey Rose, la hija del señor Hoover?

R: Sí, lo creo.

P: Señora Templeton, ¿cree usted que el señor Hoover secuestró a su hija?

R: No. Creo que estaba haciendo un acto de caridad y que tenía todo el derecho a entrar en su dormitorio esa noche para ayudarla, para verla, para cuidar de ella, porque creo que lo que él dice es verdad. Creo que la única ayuda que mi hija puede recibir en esta Tierra sólo puede proporcionársela el señor Hoover. Su única posibilidad de vivir es que el señor Hoover quede en libertad. (La testigo llora y no puede seguir hablando.)

El señor Velie: Objeto la pregunta, Su Señoría, porque pretende influir en el veredicto de la Justicia. Y pido que se suprima del acta toda la respuesta de la testigo. El veredicto corresponde darlo al jurado, no a la testigo.

El Juez: Se acepta la objeción. Suprima toda la respuesta del acta. El jurado no debe tomar en cuenta la respuesta de la testigo. Puede seguir, señor Mack.

El señor Mack: No tengo nada más que preguntar, Su Señoría.

El Juez: Señor Velie, puede interrogar a la testigo.

El señor Velie: Su Señoría, en mi opinión esta mujer se encuentra bajo tal tensión emocional que no creo que ninguna de sus respuestas a las preguntas de la defensa guarden ninguna relación con lo que estamos investigando. Por consiguiente, me parece que cualquier interrogatorio por mi parte no haría

más que provocar respuestas influidas por su actual estado emocional. Por lo tanto, no haré preguntas.

El señor Mack: Su Señoría, propongo que todo este comentario del señor Velie no figure en el acta y que el jurado no lo tome en consideración.

El Juez: Se acepta la moción. Se suprimirá del acta todo este último comentario del señor Velie, y el jurado no lo tomará en cuenta. Puede llamar a su próximo testigo, señor Mack.

El señor Mack: No tengo más testigos, Su Señoría.

El Juez: ¿Está preparado para la refutación, señor Velie?

El señor Velie: Su Señoría, en vista de la declaración de la señora Templeton, y dado que he decidido no interrogar a la testigo, debido a su estado emocional, solicito un plazo extra para preparar mi refutación, y pido que el tribunal quede en receso hasta mañana por la mañana.

El Juez: Muy bien. El tribunal se reunirá de nuevo mañana, a las nueve de la mañana.

(Con lo que se dio por concluida la sesión.)

El martillo del juez Langley puso punto final a la escena. En ese momento cumbre el público permanecía en un silencio sepulcral, interrumpido periódicamente por los sollozos de la testigo. Un segundo más tarde, se produjo un ruido similar al de un trueno, dramática mezcla de explosiones de sorpresa, felicidad y alegría, provocada por los espectadores al ponerse de pie y por los periodistas al precipitarse hacia las puertas de salida.

Durante todo este pandemónium, Janice Templeton permaneció sentada en la silla reservada a los testigos. Se cubría el rostro con las manos, ocultando así la escena a sus ojos, respirando profundamente para controlar sus lágrimas y el frío que sentía en sus huesos. Sin embargo, podía sentir el relampagueo de mil ojos clavados en ella, incluyendo los de Bill —cuánto odio debía haber en ellos— y, a pesar de todo, se sentía purificada, aliviada de la ansiedad que había estado devorándola durante los últimos meses y que, de pronto, había desaparecido.

Advirtió que el ruido había disminuido en la sala. ¿Estaban todos contemplándola en silencio? Y abrió los ojos. Lo primero que vio fue la borrosa imagen de Elliot Hoover, rodeado de sonrisas y curiosos por todos lados. Con un guardia a cada lado, se había rezagado a propósito, esperando que Janice levantara la mirada, insistiendo en su derecho a agradecerle, a expresarle su gratitud por todo lo que había dicho, por el riesgo que había tomado al asumir su defensa.

La visión de Janice se aclaró y pudo ver lágrimas en los ojos del señor Hoover. Le estaba mirando y afirmaba con la cabeza, como si con ese gesto quisiera decirle: «Comprendo, comprendo.»

Janice quería mirar hacia otro lado, pero no se atrevía a hacerlo hacia donde Bill

estaba sentado. Era demasiado pronto para enfrentarlo, se sentía demasiado débil para todos los problemas que aparecerían en ese sector de su vida.

Lo que finalmente la hizo mirar hacia otro lado fue la voz de Scott Velie. Le habló en voz baja, con una nota de urgencia en su voz para decirle:

—Señora Templeton, vamos a tener una reunión en mi oficina después del almuerzo. ¿Puede usted asistir? —preguntó, sin ningún entusiasmo. Parecía tan carente de vitalidad como sus propias palabras. Repitió—: ¿Puede asistir?

Casi sin darse cuenta asintió con la cabeza, y lo vio darse vuelta y marcharse rápidamente por la puerta.

Reunió todo su valor para enfrentar a Bill, pero cuando le buscó con la mirada descubrió que su silla estaba vacía.

Scott Velie estaba sentado solo en su despacho. Sus ojos recorrían los estantes, llenos de sombríos volúmenes legales hasta el techo. Le parecía que esa atmósfera oscura y cetrina, y lo que representaba, le ayudaba a pensar, hacía descansar su espíritu. Ese era su depósito de ideas, su archivo de información, su cabina telefónica, todo concentrado en un solo lugar. Encajaba con sus estados de ánimo y con su temperamento como un viejo guante, y le calmaba cuando tenía problemas, le aportaba nueva energía en los momentos en que el cansancio parecía obnubilar su cerebro, y le levantaba el ánimo cuando se sentía deprimido.

¿Por qué le había fallado su instinto esta vez?

En circunstancias normales se habría dado cuenta de que la señora Templeton estaba al borde de un colapso. Habría captado los signos en sus miradas rápidas, en sus numerosas sonrisas, en esos cientos de pequeños gestos a los que recurría para disimular sus miedos y culpas. Todas las señales habían sido desplegadas, sólo le había faltado gritar para hacerle saber que estaba a punto de derrumbarse. ¿Por qué no se había dado cuenta?

Velie era consciente de que su instinto, ese raro y frágil mecanismo, no funcionaba bien. A los sesenta y tres años, después de prestarle servicios durante tantos años, le había fallado.

En los treinta y dos años de desempeño de su profesión, había visto desfilar ante él todas las miserias humanas, gente de todas las edades, sexos, colores, formas y tamaños. Todos los vicios habían pasado por su puerta: drogadictos, vendedores de narcóticos, prostitutas, alcahuetes, ladrones, asesinos. Había sentido compasión por muchos de ellos, especialmente por aquellos a quienes la miseria había condenado desde su nacimiento, los perdedores de siempre, que, ni siquiera en este gran país con tantas oportunidades habían podido encontrar nunca su camino. Los conocía bien. Eran el telón de fondo de su juventud y todavía acechaban en algún rincón de su memoria. A veces, podía reconocer su propio rostro en el del hombre que estaba en pie al otro lado del escritorio; en esa desesperanza, en ese miedo constante de esos

jóvenes, había algo que le era familiar, y se preguntaba cómo se las había ingeniado él para escapar de un destino parecido. En algunas oportunidades se reconocía en el otro con tanta claridad, que permitía que le derrotara algún abogadillo imberbe, sin sentir por eso que estaba traicionando a la Justicia.

Y también estaban los de la clase de Hoover. Los marfileños Hoovers de este mundo, beneficiados por todos los privilegios de una sociedad condescendiente, gente inteligente y con medios que caminaba por la vida recogiendo las oportunidades que iban cayendo sobre sus rodillas, gente que no tenía nada mejor que hacer que entretenerse con fantasías y juegos frívolos, con locuras, convencidos de que tenían derecho a hacer víctimas de su imaginación a personas decentes, respetuosas de la Ley.

La declaración de Janice Templeton era buena prueba de la contaminación que este tipo de influencias ejercía en personas indefensas y buenas. Ella deseaba con tanta intensidad que su hija se viera libre del dolor y el sufrimiento de la locura, que estaba dispuesta a aceptar cualquier teoría, por desquiciada que fuera. Había aceptado las afirmaciones de Hoover sobre la reencarnación como un paciente desahuciado acepta una mentira que afirma curar el cáncer: por desesperación. Hoover no sólo la había engañado, sino que había destruido un matrimonio feliz.

Velie se había dado cuenta de que todo había terminado entre los Templeton por la manera cómo se sentaban y evitaban mirarse durante las sesiones. Eran dos extraños. Peor aún, eran enemigos. Ella no podía enfrentarlo, y él no soportaba mirarla. Janice solía tener una expresión suave, fría y lejana, y parecía situarse en su propio plano astral.

La única vez que la vio reaccionar fue cuando Velie hizo su sugerencia. Su cara empalideció completamente, pero Bill, en cambio, dio la impresión de aumentar de estatura, y de estar encantado con la posibilidad. Especialmente cuando vio la reacción de su mujer, su palidez y una transformación de su expresión que la hizo parecer lunática. Fue precisamente esta manera de reaccionar lo que hizo que Bill mordiera el anzuelo; en realidad apenas consideró la proposición, pero la aceptó para mortificar a su esposa. Sí, Hoover había hecho un espléndido trabajo con esos dos haciendo que aflorara en ellos lo peor de cada uno.

Cuando Velie les propuso lo que pensaba nunca esperó que ninguno de ellos aceptaría. Ni siquiera él mismo estaba muy convencido de que su idea sirviera para nada. Se trataba de algo completamente ajeno a su manera de ser, de una estupidez, de ese tipo de imbecilidades que encantaban a Mack, pero como ése era el terreno en el que tenía que luchar y eso era a lo que estaban jugando no tenía más remedio que devolver la pelota con el mismo estilo con que se le habían arrojado a la cara. Tal vez fuera la única manera de tratar con Brice Mack y con los de su especie. Conocía ese tipo de batallas, y sabía perfectamente cómo había que actuar en medio de toda esa

mierda en la que se había visto envuelto.

Se puso en pie y se dirigió a la ventana. Para variar, el cielo del atardecer era muy azul. Tal vez el tiempo fuera bueno durante el fin de semana. Le había prometido a Ted y a Virginia que lo pasaría con ellos en Pennsylvania y esperaba con ansiedad ese momento. Iba a ser bueno pasar unos días juntos como viejos amigos. Desde la muerte de Harriet eso era todo lo que le quedaba, lo único con lo que podía contar: el afecto de un par de viejos amigos.

Supo por qué se había acercado a la ventana cuando vio que la esbelta figura de Janice Templeton descendía las escaleras de los Tribunales, seis pisos más abajo. Sentía curiosidad por saber si ella y su marido saldrían juntos del edificio. Al verla bajar sola y dirigirse a la parada de taxis, se preguntó si no tendría él tanta parte de culpa como Hoover en la ruptura del matrimonio.

¿Qué le había dicho Janice a su marido, con ese aire ausente, de obsesa? Ah, sí. «¿Serías capaz de someter a tu propia hija a una cosa tan monstruosa como ésa?» ¿Y qué había respondido burlón Bill? «No más monstruosa que lo que tú estás dispuesta a hacer.»

Scott Velie vio cómo se alejaba el taxi que llevaba a Janice. Unos segundos más tarde bajó Bill que caminó en dirección a Pinetta.

Suspiró. Esa noche habría un lecho solitario y frío en casa de los Templeton.

Velie sabía lo que significaba un lecho solitario y frío. Los últimos cinco años hacían de él un experto en la materia.

El juez Langley entró en la sala con decisión, lo que constituía una novedad, caminando con determinación y provocando un revolotear de su toga. Se instaló en su estrado y contempló al público. Le agradó ver que una vez más la sala estaba abarrotada. Otra jornada en la que la Sala Siete cumpliría con su sagrado deber de impartir justicia con equidad, imparcialmente, ante los ojos de un público que tenía el derecho de saber, el inalienable derecho de perder allí su tiempo, de reírse con disimulo, de murmurar y de lanzar alaridos de sorpresa ante el drama que se desarrollaba ante sus ojos. ¡Porque de un drama se trataba! Todo un espectáculo. Una función con más suspense, más vuelcos y sorpresas que un circo de tres pistas.

Sus pensamientos estaban mezclados con una ligera preocupación. Un caso así tenía lugar una sola vez, si es que se tenía esa suerte, en la vida de un jurista. Había llegado tarde la suya, pero finalmente había llegado y se proponía sacarle el máximo provecho. Le fotografiaban constantemente, la prensa consultaba su experta opinión y, apenas ayer por la tarde, una de las agencias más exclusivas de conferencistas le había ofrecido un suculento contrato. El juez Harmon T. Langley tenía la reconfortante sensación de haber alcanzado finalmente el éxito.

El repentino y expectante silencio en la sala interrumpió sus elucubraciones sobre el feliz futuro que le esperaba, y le obligó a concentrarse de inmediato.

—Si está dispuesto a comenzar su refutación, puede hacerlo, señor Velie —dijo, mirando a los dos abogados oponentes.

Y en su interior agregó una plegaria silenciosa: «Haz, Señor, que tengan la sabiduría de seguir echando buen material al caldero, para que yo alcance el éxito.»

Velie se puso de pie y sonrió desganado.

—Muchas gracias, Su Señoría. Llamo como testigo al doctor Gregory Pérez.

En la mesa de la defensa Brice Mack se sentía cómodo y relajado. Su sonrisa indicaba la absoluta despreocupación que sentía por la presencia del testigo convocado por el fiscal. No pasaría mucho tiempo, sin embargo, antes de que se le congelara la sonrisa ante el tipo de preguntas que estaba haciendo Velie.

—Doctor Pérez —dijo Velie, aproximándose con manifiesta cortesía hacia el testigo—, si no me equivoco, usted declaró antes que la hipnosis es una herramienta terapéutica que la mayoría de los psiquiatras utiliza, incluido usted. ¿Es así?

—Así es. Muchos psiquiatras emplean técnicas de hipnosis en sus terapias.

—Una de esas técnicas se conoce con el nombre de hipnosis regresiva, ¿verdad?

El doctor Pérez le miró impertérrito y respondió:

—Sí.

—¿Qué se entiende exactamente por hipnosis regresiva?

—Es el proceso mediante el cual un sujeto retrocede bajo hipnosis a un período anterior de su vida, y puede volver a experimentar las emociones, los recuerdos, pensamientos y actitudes propias de esa edad. Una persona que haya experimentado una regresión en su edad por efecto de la hipnosis se comportará exactamente como si volviera a tener esa edad.

Mientras el médico respondía a la pregunta, el fiscal había comenzado a volverse en dirección al jurado. Los estaba mirando a ellos cuando formuló su próxima pregunta:

—¿Cuántos años puede retroceder una persona hipnotizada?

—En teoría no hay límites, pero no se hace retroceder a una persona más allá de la edad en la que aprendió a hablar —su voz seguía al fiscal, que lentamente se iba aproximando al jurado—. Teóricamente se puede provocar una regresión a la temprana infancia, pero puesto que a esa edad no se sabe hablar es imposible que informe sobre sus experiencias. De modo que, generalmente, cuando provocamos una regresión de la edad hacemos que el paciente llegue a su niñez, y nuestro objetivo es recuperar los recuerdos de acontecimientos que tuvieron lugar en esa época, y que el paciente haya podido reprimir y que estén afectando su conducta y sus sentimientos como adulto. Para eliminar esos factores responsables de una conducta neurótica tratamos mediante la hipnosis regresiva de revivir esos recuerdos «ocultos».

Velie se detuvo ante la barandilla del jurado. Preguntó:

—¿Pero es posible hacer volver a una persona a su infancia?

—Sí.

—¿Es posible provocar una regresión que haga retroceder al sujeto a una época anterior a su infancia? Digamos, ¿al estado fetal, en el vientre de su madre?

Pérez titubeó.

—Es teóricamente posible, siempre que el sujeto tenga conciencia de lo que le está ocurriendo. Pero no nos enteraríamos de nada, puesto que un feto no puede relatar sus experiencias, ni hablar de sus pensamientos y emociones.

Velie aferró la barandilla, inclinó dramáticamente su cuerpo hacia adelante, y preguntó enunciando con claridad cada palabra:

—Doctor Pérez, ¿mediante la regresión hipnótica es posible hacer retroceder a una persona más allá del estado fetal, más allá de su existencia presente, hasta hacerle llegar a una existencia previa?

La pregunta provocó un acceso de risa nerviosa en el médico.

—Bueno, hay algunos médicos que afirman no sólo ser capaces de provocar una regresión hasta antes del nacimiento, sino que también pueden provocar una regresión de varias personalidades diferentes en un mismo sujeto —sus palabras fueron adquiriendo un ritmo de staccato—. Aseguran haber tenido pacientes que bajo hipnosis demostraron haber vivido una existencia anterior, en otra época, y con otra identidad, y que hablaban en idiomas que desconocían en su estado normal. Para responder a su pregunta puedo decirle que en teoría se podría hacer. Es un tema muy controvertido, algunos lo creen posible y otros no, pero hay médicos que afirman haber provocado una regresión del paciente hasta llegar a otras existencias.

Los ojos de Velie recorrieron el campo de batalla, analizando disimuladamente las reacciones de los periodistas, espectadores y, muy especialmente, del acusado y de su abogado defensor. El señor Hoover y su abogado parecían enfrascados en una discusión en voz baja, pero bastante violenta. Velie tuvo la impresión de que el señor Hoover estaba tratando de impedir que Mack objetara el procedimiento, y se sintió encantado al comprobar el efecto devastador que sus preguntas habían conseguido. Su joven contrincante se había mostrado lleno de satisfacción, hasta el momento en que se encontró revolcado en su propia mierda.

—Doctor Pérez —dijo Velie, dirigiéndose a él— si este tribunal se lo pidiera, ¿podría intentar usted provocar una regresión que llevara al sujeto más allá de las fronteras de su vida presente, hasta una existencia anterior, si es que una cosa así existe?

El doctor Pérez se encogió nerviosamente de hombros.

—Nunca he intentado nada semejante.

—¿Estaría dispuesto a intentarlo?

Pérez se agitó incómodo en su silla.

—Estaría dispuesto si el Tribunal desea que lo intente.

Brice Mack, incapaz de seguir conteniéndose, explotó:

—Objeción —gritó—. Su Señoría, todo esto no es más que una especulación. Me parece obvio hasta dónde pretende llegar el fiscal y me opongo terminantemente a ello. No sólo es algo muy irregular, sino que se trata de un intento vulgar y vergonzoso del fiscal para influir en el jurado.

Un murmullo de excitación recorrió la sala. Un golpe de martillo restauró la calma, y el juez Langley se dirigió al abogado defensor.

—Tal vez tenga usted razón, señor Mack —dijo amablemente—, y la pregunta puede prestarse a especulaciones, pero como el testigo es un experto permitiré que el fiscal prosiga hasta que yo pueda ver adonde quiere llegar con sus preguntas.

Velie aprovechó de inmediato la autorización del juez para proseguir.

—Su Señoría, tengo que hacerle al tribunal una petición que quizá pueda parecer extraña —dijo muy serio—, pero creo que éste es un caso extraño también. Es un caso que ha llamado la atención de todo el país, e incluso del mundo entero, y considero que en nuestro interés porque se haga justicia debemos hacer uso de todos los medios que puedan hacernos llegar a esa verdad, y que Vuestra Señoría debería autorizar un experimento mediante el cual el doctor Pérez someta a Ivy Templeton a una hipnosis regresiva con el objeto de probar de hecho si vivió o no una existencia anterior, y si dicha existencia anterior corresponde a los términos planteados por la defensa. Recomiendo que el experimento se realice en el hospital de Darien, Connecticut, donde Ivy Templeton se encuentra internada recuperándose de las quemaduras que sufrió hace unos días. Me he tomado la libertad de visitar dicho hospital para comprobar personalmente el tipo de comodidades que ofrece. En el pabellón psiquiátrico el Tribunal podría disponer de la sala donde médicos y alumnos estudian los casos sin ser vistos por el paciente. Dicha sala tiene un espacio amplio, detrás de un cristal que impide que el paciente pueda ver lo que hay al otro lado, y en el que fácilmente cabría el jurado, la defensa, los abogados y periodistas, y Vuestra Señoría. Los médicos que cuidan de Ivy Templeton me han asegurado que la niña está en condiciones físicas de resistir el esfuerzo de una sesión de hipnosis y que no ven inconveniente en que se lleve a cabo. En el entendido de que Su Señoría velará para que se tomen todas las medidas necesarias para que este experimento sea llevado a cabo con la máxima justicia para ambas partes —sonrió sin ninguna naturalidad—, creo que la defensa no podrá menos que estar de acuerdo con que se lleve a cabo, si, como dice, cree verdaderamente en la reencarnación.

Mack había permanecido de pie durante toda la perorata de Velie. Tenía en el rostro una expresión de sorpresa e incredulidad. Su voz, una vez que la hubo recuperado, era apenas un susurro cuando dijo:

—Su Señoría, esto me parece increíble.

—¿La defensa tiene alguna objeción? —preguntó el juez Langley.

—Sí. La defensa objeta enérgicamente el experimento, basándose en que dicha prueba no puede considerarse concluyente. Es imposible llevar a cabo dicho experimento con una garantía absoluta de exactitud —empleó un poco convincente tono burlón para agregar—: Y si el hipnotizador no es capaz de hacer que Ivy retroceda en el tiempo más allá de su nacimiento, eso no probará que la reencarnación no exista, sino que el doctor Pérez no es muy bueno como hipnotizador.

Velie sonrió irónico y dijo:

—No fue el fiscal quien presentó al doctor Pérez como un calificado profesional, digno de toda confianza, sino la defensa. Y ahora, esa misma defensa está tratando de negar la competencia profesional de su propio testigo.

El juez Langley giró en su silla para considerar la situación, pero de hecho ya había decidido en el momento mismo en el que Scott Velie había presentado su moción. Trasladar a todo el tribunal a un hospital, con todo el dramatismo que eso significaba, con el cristal que sólo permitía ver desde un solo lado, hipnotizar a una niña, la búsqueda de una existencia anterior llevada a cabo por la ciencia y la Ley, eran todos ellos elementos que proporcionarían un jugoso interés a su gira de conferencias. Por supuesto, era consciente de que la defensa tenía razón al alegar que el experimento no podía considerarse como una prueba concluyente, de naturaleza sustantiva.

La suavidad casi sensual en los ojos del juez y la expresión ausente de su rostro, eran indicios de algo que los dos abogados habían llegado a conocer muy bien. La reacción de ambos fue simultánea, y provocó una estruendosa intervención de Brice Mack.

—¡Reitero mi objeción, Su Señoría! Este experimento no sólo es algo completamente irregular sino que...

—Yo no lo objeto, Señoría —gritó Hoover, cubriendo con su voz la de su abogado, y poniéndose en pie, lo que obligó a sus guardias a hacer lo mismo—. Quiero que se haga el experimento y lo autorizo.

La imprevista intervención de Hoover puso en movimiento a varios periodistas e hizo aumentar la tensión en la sala.

Brice Mack miró ceñudo a su cliente, y dijo en tono frío y desafiante:

—Yo mantengo mi objeción, Señoría.

—Y yo *insisto* en que se haga el experimento —afirmó Hoover decidido.

Se oyó el ruido de las sillas que crujían cuando los espectadores de la última fila se pusieron en pie para tener una mejor visión de lo que estaba ocurriendo.

—Siéntese, señor Hoover —ordenó el juez—. Tiene un abogado para que le represente, y usted no está autorizado para hablar.

Las delgadas mejillas de Hoover se encendieron de ira.

—En ese caso, prescindo de mi abogado, Señoría.

Brice Mack empalideció y dijo:

—¿Me concede unos minutos, Vuestra Señoría?

—Concedido.

Anonadado, se acercó a su cliente y empezaron a hablar en voz baja junto a la mesa de la defensa. El juez esperó pacientemente a que terminaran los movimientos de las manos y las negativas con la cabeza que puntualizaban la discusión. Finalmente, Brice Mack se puso de pie y enfrentó al tribunal, luchando por dar la impresión de que controlaba una situación desastrosa. Con voz firme dijo:

—Retiro mi objeción, Su Señoría. Mi cliente está ansioso por que se lleve a cabo el experimento, ya que está seguro que así se manifestará la justicia de su causa.

Hundido en su silla, Bill Templeton contemplaba gozoso la humillación e ignominia de Brice Mack. El desgraciado había pagado un alto precio y ello era evidente.

El juez habló con gentileza desacostumbrada.

—No veo ninguna razón por la cual este tribunal no deba autorizar el experimento. Después de todo, se trata de un caso de dimensiones muy curiosas y, como muy bien señaló el señor Velie, de importancia mundial. Y puesto que he permitido márgenes muy amplios para la defensa, no me parece que pueda aplicar restricciones arbitrarias al fiscal en su búsqueda de un camino propio para llegar a la verdad. Sin embargo, exijo que haya algunas normas respecto de la forma en que se hará el experimento y a la certeza de que se está llevando a cabo correctamente, que con toda honestidad se está buscando un resultado verdadero, y que la persona, o las personas, que lo dirijan reúnen todos los requisitos para ese tipo de trabajo —se dirigió al fiscal y continuó—: En vista de la objeción de la defensa, señor Velie, he decidido que además del doctor Pérez estén presentes otros dos psiquiatras que hayan practicado la hipnosis en el tratamiento de sus pacientes. Este tribunal designará a los dos expertos y procurará conseguir a las personas más calificadas que le sea posible conseguir.

La sala permaneció en un silencio expectante mientras el juez hacía anotaciones en un papel y miraba sin ninguna expresión a aquella masa de rostros ansiosos, para proseguir después:

—Si no hay más preguntas, permaneceremos en receso hasta el próximo lunes, lo que dará tiempo suficiente para que el Tribunal consiga a los dos psiquiatras adicionales, y todo cuanto sea necesario para llevar a cabo el experimento. El acusado continuará bajo custodia.

Janice se enteró por la radio.

Los periódicos confirmaron la noticia de su derrota.

El tribunal no sólo estaba dispuesto a aceptar semejante barbaridad, sino que Elliot Hoover lo había aprobado sin restricciones.

Janice se quedó de pie en medio del dormitorio, perpleja, escuchando la voz aguda del locutor que leía los horripilantes detalles del caso.

El experimento tendría lugar el lunes por la mañana. En el hospital de Darien. Todo el tribunal se trasladaría hasta allí. Jurado, juez, abogados y acusado observarían la escena, ocultos detrás de un cristal. Tres psiquiatras serían los encargados del experimento. No se admitiría público. Se prepararía una sala de televisión con circuito cerrado para la prensa.

Apagó la radio, corrió al teléfono y llamó a Informaciones. Tal vez Bill todavía estuviera en el edificio de los Tribunales. Y si no estaba él hablaría con Scott Velie o el juez Langley. No daría su consentimiento. Después de todo, ella era la madre de Ivy y tenía algunos derechos también.

No encontraron a Bill en los Tribunales, Scott Velie acababa de marcharse y estaría fuera de la ciudad durante el fin de semana, el juez Langley tal vez se encontraba aún en su despacho. Tuvo que esperar.

Una voz masculina y envejecida respondió. No era la del juez Langley.

—¿Quién le llama?

—Janice Templeton.

—Habla usted con John Cartright, señora Templeton, el alguacil de la sala.

—Necesito hablar con el juez Langley. Es muy urgente.

—El juez no está aquí ahora, señora Templeton. ¿Puedo ayudarla en algo?

—Se trata de mi hija. Y del experimento. No quiero que lo hagan. Me niego a dar mi autorización.

—Trataré de hacerle llegar su mensaje al juez.

Los dedos del pánico parecían recorrerle el cuerpo mientras se duchaba y ponía en una maleta ropa suficiente como para una larga estancia fuera. Sus manos se movían mecánicamente, apenas sí tenía conciencia de lo que estaba haciendo, y su mente funcionaba a toda velocidad. Debía llegar hasta donde estaba Ivy. Tenía que quedarse con ella. Era preciso impedir el experimento de alguna manera.

La cabeza le dio vueltas cuando levantó la pesada maleta y la arrastró por el pasillo hasta el living.

Salió al pasadizo exterior y llamó el ascensor. Mientras Ernie iba a buscar la maleta, Janice se quedó de pie frente a la puerta. Miraba nostálgica hacia el living. Le dio una larga, dolorida y lúcida ojeada, pensando en todo lo que dejaba atrás, preguntándose si alguna vez volvería a ser la misma de antes, si ella, Bill e Ivy podrían volver a compartir la hermosa existencia que habían creado para ellos tres.

«Dios mío, no permitas que esto sea el final», imploró con los ojos llenos de lágrimas ante el pensamiento de cuanto podía perder. «No permitas que esto sea el final», pedía, pero en lo más profundo de su corazón sabía, como lo había sabido siempre desde ese primer día en el colegio en que había visto al hombre con las

patillas y el bigote, que un día tendría que actuar en el último acto, y que todo se desarrollaría de acuerdo a unos términos y de una manera que el propio final señalaría.

Cuarta Parte

Audrey Rose

—Buenos días. Me llamo Steven F. Lipscomb. Soy médico psiquiatra y me han designado para dirigir el equipo de tres psiquiatras que el Tribunal seleccionó para llevar a cabo este experimento.

El cuerpo ligeramente inclinado y los escasos cabellos grises hacían pensar que andaba por los sesenta años, aunque tal vez tuviera menos. Las arrugas que enmarcaban sus ojos, de expresión fatigada y paciente, la serenidad de sus modales, y su inteligencia, junto con una sinceridad totalmente desprovista de sentido del humor, confirmaban su puesto privilegiado en el seno de la profesión médica.

—Después de reunirme con mis colegas, los doctores Nathan Kaufman y Gregory Pérez, hemos decidido llevar a cabo el experimento aproximándonos al sujeto individualmente, en turnos sucesivos. El doctor Kaufman me reemplazará a mí y será, a su vez, sustituido por el doctor Pérez, si la prueba no tiene resultados después de un tiempo prudencial de espera que fijaremos oportunamente.

Estaba de pie en una sala tranquila, suavemente iluminada, sin ningún adorno ni mobiliario, a no ser un sofá de cuero y una silla. Las paredes desnudas contribuían a hacer más grande la estancia, relativamente pequeña.

—No ha habido ninguna razón especial para que sea yo quien comience la prueba. Se trata de una decisión arbitraria, que no implica de ninguna manera que yo esté mejor preparado o tenga más experiencia en técnicas hipnóticas que mis otros colegas.

Se puso de pie junto a la silla, en el centro de la sala —no había ninguna ventana— y dio la impresión de estar hablándole a su propia imagen, reflejada en un espejo rectangular que cubría una de las paredes. Sabía, sin embargo, que no estaba hablando para sí, sino a un compacto grupo de personas que se encontraban allí ejerciendo su derecho legal y obedeciendo la orden de mirarle y escucharle desde detrás del espejo.

—Todos ustedes han recibido un informe con los datos personales y profesionales del equipo médico y están familiarizados con nuestros antecedentes y con nuestras credenciales. Si necesitan información complementaria, tendremos mucho gusto en proporcionársela al final de la prueba.

Su voz llegaba a los asistentes a través de un micrófono y todos le escuchaban con absoluta concentración. Aquí no había nada de la impaciencia o de la indiferencia que solían acompañar sus conferencias en la Universidad, pero aunque hubiera habido movimientos, carrasperas y toses, él no las habría escuchado, puesto que así como el espejo sólo permitía ver desde un solo lado, tampoco se podían escuchar los ruidos del otro lado con el objeto de asegurar el mito de la intimidad.

—Antes de hacer entrar al sujeto del experimento me gustaría decir algunas

palabras sobre lo que estamos tratando de hacer aquí esta mañana. La hipnosis no es algo misterioso ni desusado y su práctica está muy extendida como una terapia empleada por los psiquiatras para aliviar los síntomas de ciertos desórdenes mentales. Se denomina hipnosis a un estado de sugestión aguda, inducida por otra persona.

Era consciente de que su imagen, igual que su voz, estaba siendo transmitida a la sala de recreo del tercer piso mediante una pequeña e inofensiva cámara de televisión colocada en la parte superior del espejo. Había visitado previamente aquella sala y sabía que más de cien personas se encontraban allí, algunas llegadas de puntos muy lejanos del mundo, y no dudaba de que en ese momento estarían todas inclinadas sobre sus cuadernos escribiendo cada una de sus palabras.

—Antes de hacer entrar al sujeto, me gustaría agregar unas pocas palabras sobre la hipnosis regresiva y el nivel de trance que será necesario inducir para provocar recuerdos de una edad tan temprana.

Había diecinueve personas apiñadas en un espacio destinado a albergar diez. Al jurado se le habían dado los mejores asientos y estaban pegados contra el espejo. En medio de ellos se hallaba ceremoniosamente el juez Langley. El fiscal y el abogado defensor tenían el dudoso placer de compartir una mesa, a la izquierda, inmediatamente detrás del secretario del tribunal, cuya mesa y máquina estenográfica ocupaban el espacio de una persona. Hoover, vigilado por un guardia, estaba sentado frente a Bill, proximidad que le hacía sentirse más que desconcertado.

—Cuando el paciente se haya relajado lo suficiente, y esté convencido de que no le ocurrirá nada malo, emplearé...

Janice se había marginado voluntariamente del grupo de protagonistas y se encontraba en la sala de los periodistas.

Bill había pensado que la decisión de su mujer respondía al deseo de no encontrarse con él, y como cada vez que pensaba en ella, sintió que le envolvía una oleada de impotente dolor. Janice le había evitado desde que él había llegado al hospital esa mañana.

—... y una vez que haya determinado que el proceso de sugestión está dando resultado, haré una prueba para comprobar la profundidad de su trance. Una vez que éste haya sido establecido satisfactoriamente, comenzaré a provocar la regresión hacia el pasado.

Bill sabía que tendría que haber llegado al hospital más temprano, pero cuando Dominick le informó que la señora Templeton se había marchado llevándose una gran maleta, sólo pudo pensar en que necesitaba beber una copa. Y después de hacerlo había quedado lánguido y tembloroso, con un horrible dolor de cabeza que se resistía a abandonarle. Incluso ahora, sentía como si una sierra de acero hirviendo le recorriera la cabeza desde el oído izquierdo hasta el derecho.

—A menudo, la regresión produce un torrente de asociaciones libres que

generalmente evocan recuerdos de acontecimientos emocionales de naturaleza traumática. El sujeto puede expresar sentimientos de dolor o de profunda melancolía, puede incluso llorar o exhibir extraños cambios en su personalidad. Procuraré evitar que la paciente caiga en esos estados, pero quiero que comprendan que se trata de algo natural y previsible en una regresión, y que no resultarán perjudiciales para la niña. También deseo hacer presente que puedo despertarla y hacerla salir del trance en el momento en que lo desee.

Bill pensó que debería haber llamado a Janice. Por muy borracho que estuviera, era lo mínimo que debía hacer para hacerle sentir que compartía sus preocupaciones. Lo había pensado, por supuesto, pero no fue capaz de acercarse al teléfono. Sabía lo que ella diría, y eso era más de lo que él podía soportar en ese momento.

—Lo que vamos a intentar esta mañana no tiene precedentes en los anales de la psiquiatría. Provocar una regresión a la temprana infancia, e incluso antes de esa edad, a un período prenatal, es algo que aunque se haya conseguido en laboratorios experimentales no es común; sin embargo, intentar llevar a un paciente más allá de su existencia actual, hasta una vida anterior, es una cosa que, hasta donde yo sé, nunca ha sobrepasado las fronteras de la investigación teórica.

Janice y Bill habían hablado brevemente en la cafetería del hospital. El sitio estaba lleno de periodistas y reinaba una atmósfera como de carnaval. Él la vio sentada sola en una mesa bebiendo café. Cuando ella se dio cuenta de su presencia se levantó para marcharse. Bill la alcanzó en la puerta y le dijo:

—Janice, ten confianza en mí porque sé lo que estoy haciendo.

Ella se veía cansada, maltratada con su rostro ajado e inexpresivo, cuando bajó los ojos y dijo:

—No, no lo sabes —y continuó con una voz totalmente desprovista de esperanza, sin acusarle—. Pero aunque lo supieras no tendría importancia. Realmente, no tendría importancia.

El médico seguía hablando:

—Al aceptar hacer este experimento lo hago sin creer ni tener fe en su éxito. Estoy aquí accediendo a una petición del tribunal para que desempeñe una función en la que estoy entrenado y para la que tengo licencia.

La ropa de Bill se adhería a su piel. La sala era como una olla a presión. ¿Por qué diablos el tipo ése seguía y seguía hablando? ¿Por qué no se callaba de una buena vez y empezaba para que pudieran acabar cuanto antes?

—Hace una hora me reuní con el acusado, el señor Hoover. Me ha comentado cinco hechos que tuvieron lugar en la vida de su hija. Se trata de sucesos de naturaleza privada, que impresionaron profundamente a su hija, y que sólo conocemos mis colegas y yo, además del señor Hoover, naturalmente. Si tenemos éxito en nuestra empresa, le pediré al sujeto que recuerde estos hechos. Su capacidad

para hacerlo puede ser una prueba concluyente.

Pronto habría terminado todo. Pronto se solucionaría el conflicto de una vez y para siempre. Pronto los tres volverían a estar juntos. Y una vez que hubiera concluido todo y la pesadilla hubiera quedado atrás encontrarían el camino para aproximarse. Al comienzo habría una distancia entre ellos, sería difícil durante un tiempo, pero al final sabrían perdonarse mutuamente. Su amor y el de Ivy obligarían a Janice a perdonar, cuando fuera el momento.

—Y ahora haré entrar a la paciente.

Se produjo un impresionante silencio en la sala de recreo cuando más de cien ojos se clavaron en los tres aparatos de televisión estratégicamente distribuidos, cada uno reproduciendo el mismo ángulo del doctor Lipscomb cuando se dirigió a la sala de examen y la abrió para que entrara Ivy.

El contacto que se había producido entre ojos y pantallas era palpable, como una corriente eléctrica de alta tensión, pensó Janice mientras luchaba por concentrarse en los aspectos técnicos de la prueba. Había condicionado su aceptación mental a que se hiciera el experimento considerándolo como el próximo paso inevitable de una progresión que no podía detenerse. Se había ordenado a sí misma no llorar. Las lágrimas no servirían de nada, no la ayudarían a ella ni a Ivy. Era demasiado tarde para las lágrimas. Pero cuando en la pantalla vio entrar a Ivy, que se dirigía al sofá de la mano del médico, tan tímida, tan confiada, tan vulnerable, Janice se quedó sin aliento. Por un instante, temió que el pánico la dominara, y tuvo que luchar para sobreponerse.

Janice le había emparejado el cabello, ese hermoso pelo rubio, y la había peinado. En su cara aún había huellas del reciente accidente pero, sin embargo, incluso en la transmisión en blanco y negro, que lo reducía todo a indiscriminados matices del gris, su belleza permanecía inalterable.

Ivy se sentó en el sofá, subió una pierna y se recostó. No parecía nerviosa y daba la impresión de tener un completo dominio de la situación.

—Relájate, Ivy —dijo el doctor Lipscomb en un tono monótono e insinuante—, relájate y deja que cada músculo de tu cuerpo quede flojo y suelto. Tal como conversamos el otro día, no va a pasarte nada, sólo vas a sentirte cansada, muy cansada, tan cansada que vas a querer dormir un rato. Nada malo va a pasarte. No te importará dormir un poco porque pronto vas a sentirte cansada, tan cansada que no te importará dormirte. ¿Te gustaría quedarte dormida, Ivy?

—Sí, me gustaría —contestó Ivy, completamente despierta.

Sí, pensó Janice, a Ivy le gustaría quedarse dormida. Aunque los psiquiatras en su sabiduría pensaban que era sólo una niña a la que se podía engañar fácilmente, Ivy había comprendido el propósito oculto del experimento y se lo había comentado a Janice con toda tranquilidad:

—Quieren hipnotizarme para averiguar si es Audrey Rose la que me hace todas esas cosas raras.

—No es obligatorio que lo hagas —le respondió Janice—, y no pueden hipnotizar a una persona contra su voluntad.

—Pero yo *quiero* que me hipnoticen —contestó con ojos serios y ansiosos—. Tengo que saber qué me pasa. No puedo seguir siendo como soy.

Resultaba sorprendente cómo Ivy estaba dispuesta a prestarse a colaborar en la conspiración de Audrey Rose. Primero Scott Velie, luego Bill, después Hoover, más tarde el juez Langley y ahora la misma víctima, todos se habían asociado en un propósito común obedeciendo a una fuerza que no alcanzaban a comprender. ¿Era posible que sólo ella supiera qué estaba pasando, que sólo ella, Janice, hubiera adivinado el significado de lo que intentaba Audrey Rose con esta última estratagema?

Así parecía. En cada etapa del camino Janice había tenido que soportar un rechazo.

Durante todo ese largo fin de semana había intentado comunicarse con *alguien*, había llamado innumerables veces a casa con la esperanza de que Bill se hubiera decidido finalmente a volver, pero ninguna de las veces le encontró. Scott Velie había desaparecido. Incluso intentó convencer a la telefonista para que le diera el número de teléfono del domicilio privado del juez Langley —insistiendo que se trataba de un asunto de vida o muerte, lo que era cierto— pero toda su apasionada argumentación había chocado contra amables rechazos, primero de parte de la telefonista y más tarde de la jefa del servicio.

Cuando finalmente consiguió hablar con él esa mañana, después de esperarlo durante dos horas en el gélido estacionamiento del hospital, continuamente barrido por el viento, y pudo manifestarle sus objeciones en forma respetuosa pero decidida y enérgica, la única respuesta que obtuvo mientras caminaban por el suelo resbaladizo del estacionamiento, tenía toda la espontaneidad y sinceridad de un discurso aprendido de memoria.

—Señora, comprendo sus objeciones y simpatizo con usted. Está en su derecho al manifestar su opinión y, en circunstancias normales, habría atendido a su solicitud. Pero tanto su esposo como la defensa tienen también derecho a aceptar que el experimento se lleve a cabo y ambas partes están de acuerdo. Por otra parte, el doctor Lipscomb me ha informado de que su hija no sólo ha consentido, sino que está ansiosa porque se haga la prueba. Lo que vamos a hacer es algo totalmente desusado, qué duda cabe, pero también lo es el caso. La acusación es muy grave, y si se encuentra culpable al acusado su pena será muy severa. Considerando todos estos aspectos y en interés de la Justicia, me veo obligado a denegar su petición. Pero quédese tranquila, hemos tomado todas las precauciones necesarias para garantizar la

seguridad de su hija. Hemos llamado a los mejores psiquiatras, y la prueba se realizará como si se tratara de un examen privado en la sala de un hospital.

Langley fue su última esperanza racional.

Su única opción había quedado en manos de lo irracional.

La prueba estaba programada para las diez. A las nueve y cinco, buscó al doctor Webster. Le encontró en el vestíbulo conversando con los periodistas. Bata nueva recién almidonada, el estetoscopio reluciente, preparado para la ocasión. Janice le hizo un gesto con los ojos y se reunió con ella en el vestíbulo, que estaba frío y desierto.

—¿Ivy se podría marchar a casa? —preguntó Janice como si la cosa no tuviera importancia.

—Por supuesto. Tan pronto como haya terminado el experimento.

Su próximo paso había sido la habitación de Ivy.

La encontró sentada en la cama conversando amistosamente con los tres psiquiatras. Sin duda, se trataba de un ejercicio destinado a calmar los nervios de la niña, a relajar al paciente antes del experimento. Apenas notaron la presencia de Janice, que esperó pacientemente que se marcharan. Como después de dos o tres minutos aún seguían ahí, les interrumpió para preguntarles, ligeramente histérica, si podía estar a solas con su hija. La miraron con interés profesional y salieron de la habitación.

—Busca tu abrigo —ordenó Janice—. Nos vamos de aquí.

—¿Qué dices? —preguntó Ivy horrorizada.

—¡No permitiré que te sometan a ese experimento!

—¡Mamá! —la palabra explotó junto con el llanto—. ¡Tengo que hacerlo! ¡Tengo que hacerlo! ¿No lo comprendes? ¡Tengo que hacerlo! ¡Por favor! ¡Por favor, por favor! —su voz se disolvió en sollozos.

Janice, asustada, se aproximó a ella.

—Cálmate, cálmate —y trató de cogerla de la mano, pero Ivy la rechazó y se aferró a la cama.

—¡No permitiré que me saques de aquí! ¡No lo permitiré! —gritó, su rostro enrojecido lleno de angustia—. ¡No lo permitiré! ¡No lo permitiré! ¡No lo permitiré!

Se abrió la puerta y entró la enfermera Baylor.

—¿Puedo ayudar en algo? —preguntó.

Janice permaneció junto al lecho, contemplando el rostro distorsionado y lleno de lágrimas, paralizada por el esfuerzo que costaba a su mente aceptar el hecho de que no había ayuda posible para Ivy, que no había mortal que pudiera hacer algo por ella, que nada ni nadie conseguiría detener a Audrey Rose y que su voluntad prevalecería.

—Quiero que te relajes —prosiguió el doctor Lipscomb en el mismo tono tranquilizador—. Quiero que te relajes. Relájate completamente y ponte cómoda.

El ruido de los lápices sobre el papel, del carbón sobre los cuadernos de dibujo, formaban un contrapunto a la voz del médico. El doctor Lipscomb sacó un lápiz que tenía una linterna en uno de sus extremos y gradualmente hizo subir la luz con su mano derecha.

—Mira la luz, Ivy. Mira hacia arriba y no dejes de mirar la luz. Sigue mirando la luz. Sigue mirándola. Mientras la estás mirando vas a sentir que tus párpados se ponen pesados. Tus párpados se están poniendo pesados, cada vez más pesados, y cada vez te cuesta más, más, y más, mantener los ojos abiertos. Cada vez te es más difícil seguir mirando la luz, cada vez más... y tus párpados están tan pesados que quieren cerrarse... quieren cerrarse. Y lentamente tus párpados se van cerrando... se van cerrando... están tan pesados que se cierran... se cierran...

La posición de la luz, muy por encima de su radio de visión, tenía por objeto hacer que los párpados se sintieran cada vez más cansados por el esfuerzo de tener que mirar hacia arriba, y la voz repetitiva, metro nómica, produjo su sugestión en Ivy.

—Tus párpados están pesados, tan pesados... cada vez más pesados... cada vez más pesados... que no puedes mantener los ojos abiertos... y tus ojos empiezan a cerrarse... empiezan a cerrarse... aunque tú no quieras, empiezan a cerrarse... tan pesados que debes cerrar los ojos, cerrar los ojos... tienes que cerrarlos... tienes que cerrarlos... cerrarlos... cerrarlos...

Janice sintió que los latidos de su propio corazón se sumaban a los demás sonidos mientras veía cómo su hija entregaba su voluntad a un desconocido para que la sumergiera en una noche interminable.

—Ahora tus párpados están tan pesados, tan pesados, que tienen que cerrarse y deben permanecer cerrados, cerrados... Ya están cerrados... tan cerrados que no puedes abrirlos. No puedes abrirlos. Aunque quieras no puedes abrirlos. Aunque lo intentes, no puedes abrirlos. ¡Inténtalo! ¡Trata de abrir los ojos! ¡Inténtalo, Ivy!

La cámara de televisión enfocó la cara de Ivy tratando de abrir los ojos, esforzándose por lograrlo, pero incapaz de conseguirlo.

La vista desde la sala de observación no era tan buena. El cristal era un inconveniente y, además, el doctor Lipscomb había puesto su silla en un ángulo tal que su cuerpo bloqueaba más de la mitad del cuerpo del paciente. Las personas que estaban al mismo lado de Bill en la sala sólo tenían una visión parcial de Ivy, y los demás no veían absolutamente nada. El juez solicitó que alguien le pidiera al doctor que variara la posición de su silla, pero Scott Velie le aconsejó que tuviera paciencia hasta que la niña estuviera completamente hipnotizada.

—Así, no puedes abrir los ojos, están tan cansados, tan cansados, que deben quedarse cerrados. Relájate, Ivy, relájate. Nada malo va a pasarte. Estás bien, cómodamente acostada, y completamente dormida. Completamente dormida. Y ahora tu brazo derecho está empezando a ser liviano... liviano... liviano. Tan liviano que

quiere levantarse del sofá. Tan liviano que quiere flotar en el aire.

Flotó.

—Y ahora tu brazo se empieza a sentir pesado de nuevo, tan pesado que quiere caer sobre el sofá, caer sobre el sofá y descansar.

Obedeció.

—Estás completamente dormida. Completamente dormida. Si quiero despertarte contaré hasta cinco. Cuando llegue al cinco diré: despierta, Ivy, y tú despertarás de inmediato. ¿Has comprendido?

—Sí —su voz era incolora, débil.

—Cuando te lo ordene despertarás, y te sentirás descansada y bien, como si hubieras dormido una siesta. ¿Has comprendido?

—Sí.

Se oyó el ruido de una silla y de unos pasos y la figura de Scott Velie se dibujó contra la ventana. Golpeó ligeramente sobre el cristal y llamó la atención del médico, quien, volviéndose nervioso, entendió rápidamente de lo que se trataba y se trasladó con su silla hacia un lado, permitiendo así que el tribunal tuviera una completa visión del paciente. Esta ligera interrupción pareció no afectar a la niña dormida, y no provocó ninguna reacción en ella.

El médico continuó su hipnosis.

—Ahora que tienes los ojos cerrados y estás profundamente dormida, y completamente relajada, vas a retroceder en el tiempo, lentamente, hacia atrás, hacia atrás, Ivy, hacia atrás en el tiempo. Vas a volver al día que cumpliste ocho años. Bien, Ivy, contaré hasta tres y estarás en el día que cumpliste ocho años. Recordarás todos los detalles de tu fiesta de cumpleaños. Uno, dos, tres...

Inmediatamente se reflejó una expresión de felicidad en la cara de Ivy. Una dicha interior, contenida, que parecía pura, natural y auténtica.

—Estás en la fiesta, con tus amigos. ¿Puedes ver a tus amigos, Ivy?

Asintió, todavía sonriendo.

—Dime, Ivy, ¿quiénes están en tu fiesta?

—Bettina, Carrie, Mary Ellen. Los mellizos. Peter.

—Háblame de tus regalos. ¿Te gustan?

—Oh, sí. Me encanta mi muñeca con su guardarropa de viaje. Y el juego que me trajo Bettina, y los patines...

Janice hizo una mueca de dolor cuando escuchó mencionar los patines. Recordó el ruido atronador que producía Ivy cuando patinaba por el interior del piso, llorando porque se caía a cada momento, y la decisión que había tomado de esconderlos, y de decirle que se habían perdido o se los habían robado. Ahora sentía oleadas de culpabilidad y tristeza, porque estaba segura de que los patines, todavía ocultos en el armario, se quedarían ahí para siempre sin que nadie los usara.

—Ahora vamos a olvidarnos de este cumpleaños y vamos a retroceder más aún en el tiempo. Relájate y retrocede hasta el día en que cumpliste cuatro años. Contaré hasta tres, y estarás en tu fiesta de cumpleaños el día en que cumpliste cuatro años. Empiezo. Uno... dos... tres...

Su expresión se hizo seria, como la de un chico mucho más pequeño que acaba de sufrir una humillante decepción.

—Estás en tu fiesta de cumpleaños el día que cumpliste cuatro años. Ivy, ¿puedes ver tus regalos?

Sus mejillas enrojecieron de pena y rabia. Evadió la pregunta. Le temblaba el mentón.

Al darse cuenta de su reacción, el médico la ayudó a pensar en otra cosa.

—¡Qué magnífica tarta compraron tus padres! Tienes cuatro velitas para que las apagues y pidas que se cumpla uno de tus deseos.

—No cuatro, cinco velitas —corrigió malhumorada—. No compraron tarta. Muy cara. Mamá la hizo. Sacó la receta de una revista ¡y yo le ayudé!

Los ojos de Janice se llenaron de lágrimas al escuchar esa voz, la dulce, y tierna voz de su hija de cuatro años, que todavía hablaba en frases cortas, saltándose los verbos, pronunciando mal algunas palabras. Y recordó las veces que había vacilado antes de decidirse a corregirla, luchando contra los años para preservar su ingenuidad, reticente a dejar que la niña creciera.

Sus recuerdos se vieron repentinamente interrumpidos por el ruido de los sollozos de Ivy. Se había acurrucado en el sofá, la cara tapada con las manos, y se sacudía en una sucesión ininterrumpida de sollozos tan intensos que todo su cuerpo se estremecía. *¿Por qué lloraba?* Janice hurgó en su memoria, buscando algún hecho que explicara la desesperación de su hija. Había sido una fiesta muy alegre. Pero de pronto, Janice recordó. Había habido un momento, un momento terrible cuando ese chico... ¿cómo se llamaba?

—¡Él lo rompió! —dijo sollozando—. ¡Stuart rompió mi mono!

Sí, Stuart, ése era su nombre. Era un juguete de cuerda, un mono montado en un triciclo. Stuart Cowan, un niño del jardín de infancia al que asistía Ivy, le había dado tanta cuerda que el resorte se había roto.

—¡Chico tonto y feo! —exclamó Ivy.

Bill tuvo que tragar saliva cuando revivió la escena. *Se había producido una confusión tremenda. Ivy lloraba, Stuart se reía. Bill trató de aplacar a su hija diciéndole que Stuart era un chico tonto y feo.*

—¡Chico tonto y feo! —repitió Ivy.

—Ya está bien, Ivy, ya está bien —la calmó el doctor Lipscomb—. Vamos a olvidarnos de ese mal momento. Y vamos a retroceder un poco más en el tiempo. Vamos a ir a la época cuando tenías tres años. Un... dos... tres... Estamos en la fiesta

de tu tercer cumpleaños.

Las lágrimas se interrumpieron. La expresión se hizo distante, y después se suavizó. Una sonrisa apareció en sus labios, seguida de un campanileo de risas infantiles.

—¡Yo gano! ¡Yo gano! ¡Yo gano! —gritó con la histeria de un niño de tres años—. ¡Yo gano! Yo gano y todos pierden menos mí.

—Muy bien, Ivy —alabó el doctor—, muy bien. Ahora retrocedamos un poco más. Tienes dos años y medio, y tienes problemas cuando duermes. Volvamos a la noche que empezaron esos malos sueños. Vas a soñar lo mismo que esa noche...

La expresión de Ivy se puso tensa y comenzó a inquietarse y a temblar. Respiraba en explosiones rápidas, casi sin tomar aire. El alarido no se hizo esperar.

—Mamápapámamápapáquemaquemaquema...

Y fue aumentando de intensidad.

Bill escuchó que se aceleraba la respiración de los asistentes y sintió la sacudida nerviosa que recorrió la sala.

Janice se dio cuenta de que se había hecho silencio a su alrededor, cuando la atención de todos se centró en las pantallas.

—PapápapápapáquemaquemaQUEMAQUEMA...

—¡Ivy, deja de soñar! ¡Deja ese mal sueño! —ordenó el doctor Lipscomb—. ¡Deja ese mal sueño! Es la mañana, ya pasó el sueño.

Cesaron los gritos. Las facciones de la niña perdieron su tensión y comenzaron a relajarse.

—Bien, Ivy, bien... Ahora relájate, relájate, cálmate. Quiero que retrocedas más y más en el tiempo, Retrocede, Ivy, retrocede. Retrocede a esa época en la que podías oír y sentir y pensar, pero no podías hablar. Eres una niña pequeña en los brazos de mamá... Mamá te va a acostar en tu cochecito...

Una vez más los ojos de Janice se llenaron de lágrimas al ver que Ivy expresaba con risas y sonrisas los pequeños placeres y molestias de esa época. La dulzura de sus recuerdos la envolvió por completo, el tacto y el olor de ese pequeño cuerpecito entre sus brazos, y sintió una sacudida de dolor en su corazón por todos esos momentos amados, por esos momentos preciosos desaparecidos para siempre, perdidos definitivamente, algunos de los cuales ya ni siquiera podía recordar.

—Muy bien, Ivy —dijo el doctor Lipscomb en voz muy suave, casi una caricia en su suavidad—, y ahora vamos a retroceder un poco más en el tiempo... un poco más... más atrás en el tiempo... antes de que tú nacieras... antes de que tú nacieras... antes de que tú nacieras.

La repetición, la insinuante cadencia, la nota firme y decidida de la orden produjeron su efecto, e Ivy fue sumergiéndose lentamente en una sobrecogedora quietud. Los ojos muy cerrados, la cabeza recostada sobre un hombro, las manos

juntas como si rezara, y las piernas pegadas al pecho en una asombrosa imitación del estado fetal, permanecía inmóvil, sin hacer el más mínimo movimiento, ni siquiera para respirar. En verdad, parecía reproducir perfectamente la actitud de un feto que flota en los líquidos del vientre materno.

El momento era electrizante.

Janice escuchó que alguien detrás de ella murmuraba:

—Santo cielo, ahora está en el vientre de su madre.

En la sala de observación ni el más leve murmullo rompía la agobiadora y asfixiante quietud de diecinueve personas, todas concentradas en la increíble escena que estaban presenciando.

Bill, con el rostro cubierto de sudor, y la visión borrosa por la falta de ventilación y el esfuerzo al que estaba sometiendo a sus ojos, no podía hacer otra cosa que mirar junto con el resto de los asistentes sintiendo que la incredulidad se transformaba en incertidumbre al ver la extraña conducta que su hija, su princesita, estaba adoptando ante sus asombrados ojos.

Era imposible, pensó. Ivy estaba actuando. Tenía que estar actuando. No estaba dormida. Sólo le estaba tomando el pelo al viejo. Tenía buena memoria y podía recordar sus fiestas de cumpleaños, eso era todo. Pero... ¿cómo sabía la posición que adopta el feto? ¿O cómo se comportaba? ¿Lo había visto en algún libro? Probablemente se lo había dicho Betuna que era mucho más precoz. Y, sin embargo, había algo... extraño... en su manera de permanecer absolutamente inmóvil, como uno de esos fetos que a veces pueden verse dentro de frascos en los despachos de los médicos. Extraño.

Sus dudas y conflictos aparecían reflejados en su cara. Igual que su miedo. Si esto iba en serio, entonces había algo que estaba mal, algo que estaba muy mal.

—Retrocede en el tiempo, más, más, más —el metrónomo verbal continuaba, urgiendo, rogando, empujándola—. Retrocede más y más, hasta la época en la que no existías como tú. Retrocede hasta cuando tú no eras Ivy, no eras Ivy, no eras Ivy, sino otra persona, otra persona... no Ivy, sino otra persona.

Esto no está bien. Está mal. Ahí, quieta, sin moverse, casi sin respirar, suspendida en el espacio, flotando. ¿Qué le estaba haciendo a su hija? ¿A dónde quería llevarla? ¿Era posible que la hiciera retroceder hasta otra vida? De locos. Imposible. Y, sin embargo...

—... no Ivy, sino otra persona... otra persona... hace tiempo... años atrás, años atrás, retrocede hasta donde puedas recordar... hasta donde puedas recordar... recordar... recordar... y recuerda, recuerda... que tú no eres Ivy sino otra persona, otra persona... no Ivy... sino... otra persona... ¿Quién eres tú?... ¿Quién eres tú? ¿QUIÉN ERES TÚ?

Tenía que detenerle. Maldición. Tenía que detenerle. No estaba bien esto. Estaba

mal. Tenía que detenerle ahora mismo.

—¿QUIÉN ERES TÚ?

—¡Señor Velie, quiero que se ponga fin a este experimento! —dijo Bill, y se puso de pie, sintiendo que su cabeza estaba a punto de explotar.

—¿QUIÉN ERES TÚ?

—¡Quiero que se ponga fin a esto! —exigió con voz temblorosa, aferrándose a la silla para no caerse—. ¡Maldición! ¿Es que no me oyen?

—¿QUIÉN ERES TÚ?

—¡Interrumpan el experimento! —gritó—. ¡Señor Velie, juez Langley! ¿Es que no me oyen?

Aunque hubieran podido oírle, lo que era dudoso, no habrían podido reaccionar. Todos estaban absortos y sobrecogidos ante lo que, lentamente, se estaba materializando al otro lado del espejo. La niña estaba sentada muy tiesa en el sofá, tenía los ojos abiertos, el cuerpo rígido y una expresión de sorpresa que era una mezcla de miedo y alegría. Parecía buscar a una persona que estuviera lejos, y se movía tanteando el terreno, con cautela, hacia el borde de un descubrimiento sorprendente.

—¿QUIÉN ERES TÚ? —proseguía diciendo la voz, incansable, empujándola, introduciéndola, proyectándola hacia atrás en su viaje.

Bill temblaba y trató de controlarse, pero no lo consiguió y se desplomó sobre la silla, incapaz de hablar, respirando apenas. Trató de cerrar los ojos para no ver la escena, pero no pudo.

Tendría que mirar. Esta era su obra. Su maldita obra. Y ahora tendría que mirar... y verlo... todo... ¡todo!

—¿QUIÉN ERES TÚ?

De pronto, el rostro de Ivy se inmovilizó. Sus ojos, brillantes, expectantes, se agrandaron y parecieron buscar un recuerdo cercano, al alcance de su mano. Su respiración se aceleró. La tensión de su boca se relajó hasta transformarse en una sonrisa que lentamente fue iluminando su cara con una expresión de una alegría tan intensa, de una ternura tan cálida, de una gratitud tan inmensa, que resultaba imposible no darse cuenta que se trataba de un retorno al hogar.

—¿Mamá? —la voz de la niña resonó clara y aguda—. ¿Mamá? —y rió en una sucesión de carcajadas de gozo y alegría—. ¡Mamá! ¡Mamá! ¡Mamá! ¡Mamá!

Fue en este momento de su llegada a casa, de risas y encuentro, cuando Janice Templeton cerró los ojos y comenzó a recitar en voz baja las plegarias por los agonizantes.

Dios, cuyas cualidades son tener siempre misericordia y perdonar, humildemente te pedimos por el alma de tu sierva Ivy Templeton, a la que has ordenado abandonar hoy este mundo...

—¡Mamá, mamá, mamá! —repetía la voz gozosa de la niña en una interminable letanía.

Lentamente, sin embargo, el tono fue cambiando sutilmente y lo que había sido alegre, gozoso, lleno de júbilo y satisfacción, adquirió un matiz de ansiedad e histeria.

—¡Mamá, mamá, mamá! —empezó a gritar. La voz aumentó de volumen en un crescendo que transformó el miedo en terror.

... no la entregues en manos del enemigo, no la abandones a un triste final, y ordena a tus ángeles que salgan a recibirla...

—¡Mamaaaaaá!

En la sala de observación reinaba un silencio sobrecogedor. Nadie se movía.

Bill miraba febril el turbio espejo, los ojos clavados en esa cara lejana, que apenas podía enfocar.

¿Qué mierda le está pasando? Se ríe y al minuto siguiente... Había habido un cambio. La voz... la cara... eran distintas... Se estaban fragmentando en trozos asustados... terror... un miedo que quitaba la respiración... como el que sienten los niños cuando descienden en la montaña rusa. Eso era, se estaba moviendo hacia atrás y hacia adelante... no, no era ella la que se movía, sino lo que le rodeaba... como si el sofá se estuviera desplazando hacia algún sitio... y ella pudiera ver pasar velozmente las cosas a su lado...

—¡Mamaaaaaaaaaá!

La palabra concluyó en un grito tan agudo e intenso que el micrófono crujió y pareció reventar.

—¡Santo Dios!

Se escuchó murmurar a alguien en la sala cuando los gritos aumentaron de intensidad, junto con el balanceo de la niña, cada vez más pronunciado, hacia atrás y hacia adelante. Sus manos se aferraban a los bordes del sofá y su cuerpo luchaba por mantener el equilibrio. Luchaba contra un poder que parecía decidido a hacerla salir disparada por el aire...

—¡Ya está bien, Ivy! —exclamó nervioso el doctor Lipscomb.

—¡Eeeeeeeeeee!

—¡Calma, Ivy! —repitió, alzando la voz, dando a sus palabras un tono severo—. Olvidarás ese recuerdo inmediatamente. Retrocederás en el tiempo hasta alejarte de ese recuerdo. ¡Retrocede en el tiempo, Ivy!

—¡Mamaaaaaaaaaá! —gritó la voz, y su cuerpo se movió y balanceó hacia atrás y hacia adelante.

Los músculos de su cara estaban tan tensos que parecían formar nudos. Agitaba la cabeza de uno a otro lado, clavaba los dedos en el tapiz del sofá para no salir disparada hacia el espacio.

—¡Olvidarás este recuerdo, Ivy! Cuando cuente hasta tres tú retrocederás en el

tiempo. Uno... dos... ¡tres!

—¡Mamaaaaaá! ¡Crash-crash-cras-crask!

—¡Uno... dos... tres! ¿Has comprendido, Ivy?

—¡No la llame Ivy! —exclamó con voz ronca una voz en la sala de observación. Era la de Elliot Hoover—. ¡No es Ivy!

—¡Mamaaaaaá! ¡Crash-crash-cras-crash!

Su voz había adquirido tal grado de estridencia que sacudía los micrófonos y los tímpanos, rasgando el aire en una sola nota sostenida. Su cuerpo, incapaz de luchar contra sus propias oscilaciones, saltó como empujado por una fuerza irresistible, y se puso en pie tambaleante, suspendida un momento en el espacio, con los brazos extendidos, los ojos desorbitados, ahogando un grito, para caer luego al suelo con una violencia que registraron todos los micrófonos. Se golpeó la cabeza y el cuerpo saltó hacia atrás, dando una voltereta. Luego quedó hecha un ovillo, retorciéndose y temblando. Parecía semiinconsciente. Tenía los ojos cerrados, un hilo de sangre manaba de su boca, y gemía, como si estuviera malherida, en una sucesión de sonidos que hacían subir y bajar a su garganta.

El efecto sobre los presentes fue totalmente unánime: todos parecían asombrados.

«... salía humo, y una de las ruedas traseras todavía giraba...»

Las sillas rodaron alrededor de Janice. Todo el mundo se puso de pie. Se produjo un silencio de muerte mientras esperaban el terrible desenlace.

Señor, no la juzgues con el rigor de tu justicia, Señor, líbrala del castigo eterno...

El doctor Lipscomb, asombrado e incapaz de hablar, lo mismo que los demás, recuperó su sentido del deber y se arrodilló para tomarle el pulso con dedos temblorosos. Su rostro reflejó su preocupación, y su voz ratificó su inquietud.

—¡Ahora te despertarás, Ivy! —ordenó con una ligera incertidumbre en el tono—. Cuando cuente cinco despertarás y te sentirás descansada y bien. Uno... dos... tres... cuatro... cinco. ¡Despierta, Ivy!

La niña permaneció de espaldas, con los ojos cerrados, jadeando, retorciéndose, quejándose.

—¡Obedéceme, Ivy! Cuando cuente cinco despertarás...

—¡No la llame Ivy! —exclamó Hoover ansioso.

—Uno... dos... tres... cuatro...

Señor, líbrala de las crueles llamas...

—... ¡cinco!

Abrió los ojos. Se enderezó. Agotada. Exhausta. Jadeante. Alerta. Tensos los sentidos. Los ojos alarmados. La nariz temblorosa. Olía. Movía la cabeza hacia uno y otro lado como un pájaro asustado, tratando de ubicar el peligro inminente. Una sucesión de expresiones diversas desfiló por su cara: miedo, angustia, pánico, horror.

... y entonces... hubo una explosión... no muy fuerte... y el coche se incendió...

El grito resonó como un balazo, subió de intensidad y se mantuvo.

Detrás del espejo, los cuerpos retrocedieron y las respiraciones parecieron querer relajar la tensión interior de todos los presentes.

Bill se puso en pie sin darse cuenta de lo que hacía. Trataba de asimilar el sorprendente espectáculo y sentía una opresión en el pecho.

—Uno... dos... tres... cuatro... ¡cinco! ¡Despierta, Ivy!

—¡No la llame, Ivy, maldito! —gritó Hoover, poniéndose en pie junto con el guarda.

—Uno... dos... tres...

El grito mantenía su tono agudo a pesar de las palabras del médico. Su cuerpo rechazaba las manos extendidas del doctor, deslizándose, rodando lejos del alcance de los dedos crispados.

—... cuatro... ¡cinco! ¡Despierta, Ivy!

De pie, balanceándose, buscaba desesperada con los ojos un lugar por donde escapar. Al ver el espejo se lanzó contra la imagen de su propia cara, el grito cesó y se transformó en una serie de jadeos entrecortados. Después comenzó a sollozar y a gemir.

—¡Mamápapámamápapáquemaquema!

Señor, líbrala del llanto y de la angustia, te lo pedimos por tu admirable Concepción...

Voces y pasos obligaron a Janice a abrir los ojos. Todos estaban de pie, mirando las pantallas, presionando para acercarse y tener una mejor visión de una superficie de la que habían desaparecido las imágenes de Ivy y del doctor Lipscomb, aunque aún podían oírse perfectamente sus voces.

—¡Mamápapámamápapápapáquemaquema!

—Uno... dos... tres...

Janice respiró hondo. Seguramente ahora estaban junto a la ventana, lejos del alcance de las cámaras.

El grito que se escuchó por los altavoces, mezcla de horror y de dolor, hizo que comenzara el éxodo de la sala de recreo. Los periodistas habían renunciado a seguir mirando las pantallas de televisión y estaban corriendo en dirección a la escalera.

Janice se puso de pie. Era hora de que ella también se marchara. Bajaría sin prisa, pero sin perder tiempo, los tres pisos. Tardaría un par de minutos en llegar, lo había calculado antes. Y para entonces todo habría concluido.

Los ojos de los presentes en la sala de observación estaban clavados en una escena que no llegaban a captar los lentes de las cámaras.

La borrosa figura de la niña, etérea, aproximándose y alejándose de la lente de la cámara.

Sus manos acercándose, retirándose. Su llanto. «Quemaquemaquemaquema.»

El doctor: «... cuatro... cinco... ¡Despierta, Ivy!». Trataba de alcanzarla.

La niña gritando, luchaba furiosa, violenta, y se escapaba.

La cara enloquecida, la respiración entrecortada, los ojos brillantes llameando de pánico, los sentidos aguzados por el peligro.

Las manos empuñadas con la energía de la desesperación.

Fue verdaderamente horrible. Todavía puedo ver a la pequeña gritando y golpeando las manos contra la ventana...

Golpeaba el cristal y sollozaba: «¡Quemaquemaquemaquema!»

«Podía verla en medio de las llamas mientras el coche ardía alrededor de la ventana...»

Un chillido agudo salió de pronto de su garganta. Los miembros del jurado retrocedieron en sus sillas.

—¡Obedéceme, Ivy!

Hoover gritó estremecido:

—¡Es AUDREY ROSE!

Velie explicó:

—No pueden oírle desde aquí, la sala es a prueba de ruidos... Langley observaba con la boca abierta. Su mente se resistía a comprender lo que estaba ocurriendo.

—... cinco. ¡Despierta, Ivy!

—¡LLÁMELA AUDREY ROSE!

Jadea, lucha para poder respirar, no puede controlar el torbellino de sus emociones, sus dedos transformados en garras que golpean contra el cristal. Grita: ¡Papápapápapáquemaquemaquema!

Hoover dice:

—¡Estoy aquí!

Y pasa por sobre sillas y cuerpos, tambaleándose hacia la ventana.

El guarda saca el revólver. Vacila. Velie grita. Resuelto:

—¡Guarda eso, Tim!

—¡Papápapápapá!

El cuerpo de Hoover se recorta contra el cristal, las manos extendidas.

—¡Quemaquemaquemaquema!

«... gritó y gritó mientras trataba de salir del coche...»

Bill, paralizado, mudo, mira con ojos culpables.

«... y golpeaba las manos contra la ventana...»

—¡QUEMAQUEMAQUEMA!

El doctor Lipscomb, derrotado, habla al espejo:

—Tendré que darle un calmante, Su Señoría.

Corre con una inútil frustración hacia su botiquín.

—¡Quemaquemaquema... Papá... quema... quema...!

Su voz enloquecida, cada vez más débil, la palidez de su cara se transforma en un rojo encendido y adquiere un matiz horripilante.

—¡Quema... quema... quema...!

Tose, se ahoga, las palabras mueren en su garganta.

—... quema.

Sube las manos a la garganta, cae de rodillas, pone los ojos en blanco.

La señora Carbone grita y extiende las manos hacia la niña que lucha por sobrevivir al otro lado del cristal.

—¡Dios mío! ¡Se está muriendo! ¡Se va a ahogar! ¡Hagan algo! ¡SE ESTA MURIENDO!

—¡PAPAAAAAAA...!

Su agonía hace explosión en un largo grito final de angustia.

La señora Carbone grita, dando puñetazos en el brazo de Hoover.

—¡Usted es su padre! ¡Ayúdela! ¡AYÚDELA!

Hoover se vuelve hacia su asaltante. Sus ojos se agrandan, su cuerpo se tensa, mide sus movimientos. Coge la silla de la señora Carbone y la lanza en un arco poderoso contra el cristal, que se rompe en una granizada de relucientes astillas. Da un grito seco:

—¡AUDREY ROSE!

El corredor que conducía a la sala de observación estaba atestado de periodistas. Dos patrulleros de Connecticut, con los labios apretados, hacían guardia fuera de la puerta cerrada, indiferentes a las letanías de preguntas que les hacían de todas partes.

—Por favor, déjeme pasar —dijo Janice a los asistentes que estaban más lejos de la puerta.

Hubo un murmullo que circuló como una ola entre los presentes cuando la reconocieron, y le abrieron paso.

—Es la madre de la niña —informó alguien a los patrulleros, quienes abrieron inmediatamente la puerta, sólo lo necesario para permitir el paso a su delgado cuerpo.

La habitación en penumbra la envolvió con su falta de ventilación, con los murmullos, y una atmósfera de tragedia profunda e irreparable.

El suelo estaba arenoso, cubierto por cristales molidos. El ruido anunció su presencia cuando caminó lentamente en dirección a los hombres y mujeres reunidos en un semicírculo, impidiendo con sus cuerpos la visión del objeto de su atención. Entre ellos había rostros que había llegado a conocer bien: Scott Velie, Brice Mack, el juez Langley, el empleado de la sala (nunca supo cómo se llamaba), el guardián de Hoover (Finchley o Findley, había leído alguna vez), los doce miembros del jurado, cada uno expresando una mezcla de tristeza, miedo e incredulidad.

La señora Carbone lloraba, la cara tapada por un pañuelo. Y había gente de los

tribunales y del hospital. Los tres psiquiatras estaban muy juntos, tocándose por los hombros. Qué ridículo, pensó Janice, parecen no ver el mal, no oír el mal, no hablar del mal.

Y ahí estaba Bill. Finalmente había llegado a Bill. Solo, sentado en la sala de observación, la espalda apoyada contra la pared, dramáticamente enmarcada por astillas de distintos tamaños, miraba sin ver, y de vez en cuando, movía la cabeza, como lo hace quien se encuentra saturado por el peso de una carga superior a la que puede resistir.

—Señor Templeton...

La mano gentil y la bondadosa voz eran las del doctor Webster. Su expresión era una combinación de desilusión y tristeza. Aún conservaba el estetoscopio, reluciente como una joya, alrededor del cuello.

—Sucedió tan... tan rápido... que tratamos... no puedo decirle cómo me... —se calló, porque las palabras eran demasiado dolorosas.

Las cabezas se volvieron. Los cuerpos se separaron. Janice pasó entre ellos y tuvo un momento de pánico, sintió que no podía respirar, que se le oscurecía la visión.

Una mano la sujetó, la hizo recuperar el equilibrio, la obligó a no perder la conciencia, la forzó a mirar hacia abajo, hacia el suelo donde estaba su hija, su querida Ivy, inmóvil en los brazos de Elliot Hoover. La niña tenía los ojos abiertos, que brillaban como si estuvieran llenos de vida. Los labios entreabiertos parecían a punto de hablar.

Pero fue Hoover quien habló.

—Está bien —dijo meciendo dulcemente el cuerpo entre sus brazos—. Está en paz ahora.

Su voz era apenas un susurro, pero sonaba serena, curiosamente tranquilizadora. Levantó la cara para mirar a Janice. En la penumbra, se veía agotado, marcado por las huellas de una batalla larga y cruel, pero llena de paz.

—Está bien ahora —repitió.

Le estaba ofreciendo la fuerza y el consuelo de sus creencias como un legado de Dios para sus atormentados hijos. Y dio a sus palabras el énfasis y la seguridad de una convicción indiscutible, mientras aún estrechaba el cuerpo sin vida de esa hija

de los tres.

Documentos anexos

AUTOPSIA E INFORME FINAL
del cadáver de
IVY TEMPLETON

Archivada: 3 Feb. 1975
RALPH W. EPPERS, auxiliar
W. McCauley, encargado
Proceso N° 88990
Prueba
El pueblo contra, etc.
Fecha: 4 Feb. 1975
Por C. Briggs

OFICINA DEL DIRECTOR DE TANATOLOGÍA
INFORME DE AUTOPSIA

Nombre: TEMPLETON, Ivy

Edad: 10

Sexo: Femenino

Raza: blanca

Altura: 1 m. 50 cm.

Peso: 35 Kg. (aprox.)

Fecha y hora del fallecimiento: 3-2-75 a las 10,43 a.m.

Autopsia: SJGH

Fecha: 3-2-75

Hora: 4,25 p.m.

INSPECCIÓN:

1. Identificación: banda en la muñeca con el nombre Ivy Templeton.

2. Ojos: Grises.

3. Oídos: Normales.

4. Boca: Normal.

5. Rigor Mortis: ligero, generalizado.

6. Heridas y observaciones:

Desarrollo y estado nutritivo normal, blanca de sexo femenino, corresponde a edad señalada.

Evidencia de quemaduras de segundo grado, unos cuatro días antes, en la cara.

Evidencia de quemaduras en las manos (viejas). Ninguna otra lesión cutánea.

Ninguna anormalidad externa.

AUTOPSIA:

No presentaba anomalías en el tracto respiratorio superior. No hay indicios en el cuello de traumatismos o estrangulación. La laringe muestra un ligero edema, pero no hay obstrucciones ni anormalidades. Hay numerosas hemorragias petequiales causadas probablemente por anoxia. Pulmones perfectamente normales. Sin anormalidades en el sistema cardiovascular. Al microscopio no se aprecia aumento de los órganos abdominales. Sistema nervioso central: sin señales de tumor, hemorragia, edema o lesión vascular. Examen toxinas: estudios completos y exhaustivos no revelan anormalidad alguna.

Nosotros, los abajo firmantes, luego de haber hecho la autopsia concluimos que la muerte se debió a:

ASFIXIA POR ESPASMO LARÍNGEO - PROBABLEMENTE CAUSADO POR FACTORES PSICOGÉNICOS.

A. Especímenes tomados (resultados): A. Sangre

Hecho por: R. F. Shed, Fecha: 3-2, Hora: 10,30 a.m.

B. El estómago contenía —

C. Tejido X: Residuos fijos habituales.

D. Otros: Orines, bio-toxicología.

Test de contenido alcohólico: x

Tipología: Tox. Morfina A gen.

Practicada por: R. F. Shed, Fecha: 3-2, Hora: 10,30 a.m.

Entregado a: SJGH Laboratorio

R. F. Shed, Médico.

(UPI - 4 FEBRERO, 1975) DESPUÉS DE TODA UNA MAÑANA DE DISCUSIÓN, EL JURADO FUE INSTRUIDO SOBRE LOS PROCEDIMIENTOS LEGALES Y COMENZÓ SU DELIBERACIÓN EN EL JUICIO DE ELLIOT S. HOOVER ESTA TARDE A LAS 14.07 HORAS. EL JUEZ HARMON T. LANGLEY, EN UNA EXPOSICIÓN SOBRE ASPECTOS LEGALES PARA EL JURADO Y QUE DURO CASI UNA HORA, DIJO: «A USTEDES CORRESPONDE DECIDIR QUE PRUEBAS SON VEROSÍMILES EN ESTE JUICIO. USTEDES, EL JURADO, SON EL ÚNICO JUEZ DE LA CREDIBILIDAD DE LOS TESTIGOS Y DE LOS ACONTECIMIENTOS QUE HAN TENIDO LUGAR EN ESTE EXTRAÑO CASO. A USTEDES CORRESPONDE CONSIDERAR Y DETERMINAR LOS HECHOS.» MENOS DE TREINTA MINUTOS DESPUÉS QUE EL JURADO SE RETIRARA PARA CONSIDERAR SU VEREDICTO, SE ANUNCIO QUE HABÍAN LLEGADO A UNA CONCLUSIÓN. EL VEREDICTO, ANUNCIADO POR EL REPRESENTANTE DE LOS MIEMBROS DEL JURADO, SEÑOR HERMÁN M. POTASH, ENCONTRÓ A ELLIOT HOOVER INOCENTE DE TODOS LOS CARGOS, EN VISTA DE LO CUAL, EL JUEZ LANGLEY AGRADECIÓ AL JURADO, Y ORDENO QUE EL ACUSADO FUERA PUESTO EN LIBERTAD. FIN DE LA INFORMACIÓN. 4 FEBRERO, 16.04 HORAS. UPI.

New York Times, 6 de febrero, 1975

DEFUNCIONES

TEMPLETON, Ivy

Adorada hija de William y Janice Templeton. Funeral en privado en el Mt. Canaan Mausoleum, Valhalla, N. Y., a cargo de Boyce and Logan Co., agencia funeraria, Nueva York.

IN MEMORIAM

En cariñoso recuerdo de

AUDREY ROSE HOOVER

Se celebrará un servicio religioso privado a las 7,30, el día 7 de febrero, en el Templo Budista Homba Hongwanji, Christopher Place 14, N. Y.

Nueva York
24 de marzo de 1975

Sr. E. Hoover S.
c/o Señor Sesh Mehrotra
Universidad Hindú de Benarés
Benarés. V. P.
India

Estimado señor Hoover:

Muchas gracias por su hermosa carta. La certeza de que usted está ahí haciendo cuanto sea necesario para conseguir la paz y purificación del alma de nuestra hija, es una gran ayuda para soportar el peso de nuestro dolor. Incluyo a Bill en mi gratitud, aunque él todavía no es capaz de aceptar lo que en su corazón sabe que es la verdad. Bill no es el tipo de persona que cambia de manera de pensar con facilidad. Y se culpa de la muerte de Ivy, lo que lo hace aún más difícil, porque cree que si no hubiera autorizado el experimento, nuestra hija ahora estaría viva. Su dolor, acentuado por su sentido de culpabilidad, le dificulta la comprensión de que lo que le ocurrió a Ivy era inevitable y escapaba completamente a su control o al de cualquier otro ser humano. Debo reconocer que hasta esa mañana en el hospital a mí misma me costaba aceptarlo.

Para Bill, la pérdida del ser físico de Ivy representa la pérdida de una posesión amada. Eso es lo que la mayoría de los hijos son para sus padres. Pero estoy convencida de que un día Bill logrará entender, como lo he entendido yo, que no podemos considerar a nuestros hijos como una pertenencia, ni tratar de poseerlos, puesto que sólo nos los prestan por un breve espacio de tiempo. Debemos ayudarles a que desarrollen sus capacidades, pero, en último término, deben ser ellos mismos, para que así puedan asumir su destino en la Tierra, sin que importe si es satisfactorio o decepcionante, largo o corto, bello o trágico. Al permitirle que llevara las cenizas de Ivy a la India, creo que Bill ha dado el primer paso hacia la comprensión.

La muerte de Ivy ha dejado un gran vacío en nuestras vidas. La repentina separación que significa la muerte para las familias es verdaderamente insoportable, y sólo puedo rezar para que Dios nos dé la fortaleza y comprensión necesarias para sobreponernos a nuestra pérdida. Nuestra casa está llena de la presencia de Ivy, y ahora que es primavera, el parque no hace más que recordarnos esos días tan felices,

y la ciudad se ha convertido en un lugar verdaderamente insoportable. Hemos puesto en venta el piso y estamos pensando en la posibilidad de trasladarnos a Portland, Oregón. Yo nací allí, y a Bill no parece importarle mucho el lugar donde podamos ir para tratar de recomenzar nuestras vidas.

Sepa que uno mis oraciones con las tuyas para que el alma de nuestra hija encuentre en el cielo la paz y plenitud que le fue negada durante su corta vida terrena. Estoy segura de que llegará un día en que se sentirá feliz y podrá recomenzar su viaje cíclico hacia la perfección; ese día, estoy segura, escogerá como padres a personas generosas, comprensivas y que la amen tanto como usted y nosotros la hemos amado.

*Tabe Asi,
Janice Templeton*

Epílogo

No había ido al cementerio desde el funeral de su madre, hacía tres años. No sabía qué impulso le había hecho ir allí hoy. Lo que había comenzado como un viaje sin rumbo fijo, para aprovechar su nuevo Camaro en un domingo, terminó en Woodbridge, Nueva Jersey. Llegó casi sin darse cuenta; era el último sitio al que se le habría ocurrido ir en una mañana de mayo, soleada y pacífica.

Para Brice Mack, los cementerios no eran lugares pacíficos, sino al contrario. Le parecían llenos de corrientes subterráneas, de finales intempestivos y sueños por realizar, de huesos y espíritus unidos en un alarido común de furia contra un destino imprevisto, arbitrario y violento, que interrumpía siempre las acciones a mitad de camino, los pensamientos en proceso de formulación, las palabras antes de que se hubiera alcanzado a terminar la frase.

Condujo a través de las puertas centrales y subió la colina que dominaba el Beth Israel's Cemetery. Se detuvo cuando vio que se extendía a sus pies un océano de lápidas prolongándose hasta donde alcanzaba la vista. En tres años la población había aumentado considerablemente. Por lo menos se había cuadruplicado. Dios mío, pensó, tantos en tan poco tiempo.

Permitió que el Camaro se deslizara hacia abajo por su propio impulso, y descendió la colina pasando por entre la inmensidad poblada de piedras. No se dirigió al sitio reservado a las tumbas familiares sino a la amplia sección destinada a las distintas comunidades. Cada una representaba una logia, una fraternidad, una sociedad, una fraternidad ciudadana o campesina, que permitía que las familias, los parientes y amigos pudieran seguir juntos, como lo habían estado en vida, hacinados en esos pequeños ghettos, unidos a la tierra ya para siempre.

El coche avanzaba lentamente por el estrecho camino. A ambos lados se veían mausoleos con elaboradas inscripciones señalando con orgullo los nombres de las ciudades de origen en el viejo país del que habían salido hacía tanto tiempo.

Fraternidad independiente de rawicz, hijos de CZERSK, LOGIA 121 DE PAUSZKOW, HIJOS DE KRAJENSKIE, eran algunos de los nombres que Brice recordó haber pasado en dos ocasiones anteriores. Le sorprendió darse cuenta de lo bien que conocía el camino que conducía al mausoleo SOCIEDAD INDEPENDIENTE DE SATANISLAWOWER, llamado así en recuerdo de la aldea polaca en la que habían nacido sus padres, donde habían crecido, contraído matrimonio y desde la cual habían emigrado.

En las puertas de mármol estaban escritos con grandes caracteres los nombres del primer presidente Jacob Gilbert, muerto hacía ya tanto tiempo; del vicepresidente, Oscar Goldfeder; del tesorero, Morris Pinkus; y del secretario, Max Ladner. Bajo sus nombres figuraban los de los socios, por orden de fallecimiento. El de Max Marmorstein precedía al de Sadie por diecisiete nombres. En tres años la lista había

aumentado. Los fundadores parecían haber muerto todos al mismo tiempo, estableciendo los cimientos con sus tumbas.

No le costó mucho encontrar la de sus padres. Descuidada, se alzaba entre sus vecinas como un trozo de desierto en medio de un valle rico y fértil. Parecía abandonada, olvidada.

Mack se sintió avergonzado cuando se inclinó para sacar una maleza del terreno seco y polvoriento que rodeaba la tumba. Las raíces eran profundas y resistieron todos sus esfuerzos. Se alzó jadeando, resuelto a ordenar en la administración que alguien se encargara del mantenimiento de la tumba de sus padres. Era lo menos que podía hacer por ellos. Tenía que devolverles su dignidad, para que pudieran estar con la cabeza muy alta ante quienes compartían la tierra con ellos.

Le ardieron los ojos, y las lágrimas empezaron a borrar los nombres escritos en la piedra. Qué poco le habían pedido, y qué poco les había dado.

Pero hoy estarían orgullosos de él. Mamá especialmente. Su futuro estaba asegurado, y eso era lo que ella siempre había deseado para él: un futuro libre de las dudas e incertidumbres que habían plagado su propia vida.

Pues bien, Sadie estaría feliz si pudiera ver dónde había llegado, y lo brillante que parecía el futuro. Triunfador en el caso más importante de los últimos diez años. Socio de una firma con oficinas en la Quinta Avenida. Un dúplex en Greenwich Village. Ropa nueva. Coche nuevo. Y una seria relación con Cynthia Mawr, la hija del jefe. Era como el guión de una película, una fantasía deliciosa convertida en realidad.

Si se lo había merecido o no era otra historia. Aunque el caso no había sido ganado exclusivamente por sus méritos, no había duda de que él había representado al vencedor, y era el legítimo beneficiario de buena parte de la gloria. El juez Langley estaba cosechando grandes éxitos en su recorrido por el país jactándose, haciendo uso de toda su retórica para dejar caer nombres famosos, jugando a ser jurista y monje budista al mismo tiempo. Incluso Scott Velie, el perdedor, había aparecido en un importante programa de televisión llamado Johnny Carson Show.

Y, sin embargo, cuando las peculiaridades del caso volvían a desfilar por su mente durante la quietud de alguna noche de insomnio y contradecían y distorsionaban sus racionalizaciones diurnas, entonces no tenía más remedio que reconocer que en realidad no sabía qué es lo que había pasado ni en qué consistió todo. Fue una locura, desde su comienzo hasta el mortal desenlace.

Un golpe de aire recorrió el cementerio, arrastrando hojas e inclinando ramas. En el rostro de Brice Mack se reflejaban emociones complejas. Siempre sucedía así cuando pensaba en esa niñita detrás del espejo y en su sofocación, en su lucha para respirar, en su muerte, igual a la de la otra niña fallecida en ese accidente. Había comprendido, incluso antes de la intervención de Hoover, que no había ninguna

posibilidad de salvarla. Seguramente los presentes habían comprendido también que todos los médicos, y que todos los tubos y agujas que pudieran introducirle en la garganta no iban a cambiar su destino, que su muerte estaba dispuesta así desde el comienzo, desde el momento mismo del despertar de su conciencia. El recuerdo de esa niña, flotando en el vientre materno, era una imagen que se hacía presente en los momentos más inesperados y desafiaba su escepticismo, erosionaba su seguridad, y estaba seguro de que seguiría haciéndolo mientras viviera.

Suspiró y movió la cabeza. ¿Quién podía saber? ¿Quién sabía nada? Reencarnación. Volver a nacer. Otra vida. Mil vidas. Una eternidad de vidas. Hacia adelante y hacia atrás. Aquí y allá. ¿Era cierto? ¿Podía serlo? ¿Estaban Max y Sadie mirándole desde algún plano astral, asintiendo con la cabeza y sonriendo para darle ánimo? ¿O habían vuelto a nacer y estaban pateando en un par de cochecillos para niños en Long Island? ¿Quién lo sabía? ¿Quién sabía qué era la verdad? Lo que sí era verdadero estaba ante él ahora: un domingo del mes de mayo, una brisa cálida, un presente real y un futuro pujante, sano e intacto.

—Por favor...

El hombre se había aproximado por detrás, de modo que no le vio hasta que sintió el leve roce de su mano y la amable voz.

—¿Desea que recite un Yiskor por Max y Sadie?

Era uno de esos individuos que pasaban sus días en los cementerios, recitando oraciones junto a las tumbas por lo que quisiera dárselos. Estaba vestido de manera impropia para la estación. Llevaba sombrero y un traje de lana. Sus ojos muy claros brillaban en un rostro puro, sin arrugas, rematado por una pequeña barba plateada.

—¿Quiere que la recite?

—Sí, hágalo —tartamudeó y sacó su billetera.

El hombre le pasó un sombrero ritual para que cubriera su cabeza. Brice sacó un billete de diez dólares. Lo pensó mejor y agregó otros diez, luego escribió tres nombres en una tarjeta y se los entregó.

—Incluya estos nombres también —dijo.

El hombre los estuvo mirando largo tiempo. Sorprendido, los repitió para sí mismo varias veces. Después preguntó:

—¿Son judíos?

—No. ¿Tiene eso alguna importancia?

El hombre lo pensó un momento, se encogió de hombros, sonrió y dijo:

—No creo que les haga daño.

Bajó la cabeza y empezó a leer en una hoja de papel el Kaddish, la oración judía por los muertos.

Yiskor elohim nishmos ovi ve'imi, skeynay, Max, u'skeynosay, Sadie, es nishmas, James Beardsley Hancock, Ivy Templeton, Audrey Rose Hoover, baavur sbeanee

nodeir zdokoh baadom, bischar zeh tihyeno nafshosom zruros bizror bachayim im nishmos Avrohom, Yizchok ve'Yaakov, Soroh, Rivkoh, Rocbeil ve'Leyo, v'im sh'or zadikim vezidkonios sheb'gan Edne, venomar omain.



FRANK DE FELITTA. (Nueva York, 1921) es un escritor, director, productor y guionista cinematográfico estadounidense.

Es conocido principalmente por novelas como *El cristal ardiente* (*Audrey Rose*) (1975) y *El ente* (1978), que fueron adaptadas al cine y convertidas en películas de culto. Piloto durante la Segunda Guerra Mundial, De Felitta regresó a Nueva York en 1945. Su madre y su hermana lo apoyaron, y vivió en su casa durante dos años, escuchando la radio. Por fin se decidió a escribir un guión para un programa llamado *The Whistler*, un thriller semanal popular. En su primer intento ganó 350 dólares y comenzó una nueva carrera.

Continuó escribiendo guiones de radio y trabajó para la televisión, como escritor, productor y director. En 1963 ganó un Emmy por un documental, *Emergency ward*, y otro en 1965 por *Battle of the Bulge*. En 1972 decidió probar con una novela, *Oktoberfest*, que no fue un best-seller, pero financió el año y medio que dedicó a escribir *Audrey Rose*. Se han traducido al español, además de las citadas: *Juicio en el mar* (1980), *Por amor a Audrey Rose* (1982), *El templo endemoniado* (1984) y *Marcha fúnebre de las marionetas* (1990).